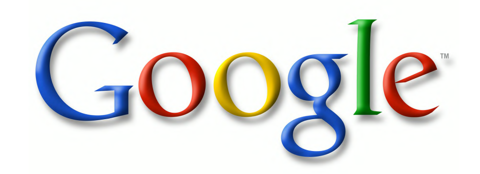
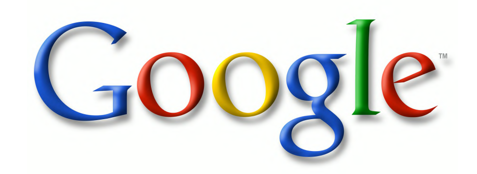
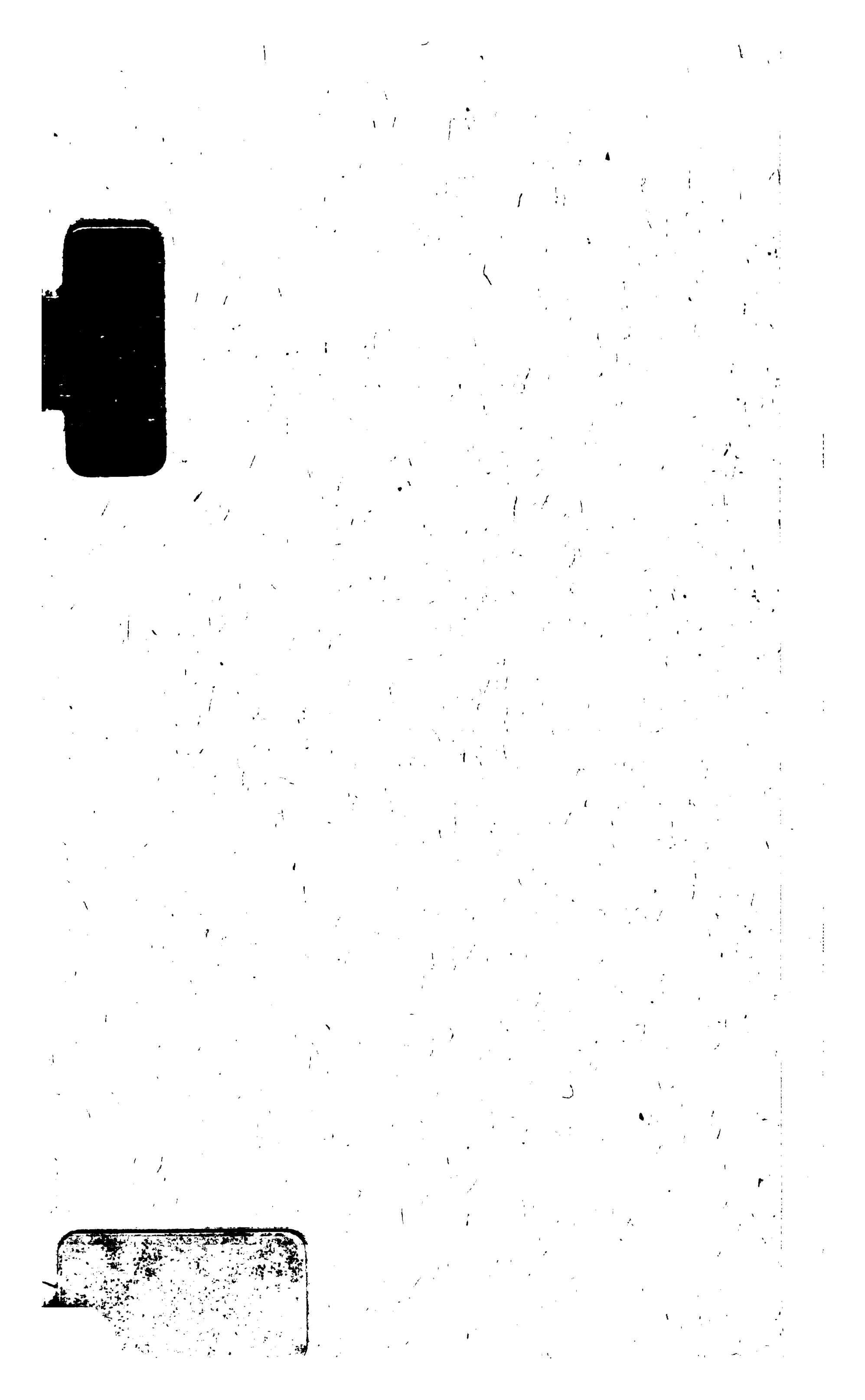






Sarmiento

KSR

VIAJES

EN

EUROPA, AFRICA I AMERICA,

VIAJES

EN

EUROPA, AFRICA I AMERICA,

POR

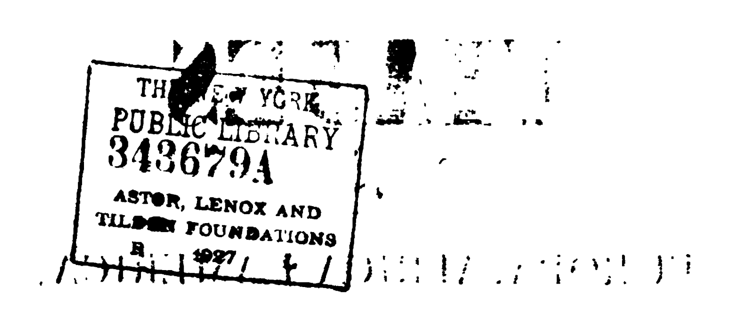
D. F. Sarmiento,

MIEMBRO DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE,
DEL INSTITUTO HISTORICO DE FRANCIA I DE OTRAS CORPORACIONES
LITERARIAS.

Este libro me lo ha regalado mi amigo F. Rojas. Mayo 3-1852

SANTIAGO.
IMPRENTA DE JULIO BELIN I C.ª

1849.


PUBLIC LIBRARY
343679A
ASTOR, LENOX AND
FOUNDATIONS
1927

ADVERTENCIA.

Ofrezco a mis amigos, en las siguientes pájinas, una miscelánea de observaciones, reminiscencias, impresiones e incidentes de viaje, que piden toda la induljencia del corazon, para tener a raya la merecida crítica que sobre su importancia no dejará de hacer el juicio desprevenido. Saben ellos que a fines de 1845 partí de Chile, con el objeto de ver por mis ojos, i de palpar,

por decirlo así, el estado de la enseñanza primaria, en las naciones que han hecho de ella un ramo de la administracion pública. El fruto de mis investigaciones verá bien pronto la luz; pero dejaba esta tarea, árida por demas, vacios en mi existencia ambulante, que llenaban el espectáculo de las naciones, usos, monumentos e instituciones, que ante mis miradas caian sucesivamente, i de que quise hacer en la época, abreviada reseña a mis amigos, o de que guardé anotaciones i recuerdos, a que ahora doi el posible órden, en la coleccion de cartas que a continuacion publico.

Este plan traialo aparejado la realidad del caso, i aconsejábamelo la naturaleza misma del asunto. El *viaje escrito*, a no ser en prosecucion de algun tema científico, o haciendo esploracion de paises poco conocidos, es materia mui manoseada ya, para entretener la atencion de los lectores. Las *impresiones de viaje*, tan en voga como lectura amena, han sido esplotadas por plumas como la del creador inimitable del jénero, el popular Dumas, quien con la privilejiada facundia de su espíritu, ha revestido de colores vivaces todo lo que a caido bajo su inspeccion, hermoseando sus cuadros casi siempre con las ficciones de

la fantasia, o bien apropiándose acontecimientos dramáticos o novedosos ocurridos muchos años ántes a otros, i conservados por la tradicion local; a punto de no saberse si lo que se lee es una novela caprichosa o un viaje real sobre un punto edénico de la tierra. ¡Cuán bellos son los paises así descritos, i cuán animado el movible i corredizo panorama de los viajes! I sin embargo, no es en nuestra época la exitacion continua, el tormento del viajero, que entre unas i otras impresiones agradables, tiene que soportar la intercalacion de largos dias de fastidio, de monotonía, i aun la de escenas naturales, mui bellas para vistas i sentidas; pero que son ya, con variaciones que la pluma no acierta a determinar, duplicados de lo ya visto i descrito. La descripcion carece pues, de novedad, la vida civilizada reproduce en todas partes los mismos caractéres, los mismos medios de existencia; la prensa diaria lo revela todo; i no es raro que un hombre estudioso sin salir de su gabinete, deje parado al viajero sobre las cosas mismas que él creia conocer bien por la inspeccion personal. Si esto ocurre de ordinario, mayor se hace todavía la dificultad de escribir viajes, si el viajero sale de las sociedades ménos adelantadas, para darse cuenta de otras que lo son mas. Entónces se siente la inca-

pacidad de observar, por falta de la necesaria preparacion de espíritu, que deja turbio i miope el ojo, a causa de lo dilatado de las vistas, i la multiplicidad de los objetos que en ellas se encierran. Nada hai que me haya fastidiado tanto como la inspeccion de aquellas portentosas fábricas que son el orgullo i el blazon de la intelijencia humana, i la fuente de la riqueza de los pueblos modernos. No he visto en ellas sino ruedas, motores, balanzas, palancas i un laberinto de piecesillas, que se mueven no sé como, para producir que se yó que resultados; i mi ignorancia de cómo se fabrica el hilo de coser ha sido punto ménos tan grande, despues de recorrer una fábrica, que ántes de haberla visto. I sucede lo mismo en todos los otros ramos de la vida de los pueblos avanzados; el Anacarsis no viene con su ojo de Escita a contemplar las maravillas del arte, a riesgo de injuriar la estátua con solo mirarla. Nuestra percepcion está aun embotada, mal despejado el juicio, rudo el sentimiento de lo bello, e incompletas nuestras nociones sobre la historia, la política, la filosofía i bellas letras de aquellos pueblos, que van a mostrarnos en sus hábitos, sus preocupaciones, i las ideas que en un momento dado los ocupan, el resultado de todos aquellos ramos combinados de su exis-

tencia moral i fisica. Si algo mas hubiera que añadir a esto, seria que el libro lo hacen para nosotros los europeos; i el escritor americano, a la inferioridad real, cuando entra con su humilde producto a engrosar el caudal de las obras que andan en manos del público, se le acumula la desventaja de una prevencion de ánimo que le desfavorece, sin que pueda decirse por eso que inmerecidamente. Si hubiera descrito todo cuanto he visto como el Conde del Maule, habría repetido un trabajo hecho ya por mas idónea i entendida pluma; si hubiese intentado escribir *impresiones de viaje*, la mia se me habria escapado de las manos, negándose a tarea tan desproporcionada. He escrito, pues, *lo que he escrito* (porque no sabria como clasificarlo de otro modo), obedeciendo a instintos i a impulsos que vienen de adentro, i que a veces la razon misma no es parte a refrenar. Algunos fragmentos de estas cartas que la prensa de Montevideo, Francia, España o Chile han publicado, dan cumplida muestra de aquella falta de plan que no quiero prejuzgar; si bien me permitiré hacer indicaciones que no serán por demas, para escusar su irregularidad. Desde luego las cartas son de suyo jénero literario tan dúctil i elástico, que se presta a todas las formas i admite todos los asun-

tos. No le está prohibido lo pasado, por la asociacion natural de las ideas, que a la vista de un hecho o de un objeto, despiertan reminiscencias, i sujieren aplicacion; sin que siente mal aventurarse mas allá de lo material i visible, pudiendo con propiedad seguir deducciones que vienen de suyo a ofrecerse al espíritu. Gústase entónces de pensar, a la par que se siente, i de pasar de un objeto a otro, siguiendo el andar abandonado de la carta, que tan bien cuadra con la natural variedad del viaje.

Ni es ya la fisonomia esterior de las naciones, ni el aspecto fisico de los paises, sujeto propio de observacion, que los libros nos tienen harto familiarizados con sus detalles. Materia mas vasta, si bien ménos fácil de apreciar, ofrecen el espíritu que ajita a las naciones, las instituciones que retardan o impulsan sus progresos, i aquellas preocupaciones del momento, que dan a la narracion toda su oportunidad, i el tinte peculiar de la época. Cúpome la ventura, digna de observador mas alto, de caminar en buena parte de mi viaje sobre un terreno minado hondamente por los elementos de una de las mas terribles convulsiones que han ajitado la mente de los pueblos; trastornando, como por la súbita

vibracion del rayo cosas e instituciones que parecian edificios sólidamente basados; i puedo envanecerme de haber sentido moverse bajo mis plantas el suelo de las ideas, i de haber escuchado rumores sordos, que los mismos que habitaban el pais no alcanzaban a apercibir. La revolucion europea de 1848, que tan honda huella dejará en las pájinas de la historia, hallóme ya de regreso a Chile; pero los amigos en cuya presencia escribo, i personajes mui altamente colocados, pudieron oirme, desde el momento de mi arribo, no sin visibles muestras de incredulidad, la narracion alarmante de lo que habia visto; i sin vaticinar una próxima e inminente catástrofe, que nadie pudo preveer, anunciar la crísis, como violenta, i juzgar imposible la continuacion del órden de cosas i de instituciones que yo habia dejado en toda su fuerza. Por temor de pasar plaza de profeta de cosas sucedidas, insertaré aquí un fragmento de carta en que uno de mis compañeros de viaje en Europa, un republicano de la *veille* me dice : "Gracias, » mil gracias, mi caro amigo, por su recuerdo" "Cuán grande i bella es la conformidad de creen- » cias que nos conserva amigos a dos mis le- » guas de distáncia. Aquella república de que » tanto hablabamos en Florencia, i Venecia un

» año ha, la tenemos ya hace cuatro meses. Ah!
» no puede V. imajinarse, en medio del placer
» que me causaba la lectura de su carta, cuán-
» to asombro esperimentaba, de ver a V. en el
» mes de julio hablar de república......venide-
» ra. Venidera!....Pero hacen ya siglos a que
» somos republicanos, si se compara la historia
» de estos cuatro meses, al vacio de los doce úl-
» timos años de la historia de Europa." Asistia pues, sin saberlo, al último dia de un mundo que se iba, i veia sistemas i principios, hombres i cosas que debian bien pronto ceder su lugar a una de aquellas grandes síntesis que hace estallar la enerjia del sentimiento moral del hombre, de largo tiempo comprimida por la presion de fuerzas físicas, de preocupaciones e intereses; propendiendo a nivelar sus instituciones a la altura misma a que ha llegado la conciencia que tienen del derecho i de la justicia.

I como en las cosas morales la idea de la verdad viene ménos de su propia esencia, que de la predisposicion de ánimo, i de la aptitud del que aprecia los hechos, que es el individuo, no es estraño que a la descripcion de las escenas de que fuí testigo se mezclase con harta frecuencia lo que no ví, porque existia en mí mismo, por la manera

de percibir ; trasluciéndose mas bien las propias que las ajenas preocupaciones. I a ser bien desempeñada esta parte, ¿ quién no dijera que ese es el mérito i el objeto de un viaje, en que el viajero es forzosamente el protagonista, por aquella solidaridad del narrador i la narracion, de la vision i los objetos, de la materia de exámen i la percepcion, vínculos estrechos que ligan el alma a las cosas visibles, i hacen que vengan estas a espiritualizarse, cambiándose en imájenes, i modificándose i adaptándose al tamaño i alcance del instrumento óptico que las refleja? El hecho es que bellas artes, instituciones, ideas, acontecimientos, i hasta el aspecto físico de la naturaleza en mi dilatado itinerario, han despertado siempre en mi espíritu, el recuerdo de las cosas análogas en América, haciéndome, por decirlo así, el representante de estas tierras lejanas, i dando por medida de su ser, mi ser mismo, mis ideas, hábitos, e instintos. Cuánta influencia haya ejercido en mí mismo aquel espectáculo, i hasta dónde se haga sentir la inevitable modificacion que sobre el espíritu ejercen los viajes, juzgaranlo aquellos que se tomen el trabajo de comparar la tendencia de mis escritos pasados con el jiro actual de mis ideas. Por lo que a mí respecta, he sentido agrandarse i asumir el carácter de una conviccion invencible,

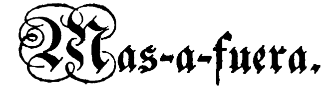
persistente, la idea de que vamos en América en mal camino, i de que hai causas profundas, tradicionales que es preciso romper, si no queremos dejarnos arrastrar a la descomposicion, a la nada, i me atrevo a decir a la barbárie, fango inevitable en que se sumen los restos de pueblos i de razas que no pueden vivir, como aquellas primitivas cuanto informes creaciones que se han sucedido sobre la tierra, cuando la atmósfera se ha cambiado, i modificádose o alterado los elementos que mantienen la existencia. Las primeras vislumbres de esta revelacion, si se me permite así llamarla, encontraranse en algunos opúsculos, injenua manifestacion de las ideas que venian de vez en cuando a atravesar por mi espíritu; que en cuanto a los desarrollos i pruebas, propóngome irlos dando, junto con los remedios, en trabajos mas sérios de lo que pueden serlo nunca reminiscencias de viaje. Por aquello i por lo que aquí se columbrare, pido desde ahora toda su induljencia a los que sientan herido i chocado en lo mas vivo su propio criterio, que estos dolores del alma tambien los he sufrido yo, al sentir arrancarse una a una las ideas recibidas, i sostituirseles otras que estan mui léjos de halagar ninguna de aquellas afecciones del ánimo, instintivas i naturales en el hombre.

Para mejor comprender esta elaboracion, téngase presente, que el báculo de viajero no lo he tomado a las puertas de Santiago. Recojílo solo de algun rincon, donde lo tenia, como tantos otros, abandonado, miéntras hacia alto, en una peregrinacion a que estan periódicamente i a veces sin vuelta, condenados los pocos que en nuestros paises se mezclan a las cosas públicas; i si bien omito estas primeras pájinas, que nada digno de noticia encierran, háme sucedido encontrar en el discurso de mi viaje, hechos, ideas i hombres que a ellas se ligan íntimamente, como que eran la continuacion i el complemento del grande mapa de las convulsiones americanas; no siendo otra cosa mi viaje, que un anhelar continuo a encontrar la solucion a las dudas que oscurecen i envuelven la verdad, como aquellas nubes densas que al fin se rompen, huyen i disipan, dejándonos despejada i radiosa la inmutable imájen del sol.

Sobre el mérito puramente artístico i literario de estas pájinas, no se me aparta nunca de la mente que Chateaubriand, Lamartine, Dumas, Jaquemont han escrito viajes, i han formado el gusto público. Si entre nuestros intelijentes, educados en tan elevada escuela, hai alguno que pretenda acercárseles, yo seria el primero en

abandonar la pluma i descubrirme en su presencia. Hai rejiones demasiado altas, cuya atmósfera no pueden respirar los que han nacido en las tierras bajas; i es locura mirar el sol de hito en hito, con peligro cierto de perder la vista.

VIAJES.



Señor don Demetrio Peña.

Montevideo, diciembre 14 de 1845.

Fué V., mi querido i buen amigo, el último que abandonó la cubierta, al dejar la *Enriqueta* el puerto de Valparaiso, i por tanto el primero en mis recuerdos, ahora que puedo enviar de nuevo mis vales a los amigos que por allá dejo.

La espectacion de un rápido viaje, con que to-

dos se complacian en darnos el último adios, fué mas bien que feliz presajio, un buen deseo, burlado por vientos obstinadamente contrarios, o calmas pesadas que ajitaban las velas sin inflarlas. Estas contrariedades con que la naturaleza desbarata los esfuerzos del arte humano, no son del todo estériles sin embargo. En el mar, i en los buques de vela sobre todo, aprende uno a resignarse al destino i a esperar sin hacerse violencia. Los primeros dias de viaje, cada milla que haciamos desviándonos de nuestro rumbo, era motivo de rebeliones de espíritu, de rabia i malestar. Al cabo de cuarenta dias, empero, eramos todos unos corderos en resignacion; i el viento, por contrario que nos fuese, soplaba segun su voluntad soberana, sin recojer de paso vanas e impotentes maldiciones. Así educado, empiezo a mirar como cosa llevadera las molestias que me aguardan en todos los mares i en todas las latitudes, hasta que acercándome a Europa, el vapor venga en mi auxilio, contra la naturaleza indócil.

¿Qué puede referirse en un viaje de Valparaiso para Montevideo, aunque esté de por medio el temido Cabo de Hornos, que vimos de cerca, i rodeado de todos los polares esplendores, incluso las noches crepusculares en que, puesto el sol, la luz va rondando el horizonte sin perder nada de su pálido esplendor hasta preceder la salida del sol al naciente? Por lo demas, sucesion de dias sin emociones, siguiendo a veces el vuelo majestuoso del *Pájaro-carnero*, que da vueltas al

buque como azorado, cual si quisiera serciorarse de lo que significa objeto para él tan estraño; atraidos otras por los saltos i rápido pasaje de las *tuninas*, que formadas de dos en dos vienen a dar vuelta el buque, pasando precisamente por la proa; acudiendo un dia en tropel sobre cubierta a ver navegar a nuestro costado cuatro enormes ballenas, vapores vivos con sus columnas de agua, como de humo llevan los artificiales; aterrados otra ocasion por el fatídico grito del timonel "*hombre al mar!!!*" I en efecto un infeliz marinero cayó de una verga en un dia de borrasca; hizo un esfuerzo horrible para mostrarnos todo su busto sobre la superficie del Océano enfurecido; pero el negro e insondable abismo reclamó su presa, i fué en vano que el buque volviera sobre el lugar de la catástrofe, el hombre se sumerjió para siempre. ¿Se acuerda V. que reclinados con nuestra incomparable Eujenia, en la galeria que de sus habitaciones dá a la bahía en Valparaiso, le comunicaba la impresion que me causa la vista del mar, permaneciendo cuando puedo horas enteras, inmóvil, los ojos fijos en un punto, sin mirar, sin pensar, sin sentir, especie de embrutecimiento i de paralizacion de todas las facultades, i sin embargo lleno de atractivo i de delicia? De este placer gozaba a mis anchas todos los dias, i aun con mas viveza en aquellos mares en que las olas son montañas que se derrumban por momentos, disolviéndose con estrépito aterrante en una cosa como polvo de

agua. Allí el abismo, lo infinito, lo incontrastable tienen encantos i seducciones, que parece que lo llaman a uno, i le hacen reconocer si está bien seguro, para no ceder a la tentacion. Gustaba asi mismo de pasar hasta mui entrada la noche sobre cubierta mirando el cielo polar, cuya cruz i manchas se acercaban de dia en dia a nuestro zenit, escuchando el silbido del viento en la jarcia, u oyendo al piloto cuentos de mar, llenos de novedad e interes, que me hacian envidiar la suerte de aquel que habia sido testigo i actor en ellos. Pues bien, desde el dia en que cayó el marinero, no mas pude permanecer como antes reclinado sobre la obra muerta, con los ojos fijos en las olas; temia ver salir la cabeza del infeliz náufrago: el silbido plañidero del viento perdió para mí toda su misteriosa melodia, porque me parecia que habia de traer a mis oidos (i aun ponia atencion sin poderlo remediar para escucharlos) jemidos confusos i lejanos, como llantos de hombre, como grito de socorro, como súplica de desvalido, i el corazon se me oprimia: de noche las manchas i la Cruz del Sud, Vénus, Júpiter, Saturno i Marte que estaban a la vista no detenian como ántes mis ociosas miradas, por echarlas furtivamente sobre la ancha huella que a popa deja el buque, para descubrir en la oscuridad de la noche si venia siguiéndonos un bulto negro, ajitándose para que le viéramos. No es que tuviese miedo, pues que seria ridículo abrigarlo; lo que quiero hacerle sentir es que mis goces silenciosos, i como con-

migo mismo de que le hablaba a su Eujenia, se hecharon a perder, con el recuerdo del náufrago, cuyo cadáver se mezclaba en todos mis sueños despierto, en esos momentos en que no es el pensamiento el que piensa, sino las ideas, los recuerdos que de su propio motu se ajitan en cierta caprichosa confusion i desórden que no carece de delicias. Lo mas triste era que la desgracia sucedió al frente del archipiélago de Chiloé, pátria del infeliz; allí cerca estaba su madre i la pobre cabaña que lo vió nacer, i a cuyos umbrales no debia presentarse mas.

A estos pequeños incidentes estaria reducida mi narracion, si uno inesperado no mereciese por su novedad la pena de entrar en mayores detalles. Un porfiado viento S. O. nos llevó, a poco andar de Valparaiso mas allá del grupo de las islas de Juan Fernandez, forzándonos una calma de cuatro dias a dar la vuelta completa de la de Mas-a-fuera. Sabe V. que es esta una enorme montaña de oríjen volcánico que a los 34.° de latitud i 80.° 25' de lonjitud, del seno del Océano se levanta ex-abrupto sin playas ni fondeadero seguro en ninguno de sus costados, muchos de ellos cortados a pico, i lisos como una inmensa muralla, presentando casi por todas partes la forma de una ballena colosal que estuviera a flor de agua. Desierta desde *abinicio*, aunque de vez en cuando sea visitada por los botes de los balleneros, que en busca de leña i agua suelen abordar sus inabordables flancos, está señalada en las

2

cartas i en los tratados como inhabitable e inhabitada. Cansados nosotros de tenerla siempre en algun punto del compas, segun que al viento placia hacernos amanecer cadà mañana, aceptamos con trasportes la idea del piloto de hacer una incursion en ella, i pasar un dia en tierra. Estaba segun él poblada de perros salvajes que hacian la caza a manadas de cerdos silvestres.

Hago a V. merced de los preparativos de viaje, bote al agua, vivas de partida, i duro remar con rumbo ácia la isla, aunque esto último, por haber calculado mal la distancia, durase ocho horas mortales, demasiado largas para apagar todo entusiasmo, i reducirnos al silencio que produce una esperanza tarda en realizarse. Un incidente empero vino a sacarnos de esta apatia, suministrándonos sensaciones para las que no estabamos apercibidos. Cuando a la moribunda luz del crepúsculo nos empeñabamos en discernir los confusos lineamentos de la montaña, divisóse la llama de un fogon entre una de sus sinuosidades. Un grito jeneral de placer saludó esta señal cierta de la existencia de seres racionales, en aquellos parajes que hasta entónces habiamos considerado como desiertos, si bien la reflexion vino a sobresaltarnos con el temor mui fundado de encontrarnos con desertores de buques, u otros individuos sospechosos, cuyo número e intenciones no nos era dado apreciar. Contribuyó no poco a aumentar nuestra alarma la circunstancia de mui mal agüero de haber desaparecido la luz, mo-

mentos despues de haberla apercibido nosotros; a su turno nos habian visto i trataban de ocultarnos su guarida.. La situacion se hacia crítica i alarmante pués la noche avanzaba, estábamos a muchas millas de distancia i no sabiamos a que punto dirijirnos. Para prepararnos a todo evento, i haciendo rumbo al lugar mismo donde la luz habia sido vista, procedimos a cargar a bala un par de pistolas que llevábamos, a mas de un fusil i una carabina para la proyectada caza de perros i cerdos. Con esto, i un trago de ron distribuido a los marineros, nos creimos en estado de acometer dignamente aquella decomunal aventura.

Mui avanzada ya la noche llegamos por fin al pié de la montaña, cuya proximidad nos dejaba sospechar la oscuridad de las sombras que nos rodeaban, aunque no sin disimulado sobresalto echase ménos el piloto el ruido de las olas, al romperse en la presunta playa, como sucede donde quiera que no encuentran rocas lisas i perpendiculares. Aquella oscuridad i este silencio se hacian mas solemnes con la idea de los tránsfugas i el cauteloso golpe de los remos que no impulsaban el bote, temerosos los marineros de zozobrar en alguna punta encubierta, sin que no obstante la proximidad reconocida, nos fuese posible discernir las formas de la tierra que por delante teniamos. Al fin el piloto enderezándose cuan alto es, lanzó un tonante i prolongado grito a que solo contestaron, uno en pos de otro, los cien ecos de la montaña. Esto era pavoroso i lo fué mas el silencio preña-

do de incertidumbre que se siguió cuando el último sonido de aquel decrescendo fué a espirar a lo léjos. Despues de segundo i tercer grito creimos distinguir otra voz humana que respondia al llamado, i no le será dificil concebir que el placer de encontrarnos con hombres hiciese olvidar nuestros recelos pasados. En seguida el piloto, no obstante hablar el castellano, dirijió la palabra en ingles a alguno que se acercaba; porque un ingles en el mar no conoce la competencia de otro idioma, cual si el suyo fuese el del gobierno de las aguas, como en otro tiempo fuelo el latin el de la tierra conocida; i para que esta pretension quedase aun allí justificada, en ingles contestaron desde la ribera. Supimos que el desembarco era dificil, que al respaldo de la montaña habia punto mas practicable, i que vivian en la isla cuatro hombres, en cuyas cabañas allí inmediatas, podiamos pasar la noche. A la indicacion del piloto de dar vuelta la isla en busca de mas seguro desembarcadero, una esclamacion de penosa angustia se escapó de la boca del que contestaba. Oh! No señor por Dios! decia, no se vayan....hace tanto tiempo que no hablamos con nadie!!!

Habiéndonos ofrecido su auxilio se resolvió bajar a tierra allí mismo, e imposible seria pintar el anonadamiento que caimos de nosotros pobres pasajeros, entre lo gritos imperiosos i alarmantes de la dificil maniobra para acercar el bote a rocas desconocidas i casi invisibles; apercí-

biendo apénas los bultos indecisos i fantásticos de aquellos desconocidos; arrojados de un brazo por los de abordo sobre un peñasco helado i resbaladizo, para caer en seguida en el agua, amoratándonos las piernas en las puntas de las rocas; cojidos en fin del lado de tierra por una mano áspera i vigorosa, que se empeñaba en mantenernos contra el balance que el aturdimiento, i el hábito contraido abordo nos hacian guardar sobre las peñas; encaminándonos en seguida con los gritos de pise aquí.... ahí no... mas allá, hasta dejarnos en un suelo seco pero herizado de pedriscos.

Cuando estuvimos en aquel faldeo que hacia veces de playa, i recobrados ya de nuestro susto, tocónos el turno de volver a los insulares la sensacion de temor que la vista del fuego nos habia causado por la tarde. Segun lo supimos, no las habian tenido ellos todas consigo, al vernos armados de pies a cabeza i con aires de capitanes de buques de guerra. El caso no era para ménos. El jóven Huelin, uno de la comitiva, a mas de dos pistolas que sacaban las cabezas por los bolsillos del paletó, llevaba un gorro carmesí con estampados de oro, i yo, otro franjeado de cuero cayendo sobre los ojos, con bordado de oro i plata i borla de relumbron, todo lo cual podia dar al portador, en cualquier latitud de la Oceania, trazas de almirante por su *lordlike* apariencia; i como norte-americanos que eran los moradores de la isla, han debido ser alguna vez mari-

neros, i como tales, hai pocos establecidos en aquellas alturas que no tengan en el fondo de su conciencia algun pecadillo de desercion entre los ignorados i ocultos, siendo suficiente nuestra presencia para despertarlo si dormia, a guisa de lobo marino al aproximarse una ballenera.

Recordará V. que en una de estas islas, i sin duda ninguna en la de Mas-a-fuera fué arrojado el marinero Serkilk, que dió oríjen a la por siempre célebre historia de Robinson Crusoe. ¡ Cuál seria pues nuestra sorpresa, en verla esta vez i en el mismo lugar realizada en lo que presenciábamos, i tan a lo vivo, que a cada momento nos venian a la imajinacion los inolvidables sucesos de aquella lectura clásica de la niñez. Algunos momentos despues de llegar a las cabañas de aquellos desconocidos, el fuego hospitalario encendido en una tosca chimenea de piedra, a la par que secaba nuestros calzados, nos iba enseñando los estraños objetos de aquella mansion semi-salvaje. Cajas, barriles i otros útiles que acusaban su procedencia de algun buque naufragado, muebles improvisados i sujeridos por la necesidad i algunas reses de monteria colgadas, mostraban que no carecian absolutamente de ciertos goces, ni de medios de subsistencia. Secuestrados en las hodonadas de una isla abortada por los volcanes; viendo de tarde en tarde cruzar a lo lejos una vela que pasa sin acercarse a ellos, i mui frecuentemente por las inmediaciones una ballena que recorre majestuosamente los alre-

dedores de la isla, estos cuatro proscritos de la sociedad humana viven sin zozobra por el dia de mañana, libres de toda sujecion, i fuera del alcance de las contrariedades de la vida civilizada. ¿Quién es aquel que burlado en sus esperanzas, resentido por la ajena injusticia, labrado de pasiones o forjándose planes quiméricos de ventura no ha suspirado una vez en su vida por una isla como la de Robinson, donde pasar ignorado de todos, quieto i tranquilo, el resto de sus dias? Esta isla afortunada está allí en la de Mas-a-fuera, aunque no sea prudente asegurar que en ella se halle la felicidad apetecida. Sueño vano!.... Se nos secaria una parte del alma como un costado a los paralíticos, si no tuviésemos sobre quienes ejercitar la envidia, los celos, la ambicion, lo codicia, i tanta otra pasion eminentemente social, que con apariencia de egoista ha puesto Dios en nuestros corazones, cual otros tantos vientos que inflasen las velas de la existencia para surcar estos mares llamados sociedad, pueblo, estado. ¡Santa pasion la envidia! Bien lo sabian los griegos que la levantaron altares.

Afortunadamente ni los isleños ni nosotros haciamos por entónces reflexiones tan filosóficas, ocupados ellos en saborear con deleite inefable, algunos cigarros de que les hicimos no esperado obsequio, embebidos nosotros, con imperturbable ahinco, en sondear las profundidades de una olla, que sin méngua habria figurado en las bodas de Camacho, tan suculenta parte encerraba de una

res de montería, cuyos tasajos sacabamos a dedo por no haber sido conocidos hasta entónces en la ínsula i sus dependencias, tenedores ni cucharas. Todavía en pos de estas suntuosidades silvestres vino ¿qué se imajina V.?....Un humilde té de yerbabuena secada en hacesillos al calor de la chimenea, i que declaramos unánimemente preferible al mandarin, tal era el buen humor con que tomábamos parte en aquella pastoral que tan gratamente se habia echado entre la monotonia del mar.

Ya ve que no sin razon nos venia a cada momento la memoria de Robinson : creiamos estar con él en su isla, en su cabaña, durante el tiempo de su dura prueba. Al fin lo que veiamos era la misma situacion del hombre, en presencia de la naturaleza salvaje, i sacado de quícios por decirlo así, en el aislamento para que no fué creado. Como Robinson i por medios análogos, los isleños llevaban cuenta exacta de los dias de la semana i del mes, pudiendo por tanto i a solicitud nuestra, verificar que era el mártes cuatro de Noviembre del año del Señor de 1845, el dia clásico en que la Divina Providencia les concedia la sin par ventura de ver otros seres de su misma especie. Mas intelijentes i solícitos en esto que nuestros compatriotas de San Luis, capital de estado de la confederacion arjentina, los cuales segun es fama, llevaban en cierto tiempo errada la cuenta de los dias de la semana, hasta que el arribo de unos pasajeros pudo averi-

guarse, no sin jeneral estupefaccion, que estaban un año habia, ayunando el juéves, oyendo misa el sábado i trabajando el domingo aquellos que por una inspiracion del cielo no hacian San Lúnes, como es uso i costumbre entre nuestros trabajadores. Por fórtuna averiguóse que estos formaban la mayor parte, con lo que se aquietó, dicen, la conciencia del buen cura, cómplice involuntario de aquella terjiversacion de los mandamientos de nuestra madre la Iglesia. Por mas detalles ocurra V. a nuestro buen amigo el doctor Ortiz, oriundo de aquella ciudad, i mui dado a investigaciones tradicionales sobre su patria.

Satisfechas nuestras necesidades vitales i fatigados por tan varias sensaciones, llegó el momento de entregarnos al reposo, i aquí nos aguardaban nuevos i no esperados goces. Una hamaca acojió muellemente al jóven Huelin, i a falta de hamaca para Solares, secretario de la Legacion Boliviana al Brasil i para mí, doscientas i cincuenta pieles de cabra distribuidas en una ancha superficie, hicieron dignamente honores de elástica i mullida pluma.

He mentado pieles de cabra i va V. a creerme sorprendido *in fraganti delicto*, de estar forjando cuentos de duendes para dar interes novelesco a nuestra incursion en la isla. Pero para llamarlo al órden de nuevo, preciso es que sepa que si Mas-a-fuera solo encierra cuatro seres pasablemente racionales, sirve en cambio de Eden afortunado a cincuenta mil habitantes ca-

brunos que en línea recta descienden de un par macho i hembra de la especie que el inmortal Cook puso en ella, diciéndoles como el Creador a Adan i Eva "creced i multiplicaos." Un nudo se me hizo a la garganta de enternecimiento, al oir a uno de nuestros huéspedes recordar como hacia cuarenta i cinco años que el famoso navegante habia visitado la isla i arrojado en ella aquel puñado de las bendiciones de la vida civilizada. Sabe V. que hace ochenta años a que murió aquel; pero el pueblo aproxima siempre en su memoria a los seres que le han sido benéficos i queridos. Cook, el segundo creador de la Oceania por los animales domésticos i las plantas alimenticias que en todas las islas derramó, murió víctima sin embargo de aquellos cuya existencia hiciera fácil i segura. ¡Triste pero ordinaria recompensa de las grandes acciones i de los grandes hombres! Es la humanidad una tierra dura e ingrata que rompe las manos que la cultivan, i cuyos frutos vienen tarde, mui tarde, cuando el que esparció la semilla ha desaparecido.

El nombre de Cook, repetido hoi por los que felices i tranquilos cosechan el producto de sus afanes, es la única venganza tomada contra sus asesinos, de quienes el ilustre navegante pudo decir al morir «*Perdonalos, Señor, porque no saben lo que hacen!*" Espresion sublime de la desdeñosa compasion, que al jenio inspira la estupidez de las naciones. Sócrates, Cervantes, Colon, Ri-

vadavia, cada uno de ellos al morir, han pedido a Dios que perdone a sus compatriotas.

Aquí tiene V. pues, como nuestros atos de espantables javalies se habian convertido en millares de cabras alzadas, con quienes sin mucha pretension podiamos prometernos entrar en comunicacion directa por el telegráfico intermedio de carabinas i fusiles; por lo que ántes de entregarnos al sueño que nos reclamaba con instancia se dispuso la partida de caza del dia siguiente, impartiendo órdenes ademas, para que el bote hiciese en el intertanto buena provision de langostas de mar, anguilas, cabrillas i otros pescados de que los alrededores de la isla abundan.

A las cuatro de la mañana del siguiente dia estábamos en pié estasiándonos en aspirar el ambiente húmedo i embalsamado de la vejetacion, hundiendo nuestras miradas atónitas en las oscuras profundidades de la quebrada en cuya boca estan situadas las cabañas, cubierta de bosques renegridos, interrumpidos tan solo por rocas sañudas que cruzan sus dientes de ámbos lados alternativamente.

El sol que asomaba por las cúspides venia iluminando con esplendorosa paleta estos grupos tan valientemente diseñados. ¡Oh, amigo! Aquellas sensaciones no se olvidan nunca, i empiezan a darme un gusto anticipado de las que recompensan al viajero de las molestias de la locomocion, verdaderas islas floridas que quedan en

nuestros recuerdos, como lo estan éstas en medio de la uniforme superficie del Océano.

Para emprender la proyectada partida de caza debiamos dejar nuestro calzado i reemplazarlo por uno de cuero de cabra ceñido al pié, con el auxilio de una gareta artísticamente preparada; calzado a la Robinson Crusoe, segun nos complaciamos todos en llamarlo, al fin de cohonestar con una palabra noble, la innoble i bastarda forma que daba a nuestros pies. Este secreto de los nombres es májico, como V. sabe, en política sobre todo, *federacion*, *americanismo*, *legalidad*, &c., &c., no hai nadie tan avisado que no caiga en el lazo.

Todo lo necesario dispuesto, emprendimos con los primeros rayos del sol naciente el ascenso de la montaña en cuya cima habiamos de encontrar las desapercibidas cabras. Despues de escalar, literalmente, un enorme risco, por caminos de los insulares solo conocidos, encontramos, que aquello era tan solo la basa de otro ascenso, el cual conducia a una eminencia superior que a su vez servia de base i escala para subir a otra, i así sucesivamente, hasta siete, cual si fueran las montañas que los titanes amontonaron para escalar el Olimpo: de manera que no obstante nuestro entusiasmo i la belleza i animacion de los cuadros i vistas que a cada nuevo ascenso se nos iban presentando, empezábamos a aflojar el paso, rendidos por la fatiga producida por un sol fulminante, bueno para iluminar una bata-

talla de Austerlitz o de Maipú, pero soberanamente impertinente cuando jóvenes ciudadanos que han calzado guante blanco, pretenden hacer un ascenso casi perpendicular por tres horas consecutivas.

Al fin se nos presentaron las cúspides de la montaña, coronado cada uno de sus picos por un cabro situado en ella a guisa de atalaya. Esplicónos Williams, el isleño que nos servia de guia, el significado de aquella aparicion fantástica. Un macho estaba siempre apostado en las alturas para descubrir el campo i dar parte de la aproximacion de los cazadores, a la manada de cabras que forma el harem de cada uno de estos Sultanes: habia pues tantos rebaños en el respaldo de la montaña, cuantos cabrios veíamos colocados en una eminencia, inmóviles como estátuas de ídolos o manitues de los Indios. Cuando nos hubimos acercado demasiado i retirádose aquellas guardias avanzadas, todavía el isleño nos hizo distinguir aquí i allí el triángulo de las hastas de algunos escuchas, que escondiendo el cuerpo i parte de la cabeza tras el perfil de la montaña pemanecian denodadamente hasta observar nuestros últimos movimientos. El momento de la caza habia llegado: Williams prescribió el mas profundo silencio; se distribuyeron municiones, i para burlar la vijilancia del enemigo nos dividimos en dos cuerpos a fin de tomarlos por los flancos. Desgraciadamente la parte confiada a mi valor i audacia fué la peor

desempeñada, i la derrota se hubiera pronunciado por la ala izquierda que yo ocupaba, si el enemigo, en lugar de acometer, como debió, no hubiera preferido por una inspiracion del jénio cabruno emprender la mas instantánea retirada. Sin embargo debo decir en mi justificacion, como lo hacen todos los que se conducen mal, que tan perpendicular era el corte de la montaña por aquella parte, que por poco que yo me hubiese separado de la cúspide a fin de rodearla, quedaban entre mí i las manadas de cabras por lo menos, diez cuchillas que descendian paralelas a un abismo donde un arroyuelo serpenteaba. Apénas es posible formarse idea de sitio mas salvaje, precipicios mas espantosos ni espectáculo mas sublime. De todos los puntos de aquella soledad agreste, callada hasta entónces, partieron en el momento de mi aparicion, gritos estraños que repetian centenares de cabros, diseminados en todas las crestas, declives i faldeos circunvecinos. No en vano los pueblos cristianos han personificado el Espíritu Malo en el macho de cabrío; tiene este animal en sus jestos, en su voz, en sus estornudos una cierta semejanza con el hombre, que aun en el estado doméstico causa una desagradable impresion, como si viésemos en él un injurioso remedo de nuestra especie. Pero estas impresiones llegan hasta el ódio i el terror, cuando vuelto a la vida salvaje nos desafia aquel animal, con sus insolentes parodias de la voz humana; pueblo sublevado i libre del yugo que el hombre le impusiera, i que

desde las montañas inaccesibles que le sirven de baluarte, avisa a los suyos, i pasándose el grito de alarma de familia en familia, la proximidad odiada i a la vez temida de sus antiguos e implacables amos.

Habia yo, pues, descendido en vano, i por entónces solo me quedaba que admirar de paso el paisaje, i esforzarme en ascender a la cúspide, abriéndome paso por espesuras de árboles i de matorrales, en que permanecia sepultado por horas enteras; hasta salir al borde de un abismo para ascender de nuevo i encontrarme con otro que me cerraba el paso irrevocablemente. ¡Cuantas veces permanecia un cuarto de hora con un pié fijo en la punta de una roca, asido con una mano de las raices de las yerbas que mas arriba crecian, estático, aterrado, la vista inmóvil sobre el oscuro valle, que descubria repentinamente a mil varas perpendiculares bajo mis plantas! Allí cien rebaños de cabras pacian tranquilamente en distintos puntos i direcciones; al frente una enorme montaña, de cuyas cimas cubiertas de nubes, descendia por mas de una milla una caida de agua en cascadas de plata; bosquecillos de una palma arbusto tapizaban las hondonadas oscuras i húmedas, miéntras que chorreras de árboles matizados con variedad pintoresca, dejaban ver sus copas redondeadas, uno en pos de otros hasta el fondo del valle en las mil sinuosidados de las montañas. La naturaleza ha desplegado allí en una diminuta estension todas las osadias que ostenta en los

Andes, o en los Alpes, encerrando entre quebradas cuyos costados cree uno tocar con ámbas manos, bosques impenetrables, sotillos elegantes, praderías deliciosas, abismos i golpes de vista sorprendentes.

Estraviándome en aquellas sinuosidades tupidas como los dientes de un peine, gozándome en los peligros a cada paso renovados, internándome por entre las malezas i los troncos de los árboles, llegué al fin a la cúspide, que habia intentado rodear tres horas ántes, pudiendo entónces oir los gritos del isleño, que me buscaba no sin sobresalto, pues que habiendo principiado a llover i descendiendo las nubes mas abajo de nuestra posicion, me habria sido imposible acertar entre aquel laberinto, con el camino practicado.

A poco andar mi guia alzó del suelo una cabra herida de bala, que habia cazado él por el lado opuesto de la montaña, pero ¿cómo?.....Echándose a correr por un escarpada cresta en medio de dos abismos, descendiendo a saltos, i disparando el tiro en la velocidad de la carrera a fin de alcanzar la caza fujitiva. Yanki del Kentucky, de punteria infalible, con pies de suizo de los que hacen en los Alpes la caza de la gamuza, era nada menos lo que pedia la de cabras de Mas-afuera, i facilmente se inferirá que con semejante espectáculo quedamos curados de la necia pretension de alcanzarlas nosotros en sus termópilas. La caza ordinaria la hacen los isleños, a falta de ba-

las con el auxilio de perros, que poseen adiestrados para la persecucion.

Despues de todo, llevábamos una cabra cazada, no importa por quien, i esto bastaba para disponernos a emprender el descenso de la montaña, sin el desaliento de una espedicion frustrada. La ilimitada superficie del Océano, que desde aquellas cimas a nuestro regreso descubriamos, añadia nuevos encantos a los que la isla subministraba, haciendo menos sensible el esfuerzo de un rápido descenso. En las inmediaciones veiamos retozar dos ballenatos; a lo lejos nuestra barca aproximándose a recojernos, cual golondrina de mar que se juega por sobre la superficie de las aguas, i en el límite del horizonte la *Godefroi*, fragata destinada a Hamburgo desde Valparaiso i luchando como nosotros contra el viento contrario. Una ballenera en fin, i las crestas de las montañas de Juan Fernandez apenas perceptibles entre los celajes, formaban los únicos accidentes que interrumpian la quieta i tersa uniformidad del mar. Pero lo que mas nos complacia en nuestro descenso, era la tupida alfombra de verdura, que cubriendo con su blando cojin la aspereza de las rocas, ofrece deleite a los ojos, suavidad a los pies no acostumbrados a tanta fragosidad, i alimento inagotable para cien mil cabras.

A nuestra llegada al estrecho valle en que las cabañas están situadas, estenuados de fatiga i abrasados de calor, pudimos apreciar el inapre-

ciable sabor acridulce de los *capulíes*, que a ámbos lados del camino nos brindaban con sus vastaguillos cargados de refrijerantes i embozadas naranjillas, cual si la mano próvida de la naturaleza los hubiera a designio colocado allí, donde el calor i la sed habian de hacerlos de un valor inestimable, despues de ocho fatigosas horas de ascenso i descenso no interrumpido. Inútil seria añadir que en las habitaciones nos aguardaba un copioso almuerzo, en que los insulares habian apurado los recursos de la ciencia culinaria, para desarmar el apetito desplegado por tan estraordinario ejercicio. Era aquella una escena de hotentotes, de canibales, que por vergüenza de mí i de mis compañeros no describo.

Para decir todo lo que pueda interesarle sobre la isla de Robinson, llamada vulgarmente Mas-a-fuera, instruiré a V. que sus maderas de construccion son inagotables, rectas i sólidas; pudiendo en varios puntos, con el auxilio de planos inclinados, hacerse descender hasta la orilla del agua. La riqueza espontánea de la isla empero, consiste en sus abundantes i esquisitos pastos, cuyo verdor perenne mantienen las lluvias que, a hora determinada del dia, descienden de las nubes que se fijan en sus picos. La cria de cerdos i ovejas, sobre todo merinos, produciria sumas enormes, caso de que la actual de cabras no satisfaciese a sus moradores. Caballos i vacas serian por de mas allí, donde no hai un palmo de terre-

no horizontal, bastando la cria de ganados menores, para mantener en la abundancia diez o veinte familias.

La Flora de la isla es reducidísima, si bien figuran en su corto catálogo, a mas de unas azucenas blancas, *alhelies* carmesí, cuyas semillas, como las de duraznos dulces de que existen bosques, fueron sin duda derramadas por el capitan Cook. Pocas aves pueblan estas soledades : un gorrion vimos tan solo, i dos especies de gabilanes, el número de los cuales es prodijioso a causa de la facilidad con que se alimentan ; arrebatando en sus garras los cabritillos recien nacidos, elevándolos en el aire para estrellarlos en seguida contra las rocas. Seria fácil estinguirlos puesto que para cazarlos es preciso retirarse de ellos, a fin de no tocarlos con la boca de la carabina, tan poco conocen de la malicia del hombre. Mando a Procesa la piel de uno de pecho blanco para que añada a sus colecciones de pájaros.

Los norte-americanos residentes hoi en la isla cultivan como Robinson, papas, maiz i zapallos, en los declives terrosos, en que la jeneral rudeza i escabrosidad del terreno lo permite. Estos productos agrícolas, con los duraznos, capulies, i el tallo de cierta planta que contiene un jugo refrijerante, llamada en Bolivia *quiruzilla*, proporcionan alimentos gratos, suficientes para amenizar la mesa que por si solo hacen abundante i segura la carne de las cabras i los pescados del mar. Del cortejo de animales que acompañan al hombre en

la vida civilizada se encuentran en las habitaciones gallinas, un par macho i hembra de pavos, i algunos perros de la especie ordinaria, i de los cuales se sirven para la caza, que hace por turno cada dia uno de los isleños. A mas de cabras hai en la isla zorras i gatos como los domésticos. Tantas comodidades como las arriba enumeradas no pueden haberse reunido por el acaso, i siento mucho no poder describir esta vez el horrible naufrajio i demas circunstancias portentosas que debieron echar a mis héroes en aquella isla desierta. Veinte i seis meses habia que uno de ellos fué traido a la isla para emprender una pesqueria de lobos marinos que abundan en sus alrededores. El empresario, que era un vecino de Talcahuano, mandó en seguida en una lancha a su propio hijo i dos trabajadores mas, pero no bien dieron principio a la pesca cuando una violenta borrasca estrelló la frájil barquilla contra las rocas, el jóven patron pereció, i los dos marineros que le acompañaban salvaron a duras penas despues de luchar con las olas amotinadas un dia entero, hasta poder asirse de las rocas, i escalar la montaña por medio de esfuerzos de valor, de sufrimiento i de perseverancia que sobrepasan toda creencia. Desde entónces carecen de embarcacion, circunstancia que los tiene en completa incomunicacion con el continente, i al infeliz padre ignorando el fin desastrado de su hijo. Este es el oríjen del establecimiento de tres de los insulares: dós de ellos permanecian retenidos por el temor

de que se les imputase a crímen la muerte de su malaventurado compañero de naufrajio; i el otro mayor de edad, estaba resuelto a pasar el resto de sus dias, señor de la isla como Robinson, satisfecha su ambicion i sin *envidiar* nada a los mas bulliciosos habitantes de las ciudades. El cuarto era un jóven de 18 años, que solicitó su estradicion, i que conducido por la *Enriqueta* a Montevideo, hoi navega en el Paraná.

Por lo demas i echando de menos muchos útiles i comodidades necesarias a la vida, aquellos hombres viven felices para su condicion, asegurada la subsistencia, i lo que es mas, formándose un capital con peleteria que reunen lentamente. Poseian entre todos mas de quinientos cueros de cabras, como ciento de zorra i de gato i algunos de lobo que podrian aumentarse a cientos si tuviesen un bote para pescarlo, pues que nuestro piloto dió caza a cinco de tamaño enorme en solo algunas horas.

Para que aquella incompleta sociedad no desmintiese la frajilidad humana, estaba dividida entre sí por feudos domésticos, cuya causa no quisimos conocer, tal fué la pena que nos causó ver a estos infelices separados del resto de los hombres, habitando dos cabañas a seis pasos la una de la otra, i sin embargo malquieriéndose i enemistados! Está visto; la discordia es una condicion de nuestra existencia, aunque no haya gobierno, ni mujeres.

Williams, el mas comunicativo de ellos, nos

preguntó si los Estados Unidos estaban en guerra con alguna potencia, haciendo un jesto de soberano desden, cuando se le indicó la posibilidad de una próxima ruptura con Méjico. Deseaba una guerra con la Francia o la Inglaterra ¿pregunte V. para qué? Méjico no era por lo tanto un rival digno de los Estados. A propósito de preguntas, este Williams nos esplotó a su salvo desde el momento de nuestro arribo hasta que nos despedimos. Como dije a V. al principio, aquejábalos la necesidad de hablar, la primera necesidad del hombre, i para cuyo desahogo i satisfaccion se ha introducido el sistema parlamentario con dos cámaras, i comisiones especiales, &c. Williams, a falta de tribuna i auditores, se apoderó de nosotros i se lo habló todo, no diré ya con la locuacidad voluble de una mujer, lo que no es siempre bien dicho, pues hai algunas que saben callar, sino mas bien con la petulancia de un peluquero frances que conoce el arte i lo practica *en artiste*. Contónos mil aventuras, entre otras la de un antiguo habitante de la isla cuya morada nos señaló; el cual habiendo hecho una muerte en Juan Fernandez, se guareció allí hasta que un enorme risco desprendiéndose súbitamente de la montaña vecina, le hundió con espantable ruido la habitacion, mostrándole asi la cólera del Cielo que le perseguia. Por él supimos demasiado tarde, que en un árbol estaban inscritos mas de veinte nombres de viajeros. Acaso hubiéramos tenido el placer al verlos, de quitarnos relijiosamente nuestros go-

rros de mar en presencia del de Cook i de los de sus compañeros. Pero ya que esto no nos fuese dado, encargámosle gravase al pié o en una roca, *ad perpetuam rei memoriam*, los de

HUELIN.
SOLARES.
SARMIENTO.
1845.

Despues de haber el jóven Huelin forzádolos a admitir algunas monedas i nosotros varias bagatelas, nos preparamos para partir deseándonos recíprocamente felicidad i salud. Cuando ya nos alejabamos, los isleños reunidos en grupo sobre una roca, i con los gorros en el aire, nos dirijieron tres hurrah!....en que el sentimiento de vernos partir luchaba visiblemente con el placer de habernos visto; contestámosles tres veces i a poco remar la *Enriqueta* nos recibió a su bordo, en donde todo era oidos para escuchar la estupenda relacion de nuestras aventuras.

Soi de V., &c.

Montevideo.

Señor don Vicente F. Lopez.

Montevideo, Enero 25 de 1846.

¡Cuánto ha dilatado, mi buen amigo, esta carta tantas veces prometida, que se hace al mar al tiempo mismo que yo me abandono de nuevo a las ondas del Plata, para ganar el proceloso Atlántico en prosecucion de mi viaje! Entre Chile i Montevideo media mas que el Cabo de Hornos, que ningun obstáculo sério opone a la cien-

cia del navegante, media la incomunicacion natural de los nuevos estados de América, que no ligará el proyectado Congreso Americano, por aquel secreto pero seguro instinto que lleva a los pueblos, como a las plantas, a volverse acia el lado de donde la luz les viene. Por lo que he podido traslucir de los resultados comerciales del cargamento de cereales de la *Enriqueta*, muchos miles hubiera ganado el comercio chileno, proveyendo de víveres esta plaza; pero el comercio allí no *ha sabido* que en las plazas sitiadas se come, cosa que no ignoraban por cierto los norteamericanos que la envian sus trigos.

V. no ha estado en Montevideo, ni despues de larga ausencia remontado el amarillento rio, acercádose a la patria, divinizada siempre por el recuerdo de los proscritos. Suceden a veces cosas tan estrañas, que hicieran creer que hai relaciones misteriosas entre el mundo físico i el moral, justificando aquella tenaz persistencia del pueblo en los augurios, en los presentimientos i en los signos. Despues de cansada i larga travesia acercábamosnos a las costas arjentinas. Habiamos dejado atras las islas Malvinas, i el capitan cuidadoso tomaba por las estrellas la altura, por temor de dar de hocicos con el fatal Banco Ingles. Una tarde, en que los celajes i el barómetro amenazaban con el *Pampero* el mal espíritu de estas rejiones, entramos en una zona de agua purpúrea que en sus orillas contrastaba perfectamente con el verde esmeralda del mar cerca de las costas. Era

acaso algun enjambre de infusorios microscópicos de aquellos a quienes Dios confió la creacion de las rocas calcáreas con los depósitos de sus invisibles restos; pero el capitan que no entiende de estas cosas dijo, medio serio, medio burlándose "estamos en el Rio", i señalando la enrojecida agua, "esa es la sangre, añadió, de los que allá degüellan". Aquella broma zumbó en mis oidos como un sarcasmo verdaderamente sangriento. Por lo pronto permanecí enmudecido, triste, pensativo, humillado por la que fué mi patria, como se avergüenza el hijo del baldon de sus padres. ¿Creerá V. que tomé a mi cargo probar que eran infusorios, i no nuestra sangre la que teñia el malhadado rio?

Sangrienta en efecto es su historia, gloriosa a la par que estéril. Naumaquia permanente que a una u otra ribera tiene cual anfiteatros dos ciudades espectadores, que han tenido desde mucho tiempo la costumbre de lanzar de sus puertos naves cargadas de gladiadores para teñir sus aguas con inútiles combates. Montevideo i Buenos Aires conservan su arquitectura morisca, sus techos planos, i sus miradores que dominan hasta mui lejos la superficie de las aguas. La brisa de la tarde encuentra siempre en aquellos terraplenes elevados, millares de cabezas de las damas del Plata, cuya beldad i gracia han personificado los marineros ingleses llamando así a unas avecillas acuáticas que se asemejan a palomas pintadas: allí van a esperarla para que jue-

gue con sus risos flotantes, mientras, echando sobre las ondas caprichosas del rio sus distraidas miradas, la fantasia se entrega a cavilaciones sin fin. Si la tempestad turba el ancho rio, si las naves batidas por la borrasca no pueden ganar el difícil puerto, si la bandera o el cañon piden a la vecina costa socorro, si la escuadra enemiga asoma sus siniestras velas, Montevideo i Buenos Aires acuden alternativamente a sus atalayas i azoteas a hartarse de emociones, a endurecer sus nérvios con el espectáculo del peligro, la saña de los elementos, o la violencia de los hombres. En 1826, la escuadra brasilera bloqueaba en numerosa comitiva las balisas de Buenos Aires. El pueblo tenia naumaquia todas las tardes, siguiendo con sus ojos desde lo alto de los planos de los edificios, las balas que se cruzaban entre su sútil, cuanto escasa escuadrilla i los imperiales dominadores del rio. Una tarde, como en las escenas de toros en España, el combate se prolongaba, i a la luz del sol que se escondia tras los pajonales de la Pampa, se sucedian los fogonazos de los cañones que iluminaban por momentos los mástiles i cascos indefinibles de los buques próximos a abordarse. De repente una inmensa llamarada alumbra el espacio; un volcan lanza al cielo una columna de llamas bastante a iluminar de rojo las pálidas caras de aquella muchedumbre de pueblo ávido de emociones i de combates, i al fragor del cañoneo se sucede el silencio sepulcral del espanto de los combatientes mis-

mos. Un buque habia volado, incendiada la Santa Bárbara. A cuál de las dos escuadras pertenecia?....He aquí las emociones que educan a aquellos pueblos.

I no es de ahora esta existencia guerrera del rio. En 1807 Sir Samuel Achmuty rueda con sus naves en torno de la península montevideana i despues de arrojarla catorce dias balas en su seno, encuentra la juntura de su coraza de peñascos i cañones i la toma por asalto. En 1808 Mont Elio desobedece al virei de Buenos Aires i la lucha de ámbas riberas se inicia por el sítio de Rondeau, de cuyas filas sale Artigas que levanta la bandera roja; i los suplicios atroces perpetuados por la inquisicion en el espíritu español toman formas nuevas, estrañas, adaptadas a la vida pastoril.

En 1814 Albear anunciaba a Buenos Aires la toma de la escuadra española en el puerto mismo de Montevideo con estas bellas palabras que habrian sentado bien en boca del vencedor de las pirámides "El sol i la victoria se presentaron a un tiempo en este memorable dia." 600 piezas de cañon, 99 buques, una ciudad conquistada i los pertrechos de guerra del Jibraltar del sud pasaban a la otra orilla, para dar pábulo a la insolencia de los guerreros, i a la destruccion misiles que han quedado sembrados en todo el continente hasta el otro lado de los Andes, i al pié del Chimborazo. Las intrigas i las escuadras de la *Princesa Carlota* pasan un momento la esponja sobre esta

conquista hasta que en 1823, una barquilla arrojaba sobre las playas orientales del rio treinta i tres guerreros que debian agrandarse hasta producir la guerra imperial, i aquel eterno batallar sobre las aguas del rio, i aquella caza dada en los canales sinuosos del Uruguai que hizo por cuatro años la ocupacion i la gloria de Brown, i el diario entretenimiento de ámbas ciudades riberanas; i cuando los amos antiguos i los súbditos rebeldes, la capital i la provincia, el vecino imperio i la orgullosa república dejaron con la independencia de Montevideo de teñir con sangre las aguas del rio, i de ajitar con el estampido del cañon los ecos de la Pampa, la Europa ha venido de nuevo a dar pretesto i objeto a esta normal existencia del Rio guerrero. Los buques de Buenos Aires i Montevideo se asechan i dan caza, si bien las inauditas i osadas empresas de Garibaldi no han podido nada contra el viejo tirano de estas aguas, Brown, cuyo nombre abraza la historia marítima de Buenos Aires desde 1812 hasta este momento; i en el rio i en la playa, en la ciudad i en el campo, en los cerros i en la llanura, el cañon suena siempre, remedando la tempestad de los cielos i la ajitacion periódica del *Pampero* que hecha el rio sobre Montevideo i aleja i persigue las naves del comercio.

¡Cuánto trabajo ha de costar desembrollar este caos de guerras, i señalar el demonio que las atiza, entre el clamoreo de los partidos que se denuestan, las pretensiones odiosas siempre de las

ciudades capitales, el espíritu altanero de la provincia vuelta estado, los designios de la política, la máscara de la ambicion, los intereses mercantiles, el odio español contra el *estranjero*, i el viento que echa la Europa sobre la América, trayéndonos sus artefactos, sus emigrantes, i haciéndonos entrar en su balanza de desenvolvimiento i de riqueza.

Estábamos ya por fin en las aguas del Plata, i estos misterios podian sino esplicárseme, ofrecerse al menos a mi vista. La tarde del cuadrajesimo octavo dia de mar, el sol empezaba a ponerse, como he dicho, entre nubarrones torbos; i no bien se habia ocultado tras el ancho lomo de las aguas, por todos los estremos del horizonte asomaban lentamente densas masas de nubes preñadas de tempestades. Oh! la tempestad eléctrica, para quien ha habitado largos años las calladas costas chilenas, tiene encantos májicos cuando el estampido del trueno ha sacudido nuestros oidos desde la cuna. Habia iluminacion en los cielos aquella noche ; los *refusilos* del horizonte ocupaban los entreactos del rayo que surcaba el espacio : nuestra frajil barca tenia empavezados de fuegos de santelmo sus mástiles, i la sucesion de luz solar, i de noche oscura encandilaba los ojos fijos en algun punto de las nubes, anhelando sorprender la súbita iluminacion fuljente. Mui tarde aun de la noche permaneciamos unos cuantos en las banquetas de proa, gozando del espectáculo, conmovidos nuestros nervios acaso por la su-

perabundancia de electricidad; i no bien habiamos cobrado sueño cuando hubimos mas tarde ganado nuestros camarotes, el estámpido de un rayo cercano nos echó de la cama a todos, a los ayes i jemidos del timonel que suponiamos herido; pero la celeste bateria habia errado esta vez su tiro, i nave i timonel escaparon sanos i salvos. El dia siguiente era ahora sí el de la entrada, puesto que estábamos ya en las aguas amarillas. Señaláronse sucesivamente los promontorios de ambas costas; descubrióse la mentida isla de Flores, tarda en dejarse pasar, animando la marina algunas naves que buscaban la alta mar. No ha mucho que la hermosa farola estuvo apagada por órden de Oribe. Estas fechorias me parecen semejantes a las de aquellos que en los caminos de hierro en Europa suelen poner un atolladero para hacer fracasar los wagones. Veiase por fin el rio cubierto de naves ancladas en distintos puntos, como el gaucho amarra su caballo en donde le sorprende la noche, o halla pasto abundante en la pampa solitaria, i a lo lejos un vistoso grupo de torres i miradores, señalaba, aparentemente a la sombra del cerro que le dió nombre, la presencia de Montevideo. La ciudad en tanto se presentaba a nuestro escrutinio con una coqueteria que pocas pueden ostentar. Rueda el buque en torno de ella buscando desde el lado del Océano el ancladero que guardan la ciudad i el Cerro, i en aquellas viradas de bordo que la barca describe como los jiros del ave

acuática que se dispone a posarse sobre las aguas, van presentándose las calles que cruzan la poblacion, i caen de punta bajo el ojo, primero de norte a sur, despues de poniente a naciente, i todavía de norte a sur, con su variedad infinita de grupos i de trajes, de carruajes i de jinetes, interrumpiendo la perspectiva las ondulaciones del terreno que lo asemejan a espuma del rio petrificada. Dan realce a esta vista el material de los edificios de cal i canto todos, sin aquellas pesadas techumbres de las colonias del Pacífico que matan la calle, e infunden desaliento i tristeza perenne en los ánimos. En Montevideo las líneas rectas, puras del estilo doméstico morisco, viven en santa paz i buena armonia con las construcciones del moderno gusto ingles; la azotea con verjas de fierro, a mas de dar transparencia i lijereza al remate, hace el efecto de jardines, de cuyo seno se elevara el cuadrangular, esvelto i blanco mirador, que a esta hora de la tarde está engalanado, vivificado, con grupos de jente que esparcen su vista i aspiran la brisa pura del rio.

A las emociones del viaje se sucedian las del puerto, el paisaje, el muelle, la multitud de velas latinas con que los italianos han animado el movimiento de la rada; el cerro coronado de cañones; los lejanos puntos ocupados por el enemigo, que sombrean el paisaje a lo lejos i dan al espectáculo algo de serio i de amenazante. Es el aspecto de una plaza sitiada imponente de suyo, i el enemigo que cercaba a Montevideo, lo era mio tam-

bien, por aquel parentezco i mancomunidad que une a las dos repúblicas del Plata en sus odios i en sus aficiones. I en efecto, sorprende esta unidad de las dos riberas, de manera de hacer sospechar que su independencia respectiva es una creacion bastarda i contraria a la naturaleza de las cosas. Un ejército arjentino sitiaba la plaza a las órdenes de un montevideano; i la plaza habia improvisado i sostenido su resistencia a las órdenes de un jeneral arjentino. La prensa del *Cerrito* redactábanla montevideanos i la de Montevideo los arjentinos; i en ámbos ejércitos i en ámbos partidos sangre i victímas de una i otra playa confundian sus charcos o sus ayes en la lucha que fomenta el Rio que los une en lugar de dividirlos. Publicaba el *Nacional* a la zazon *Civilizacion* i *Barbarie*, i el examen de mi pasaporte en el resguardo bastó para atraer en torno mio numeroso círculo de arjentinos asilados en Montevideo, comerciantes, empleados, soldados letrados, periodistas i literatos; porque todo allí no presenta hoi otra fisonomia que la que presentó en los tiempos en que ámbos paises solo formaron un estado, con un foro, una universidad i un ejército comun. Estaba pues entre los mios, i mi curiosidad moria a cada pregunta, bajo un fuego graneado de soluciones mas o ménos satisfactorias.

Entrando empero mas adentro en la organizacion de este pueblo, vese que aquellas dos ramificaciones de la familia arjentina son los restos de una sociedad que muere: la vida esta ya injertada

en rama mas robusta. No son ni arjentinos ni uruguayos los habitantes de Montevideo, son los europeos que han tomado posesion de una punta de tierra del suelo americano. Cuando se ha dicho que los *estranjeros* sostenian el sitio de Montevideo, decian la verdad; cuando han negado a estos *estranjeros* el derecho de derrramar su sangre en Montevideo como en su patria por sostener sus intereses, sus preocupaciones de espíritu i su partido, se ha pretendido una de las maldades mas flagrantes, aunque tenga el apoyo de la conciencia de todos los americanos. Sé que la vieja ojeriza española anidada en nuestros corazones, i fortificada por el orgullo provincial de estados improvisados, se irrita i exaspera a la idea solo de dar a los estranjeros en nuestro suelo toda la latitud de accion que no tenemos nosotros; pero hace ya tiempo que el guante está echado entre ella i yó, i cuando en el curso de una vida entera no lograra mas que mellarla un poco, me daria por bien pagado de los desagrados que puede acarrearme. La historia toda entera de estos bloqueos i de estas intervenciones europeas en el Rio de la Plata, que traen exasperados los ánimos españoles-americanos por todas partes, la leo escrita sobre el rio mismo, en las calles i alrededores de Montevideo. Cubren la bahia sin número de bajeles estranjeros; navegan las aguas del Plata, los Jenoveses como patrones i tripulacion del cabotaje; sin ellos no existiria el buque que ellos han creado, marinan i cargan: hacen

el servicio de changadores, robustos Bascos i Gallegos : las boticas i droguerias tienenlas los Italianos ; Franceses son por la mayor parte los comerciantes de detalle. Paris ha mandado sus representantes en modistas, tapiceros, doradores i peluqueros, que hacen la servidumbre artística de los pueblos civilizados : Ingleses dominan en el comercio de consignacion i almacenes : Alemanes, Ingleses i Franceses en las artes manuales : los Bascos con sus anchas espaldas i sus nervios de fierro esplotan por millares las canteras de piedra : los Españoles ocupan en el mercado la plaza de revendedores de comestibles, a falta de una industria que no traen como los otros pueblos en su bagaje de emigrados : los Italianos cultivan la tierra bajo el fuego de las baterias, fuera de las murallas, en una zona de hortaliza surcada todo el dia por las balas de ambos ejércitos ; los Canarios en fin siguiendo la costa se han estendido en torno de Montevideo en una franja de muchas leguas, i cultivan cereales, planta exótica no hace diez años, en aquellas praderas en que pacian ganados hasta las goteras de la ciudad. Todos los idiomas viven, todos los trajes se perpetuan, haciendo buena alianza la roja gaina basca, con el chiripá. Descendiendo a las estremidades de la poblacion, escuchando los chicuelos que juegan en las calles se oyen idiomas estraños, a veces el bascuense que es el antiguo fenicio, a veces el dialecto jenoves que no es el italiano. He aquí el orijen de la guerra del Plata tan porfiada! Estos he-

chos que se han ofrecido de bulto a mis miradas estan ademas apoyados en los datos de la Estadística.

En octubre de 43 daba el padron estos curiosos resultados.

Habitantes de la cuidad :

,,	Orientales	11,431
,,	Americanos	3,170
,,	Europeos	15,252
,,	Africanos (libres)	1,344

Mucha parte de los vecinos nacidos en la ciudad habian emigrado huyendo de los horrores del sitio ; pero otro tanto habian hecho los inmigrados, puesto que desde 1835 a 1842, habian introducídose 33,136 de ellos. La ausencia de los primeros no altera en manera ninguna las proporciones, tanto mas que se tuvo en cuenta a los ausentes al tomar razon de sus familias. Tenemos pues que Montevideo, numéricamente hablando, se compone de estas proporciones : 1 africano, 3 americanos, de los cuales dos i medio arjentinos, 11 montevideanos, 15 europeos.

Apreciaciones morales. *Comercio* ; pertenece a los recien venidos ; en Montevideo como en Valparaiso, son los europeos quienes jiran grandes capitales. El estado de las patentes de jiro espedidas desde 1836 hasta 1842 muestra quienes son los que establecen nuevas casas.

En 1835 llegaron a Montevideo 613 estranjeros : dieronse patentes......?

En 1836	9,146	962.
„ 37	2,382	1,253.
„ 38	3,410 (se ignora)	
„ 39 (Inv.ⁿ de Rosas)	1,163	1,637.
„ 40	2,484	1,695.
„ 41	8,858	2,800.
„ 42	9,874	3,281.

Riqueza; quien dice comercio dice riqueza, i por lo que hace a la que contienen las ciudades esta es la principal, que en cuanto a la *industria*, seria ridículo hablar de reparticion de la riqueza i movimiento de la industria manual entre americanos i europeos. La industria en Montevideo desde el botero hasta el mozo de cordel, está en manos de estos últimos.

No me ha sido dado conocer la distribucion de la propiedad en Montevideo. Cómo ilustraría esta cuestion el saber la procedencia de cada hombre que posee algo i forma por tanto parte constituyente con la suya de la riqueza nacional, i otro tanto sobre los edificios nuevos i antiguos. En este cuadro estadístico, si lo hubiera, de las ventas de casas o erecciones de construcciones nuevas, se veria palpablemente pasar la propiedad urbana de los nacionales de orijen a los nacionales de riqueza creada, como se ve al ojo desnudo, en los almacenes i talleres, que las profesiones industria-

les, el comercio i hasta el servicio doméstico de hombres i mujeres, como el trabajo de peones de manos, cargadores i marinos, ha pasado a las razas víriles i nuevas que van aglomerándose de dia en dia.

En 1836, la poblacion se sentia estrecha en el antiguo recinto de la ciudad. Una *banda negra* compró los eriales vecinos, subdividiólos en calles anchas i espaciosas, i en lotes de terreno que se vendian a 4 reales la vara. Ahora aquellas playas desnudas entónces, sirven de cimiento a palacios suntuosos; las rocas que los afeaban se han convertido en canteras que dan a la construccion la solidez i barniz europeo, i la vara de terreno en este momento está tasada a onza de oro.

De 1835 hasta 38 habian llegado 9,551 *estranjeros* i se edificaron 269 casas.

De 38 hasta 42, 22,381 emigrantes i 502 casas edificadas. A la par del desenvolvimiento de la poblacion europea en Montevideo ha ido la riqueza. Calcúlase la poblacion mista de todo el estado en doscientas mil almas, de las cuales treinta o cuarenta mil estaban reunidas en el recinto de la ciudad. Para estas 200,000 almas de las que en gauchos de la campaña, que no producen ni consumen debe disminuirse la mitad, se introdujeron en 1840, época del mayor auje de Montevideo, siete millones de mercaderias europeas que cambiaron por ocho millones cuatrocientos setenta i un mil pesos de productos americanos, dejando al estado, dos millones i ochenta i siete

mil pesos de renta. Novecientos buques de alta mar entraron en el puerto, i en los primeros 9½ meses de 1841, alcanzaron a 856. En 1836 cuando el movimiento principió entraron 295 buques i salieron 276, introdujeron tres i medio millones i esportaron una cifra por poco ménos igual. Pero hai una riqueza que no se exporta ni introduce, i esta es la que se crea en todos los grandes focos de comercio i de industria, la cual queda en casas i barrios enteros construidos, en millares de familias establecidas, en pequeñas i grandes fortunas improvisadas. Pero en 1842 hai un punto final puesto al progreso, a la europeificacion de Montevideo : los aborijenes se aproximaban a las puertas de la ciudad con sus cañones i sus lanzas.

Premunido de estos datos, mi querido amigo, pregúntese en el fondo de su conciencia, a quién pertenecen los derechos políticos en esta ciudad si a los 11, o a los 11 mas los 15, mas los 3, mas los 1? Riqueza, propiedad urbana, intelijencia, cuál es el título que reclamarian los primeros con esclusion de los otros? Pero tal es la lójica española, la lójica de la espulsion de moros i judios, que toda la América ha simpatizado con la resistencia que el esclusivísmo torpe de nuestra raza opone ciegamente para suicidarse a aquellos movimientos providenciales que salvan pueblos transformándolos. La historia de esta lengua de tierra no se pierde en la noche de los archivos de la colonizacion que guardan Simancas o Sevilla. Hasta 1720 los Charruas, tribu de la gran familia Gua-

rani, elevaba aun sus tolderias cerca de estas playas : pasaron entónces de Buenos Aires algunos individuos, treinta i tres en número, a hacer pacer sus vacas ; los charruas tambien, alegaban su derecho esclusivo a la posesion de la tierra, i como valientes i rudos fueron esterminados. En 1728 desembarcaron trece familias canarias i en 1770, Montevideo contaba 1,000 personas adultas i 100 niños vivos de los nacidos en el año ; sin contar 70 que murieron : un párroco componia todo el personal del culto relijioso.

"La mayor parte de la poblacion, dice un cronista, se compone de muchos desertores de mar i tierra, i algunos polizones que a título de la abundancia de comestibles ponen pulperias con mui poco dinero para encubrir su poltroneria i sus contrabandos"......"Tambien se debe rebajar del
» referido número de vecinos muchos holgazanes
» *criollos* a quienes con grandísima propiedad lla-
» man gauderios" Titúlase el libro que contiene datos tan preciosos : "*El lazarillo de ciegos cami-
» nantes desde Buenos Aires hasta Lima, con sus
» itinerarios segun la mas puntual observacion, con
» algunas noticias útiles a los nuevos comerciantes
» que tratan en mulas; i otras históricas; sacado de
» las memorias que hizo don Alonso Carrió de la
» Bandera en este dilatado viaje i comision que tu-
» vo por la corte para arreglo de correos i estafeta,
» situacion i ajente de posta desde Montevideo. Por
» don Calixto Bustamante, Cárlos, Inca, alias
» Concolorcorvo natural del Cuzco que acompañó*

» *al referido comisionado en dicho viaje i escribió* » *sus estractos. Con licencia en Gijon en la impren-* » *ta de la* ROVADA *año de* 1773." Pues bien, lo que observaba el lazarillo de ciegos caminantes i repetia el Inca Concolorcorvo sucede hoi ni mas ni menos. El montevideano criollo es aquel que canta aun en las pulperias, i lo enrolan para matarlo en el campamento de Oribe o en las fortificaciones de la plaza : subiendo en la escala social, se le encuentra en ambos partidos, sin profesion conocida, salvo honrosas ecepciones como en todo el resto de la América. Oribe por un lado, Rivera por el otro, sus aliados i sostenedores adentro i afuera de Montevideo podrian llamarse con grandisima propiedad *gauderios*, si en lugar de cantar como la cigarra, no se entretuvieran en derramar sangre. Es este el antiguo tipo colonial que se revuelca en el fango i se descompone en los puntos remotos donde el comercio europeo no viene a inyectarle nueva vida ; que resiste vigorosamente, cuando logra rehacerse bajo la inspiracion de un Viriato, como acontece del otro lado del Plata, cual el tísico que en la flor de la edad siente disolverse su pulmon. El mal de Montevideo es el de Tejas, un pueblo que muere i otro que llega ; porque Tejas i Montevideo son los dos desembarcaderos que en las costas españolas se han procurado los inmigrantes. Sé que hai por allí republicanos colonos que toman a lo serio las pretensiones de Oribe a la presidencia *legal*, que como el vino gana en lei a medida que

los años pasan. Cuando falta la conciencia pública, la impudencia de los instintos toma aires de razonamiento. Lo que hai de real aquí es la industria que se atrinchera, contra la arbitrariedad de los haraganes, llámense estos Oribe, Ribera, Rosas, i las escuadras protectoras del comercio, sea la Inglaterra, la Francia o el Brasil, quienes las envien. Hai sostitucion de vida, por tanto sostitucion de gobiernos, pasando de la arbitrariedad del caudillo, que remueve el pais por dar suelta a sus pasiones, a la habilitacion de la masa intelijente, que quiere gobernarse a sí misma i seguir sus propias inclinaciones; en una palabra, hai en Buenos Aires, España esclusiva, en Montevideo, Norte América cosmopolita. Cómo han de estar en paz el fuego i el agua?

He aquí las causas de esta profunda perturbacion que tanto escándalo causa. Millares de aquellos antiguos colonos andan prófugos, creyendo obedecer a impulsos jenerosos: tres años va que el cañon avisa con sus estragos que no hai reconciliacion posible entre lo pasado i lo presente; i la raza desheradada vaga entorno de su antigua ciudad que la rechaza. Un dia habrá de levantarse el sitio de Montevideo, i cuando los antiguos propietarios del suelo, los nacidos en la ciudad regresen, qué cambio Dios mio! Yo me pongo en lugar de uno de aquellos proscritos de su propia casa, i siento todas sus penas i su mal estar. Quiere llamar a esta calle San Pedro, a aquella San Juan, la que sigue San Francisco, i aquella otra

San Cristobal; pero el pasante a quien pregunta no conoce tales nombres que han sido borrados por la mano solícita del progreso para ceder su lugar a los nombres guaranies de la historia oriental.

La que dejó en 1841 fortaleza i ciudadela es hoi mercado de provisiones de boca; la antigua muralla ha cambiado sus casasmatas por almacenes de mercaderias; la tierra ha recibido accesiones del lecho del rio, i por todas partes avanza sobre las aguas muelles públicos i particulares que aceleran las operaciones del comercio. En lugar de aquella Matriz que reunia a los antiguos fieles, encuentra en el punto en que dejó un cubo de las fortificaciones, un templo, cuyas enormes columnas, del gusto griego, i sus decoraciones interiores están revelando que otro culto i otra creencia ha tomado posesion del suelo. En el fronton leerá en dos tablas los preceptos del decálogo, i para chocar su conciencia católica aquel que dice: "Tú no harás imajen alguna tallada, » ni asemejanza de las cosas que estan allá arri- » ba en el cielo, ni aquí abajo sobre la tierra, ni » en las aguas mas abajo de la tierra"

En donde habia dejado una plaza pública encuentra la propiedad individual que hizo suyo el terreno, mediante los recursos que facilitó al gobierno para la resistencia. Todo se ha transformado, las cosas i los hombres mismos. El negro que ayer era su esclavo, lo encuentra ahora su igual, pronto a venderle caro el sudor mismo, con que ántes le enriqueciera gratis. El gaucho orien-

tal con su calzoncillo i chiripá, afirmado en el poste de una esquina pasa largas horas en su inactiva contemplacion; atúrdelo el rumor de carros i de vehiculos; el hierro colado ha remplazado a los informes aparatos que ayudaban su grosera e impotente industria; la piedra que él no sabe labrar sirve de materia para los edificios; robustos bascos, gallegos i jenoveses se han apoderado del trabajo de manos; italianas i francesas hacen el servicio doméstico; i aturdido, desorientado en presencia de este movimiento en que por su incapacidad industrial le está prohibido tomar parte, busca en vano la antigua pulperia en que acostumbraba pasar sus horas de ocio, escuchando cantares de amor i apurando la botella amiga de la desocupacion de espíritu. La pulperia se ha convertido en *auberge*, fonda, *debit* de licores. Quedale la campaña i los bosques, el horizonte ancho i las praderas dilatadas. I que diré del desencanto del antiguo propietario! que fué rico i se siente pobre, por los esfuerzos que hizo para resistir, por las desvastaciones de la guerra asoladora, i por los sacrificios que hicieron los sitiados en su defensa! La confiscacion, aquel crímen legal sancionado por la tradicion española que defendia, le ha alcanzado tambien a él. La propiedad urbana ha sufrido aquellas trasformaciones que en la emigracion de los nobles de Francia esperimentó. El estranjero es el único poseedor garantido. Los partidos oprimidos le hacen ventas simuladas para salvar de la confiscacion; i de la

venta ficticia al contrato real por la accion del tiempo, las mejoras, i el poder del dinero no hai intermedio posible. Oribe mismo triunfante, absoluto soberano por la victoria, la venganza, los hábitos de despotismo i la degradacion de los aboríjenes, se pararia ante esta barrera insuperable, como se han parado todos los restauradores de clases desposeidas i de mundos pasados desde Napoleon hasta los Borbones. Rosas mismo no ha sido mas osado. La confiscacion i el ultraje se han detenido en el umbral del estranjero, i su odio de gaucho i de español se irrita menos por los bloqueos, que por este poder que él no puede avasallar. En medio de su grita eterna, cuando todo enmudece en torno suyo, no ha podido vejar al estranjero, sino en casos dudosos, raros, i cuando no se presentaba suficientemente garantido por su nacion. Oribe entrará en Montevideo, si tal cosa es posible; i qué encontraría para gobernar con la *suma del poder público*, es decir con todo el catálogo de crímenes i de violaciones que a la inquisicion política legó la inquisicion relijiosa? En las partes altas de la sociedad dos mil comerciantes estranjeros a cuya seguridad individual i a cuyas fortunas no le es dado tocar; la mitad de los propietarios de casas, sobre los cuales la confiscacion no alcanza a encarnar su tenaza, porque son de otra pasta que aquella blanda i malleable que componia la antigua poblacion creolla, a la cual es lícito, consuetudinario, i hacedero despojar a título de rebeldes, he-

rejes o de enemigos de tal o cual órden de cosas, que en cuanto a las masas populares, eso es mas serio. Venid a contar las chusma *gauderia*, a quien llevareis amarrados a los cuarteles para dar vuestras batallas contra Rivera el caudillo de los jinetes de la campaña, o contra las escuadras que quieran pediros cuenta de los desmanes de la suma del poder : componen estas masas populares 206 ingleses, 8000 franceses, 7000 españoles, 4000 bascos, 5000 Italianos i entre tantas cifras reunidas algunos dos mil haraganes de poncho i chiripá que tiran carretillas o venden agua. Esta poblacion trabajadora i que os aborrece, ha manejado largos años el fusil con la misma destreza que los instrumentos de las artes. Goza de los derechos de ciudadania por la fuerza del número, de la propiedad, las tradiciones de órden, i por la industria. Qué vais a hacer para someter sus resistencias? Resucitar la espulsion en masa de los moros? Formar un nuevo Paraguai a la embocadura del Rio? Oh! Montevideo! yo te saludo reina rejenerada del Plata! tu porvenir está asegurado ; el incendio de los pajonales del desierto ha pasado ya sobre tu superficie ; la yerba que nazca será fresca i blanda para todos. Proscrito de mi raza, un dia vendré a buscar debajo de tus muros, las condiciones completas de hombre que las tradiciones españolas me niegan en todas partes. Teneis ahora ministros que han nacido en la península, almirantes que arrojó de su seno la vieja Italia ; jenerales arjentinos, corone-

les franceses, periodistas de todas lenguas, jueces que no han nacido en tu suelo. Tantas intelijencias, talentos i estudios profesionales sufocados o rechazados en las otras colonias hallarán en tí patria i asilo. Los hijos de los españoles quisieran asímilarse la industria del estranjero, i conservar paria al industrial; la máquina sin el artífice, el espíritu sin espontaneidad, la conciencia libre para ellos, agarrotada para el que cree en Dios i lo adora de otro modo : la libertad de hacer el mal, sin la libertad de contenerlo. Todas las constituciones americanas lo gritan así sin pudor ; i la prensa i la opinion hacen coro, a esta proclamacion del suicidio que llaman *su derecho*, i la muestra mas clara de su independencia! Raza infeliz, mátate como el escorpion, con el veneno mismo que circula en tus venas!

La Europa viene a dar a Montevideo su significado perpetuo, haciéndola desempeñar para la rehabilitacion de nuestras relaciones con el mundo civilizado, el mismo papel que desempeñó siempre, sirviendo de último atrincheramiento a los principios vencidos, o a los movimientos que comienzan. Las colonias españolas entraban en el séquito que acompañaba a la metrópoli en las grandes cuestiones políticas del mundo, aunque sin voto consultivo. Por ella formábamos parte de la familia europea, i la Europa por la España vivia en nosotros. El señor castellano traia consigo usos e ideas que le mantenian europeo en el centro de las plantaciones primitivas. Todavia vive

el prestijio de aquellos hidalgos, que revela la inferioridad del creollo, pero que era un vínculo de la gran familia cristiana. Otro espíritu reina hoi en estas comarcas. Porque cortó una vez la cadena que la tenia atada, tiende hoi la América a errar sola por sus soledades, huyendo del trato de los otros pueblos del mundo, a quienes no quiere parecérseles. No es otra cosa el *americanismo*, palabra engañosa que hiciera, a oirla, levantarse la sombra de Américo Vespucci, para ahogar entre sus manos el hijo espurio que quiere atribuirse a su nombre. El *americanismo* es la reproduccion de la vieja tradicion castellana, la inmovilidad i el orgullo del arabe.

Tal es la cuestion del Plata mirada con el ojo desnudo de todo prisma de partido, i así la sienten en el fondo de su corazon, todos los embusteros que la revisten de los nombres, formas e intereses que entran en la vulgar nomenclatura política. Vista desde el lado en que la Europa figura, no es menos fecunda en decepciones para la pobre América, que se ajita de indignacion al oir que un punto del continente es amenazado por la conquista europea. A medida que se dilata el horizonte a mis ojos, i observo de cerca nuevos hombres i situaciones nuevas, se desvanecen los prestijios con que la distancia i el éxito revisten los hechos. Quién de nosotros al pensar en la *pérfida* Albion no se esfuerza en desenmarañar los secretos designios de su política; i no se representa a sus ministros de finojos sobre el mapamun-

dí, para preparar un siglo ántes la conquista de algun islote o promontorio? Quién no ha leido *Política de los mares?* Cuando el jeneral Madrid hacia su aventurada campaña sobre las provincias de Cuyo, hubo un momento en que su ejército estraviado en los desiertos de la Rioja, estuvo a punto de perecer hasta el último hombre. Dos dias habia que no comian, i los soldados en partidas, se estendian desesperados sobre un ancho frente, buscando donde aplacar la sed devorante que irritaban el sol i el polvo del desierto. Marchaba el jeneral pensativo i cabizbajo, i su secretario que me ha contado el caso, detenia su caballo para dejarle abandonado a sus profundas reflexiones ; respetando i compadeciendo el dolor de un jeneral sobre quien pesaba en aquel crítico momento la responsabilidad de tantas víctimas sacrificadas. De repente el pensativo jeneral pára su caballo i dirijiéndose a su condolido secretario, le dice : Qué le parece a V., esta letrilla que acabo de componer para una vidalita? recitándole en seguida un mal retazo de prosa rimada i chocarrera. Me parece que la mitad de los hechos históricos son interpretados como el secretario interpretaba la meditacion del jeneral. Hai sin embargo algunos hechos que nunca deben olvidarse. A las naciones poderosas, mientras no haya un Congreso Supremo del mundo, está cometida la policia de la tierra ; i la libertad de la discusion, el presupuesto, i el cambio de los ministerios, hacen imposible todo complot secreto i seguido de largo tiem-

po. La Reina Victoria, por su empleo de reina, ocúpase solo de hacer calceta i cuidar a sus chicuelos. Las Cámaras han sido informadas por Aberdeen que la Inglaterra no tenia derecho a exijir que se le abriesen las aguas de los afluentes del Plata. Donde está pues el oríjen del mal? No en otra parte que donde se halla el oríjen del bien, en el hombre, en la accion personal, en las pasiones buenas o malas de los que están en situacion de crear la historia.

El gobierno ingles tiene un oido i un ojo *oficial* en todos los puntos del globo a donde sus intereses alcanzan ; i de los paises lejanos i poco importantes, por falta de tiempo, apénas sí de vez en cuando se reciben noticias i el ministro ha tenido tiempo de informarse de los antecedentes. En Buenos Aires aquel oido i aquel ojo de la Inglaterra estaban incrustados en la persona de M.r Mandeville, calavera arruinado, Talleyrand de aldea, hombre de 76 años (setenta i seis!) bien sonados : pónese corsé, i refajos, gasta seis horas en el tocador, i tenia en Buenos Aires una querida. M.r Mandeville con todas sus dolamas, era hombre ántes de ser diplomático, i el terror i las cencerradas de la masorca no eran pasatiempos que gustaba de procurarse, sobre todo teniendo una querida. Diez años consecutivos informa a su gobierno *oficialmente* todo lo que convenia a su posicion personal, sin descuidar la coyuntura del primer bloqueo frances, para obtener satisfaccion amigable a los reclamos de su gobierno. Avisán-

le los diarios una mañana que Oribe ha vencido a Ribera, i que marcha el ejército arjentino sobre Montevideo, cuya independencia ha garantido la Inglaterra. Los ajentes diplomáticos al revez en esto de los hombres comunes, *obran*, cuando no saben que hacerse en una emerjencia imprevista. Mandeville i de Lurde protestan colectivamente contra la invasion, miéntras reciben instrucciones de sus gobiernos. Enrédase el asunto, animan con seguridades especiales la resistencia de Montevideo, llamando para dar fuerza a aquel documento al Comodoro Purvis, que estaba a la zazon estacionado en Rio Jeneiro. Purvis es un antiguo marino de 66 años, lleno de jenerosidad, i a su edad espuesto a dejarse afectar por cuentos de Barba-azul. Llega a Montevideo, i como Mandeville en Buenos Aires del terror, él participa allí de la alarma jeneral, con motivo de la aproximacion del ejército de Oribe : cuéntanle las señoras despavoridas los horrores de las matanzas que no habia necesidad de exajerar como lo hace siempre la fama. En un hombre colocado en una alta escala social, educado en los pueblos cultos, estas brutalidades de nuestros terroristas sublevan mas indignacion i encono que entre nosotros mismos que tenemos por antecedentes de gobierno la inquisicion, por tradiciones populares las incursiones de los indios, i por hábitos la violencia i la arbitrariedad aun en aquellos paises mejor gobernados. El Comodoro Purvis en una tertulia de señoras a que asistia una noche i que

puedo nombrar, prometió para consolar a las cuitadas, a fuer de marino viejo i galan, que Oribe no entraria a Montevideo ; i su conducta desde aquel momento hizo honor a su palabra empeñada. Encerró a Brown en las balisas de Buenos Aires, proveia de víveres a los sitiados i por las mañanas salia a las baterias esteriores a dirijir la punteria de los artilleros, a animarlos con su presencia i su coraje. No me burlo de estos actos apasionados. Creo que un hombre de honor i de corazon, aunque sea ingles i comodoro, debe obrar en iguales casos de un modo análogo. Mandeville entretanto estaba en Buenos Aires, i le hacia maldita la gracia la manera independiente i desenfadada de obrar del almirante ; cruzánse notas entre ámbos, i llevan su querella a la Inglaterra. El ministerio ingles, que por diez años habia ignorado *de oficio* lo que se pasaba en el Rio de la Plata, dudó por la primera vez de los informes de Mandeville a quien mandó retirar de su puesto, desaprobando al mismo tiempo los procedimientos espontáneos de Purvis. De parte de la Francia sucedia algo de parecido, i sus ajentes no estaban mas esentos de influencias harto terrenas. El cónsul Pichon de Montevideo propendia por relaciones pasadas de buena intelijencia con Oribe a facilitarle la entrada en la plaza, el consulado frances era la estafeta pública i confesada de la correspondencia de los sitiadores, i a fin de apartar a sus nacionales de continuar en defensa de Montevideo, pagaba cuatro reales diarios a

cada individuo que desertase de la lejion francesa. Mas tarde en el calor de la contienda, desnacionalizó a los suyos, que perseveraron a despecho de esto en su propósito; mostrando así, que cualquiera que fuese la política de la Francia en el Rio de la Plata, la conducta de los franceses establecidos en Montevideo, era espontánea. Entretanto M.r Mareuil, cónsul frances en Buenos Aires, hacía la corte mas asidua a una hermana de Rosas, digna por su rara beldad i los encantos de su trato de hacer perder el ceso a un parisiense mas cortesano aun que Mareuil, i a poco andar en zambras, cabalgatas i galanteos apareció el tratado Mareuil en que la Francia pedia perdon a Rosas de los agravios inferidos. En este estado estaban las cosas cuando la mision Ouseley i Deffaudis llegó. Es el último de estos personajes un hombre afable, entrado en años, sin que ni sus palabras ni su acento revelen nada de aquel espíritu belicoso que se le atribuye. Hablábame sobre sus miras en el Rio de la Plata, sin ostentacion como sin misterio. No traia instrucciones de su gobierno precisas; habia creido necesario para facilitar la paz entre ámbas riberas, despejar el Rio, i habia dado la batalla de Obligado; esperaba órdenes i se proponia obrar segun se lo aconsejasen las circunstancias. Un incidente que se tocó en conversacion dióle ocasion de caracterizarse a sí mismo. Deciase que Rosas hablando de él, habia observado que no habian sabido sus jentes *manejarlo*. No sé, dijome el al-

mirante Deffaudis, lo que el señor Rosas entiende por manejarme. Tengo 60 años, fortuna asegurada, soi par de Francia, tengo la condecoracion de la lejion de honor, i soi almirante de la marina de mi patria, última escala de la carrera a que he consagrado mi vida. Estas circunstancias de posicion me hacen poco accesible a las seducciones que pudieran ensayar los hombres sobre mi espíritu. Mr. Guizot mismo, hoi ministro, dejará de serlo mañana, mientras yo continuaré siempre par del reino i almirante frances.

Andando la conversacion, indicóme una nota que pasaba al gobierno de Buenos Aires, haciéndole sentir que los gobiernos que se salian de los límites prescritos por el derecho de jentes eran *personalmente* responsables de sus actos. Referiase a un decreto reciente, por el cual se declaraban *piratas* a los estranjeros que navegasen en el Rio de la Plata mas allá de Martin García. ¡De dónde quiere introducir el señor Rosas, me decia, esa sostitucion de una palabra por otra para aplicar penas capitales a individuos de otra nacion? El contrabandista, el transgresor, es contrabandista i transgresor; sin que a ningun gobierno le sea dado cambiarlo por un fiat o un decreto en pirata. *C'en est fait* añadió, animándose, si el decreto se pone en ejecucion, cuelgo de las vergas de mi buque al primer jeneral, ministro o gobernador arjentino que haya a las manos; i yo sabré procurármelo. Esto es lo que quiero indicar

con la responsabilidad *personal* que subrayo. Acaso no lo entiendan.

Equivocábase en esto el bueno del Almirante. Arana contestó mui pronto, con mal disimulada aprension, protestando contra esta solidaridad de las personas i de los decretos.

Mucho he debido fatigar la atencion de V. con estas caseras esplicaciones de sucesos tan abultados; pero propóngome seguir la pista a los negocios del Plata i necesito traer a colacion los antecedentes. En esta *melée* en que entran la ciudad i la campaña, Oribe i Rivera; Rosas i los unitarios, los inmigrados i los ajentes diplomáticos, la América i la Europa, enfin, estamos demasiado interesados, para que sea lícito cerrar los ojos, por contentar pasiones vulgares.

Diréle algo de la vida interna de esta Troya que no son a fe griegos los que la sitian, aunque abunden los Aquiles i los Príamos, sea esto dicho en honor de los contendientes. El heroismo anda rodando aquí por calles i campos, como se dice de *l'esprit* en Paris. La organizacion doméstica recuerda la que debieron tener los romanos; la ciudad organizada por centurias; las armas en la habitacion; el soldado con familia racionado por el estado; un senado de los patricios; i una plebe con bala en boca. La unidad está en el designio, el antagonismo, la anarquía i la lucha en los medios. El ódio i los celos pueriles entre los cuerpos, hace oficio de patriotismo, tornando imposible la

traicion. La organizacion de los cuerpos por nacionalidades, trae ventajas para la guerra esterior, harto compensadas por los males que produce para la paz interna. Los orientales oriundos guardan una enemiga profunda contra los arjentinos, que adentro i afuera, los mandan en el campo, dirijen en la prensa, defienden en el foro, i hacen suya la lucha, que el provincialismo quisiera llamar *nacional;* sin que esto escluya la capacidad de los nacionales si bien su personal es mas diminuto. Todas son nacionalidades i la presuncion de injusticia hecha a un italiano, pone en campaña las pasiones calabresas. El domingo pasado un basco queria procurarse violentamente un pescado de los que vendia un negro por las calles. Un capitan arjentino que acertó a pasar por el lugar de la escena, de las órdenes de abstenerse, procedió a lo plano del sable. Una docena de estos mal domados montañeses, salió a la demanda i a las pedradas sucediéronse las balas, dejando muerto al malhadado capitan. Préndese al asesino i ármase el batallon bascuense; negocia el gobierno, i se obtiene un armisticio, hasta que aquel cuerpo regrese de su servicio que sale a hacer a las avanzadas. Miéntras el proceso se instruia, un soldado arjentino, gaucho malo si hubo uno, discute en la pulperia el negocio con otros bascos beodos. Los bascos! dice mirando el carlon purpúreo que contiene su vaso, los bascos! En la salida de la Aguada quienes corrieron?....los bascos! En el encuentro de

las Tres Cruces quiénes dieron vuelta? los bascos. En la...... Un basco que tenía la tranca de la puerta a mano puso fin a esta reseña histórica que iba larga, dejándolo redondo de un trancazo. Habiamos visto de paso, al dirijirnos varios hácia la línea esterior, el alboroto causado por tan trájica como concluyente réplica, cuando a poco trecho encontramos un mayor arjentino que venia seguido por un batallon de negros en dispersion cargando sus fusiles a medida que avanzaban.—Mayor, qué es esto por Dios!—Los bascos nos asesinan, replica rechinando los dientes i enajenado por la cólera : no quedará hoi un basco! —Mayor, son escenas de borrachos. No hai nada, el herido es el cabo N. tan provocativo i tan cuchillero...... El irritado jefe empezó a entender razon, i los tostados veteranos se detenian haciéndose violencia i apoyándose sobre sus fusiles cargados.

Se necesitan fibras de hierro en efecto para gobernar esta tropa soberana. He visto a Pacheco Obes dirijirse solo a una compañía italiana amotinada ; mandarla deponer las armas, i con sola la fascinacion de su voz imperiosa dejarse conducir arrestada.

En medio de estos elementos discordantes, pero amalgamados por el objeto comun, suele hacer incursion de cuando en cuando algun grave incidente hijo del espíritu de la tierra. Rivera ha dejado escapar la ocasion de tomar prisionero a Oribe en su campo, por no prestar el auxilio de

sus jinetes al jeneral Paz : el gaucho no entiende eso de combinaciones estratéjicas ; i no es hombre de someterse a otra inspiracion que la suya, libre i voluntariosa como los vientos. No sé si recuerda V. a aquel coronel Silva valiente como un Cid, que tan gauchas proezas hizo en los primeros tiempos del sitio. Sus caballos habian perecido en las salidas i escursiones sobre el terreno enemigo, i estaba desmontado en la guarnicion del Cerro. Hacia tiempo que el jeneral Paz estudiaba el terreno para dar una batalla campal sin caballería. No léjos del Cerro i mui distante del *Cerrito*, tenia Oribe estacionados ochocientos españoles, la flor de su ejército, en observacion de las operaciones del Cerro. Paz, mensurando la distancia entre este puesto avanzado i el centro del enemigo, habia comprobado que podia ser aniquilado por un golpe de mano, ántes que pudiese ser socorrido. En consecuencia tomaba con el mayor sijilo las disposiciones para este ataque que debia hacer levantar el sitio. El Cerro que tenia una guarnicion limitada empezó a recibir por las noches refuerzos sucesivos, que al fin de algunos dias completaron una division suficiente para la parte que debia confiársele en el plan de campaña. Cuando todo estuvo dispuesto, el jeneral pasó al Cerro i llamando a parte al coronel Silva, confióle el secreto de la empresa meditada i la parte gloriosa que a él se le reservaba. "Entre el cerro, le decia, i el puesto enemigo hai, pongo por caso, tres mil pasos de distancia. V. sale con su

division a las tres de la mañana i está en línea enfrente del enemigo a las cuatro i tantos minutos, contando los retardos que causará el paso del arroyo cenagoso que corre a la base del Cerro. Abre V. el fuego con las cuatro piezas de artillería que lleva. Si el enemigo responde sin salir de sus atrincheramientos, continúa con la fusilería; si quiere retirarse lánceles los 150 caballos que poseemos, avanze V. que yo estaré allí con el ejército para el resto. De la exactitud de sus movimientos, depende la salvacion de todo el ejército." Cuando la leccion parecia bien aprendida, dejadas instrucciones escritas, que marcaban los accidentes del terreno i la hora i minutos en que cada uno debia de ser pasado, el jeneral a las once de la noche hace citar a todos los cuerpos: divídese el ejército sitiado en dos divisiones, toma él el mando de la una, i confia la otra, compuesta de la lejion francesa al mando de Pacheco Obes, a quien dá en aquel momento instrucciones para atacar el cuartel jeneral de Oribe, a la señal que le darian dos cohetes voladores lanzados al aire, desde el punto que a la sazon debia ocupar el jeneral Paz. Emprende este su marcha nocturna; aforránse las ruedas de los cañones en cueros de carnero, prescríbe i obsérvase el silencio mas profundo, i llegan, sin ser sentidos, a medio tiro de fusil del punto fortificado que ocupaban los transfugas españoles. La suerte de Montevideo estaba asegurada; un solo soldado podia escapar, cojidos entre

la division del Cerro que habia bajado al lado opuesto, i el grueso de las fuerzas montevideanas que les habian tomado ya todas las vueltas. Sinembargo era ya pasada con mucho la hora, tan encarecidamente indicada, i ni el ruido del viento ajitando las malezas secas, turbaba el imponente silencio de la noche. Transcurrian los minutos, empezaba a despuntar la aurora, i nada prometia cambiar la situacion natural de las cosas. Si el sol venia a reflejarse sobre los cañones de los fusiles de los que meditaban tan decisivo ataque, un cuerpo del ejército sitiado se hallaba solo en el centro de las líneas enemigas, i la retirada era obra solo del coraje, posible pero desastrosa. El sol aparece en fin, i el jeneral Paz divisa formado en la falda del Cerro i a veinte cuadras de distancia al coronel Silva que habia dicho a sus jentes. "Donde se ha visto batalla sin caballería. Ya lo veremos al manco como lo hacen pedazos." I en efecto el combate fué sangriento : el batallon número 3.° quedó al fin mandado por sarjentos i cabos, habiendo caido en la refriega hasta el último de los oficiales. El jeneral Paz despechado, hizo cargar la caballería enemiga con la lejion italiana, i hubo un momento en que aun creyó arrancar la victoria. Dió órden a Pacheco de avanzar sobre el Cerrito ; la batalla se encrudeció con la llegada de las fuerzas de Oribe, i hubo de disputarse palmo a palmo el terreno para poder entrar de nuevo en la plaza, no sin graves pérdidas. Sitiados i sitiadores se cubrieron de heridas i de

gloria, i Montevideo empeoró su posicion en lugar de salvarse. El gaucho que veia desde el Cerro esta lucha desigual repetia con jactancia. "No lo decia yo. Es locura querer pelear sin caballería."

Traigo a colacion este hecho porque ha vuelto a repetirse en estos dias. Silva era valiente gaucho, i la esponja del olvido pasa facilmente cuando queda sin desteñirse la impresion que el valor probado deja siempre sobre la muchedumbre.

Otro coronel de jinetes habíase visto estrechado por las fuerzas de Oribe i afectado pasarse voluntariamente; no ha un mes empero, que se sublevó poniendo a disposicion de Montevideo el departamento de Maldonado, poblado de ganado i él dueño de cuatro o seis mil caballos. La situacion de Montevideo podia mejorarse notablemente; adquiria un almacen para refrescar sus víveres, caballos para iniciar una campaña desde Maldonado, i la fortuna ayudando, arrollar los puestos avanzados de los sitiadores al sud i dar a la plaza una ancha base, provista de elementos. El caudillo sublevado, pedia con instancia infanteria que lo apoyase en Maldonado, i el gobierno de acuerdo con los interventores Ouseley i Deffaudis mandaron en su auxilio dos buques de guerra ingleses que debian estacionar en el puerto, ciento i tantas plazas del batallon de nacionales de Montevideo, compuesto de los vecinos de aquella ciudad, cuarenta arjentinos i ciento cincuenta ingleses del 73 de línea. Un jefe se necesitaba para

cometerle la importante empresa. Silva fué elejido a fuer de valiente, montevideano *nacido*, gaucho vaqueano de los lugares, i compadre i amigo del jefe sublevado. Nombrósele, pues, i el ministro de la guerra, con la aprobacion de los aliados, le dió por escrito las instrucciones mas detalladas sobre su mision, prescribiéndole estar a la defensiva, fortificar la ciudad i no aventurarse en el pais sino despues de haber asegurado la plaza, para cuyo objeto llevaba artillería i pertrechos de guerra. Pero el gaucho estaba entumecido de no montar a caballo dos años habia. Llega la espedicion a Maldonado; salta a tierra Silva; desembarca la infanteria nacional durante la noche; trasnocha él preparando monturas i caballos, amanece el dia i diciendo a los suyos, "Nosotros no necesitamos de gringos", se lanza al campo, a gauchear, a caracolear su caballo, a respirar el aire del bosque. Sale, i a cuatro cuadras cae de improviso en el centro de una fuerte division enemiga, e infantería, cañones, todo queda en poder del enemigo, todo ménos él; porque el gaucho valiente no cae nunca en manos de sus enemigos; cifra en esto su gloria, como en salir parado cuando rueda su alazan. Los ingleses, que no habian desembarcado aun, volvieron a Montevideo a traer la noticia del desastre, i Oribe ganó mas que una batalla, al apoderarse de cien orientales autochtonos o aboríjenes, cosa importantísima donde se lucha en nombre de la nacionalidad de orijen contra la nacionalidad de eleccion, de for-

tuna, de sangre derramada i de sacrificios reales.

Otro punto de la fisonomia particular de este pais es la constitucion política del Estado, la manera de entenderla, i las costumbres públicas. Sobre lo primero lo remito a la obra que publica Varela, en que con rara erudicion i como buen unitario, compila i analiza todas las constituciones que se han servido darse las Repúblicas americanas, candoroso i útil trabajo que consultará sin duda el Dictador de Buenos Aires para formular la que ha de rejir a sus estados. De esta obra o de la materia que contiene no mencionaré sino un capítulo que parece ha traido a todos los constituyentes preocupados. La lengua castellana es mui púdica i no acierta a nombrar las cosas feas sino con perifrasis o alusiones; i creo que esto esplica la diversidad de nombres que se da en todas las constituciones a la arbitrariedad acordada a los gobernantes en los casos en que los romanos creaban un dictador temporal. En Inglaterra llamase suspension del *habeas corpus*, por alusion a la acta acordada a los comunes. Apellidánla *Voto de confianza en España*, por la conciencia que el gobierno tiene de la desconfianza que inspira. *Suma del poder público*, llamóla el sagacísimo Rosas, por nõ serjente mui ducha en sumar sus gobernados, que han dejado incluir en las partidas cedidas, el derecho de quitarle jamas la suma misma. En Francia, Chile i otros paises llamásele *estado de sitio*, para significar con la palabra misma que la ciudad, o departamento, o

nacion, serán en un momento dado, rejidos por las leyes ordinarias con que son rejidas las plazas sitiadas. En Montevideo, no satisfechos con ninguna de aquellas clasificaciones de la cosa mala que todos apetecen, dejóse a un lado *declarar el pueblo en asamblea* i se la llamó *suspension de las garantias.*

Recuerdo i comparo todas estas fraseolojías para hacer sentir a V. la oportunidad con que una parte mui seria del Congreso se empeña en levantar la *suspension de las garantias*, o lo que es lo mismo, *levantar el estado de sitio*. Mientras esta rara pretension se discute, una emboscada que se habia apostado en un hospital de la marina brasilera, situado en la falda del cerro, há muerto tres soldados de Oribe i apoderádose de una balija, inocente portadora de la estafeta del cerro a la ciudad. Hai en ella cartas para medio Montevideo; periódicos para los abonados; letras i órdenes para los banqueros; consultas literarias sobre la bondad i eficacia de tal artículo, e instrucciones para los ajentes políticos, a fin de que continuen tal negociacion interrumpida con los interventores; i sea dicho en honor de la impotencia i blandura del Poder Ejecutivo, todo ello terminó en algunos arrestos, incluso el del Juez del Crímen, a quien se consultaba sobre el rumbo que debia darse a la polémica de los diarios.

En cuanto a la administracion de las rentas públicas, no piense V. encontrar aquella probidad i órden a que solo han alcanzado Chile, i Buenos

Aires desde los tiempos de Rivadavia. El estado es el enemigo comun, i entre los paises de largo tiempo despotizados, pasa mas tiempo todavía sin formarse la conciencia pública, sobre el respeto a aquella propiedad anónima que a nadie empobrece, i que puede añadirse a la propia. Montevideo fué largo tiempo provincia, i provincia mal gobernada; plaza de armas española; conquistada despues por los primeros ejércitos revolucionarios, a quienes nadie ha atribuido la invencion de los presupuestos; la administracion portuguesa agravó el desórden. Ribera despues de la independencia mandaba a las cajas órdenes oficiales, para el pago de partidas de juego; i ministros de Oribe han dicho en plena Cámara, que no cambiaban empleados, por no cambiar de dilapidadores.

La ciudad, entretanto, se entrega a los placeres para olvidar sus torturas; si bien todos ellos se tiñen de los colores de la época. En un mezquino teatro dánse mezquinas representaciones en español, italiano i frances, como el archivo de Buenos Aires. En estos dias se ha representado una rapsodia orijinal, que queria pintar una de las escenas horribles de la masorca. Yo he empezado a tenerle menos ojeriza a aquella respetabilísima Sociedad desde que la he visto tan estropeada. La verdad no siempre es verosimil, i lo real rara vez es dramático. Estas funciones tienen por lo demas objetos mui laudables; ántes de todo aturdirse el público en medio de sus su-

frimientos, i por añadidura socorrer con los beneficios al *Hospital de sangre*, equipar una division que sale a campaña, o favorecer a las viudas de los que han muerto en los combates diarios. El paseo de la tarde a falta de alamedas se hace diariamente por la hermosa calle central de la parte nueva de la ciudad, de treinta varas de ancho i con aceras de cinco en cada costado, la cual partiendo de la antigua ciudadela va hasta la trinchera actual i conduce al campo que divide las baterias avanzadas, i a donde vienen a morir las balas enemigas. En lugar de líneas de árboles, las hai en la tarde de soldados que acaban de ceder su puesto, a la gran guardia que se apresta para salir a hacer su peligroso servicio nocturno en los puestos avanzados. Amenizan otras veces la escena el ejercicio de cazadores de los batallones negros, o una revista del 73 o del 45 de línea ingleses. Las músicas de estos cuerpos o la de los artistas italianos que encabezan la lejion de sus nacionales, animan con sus melodías las calladas noches de la ciudad cercada. Como los combates diarios han disminuido de algun tiempo a esta parte, diviértense las baterías avanzadas en cruzarse algunos cañonazos, i no es raro que los domingos por la tarde, en que las señoras se aventuran a salir fuera de la trinchera, las envien sus compatriotas de afuera algunas balas perdidas. A veces me ha ocurrido que estos emisarios vienen de parte de algun despechado amante, que reconoce en las figuras esveltas a aquellas que en

otro tiempo le juraban amor eterno. Por lo demas, el hábito ha hecho a esta poblacion indiferente para con el rumor de los combates, siendo de buen tono no dar señales ni de temor ni de compasion. Las camillas de los heridos entran en la ciudad sin llamar la atencion. Ayer estaba yo sobre la azotea de mi habitacion atizbando los cañonazos que se disparaban las baterias de la izquierda; en la azotea vecina leia una señorita, mientras la brisa de la tarde ajitaba graciosamente sus vestidos de luto. Daba el frente hácia la campaña i no obstante que los cañonazos menudeaban, no la ví una vez sola levantar sus miradas. No era así, empero, en los primeros dias del sitio, en que las madres, las esposas, las hijas i las amadas se agolpaban al porton de la muralla, a ver entrar las parihuelas que a veces se contaban por centenares, a fin de reconocer en los heridos i moribundos los caros objetos de su predileccion, comprometidos en las fuerzas que se estaban batiendo afuera, i cuyas filas veian desde las azoteas raleadas por la metralla i la fusilería del enemigo. El valor de las mujeres se ha ejercitado noblemente en los hospitales de sangre, encomendados desde temprano a la solicitud de una Sociedad de Señoras, i en los que sobre mas de seiscientos heridos, a veces, han derramado el tesoro de consuelos, solicitudes i auxilios, que solo ellas saben dar sin que se agoten. Oprime el corazon ver por las calles centenares de hombres amputados, cuya existencia hace honor, sin embargo,

a la Sociedad, al arte i a la noble solicitud puesta para salvarlos. Enseñáronme un soldado a quien una bala de cañon llevó un dia su pierna.... de palo, como a Daumesnil que ocurriéndole otro tanto, decia: "qué chasco se ha dado la bala; tengo un surtido de piernas de reemplazo."

Todos mis deseos de hallarme en un combate no han sido parte a motivar una escaramusa seria en esta temporada. El dia mismo de nuestro arribo dos soldados ingleses, que se paseaban fuera de la línea, como hubiesen ya comido, habian perdido naturalmente el rumbo, i en lugar de dirijirse a la plaza se encaminaban al campo enemigo. La primer avanzada que tocaron les ofreció mui cortesmente, como se debe con estranjeros descaminados, conducirlos.... prisioneros. Mientras los beodos se orientaban, acudió el comandante Villagran con su asistente i el combate se trabó contra catorce hombres de que constaba la fuerza enemiga. Sobrevino el mayor García con un sarjento, atraidos por las casacas coloradas de los gringos, i el centellear de los sables, i lograron alejar a los enemigos, devolviendo sanos i salvos dos defensores a la Reina Victoria. Pocos dias despues creí llegado el momento de un combate jeneral. El Almirante de la escuadra inglesa dió aviso a las autoridades de la plaza de estarse moviendo el campo enemigo, i haber visto descender batallones desde el Cerrito. Hai en las fortificaciones de la plaza una elevada atalaya desde donde se monta guardia con el anteojo

para escudriñar los movimientos del campo de los sitiadores. Otro vijia está en el Cerro i otro en una de las torres de la Iglesia. El ejercicio de tres años ha dado a los funcionarios mirones el conocimiento exacto de todo lo que ocurre; i no pocas veces se ha prevenido el golpe meditado por alguna circunstancia insignificante observada, que salia de los hábitos diarios del campamento. La triple vijia de la ciudad no anunciaba novedad ninguna; i fuese deferencia del gobierno a la solicitud cautelosa del almirante, fuese paso convenido para examinar el espíritu de las tropas, la jenerala empezó a batir, i las órdenes se impartieron para prepararse al combate. Desde luego las azoteas viéronse coronadas de millares de señoras i vecinos armados de anteojos, i comentando cada uno a su modo el anunciado amago; los ayudantes, jefes i oficiales corrian en todas direcciones; aturdia por todas partes el rumor de carros, trenes i furgones que hacian retemblar el empedrado; las puertas de los almacenes se cerraban unas en pos de otras, dejando fuera a sus tenedores, convertidos en soldados armados, i dirijiéndose sin entusiasmo ni prisa a los lugares convenidos para la reunion de los batallones respectivos. El 76 de línea ingles en traje de parada desembarcó de la escuadra i vino a ocupar la cabeza de la columna, rompiendo sus cajas de municiones, armando sus camillas para heridos, i aprestando sus hospitales ambulantes. El 45 debia guardar el puerto. La lejion arjentina se

presentó en la línea, i no es posible que pinte las emociones penosas que su vista me causó. Habíase compuesto al principio de seiscientas plazas, i hoi no contaba sino ciento veinte. Noventa i nueve oficiales salidos de sus filas habian muerto en los combates, seis u ocho mutilados habian sido dados de baja, i el resto habia desaparecido en destacamentos perdidos i suministrado jefes i oficiales a los otros cuerpos veteranos. Al dia siguiente de mi llegada muchos de estos compatriotas me habian mandado suplicar que fuese hasta su campamento para verlos, pues que muchos de ellos carecian de calzado para ir al hotel a saludarme. En el dia de la parada estaban ya mejor montados puesto que habian recibido ellos como los otros cuerpos el primer vestuario que se les daba despues de catorce meses. La lejion arjentina habia sido, bajo las órdenes del jeneral Paz, la guardia imperial del ejército. Se la colocaba en los puntos donde era necesaria una muralla de hierro para contener al enemigo, o se la lanzaba a restablecer las posiciones perdidas. Esta posicion se la daba naturalmente la situacion moral de los individuos que la componian, emigrados todos, para quienes no habia otra salvacion que la victoria. Seguiase la lejion italiana, fuerte de seiscientos combatientes, notables por la fisonomia acentuada de los pueblos meridionales, su sombrero plomo adornado de una pluma por todo uniforme, i la bandera negra con la imajen del Vesubio en erupcion que en otro tiempo enarbo-

laron los calabreses contra las armas francesas. Los bascos formaron a poco trecho, raza primitiva, semicivilizada, como V. sabe, de estatura mediana, cuadrada, i conocida por las fuerzas atléticas de sus individuos. La gaina roja o azul i las alpargatas de esparto constituian su uniforme. Dos batallones franceses sucediánseles con la bandera uruguaya, por haber sido desnacionalizados por el Cónsul Pichon que habia en vano querido estorbar que se armasen. Ultimamente algunos centenares de marinos desembarcados de la escuadra francesa se recibieron de la guardia del porton de la muralla. El batallon de nacionales de Montevideo; una partida de quince caballos de extramuros; los restos de tres batallones de negros libertos diezmados por los combates i las enfermedades, desfilaban a tomar sus puestos en las avanzadas de cazadores. Por entre los flancos de las tropas se deslizaban por centenares individuos que no perteneciendo a cuerpo alguno iban con su fusil a tomar un lugar en las baterias de la muralla.

En esta rara reunion de pueblos i de razas, de europeos, i de africanos que vienen a prestar su brazo en una contienda americana habrá V. echado ménos a los representantes de la España, que mas afinidad tiene con nuestras costumbres. No es que falten sus combatientes, sino que se hallan en el bando opuesto. A principios del sitio se armaron en un cuerpo como las otras nacionalidades; quince dias no pasaron ántes que las simpatias, las tradiciones nacionales no dejasen sentir

sus efectos. Una noche el jeneral en jefe recibe el estraño aviso que la gran guardia, apostada al frente de la muralla, se habia desertado en masa. Desde entónces 600 españoles sirven de tropa escojida i guarda de su campo a Oribe. Esta defeccion hacia decir al jeneral Paz, a los españoles que le habian permanecido fieles, en baldon de los culpados: "I VV., les decia, que se han quedado haciendo aquí? Vamos! el camino está franco. No quiero españoles en mis filas. Mis charreteras las he ganado peleando contra españoles. Este brazo me lo invalidaron los españoles!" Tan cierto es que las masas populares no se equivocan nunca en sus predilecciones. Italianos, franceses, orientales i arjentinos han pasado al bando enemigo; pero estos son actos individuales. El vínculo que une a la mayoria está en los instintos de libertad, en la conciencia del derecho, en el odio de la arbitrariedad. Los españoles eran en su mayor parte carlistas i las simpatias los llevaban a otro campo; la violencia, el terror, el odio a los estranjeros, todos sus instintos de raza, hasta la semejanza en los medios de hacer la guerra encontraban allí, en Oribe, jefe del partido carlista nacional americano.

Miéntras aquellos imponentes preparativos tenian lugar en la plaza, las vijias daban parte de iguales movimientos i aprestos en el campo enemigo; hasta que avanzado ya el dia ámbos campos comprendieron que por entónces no podria empeñarse el combate con que parecian amagar-

se recíprocamente. Decifróse entónces el enigma. Era sábado, i en el campo de Oribe tenian costumbre de hacer bajar las tropas por batallones a lavar en un arroyo vecino. Las vijias no daban por tanto aviso de este accidente sin importancia, que habia alarmado al Almirante ménos conocedor de los hábitos de los sitiadores; los cuales a su vez, viendo los preparativos de la plaza, habian corrido a las armas i empezado a tomar serias disposiciones para el combate.

Cuánta sangre empero i cuantas víctimas habia costado dar a los sitiados este espíritu guerrero de que tan no estudiada ostentacion hicieron aquel dia, a punto de dejar maravillados al almirante i marinos ingleses que pudieron comprender que la plaza con tales defensores estaba fuera de peligro. Los primeros meses del sitio lo fueron sangrientos. Los sitiadores venian disciplinados por una larga campaña de mas de mil leguas, decorada por cinco victorias, i precedidos por el terror de las matanzas i de las crueldades inauditas de Córdova, Tucuman i Mendoza. La plaza no tenia por soldados sino jóvenes entusiastas, estranjeros arrancados a sus quehaceres, i negros que cambiaban el yugo de la esclavitud, por el dorado de la libertad del soldado. Era preciso quebrantar el orgullo del enemigo, desvanecer la fascinacion del terror, i habituar al combate a los que nunca habian oido silbar las balas. Esta es la obra mas grande del jeneral Paz, i la que ménos le ha valido para su reputacion. Sea

dicho de paso que en América es mas fácil defender una trinchera que atacarla; el combate de sitio, el asalto no entran en las tradiciones militares del soldado americano, como el abordaje i la trinchera abierta entra en las de los ejércitos europeos. Oribe con sus valientes soldados, sus pertrechos de guerra, se ha dejado clavar en un campamento tres años, por no sentirse fuerte para ir a dar un asalto, aleccionado de su insuficiencia en una temprana tentativa; dejándose despojar de la siniestra aureola de terror que rodeaba su nombre en los primeros tiempos. Los bascos i los italianos sobre todo, han escarmentado a los sitiadores, volviéndoles iguales o mayores actos de crueldad, hasta quedar al parecer cerrado aquel sombrio episodio de nuestras guerras civiles en que parece que se habia querido renunciar al carácter de cristianos, apeteciendo en cambio el renombre de caníbales. El terror habia venido perfeccionándose desde la República Arjentina; administrado allí *oficial* i civilmente, en el ejército adquiria un ritual militar que debia hacerlo efectivo sobre los soldados de la plaza. Hasta el año pasado eran frecuentes escenas análogas en los puestos avanzados de los sitiadores. Cuando se preparaba una degollacion de los prisioneros hechos en los combates diarios, bajaba del Cerrito, centro de las posiciones de Oribe, un batallon que escoltaba a la procesion de oficiales i aficionados, conduciendo las víctimas a los puestos avanzados, a fin de que los sitiados oyesen la

infernal algazara. Disparábase un cohete volador para anunciar el principio de la fiesta. Hacíase en seguida repetir a los prisioneros las proclamas federales que se hacen en los teatros, en los diarios, avisos &c., i al empezar la lista en las tropas, a saber : Viva la Federacion! Viva el Ilustre Restaurador! Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios! Los infelices debian repetirlas con precision, con enerjia, simulando entusiasmo, cólera; i si el temor o la congoja se dejaban traslucir en lo tembloroso o apocado de la voz, venian en su ayuda puntazos i golpes, hasta que hubiesen repetido la letania en la forma prescrita. Los agazajos irónicos, las amenazas, los chistes sangrientos i los insultos groseros, seguian i comentaban las emociones de la víctima, ya fuese que las lágrimas rodasen por sus mejillas, sin pedir misericordia, ya que la naturaleza pudiese mas que aquel vano orgullo que hace a la jeneralidad de los hombres morir con aparente calma. La música militar entre tanto hacia resonar el aire con la *Resbalosa* (llamada así por alusion al cuchillo) marcha andante, de una vivacidad festiva, destinada esclusivamente para estos actos, como la Marsellesa para los combates, i cuyos ecos llevaban a las tropas de la ciudad el aviso de que sus compañeros eran en aquel momento sacrificados. He oido a uno de nuestros compatriotas que al escuchar de los puestos avanzados, en el silencio jeneral de la noche, las melodias siniestras de la *Resbalosa*, temblaban de

horror i de miedo los centinelas. Aquella obertura de la muerte se prolongaba mas o menos segun la resistencia del paciente, o el desden con que algunos provocaban la rábia de sus asesinos. Por fin, un intelijente se acercaba, i con la precision de un anatomista abria en el cuello la vena yugular, para que empezase a desangrarse lentamente, en medio de los vivas de los espectadores que asechaban con avidez los afectos del paciente; la trepidacion de las piernas, flaqueando por la estenuacion; el movimiento tembloroso de los lábios sin voz, esforzándose por recitar oraciones de piedad, o prorrumpir en blasfémias i maldiciones, i el revolver de los ojos en la última agonia. Todavía en este cruel momento habia quien se acercase al agonizante a gritarle al oido "Viva el Ilustre Restaurador ¡Mueran..........!!!"

Despues se procedia a cortar las cabezas, i hacer mutilaciones en el cuerpo que la pluma se resiste a especificar. Veces ha habido que el tránsito de una calle de extramuros estaba obstruido por una hilera de cabezas de franceses así cortadas.

Por mas detalles vea V. a Cooper, i los viajeros que han descrito las costumbres de los salvajes de la América del Norte. Ignoro si entre nuestras tribus indíjenas existen prácticas semejantes, para achacar estos actos a tradiciones populares. Las colonias españolas han vivido durante tres siglos en una tranquilidad patriarcal, i solo con la revolucion comenzaron a verse ejecuciones i derramamiento de sangre; ¿será que en

el hombre sea natural aquella fiereza que tiene sufocada la civilizacion i las leyes, i que reaparece de nuevo cuando esta doble presion afloja? ¿Bárcena habria leido viajes i descripciones de las torturas de los prisioneros entre los Sioux i los Iroqueses? O bien será que una raza traiga en la sangre las tradiciones de sus padres, i éstas revivan i se animen con la exitacion de los ódios políticos, como aquellas culebras entorpecidas en nuestros campos, a quienes el calor del sol devuelve el uso de su veneno mortífero? Lea V. entónces a Llorenti, *Memorias para servir a la historia de la inquisicion*, i allí puede encontrar afinidades mui ilustrativas.

En medio de este caos de intereses, respirando la atmósfera cargada de humo, i encerrados en un horizonte que a cada punto tiene aparejadas tormentas que de una hora a otra pueden descargar sobre sus cabezas, la Musas arjentinas cualquiera que sea la ribera donde les sea permitido entregarse a sus sueños, lo divinizan todo hasta la desesperacion i el desencanto. Me parece que una causa profunda hace al pueblo español por todas partes poeta; intelijencias caidas como aquellos nobles de otro tiempo descendidos a la plebe, con organizaciones e instintos desenvueltos; mentes elevadas i ociosas, que se remueven i ajitan en su nada, revelando su elevada condicion por entre los harapos que las cubren. El español inhábil para el comercio que esplotan a sus ojos naves, hombres i caudales de otras na-

ciones, negado para la industria, la maquinaria, las artes, destituido de luces para hacer andar las ciencias o mantenerlas siquiera, rechazado por la vida moderna para que no está preparado, el español se encierra en sí mismo i hace versos; monólogo sublime a veces, estéril siempre, que le hace sentirse ser intelijente i capaz si pudiera de accion i de vida, por las transformaciones que hace esperimentar a la naturaleza que engalana en su gabinete, como lo haria el norte americano, con el hacha en los campos, aquel poeta práctico que hace una pastoral de un desierto inculto, e inventa pueblos i maravillas de la civilizacion, cuando del seno del bosque asoma su cabeza a la márjen de un rio aun no ocupado. ¡Yo os disculpo poetas arjentinos! Vuestras endechas protestaran por mucho tiempo contra la suerte de vuestra patria. Haced versos i poblad el rio de seres fantásticos ya que las naves no vienen a turbar el terso espejo de sus aguas. I mientras otros fecundan la tierra, cruzan a vuestros ojos con sus naves cargadas el *almo* rio, cantad vosotros como la cigarra, contad sílabas, mientras los recien venidos cuentan los *patacones*; pintad las bellezas del rio que otros navegan; describid las florestas i campiñas, los sotos i bosquecillos de vuestra patria, mientras el teodolito, i el grafómetro, prosaicos en demasía, describen a su modo i para otros fines los accidentes del terreno.

Qué de riquezas de intelijencia i cuanta fecundidad de imajinacion perdidas! Cuántos pro-

gresos para la industria, i que saltos daria la ciencia si esta fuerza de voluntad, si aquel trabajo de horas de contraccion intensa en que el espíritu del poeta está exaltado hasta hacerle chispear los ojos, clavado en un asiento, encendido su cerebro i ajitándose todas sus fibras, se emplease en encontrar una aplicacion de las fuerzas físicas a producir un resultado útil!

El canto del poeta arjentino se eleva rudo i barbaresco desde las filas del soldado, hasta depurarse i tomar formas mas cultas en la boca de coroneles, ministros i jenerales. La poesia ha servido no pocas veces a despertar intelijencias dormidas, lanzándolas en la vida pública. Pacheco Obes, el jefe montevideano, es poeta; i poeta es Lamas, que llegó al ministerio; poeta era Rivera Indarte, i a noble estirpe de poetas pertenece Florencio Varela, el eco de la razon pública en estas aguas, el intermediario entre los hijos de la España i los ajentes de las naciones, el último Moicano de la raza pura de los constitucionales; digno representante de un partido que ha desaparecido hasta el último, por la muerte de los jefes, i por la desmoralizacion del resto, que ha ido desprendiéndose i cayendo, como las carnes i tegumentos que revisten el esqueleto de los animales sin vida. Vuelvo a mis poetas: Ascazubí el primero, bardo plebeyo, templado al fuego de las batallas, soldado raso en el Tala (Tucuman), asistia al primer combate del jenio gaucho, oficial en el sitio de Montevideo ha podido venir a

encontrar el torrente que desde entónces ha venido engrosándose i venciendo débiles obstáculos, como lo venció a él, hasta dar esta última batalla en las murallas que el espíritu europeo le opone. Ascazubí esplota con felicidad a veces aquel jénero popular que traduce en acentos mesurados las preocupaciones de las masas; el arma que Beranger opuso a los Borbones, el jénero en que Rubi en España ha mostrado toda la riqueza de exajeracion, de fraude, de holgazaneria del jitano i del andaluz. ¿Cómo hablar de Ascazubí, sin saludar la memoria del montevideano creador del jénero *gauchi-político*, que a haber escrito un libro en lugar de algunas pájinas como lo hizo, habria dejado un monumento de la literatura semibárbara de la Pampa? A mi me retozan las fibras, cuando leo las inmortales pláticas de *Chano el Cantor*, que andan por aquí en boca de todos. Echeverria describiendo las escenas de la Pampa, Maldonado imitando el llano lenguaje, lleno de imájenes campestres del Cantor, qué diablos! porque no he de decirlo, yó, intentando describir en Quiroga la vida, los instintos del pastor arjentino, i Ruguendas, el verídico pintor de costumbres americanas; he aquí los comienzos de aquella literatura fantástica, homérica de la vida bárbara del gaucho, que como aquellos antiguos Hicsos en el Ejipto, hase apoderado del gobierno de un pueblo culto, i paseado sus caballos, i hecho sus hierras, sus festines i sus laseaduras en las plazas de las ciudades. Paréceme ver

al viejo *Chano* de las islas del Tordillo, acercándose al pago de la Guardia del Monte, al tranco majestuoso i pausado del caballo del gaucho, estirado el cuello del corcel sin gracia, miéntras que el jinete, sentándose sobre las vértebras describe con su espalda una curba que avanza hácia delante la cabeza inclinada para romper el viento, i dejar al cuerpo toda su flexibilidad. "Con que amigo," le dice Contreras, al verlo llegar, "¿diaonde diablos sale? Meta el redomon, desensille, votoalante! ..... ¡Ah pingo que dá calor!" Cordial salutacion que encierra ya muestra sencilla de la hospitalidad de la Pampa, i el cumplido mas lisonjero que puede hacerse al gaucho, alabarle su caballo. "Pero si es trabuco, Cristo!" esclama el gaucho lisonjeado. "Cómo está señor Ramon?" —"Miéntras se calienta el agua i echamos un cimarron; qué novedades se corren?..—Novedades! qué sé yo; hai tantas, que uno no acierta a que lado caerá el dos, aunque le esté viendo el lomo. Todo el pago es sabedor que yo siempre por la causa anduve a frio i calor. Cuando la primera patria al grito se presentó Chano con sus hijos. Ah tiempo aquel..! ya pasó! Si fué en la patria del medio lo mismo me sucedió. Pero amigo en esta patria.....! Alcánzeme un cimarron."—Qué triste! qué doloroso es este alcánceme un cimarron! Cuántas cabilaciones van a empezar cuando el gaucho comience a sorber su mate amargo. Toda la historia de la revolucion pasa rápidamente por su memoria. Los primeros tiempos de en-

tusiasmo los ha juzgado ya esclamando "Ah! tiempo aquel! ya pasó." Los desencantos vienen en pos: "En diez años, dice, que llevamos de nuestra revolucion, qué ventajas hemos sacado? Las diré con su perdon; robarnos unos a otros, aumentar la desunion, querer todos gobernar, i de faccion en faccion andar sin saber que andamos; resultando en conclusion que hasta el nombre de paisano parece de mal sabor." I no es que al buen sentido del gaucho se esconda la causa del mal, que es el espíritu de localidad, el espíritu castellano de odio i aversion contra el estranjero, llamando tales a los mendocinos i salteños, tal es su rabia de encontrar estranjeros. Chano pone un caso, en que lo que no pudo hacer la jente del pais hízolo un mocito forastero, a quien no se premió por ser estranjero. E ahí la historia de las repúblicas americanas, solo que Chano, el pobre cantor de la Pampa no alcanzaba a ver sino el odio entre las provincias; mas tarde habria visto el odio entre los estados; el odio de los nacidos en el suelo contra los que vienen a poblarlo. "Es un dolor ver estas rivalidades", replica Contreras, "perdiendo el tiempo mejor, solo en disputar derechos, hasta que, no quiera Dios! se aproveche algun cualquiera de todo nuestro sudor." Dios lo quiso, empero, gaucho Profeta del desierto, en 1820; el cualquiera presentóse, i hace ya largos años, sin que sea dado vaticinar el fin de esta última patria, tan triste, tan larga!

Sigue en la procesion de poetas montevideanos

i arjentinos grande muchedumbre de versificadores de mas o ménos mérito. He debido a uno de ellos palabras llenas de calor en una composicion que Varela encontró bella. Figueroa se ha distinguido por sus Toraidas tan festivas i tan apasionadas por la tauromaquia, que da gana de creerlo aficionado de la puerta de Alcalá en Madrid. Indarte ha seguido a Berro a la tumba, Dominguez ha remontado el Paraná i halládose en la cruenta batalla de Obligado. Marmol, despues de sus peregrinaciones por el mar, en aquel viaje que V. sabe, sin desenlace como todas nuestras empresas, refujióse a Rio Janeiro a trascribir sin duda bajo la sombra de algun palmero del trópico, los versos que habia compuesto entre las fríjidas borrascas del Cabo de Hornos que no pudo doblar.

Para indemnizarme de tantas pérdidas, he encontrado a Echeverria, manso varon, como es poeta ardiente i apasionado. Su intimidad me ha ahorrado largas horas del fastidio de una plaza sitiada. ¡ Cuántas pláticas animadas hemos tenido sobre aquello que está del otro lado del rio! Echeverria, que ha engalanado la Pampa con las escenas de la *Cautiva*, se ocupa de cuestiones sociales i políticas; sin desdeñarse de descender a la educacion primaria, como digna solicitud del estadista americano. Alma elevadísima por la contemplacion de la naturaleza i la refraccion de lo bello, libre ademas de todas aquellas terrenas ataduras que ligan los hombres a los hechos ac-

tuales, i que suelen ser de ordinario el camino del engrandecimiento. Echeverria no es ni soldado ni periodista; sufre moral i físicamente; i aguarda sin esperanza que encuentren las cosas un desenlace para regresarse a su patria, a dar aplicacion a sus bellas teorías de libertad i de justicia. No entraré a examinarlas por lo que puede ser que trasluzca V. algo en un trabajo que prepara para ver la luz pública bajo el nombre del *Dogma Socialista*. El poeta vive empero aun al traves de estas sérias lucubraciones.

Echeverria es el poeta de la Desesperacion, el grito de la intelijencia pisoteada por los caballos de la Pampa, el jemido del que a pié i solo se encuentra rodeado de ganados alzados que rujen i caban la tierra en torno suyo, enseñándole sus aguzados cuernos. ¡Pobre Echeverria! Enfermo de espíritu i de cuerpo, trabajado por una imajinacion de fuego, prófugo, sin asilo, i *pensando* donde nadie piensa : donde se *obedece* o se sublevan, únicas manifestaciones posibles de la voluntad. Buscando en los libros, en las constituciones, en las teorías, en los principios la esplicacion del cataclismo que lo envuelve, i entre cuyos aluviones de fango, quisiera alzar aun la cabeza, i decirse habitante de otro mundo i muestra de otra creacion. Echeverria tiene escrito un poema que reasume todos aquellos desencantos, aquella inquietud de ánimo i aquel desesperar sin tregua que forma el fondo de sus cavilaciones. El *Anjel Caido*, es una beldad que ha pecado,

i que se arrepiente ; pero en el título solo ¡quién no vé a la patria de sus sueños, solo que no se atreve a hacerla prostituta impúdica, como Jeremias el cantor hebreo! La tiene lástima todavía, i pide perdon por ella.

"Era un Anjel, Señor, de ese tu cielo,
Pero andando en la tierra peregrina
Olvidó acaso su mision divina,
Por criatura humana sintió amor;
Perdónala Señor.
Envíala una luz que la ilumine,
Un anjel que la guarde i encamine
Por la senda mejor:
Que la regale siempre horas serenas
I que aplicando bálsamo a sus penas
Te lleve su ofrenda mediador;
Perdónala Señor."

A falta de sentimientos morales para engalanar su Patria, tan humillada i tan cubierta de lodo, Echeverria canta las grandezas naturales de su Rio:

"Me place en el Pampero
Esa tu lídia jigante
I el incansable hervidero
De tus olas a los pies,
I la espuma i los bramidos
De tu cólera soberbia,
Que atolondra mis sentidos,
Llevan a mi alma embriaguez.
I me place verte en calma

Dormir como suele a veces
Dormitar tranquila mi alma,
O mi vida material,
Cuando la luna barniza
Tu faz de plata, i jugando
El aura apenas te risa
La melena de cristal:
Me places cual la llanura
Con su horizonte infinito,
Con su gala de verdura
I su vaga undulacion;
Cuando en los lomos del bruto
La cruzaba velozmente
Para aturdir de mi mente
La febril cabilacion.
I te quiero ¡oh Plata! tanto
Como te quise algun dia,
Porque tienes un encanto
Indecible para mí;
Porque en tu orilla mi cuna
Feliz se meció, aunque el brillo
Del astro de mi fortuna
Jamas en tu suelo ví.
Te quiero como el recuerdo
Mas dichoso de mi vida,
Como reliquia querida
De lo que fué i ya no es,
Como la tumba do yacen
Esperanzas, ambiciones,
Todo un mundo de ilusiones
Que ví en sueño alguna vez."

He aquí al verdadero poeta, traduciendo sílaba por sílaba su pais, su época, sus ideas. El Hudson o el Támesis, no pueden ser cantados así;

los vapores que hienden sus aguas; las barcas cargadas de mercaderías, aquel ormiguear del hombre, aforradas sus plantas en cascos, no deja ver esta soledad del Rio de la Plata, reflejo de la soledad de la Pampa que no alegran alquerias, ni matizan villas blanquecinas, que ligan al cielo las agujas del lejano campanario. No hai astilleros, ni vida, ni hombre, hai solo la naturaleza bruta, tal como salió de las manos del Criador, i tal como la perpetua la impotencia del pueblo que habita sus orillas. ¡I si fuera posible aturdirse con la esperanza de mejores tiempos, cuando las ciudades broten, i los astilleros atruenen con los golpes del hacha i del martillo, i los vapores jaspeen el aire con bocanadas de humo, i las naves se apiñen a la entrada de los docks, para burlar la furia del Pampero! Pero no! En la imajinacion española, no entra el progreso rápido, súbito que trasforma en los Estados Unidos un bosque en una capital, un eriazo en una provincia que manda dos diputados al congreso. Lo que ántes fué, será siempre, i tienen razon : el rei, i la República, la libertad i el despotismo ; todos pueden pasar sobre los pueblos españoles, sin cambiar la fisonomia árabe, berberisca, estereotipada indeleblemente.

Despues de Echeverria he gozado de la frecuencia de Mitre, poeta por vocacion, gaucho de la Pampa por castigo impuesto a sus instintos intelectuales, artillero, sin duda buscando el camino mas corto, para volver a su patria, espíri-

tu facil, carácter simple i mesurado, i escelente amigo.

Alcina, Varela, Wright, Pico, Cané, Velez, cuantos arjentinos intelijentes encierra, tantos amigos dejo en esta ciudad, erizada de cañones, devorada por pasiones mezquinas, i encargada de la mas alta i gloriosa obra que pudo encomendarse a un pueblo.

Un abrazo a todos mis amigos.



Señor don Miguel Piñero.

Rio Janeiro, Febrero 20 de 1846.

Son las seis de la mañana apénas, mi querido amigo, i ya estoi postrado, deshecho, como queda nuestra pobre organizacion cuando se ha aventurado mas allá del límite permitido de los goces. El sol está ahí ya, en el borde del horizonte, escudriñando los mas recónditos recesos de este cráter abierto en cuyo interior esta fundada Rio

Janeiro. Me pone miedo el sol aquí, i concibo que los pueblos tropicales lo hayan adorado. Paréceme ver en él cuando se presenta en los límites celestes, aquella figura de Miguel Ánjel que preside al juicio final, implacable en sus miradas que dominan la tierra, atlética en sus formas que revelan su poder incontrastable. Es un tirano sobre cuya faz no es uno osado de echar una mirada furtiva; sus rayos se sienten presentes a toda hora, agudos como flechas, penetrantes como lluvia de agujas. Despues de veinte dias de residencia en esta ciudad permanezco inmóbil, los brazos tendidos, las fibras sin elasticidad, agobiado bajo su influencia letárjica. Anúnciase apénas la aurora, i ya el calor del sol ausente aun pone en movimiento la vejetacion, bulliciosa ella misma, como los enjambres de insectos dorados que la pueblan. Bajo los trópicos la naturaleza vive en orjia perenne. La vida bulle por todas partes, ménos en el hombre que se apoca i anonada, acaso para guardar un equilibrio desconocido entre las fuerzas de produccion. El hombre nacido en estas latitudes, resiste a su accion instantánea; pero a la larga, vésele en sus hijos, en sus hábitos, debilitarse i perder la enerjia orijinal de la raza. El estranjero venido de climas templados, se siente paralizado en sus movimientos, como en aquellas pesadillas, en que el brazo no obedece a la impulsion que quisiera darle la voluntad en un soñado peligro; anda escondiéndose del astro matador, i acechando su ausencia para ir a contem-

plar como un intruso las obras de este artífice supremo de las maravillas tropicales. I entónces, cuando la vista se ha esparcido sobre este conjunto de cuadros, de sombras luminosas i de luz reberberada, se comunica a los sentidos la fatiga del espíritu, gastado por la sensacion de lo sublime, que en la vida no se ejercita sino de tarde en tarde i por minutos, i que dura aquí horas enteras; i el pobre neófito vuelve a buscar su hogar sintiendo su nada, i la limitacion de sus facultades físicas i morales.

Hoi me pone al fin la pluma en la mano una de aquellas sensaciones que exitan la efervescencia del ánimo i superan al decaimiento de los miembros. Cuando el sol asoma su disco colosal en el horizonte, sábelo el que duerme en el apartado i oscuro retrete del interior de los edificios. Dormido, siente uno moverse el aire en olas tibias que se vienen empujando, ormiguearle la sangre, dilatarse los poros para convertirse en fuentes de donde fluyen mares; i a las locas ideas que revuelve la imajinacion, se suceden movimientos estraños, como de luces que se apagan, como de fantasmas que huyen o se evaporan, como de pesos que van acumulándose sobre los miembros i estorbando el movimiento, con un alargarse al parecer de las fibras cada vez mas i mas, hasta que a la sensacion de la fuerza se ha sostituido la languidez, la muerte en vida del cuerpo i la enervacion del espíritu. Esto es el despertar del trópico, i esta mañana, cuando recobraba el senti-

miento de la existencia así mutilada, un desconocido rumor de sonajas metálicas, i de voces humanas, porque decididamente aunque estrañas, pertenecian a las modulaciones de nuestra especie, venia a confundirse en aquel caos del espíritu que se llama sueño. Incorpórome pesadamente, i los ruidos toman la forma neta i despejada de la realidad; asómome a la ventana que domina la plaza i la *esclavatura* se me presenta en toda su deformidad. Larga recua de negros encorbados bajo el peso de la carga seguian al trote, al madrin que en la delantera ajitaba sonajas de cascabeles i campanillas. Negros arrieros cerraban la procesion, chasqueando sus látigos sonoros para avivar el paso de las mulas humanas; i aquella bestia en dos pies, léjos de jemir bajo el peso, canta para animarse con el compas de su voz: al oirla en coro con la de los que le preceden i le siguen se siente hombre todavía, i prevee que hai un término próximo a su fatiga, el muelle donde las naves cargan, i un fin lejano, la muerte que cura todos los dolores.

Paréceme que todas las injusticias humanas vinieran del sentimiento de la debilidad. La raza negra queda hoi tan solo esclavizada por los últimos en la escala de los pueblos civilizados, los portugueses i los españoles. La *esclavatura* es como los pañales de la indústria. Hasta los romanos la guerra se hizo, como medio de hacer provisiones; hasta ayer no mas la indústria que nacia traia un esclavo para atarlo a la tahona, o

uncirlo al yugo. Pero cuando el hombre se ha encontrado en posesion de las matemáticas, ha dejado de esplotar hombres, i sostituido a la fuerza de los caballos mismos las del vapor, que pone en movimiento las máquinas de su invencion. Hai esclavos donde no hai poderes dinámicos, donde el individuo se reconoce débil en presencia de las resistencias físicas, hailos en el Brasil, en Cuba, i en la estremidad sud de los Estados Unidos. Pero bien cara que pagan esta injusticia! La raza blanca en Rio Janeiro está plagada de enfermedades africanas, que participan del carácter odioso i deforme de las dejeneraciones de los trópicos, donde lo que no alcanza a ser bello es monstruoso i repugnante; mariposas doradas o sabandijas espantables. La raza esclava sirve de seguros del despotismo, i el amo no osa ser libre, porque siente removerse bajo sus plantas, la víctima que a su vez oprime. La familia, aquel último asilo del egoismo, se disuelve tambien i el cáncer de la esclavatura lleva la degradacion al hogar doméstico, la crápula sucia a veces, i la relajacion de todos los vínculos sociales. El asilo doméstico es un estrecho i velado santuario entre los pueblos lusitanos. El esclavo hace parte obligada de la familia : el amo descubre con su ojo negrero atractivos raros en su esclava jóven que le hacen olvidar los deberes conyugales; i en aquellas casas cerradas casi siempre a los estraños se arrastran, como esas feas alimañas que se placen en la oscuridad i en el fango, torpe guerra

entre marido i mujer, orjias de adolescentes que hacen bajo el techo doméstico el aprendizaje del vicio : a veces susúrrase de tal dama que ha tenido un desliz con un esclavo, i la esposa infeliz sufre de continuo las mordeduras atroces de los zelos, viendo a la par de la suya crecer familias espúreas de los que pueden llamar hermanos o padres a sus hijos. Así el crímen cometido contra una raza, i consentido por la moral pública, va deponiendo lentamente sus jérmenes en el seno mismo de la raza opresora, para obrar a la larga una de aquellas grandes e infalibles compensaciones, con que el mal se equilibra en el mundo moral, tornándose siempre en desagravio de los oprimidos! Oh! porque no ha dado Dios a los tiranos una vida mas larga que a sus víctimas momentáneas, a fin de que no se sustrajesen con su temprana muerte a la lei infalible del mal, que es matar al mismo que lo promueve.

El *mulato* se levanta ya en el Brasil amenazando vengar bien pronto las injurias hechas a su tostada madre. Raza viril que conserva la sangre ardiente del africano, templada para bullir bajo los rayos verticales del sol, al mismo tiempo que la organizacion de su cráneo lo liga a la familia europea. Dumas, Heredia, Petion, Barcala, aquellos nobles mulatos, viven aquí en todos cuantos hombres notables brillan por las artes, la música, la poesía, i las ciencias médicas. La raza pura portuguesa cae visiblemente en la decrepitud, i en la inanicion ; i en las Cámaras i en

la prensa diaria, mas fecunda aquí en injurias que entre nosotros, todo se dicen los contendientes hasta sodomitas, menos mulatos; porque cada uno se siente implicado en el reproche, en sus hijos, en sus deudos o en sí mismo. Hai una lei que prohibe el uso de este epíteto, medida segura para pesar la gravedad del mal.

Medetengo sin quererlo sobre las brillantes cualidades morales de esta raza intermediaria entre el blanco que se enerva en los climas ecuatoriales i el negro incapaz de elevarse a las altas rejiones de la civilizacion. Otra vez habia notado la predisposicion constante del mulato a ennoblecerse, i su sentimiento esquisito del arte, que lo hace instintivamente músico. Viénele la primera cualidad de haber ensanchado su frente, i la segunda de la sangre africana que calienta su nuevo i mas idóneo cerebro. El negro canta, i sus nérvios se robustecen i cobran alientos, cuando habian tocado ya el último término posible de la accion humana. Si un negro va en las calles de Rio Janeiro agoviado bajo el peso de la carga, i otro observa que las piernas le flaquean i su espinazo se estremece, exhaustos ya los poderes de tension, corre presuroso en su auxilio, pónesele al lado i le canta acompasándose a la marcha. Responde con voz adolorida i sepulcral el paciente, aviva el canto el auxiliar, i poco a poco la voz se aclara, el paso se afirma i el duo se sigue alegre i mesurado. Entónces el negro amigo ha terminado su obra de caridad, dando al aflijido música que

remonte sus fibras, volviendo sobre sus pasos a continuar su camino de que se habia desviado. Cuando los remeros esclavos han vogado dos horas i por sobre sus anchas espaldas corre a mares el sudor, i sus ojos undidos brillan con luz taciturna, míranse entre sí i prorrumpen en un canto con palabras inintelijibles cual ensalmos dirijidos al Fetiche. El golpe de los remos mide el compas, i algunos minutos despues el lijero esquife hiende las olas como arrebatado por una corriente irresistible. Una vez de camino a una visita encontré un grupo de africanos haciendo corro a uno que cantaba; acompañábanle con los movimientos de los ojos i el golpe de las manos todos los que le rodeaban, i con los pies uno que estaba pesadamente cargado. Dos horas despues, acertando a pasar por el mismo lugar, detúveme asombrado a contemplar el mismo grupo embriagado con aquella ambrosia que hacia olvidar al uno su pesada carga i a todos las horas transcurridas. ¡Cuánta animacion en aquellos semblantes radiosos de felicidad i de entusiásmo, cuánta voluptuosidad en aquellas bocas entreabiertas, i cuánto fuego en aquellas miradas fijas i centelleantes! No! los artistas de la ópera no me han mostrado sentir la música como una negra a quien requebraba sin duda, en canto mandinga o cafre un negro que la detenia en la calle. Su boca, sus ojos, sus nérvios todos seguian por segundos las modulaciones monótonas del tentador, como si cada nota de aquellas se asentase visiblemente en su fisonomia, anima-

da hasta la exaltacion i el delirio. El entusiasmo es la calidad mas dominante en el negro, i el amo avaro para eccitarlo, hace que su recua cante, afin de hacerla dar la última partícula de accion i de trabajo. ¿Nos vendrá por ventura la música del sol como los colores? ¿Por qué brilla en Italia i va disminuyendo en harmonias a medida que se avanza hácia el norte, hasta las playas de Inglaterra? Hai en la naturaleza tropical melodias inapercibibles para nuestros oidos, pero que conmueven las fibras de los aboríjenes. Oyen ellos susurrar la vejetacion al desenvolverse, i en los palmeros donde solo escuchamos nosotros murmullos del viento, distinguen los africanos cantos melodiosos, ritmos que se asemejan a los suyos. ¿La harmonia i la belleza por qué no han de ser cuerpos imponderables tambien como el magnetismo i la electricidad, que solo necesitan un estimulante para producirse? En los climas templados reina sobre toda la creacion un claro obscuro débilmente iluminado que revela la proximidad de las zonas frias, en donde el pinabeto i el oso son igualmente negros. Suba V. la temperatura algunos grados hasta hacerla tropical, i entónces los mismos insectos son carbunclos o rubies, las mariposas plumillas de oro flotantes, pintadas las aves que engalanan penachos i decoraciones fantásticas, verde esmeralda la vejetacion, embalsamadas i purpúreas las flores, tanjible la luz del cielo, azul cobalto el aire, doradas a fuego las nubes, roja la tierra, i las arenas entremezcladas de diamantes i de topacios.

Paseome atónito por los alrededores de Rio Janeiro, i a cada detalle del espectáculo siento que mis facultades de sentir no alcanzan a abarcar tantas maravillas. Desde el mar al aproximarse el buque, llégase a un estrecho pasaje que custodian de pié el jigantesco Pan de azúcar, i una estraña figura de cadáver humano que parece un rei Borbon tendido sobre su tumba. Los viajeros se muestran este capricho del perfil de una montaña, a cuyos lineamentos la imajinacion presta luego todos los detalles de la realidad. Esto es solo la boca del proscenio, i allí colocado el espectador ve de un golpe desenvolverse ante sus ojos la hasta entónces escondida Bahia de catorce leguas de profundidad, sembrada de islas verdinegras en primer plano, azules mas lejos, i blanquecinas al fin, como para quitar la monotonía de punto de vista tan vasto, terminando a lo lejos el horizonte la montaña de los Órganos que eleva al cielo sus picos de mayor a menor como las flautas del instrumento, que le da nombre.

En medio de la ciudad, en el centro de los barrios mas populosos se alzan siete Morros revestidos de verdura, brillante como un mosaico de esmeraldas; el *pasto de Africa* cubre el terreno, i donde un corte o un derrumbe de la tierra impide la vejetacion el panizo de un rojo vivísimo se deja ver para hacer contraste con los diversos matices de verdes, plateados, negruscos o amarillosos que los árboles entrelazados entre sí por diversas lianas, ostentan en deliciosos sotillos, cual

si trataran de prestarse mutuo apoyo en los declives i sinuosidades que los protejen contra las invasiones de la civilizacion que las circunda. El café crece a la sombra del árbol del pan, i el cocotero, las mangas, los naranjos por poco que hallen espacio i tierra se agrupan en verdaderas selvas primitivas.

Todas las tardes ascendiamos, penosamente por la fatiga que el calor causa, uno de los Morros, i las sensaciones de placer, el inefable deleite, la eccitacion de entusiasmo casi delirante que causa esta naturaleza siempre de gala, siempre brillante i recargada de perfumes i de flores, léjos de saciarse, era un nuevo aguijon para concertar nuevas esploracioncs a un Morro inmediato.

Hácia el sur de la ciudad i costeando el mar se estienden los barrios aristocráticos del Catete i Botafogo, verdadero Saint-Germain de la nobleza estranjera, de la diplomacia, la finanza i todo lo que puede aspirar a la holganza reposada que exije un clima abrasador. Pero este Saint-Germain brasilero conserva todo el tipo del pais. La mansion inglesa está circundada de jardines, cubierta con una capa de enredaderas que apénas os deja dar con la puerta, abrigada bajo la sombra de los árboles estraños en formas i frutos que el pais produce.

Botafogo tiene una bahia aparte, que semeja un lago tranquilo casi encerrado por promontorios coronados de palmeros, i a su espalda se levanta el Corcobado, inmenso fragmento de granito

que se avanza de una manera amenazante sobre la línea perpendicular, como si el nucleo de la montaña hubiese querido sacar la cabeza, en medio de las convulsiones de la agonia, a respirar el aire libre, sufocado por las masas de vejetacion, yerbas, arbustos, árboles, enredaderas, amontonadas, superpuestas, intrincadas e impenetrables que la cubren desde la base hasta los cuatro quintos de su elevacion total. El paisaje que desde la cumbre del Corcobado se descubre es estupendo. Al oriente la inmensa Bahia con sus buques i sus islas, hácia la base la ciudad i sus alrededores, i los Morros mirados a vista de pájaro i nivelándose aparentemente con el suelo como Oasis floridos. A la espalda hácia el occidente i el norte un mar de verdura, cuyas olas las forman una serie de montañas que se pierde en el horizonte, i que sirven de guarida inabordable a los negros cimarrones.

Las calles centrales de la ciudad son estrechísimas, quizá consultando en ello la escasez de vehículos para el movimiento de las mercaderías que hacen los negros a hombro; pero las mas apartadas i de data mas reciente son espaciosas i rectas de veinte i aun treinta varas de ancho. El empedrado se compone de fragmentos de granito ajustados entre sí con arena i cascajo, lo que le da una tolerable igualdad i la duracion que no puede obtenerse en Chile con los empedrados de guijarro. Entre las ventajas con que la naturaleza se ha complacido en dotar a Rio Janeiro, cuenta la

inapreciable de la mas rica especie de granito azul con criaderos de rubí. Parece que hubiera una muestra perceptible, en el material de los edificios en América, de los progresos de la civilizacion o de la proximidad de la Europa. En Chile, desde el mas rico propietario hasta el infeliz labriego, construyen con barro, o adoves i reboque de tierra mojada. En Montevideo la construccion se hace con ladrillo i cal esclusivamente, lo que revestido de estuco da a la ciudad una apariencia elegante i elevada. En Rio Janeiro se construye con granito, cortado en paralelógramos que sostienen el marco de las ventanas i puertas, distribuidas jeneralmente a tres pies unas de otras; de manera que estos trozos de piedra forman el esqueleto del edificio cuyos pequeños lienzos rellenan con escombros de granito informè, amasado con estuco.

Con tan durables elementos de construccion, ayudados de mármoles de Italia, jarrones, bustos, estátuas, azulejos i arabescos en estuco con que decoran los frisos, los edificios toman un aspecto risueño i culto a la vez. Las plazas públicas casi siempre pequeñas e irregulares, si se esceptua el Campo de Santana que es una plaza monstruo a la que desembocan por lo menos seis calles de cada costado, estan dotadas de una fuente de agua que es un edificio o una torre, flanqueada de surtidores multiplicados a fin de facilitar la provision que por centenares a un tiempo aguardan los esclavos todo el dia sin interrupcion. Alimenta

a estas fuentes entre otros de menor cuantía, el magnífico acueducto de Jacobo IV, que desde la cúspide del Morro de Santa Teresa conduce las aguas sobre arcadas superpuestas como las romanas del acueducto de Valencia. Rio Janeiro posee varias obras públicas de consideracion, pudiéndose contar entre ellas la calzada de Pedro I, que atravesando un terreno fangoso que en otro tiempo ocupó el mar i hoi invade la poblacion, conduce al palacio de San Cristoval, edificio pasablemente, si no bello, embellecido con estátuas, i que situado sobre una eminencia, domina el inmenso jardin del Emperador, donde se aclimatan las plantas útiles de todos los climas. El primer dia de carnaval, a fin de escaparnos de la granizada de globillos de cera llenos de agua de olor con que de todas las ventanas asaltan, empapan i aturden al indefenso transeunte, Ruguendas el pintor de costumbres americanas i yo, nos dirijimos al jardin del Emperador, donde nos hospedó durante todo el dia, M.r Koning un naturalista aleman mui estimable que preside a los trabajos del jardin, casi abandonado hasta la época en que el príncipe de Joinville residió en el pais i afeó tanta incuria. No sé si V. ha visitado alguna vez un jardin botánico acompañado de un naturalista, apasionado como lo son casi todos de esta segunda creacion que la ciencia ha hecho clasificando las plantas, estudiándolas en su oríjen, familia, costumbres &c, como si fueran pueblos de distintas razas i paises. Es necesario ser

mui inculto, para no sentirse interesado en despecho de los nombres técnicos en esta esposicion que el *cicerone* naturalista va haciendo, a medida que encuentra una nueva planta que mostraros. "Esta pertenece a la especie......de la familia, del jenero....viene de la isla de Borbon, la flor, la hoja &c., llaman vulgo.......sirve &c. Esta otra de Méjico, cual de la nueva Guinea, cual otra del centro de África, todas útiles, o raras o estraordinarias i aun estravagantes por sus formas. Hai calles de árboles hermosísimos del pais i se estaban formando otras del árbol del pan, i de bambues; compartimientos ocupados por plantaciones de té, alcanfor, clavo de olor, canela &c. &c. Mostráronme un sembrado de un pasto fuerte i largo que sirve maravillosamente para techar cabañas; un árbol cuya corteza sirve para hacer ligaduras; una especie de palma para construir con sus hojas un tejido para bolsas de café, i multitud de árboles i plantas productivas o aplicables a la industria, de todos los paises tropicales del mundo. Proponíase el Emperador aclimatar en su jardin, todas las plantas exóticas que forman la riqueza del Jardin Botánico, vasto establecimiento de aclimatacion, situado en direccion opuesta, a tres leguas de la ciudad i detras del Corcovado. Un diputado habia denunciado este jardin como un lujo inútil que absorvia las rentas del Estado. Es efectivamente un bellísimo establecimiento, sostenido con asiduidad estrema, i enriquecido con cuanto vejetal produc-

tivo hai en los paises tropicales i cuyas semillas i plantas se distribuyen gratis a los hacendados que las solicitan. Por lo demas no sé si el diputado tenia razon o no; pero no hace 50 años a que se introdujo la primera semilla de café a Rio Janeiro; no hace treinta a que se estrajo la primera bolsa del aclimatado, i hoi pasan de 800,000 las que llenan todos los mercados del mundo; la azúcar i los diamantes han cedido su lugar al café como produccion principal, cuatrocientas mil almas forman la provincia de Rio Janeiro que esplota el café; la capital se ha llenado de riquezas, de edificios i de poblacion, la Bahia está siempre en movimiento proveyendo café a los centenares de buques que lo demandan, i el café es en fin el Anjel Salvador del Brasil cuyos azúcares pierden de dia en dia su valor en todos los mercados. La provincia de San Pablo empieza a producir de regular calidad, i gracias al Jardin Botánico, el alcanfor, i el clavo, i la canela, i el té brasileros pueden una vez presentarse en los mercados europeos, si no temibles por su calidad, respetables por las grandes cantidades en que pueden ser producidos. Es imposible imajinarse las dificultades con que las mejoras o los nuevos ramos de industria tienen que luchar en América, por el apego a la rutina, la incuria i la pereza que en los pueblos enjendra la facilidad de vivir *como quiera*, i con *cualquier cosa*. Sin goces, como sin necesidades, el gobierno debe estimular esta pereza, haciendo brillar ante los ojos de estos pueblos niños las

joyas cuya posesion solo les costaria estender las manos. Quien sabe por otra parte cuanto ha contribuido el Jardin Botánico a desenvolver el gusto por la jardineria que he notado, i que tanto embellece la vida doméstica. El Paseo público de Rio Janeiro es tambien un hermoso jardin de árboles i plantas brasileras que un particular donó al rei, que en recompensa lo hizo conde o marques del Paseo público, ni mas ni ménos como Napoleon hacia un duque de Bellune o un príncipe de la Moskua. Para terminar con los jardines i la naturaleza tropical que tan encantado me tienen, diré a V. que he debido a los jardines públicos de Rio Janeiro, el placer de conocer la rara vejetacion tropical en cuanto de mas rico ostenta en toda la tierra, conservada en todo su esplendor i su brillo. M.r Koing me decia, "en Europa en los conservatorios verá V. estas mismas plantas, pero tristes, pálidas, como tísicos que en un hospital viven a fuerza de arte i de cuidados. Aquí estan como en su pais, bajo este cielo abrazado, alzándose en medio de la atmósfera húmeda i tibia que les conviene, i sacudidas i bañadas por las lluvias, que las mantienen siempre brillantes, como si acabasen de salir de las manos del Creador." I en efecto es el carácter peculiar de la vejetacion de los trópicos esta rareza de formas, i de colores, cualquiera que sea la dimension del vejetal, revestidos sus troncos de musgo, sus ramas recargadas de parásitas florescentes, i sus hojas brillantes siempre i resplandecientes.

La ciudad facilita por medio de omnibus capacísimos la comunicacion entre el centro i las estremidades. La aduana está en la ribera del mar i los buques atracan a cuatro o cinco muelles de descarga, que ahorran la intervencion de lanchas depositando desde la bodega del buque, por medio de un aparejo, la carga en almacenes. Otro muelle hai para la descarga de frutos del pais, otro para descargar café, i diez o doce mas para desembarco de pasajeros, o mayor comodidad de los buques que estan cargando. Cada hora parte un vapor que lleva i trae los vecinos que tienen negocios en Playa Grande, o motivo de visitarlo. Todos los dias va uno a las islas; cada dos otro al fondo de la Bahia : cada semana salen dos para Santos, San Pedro i Puerto Alegre, i cada quince otro en fin que costea la márjen del Atlántico, llega a Pernambuco, Bahia i Pará, límite del imperio al Norte. Como V. lo vé, el Brasil en locomocion acuática sale ya del rol de los pueblos Sud-Americanos, que tan supina incapacidad han mostrado hasta aquí en todo lo que tiene relacion con la viabilidad. Aquel movimiento parte de la capital tan prodijiosamente situada en el medio de la América del Sur, a orillas de la bahia mas espaciosa i segura del mundo, entre el Cabo de Hornos i el de Buena Esperanza, centro de todos los derroteros marítimos, donde se cruzan las líneas de Europa i Estados-Unidos, escala del Pacífico a la vez que de los mares de la India, astillero, i estacion naval indispensable.

Rio Janeiro, en la navegacion universal, ocupa el mismo puesto que Bizancio o Constantinopla en la antigua esfera de navegacion dentro del Mediterráneo. El resto del imperio, a medida que sus provincias se alejan de las costas, presenta el aspecto de la naturaleza primitiva; el camino se cambia en senda variable segun los estragos que las lluvias hacen sobre el terreno. La agricultura se hace en Minas Geraes, sin demarcacion de la propiedad, pasando las labores de un lugar a otro, a medida que los matorrales arborescentes del trópico dejan espacio para las plantas cultivables. Existen en las poblaciones de campaña, lejanas de Rio Janeiro, asesinos de profesion, matones que ganan su vida ejerciendo la justicia, por encargo de las partes agraviadas; el gaucho aparece en San Pablo i en San Pedro, con sus hábitos de incuria i sus poderes sorprendentes de destreza i de enerjia. La descomposicion en fin se efectua en los estremos como en el resto de la América, si bien la compensan la vida que principia en la capital.

Ya ha visto V., mi buen amigo, como el *mulato* suplanta al blanco; pero aun hai otros movimientos que equilibran aquella fuerza, bien que siempre en detrimento de los oriundos del pais. Acumúlanse de dia en dia en Rio Janeiro los portugueses de la península, que ya se cuentan en número de 50,000, conservando siempre sobre los habitantes del independiente imperio, aquella superioridad de enerjia i de fuerzas productoras que

caracteriza al europeo aunque sea portugues, i arrogándose ademas pretensiosa superioridad como pertenecientes a la metrópoli. Los portugueses de allá miran a los de acá como una especie de albinos, llamándolos *macacos* por alusion a una familia de monos. Así el odio de los brasileros contra sus *godos* aquellos, se aviva cada vez mas por la decidida influencia que les dan sus riquezas adquiridas, i no pocas veces su superioridad en intelijencia. Síguenseles los europeos en jeneral que ostentan en la Rua Directa i en la de Ouvidor todas las magnificencias del comercio europeo, espuestas con gusto parisiense. El europeo es allí la parte viva de la sociedad : de él son las naves, suyos los almacenes, él entra como parte obligada en todas las empresas, i por él i para él, los negros estan en continuo movimiento. Yo he buscado en vano en Rio Janeiro al brasilero, sin poderlo encontrar sino por raras muestras que me han dejado sospechar que debe existir en alguna parte. El brasilero de oríjen es noble, aunque a veces mulato, condecorado de cruces de diamantes, ministro, aduanero, empleado, o hacendado, en cuya última funcion tiene que habérselas con el portugues. El brasilero ha bloqueado los empleos, allí no hai cuarentena para el estranjero que no puede ser ni injeniero, razon por la que no hai todavía un mapa del imperio ni una carta topográfica de la provincia de Rio Janeiro. Tal es esta oscuridad del nacional que la embajada inglesa ha mantenido

por tres años consecutivos una tertulia de invierno, a cuyas reuniones no era permitido a los nacionales asistir, aunque formasen sus mujeres i sus hermanas el principal ornato de ella.

En pos de estos movimientos espontáneos de razas i pueblos nuevos que acuden a aquel manantial inagotable de riqueza, vienen las especulaciones de inmigracion que han principiado ya en escala superior, si bien con éxito deplorable. Hai en el fondo de la bahia una colonia de Suizos; un enjambre falansteriano vino de Francia a disolverse apenas hubo tocado el suelo caliente del Brasil, i tres mil Alemanes, depositados en la playa como se deposita el carbon de piedra ó las balas de algodon, fueron diezmados, quintados, aniquilados en pocos dias por la miseria, el calor, la fiebre i el desencanto. Nada estaba preparado para su recepcion, por esa impericia que nos es comun a todos los descendientes de la Península para asimilarnos pueblos estraños. El aleman nacido en climas templados, en lugar de cereales, encontraba el café i la caña; i en vez de frutas europeas, veia con asombro racimos que no eran de uvas, paltas, bananas, ananás, mangas i cuanta otra variedad estraña i desconocida ofrecen los trópicos.

De todo este conjunto de movimientos de suplantacion, i de aquella aglomeracion de fuerzas activas i civilizadoras que hacen la riqueza i el esplendor del Imperio, se levanta un grito unísono contra el *estranjero*, que es insolente, astuto, ava-

ro, conspirando contra el Brasil, llevándose el oro i los diamantes en cambio de sus baratijas i sus avalorios. ¡Qué odio contra la Inglaterra que persigue la esclavatura! ¡Qué dia de gloria aquel, en que el Emperador mandase echar a pique las escuadras estacionadas en la Bahía, i ahogar a todo estranjero establecido allí, i prohibir la introduccion de artefactos europeos, para que entónces los fabricasen los Brasileros mismos, bien entendido que traerian de Europa las máquinas, i a caso consintieran en que viniesen los artesanos a enseñarles a manejarlas! Los diarios i los estadistas mas eminentes propalan la mision del Brasil para ponerse a la cabeza de la cruzada contra las pretensiones europeas. Rosas, que se llama el Defensor de la Independencia americana, es un intruso, un bárbaro, i un pobre diablo; porque el Brasilero afecta ignorar que existe por ahí una cosa que se llama República Arjentina, no obstante que sus enviados, su política i sus naves han sido siempre i son hasta hoi el estropajo de su caudillo.

La política imperial participa de estas preocupaciones. Allí mas que en Buenos Aires es profunda la conviccion de que no debe permitirse a los estranjeros la libre navegacion de los rios que los nacionales no navegan, i tener por límites del Imperio el Amazonas al norte, i el Plata al oriente; es el sueño dorado del moderno Imperio, que se envanece de tener como Roma siete colinas en la capital, esclavos que labren la tierra como de

antiguo, i la mision de dominar la América por sus escuadras, su diplomacia i su comercio. Los *castiçaos* son una dejeneracion de la raza portuguesa, i el habla española un dialecto del idioma de Camoëns; pretensiones un poco exajeradas, visto el desigual desarrollo de las fuerzas productivas en proporcion de la riqueza del suelo i de la envidiable posicion jeográfica del imperio.

La forma de gobierno da aquí sus frutos, con la lozania de las tierras vírjenes. El emperador es una grande bomba de aspiracion que atrae a sí incesantemente todas las partículas de poder i de riqueza que pueden desprenderse de la masa jeneral; los ministros ejercen la atraccion para su propio centro; i descendiendo la escala de la jerarquia social, se encuentra que cada individuo es un centro, un iman mas o ménos grande. El egoismo es pues la lei universal, i aquí como en todas partes puede decirse a los pueblos lo que Beranger decia a los Belgas: ¿quereis reyes? ¡tomad rei!

La república se ha mostrado en el Brasil embozada en el poncho i armada del lazo, equipaje semibárbaro, que no abona sin duda sus principios. Yo no comprendo la república sino como la última espresion de la intelijencia humana, i me desconfio de ella cuando sale del interior de los bosques, de las provincias lejanas de la capital, del rancho del negro, o del espíritu de insubordinacion de algun caudillo de jinetes. La república aparecida en las provincias pastoras de San

Pedro i de San Pablo, hizo escursiones momentáneas en Minas-Geraes, sin osar acercarse a la capital; descomposicion de los estremos que no admiten gobierno posible, i que despues de algunos años de revueltas ha vuelto a entrar en la nada, de donde salió, no sin haber dejado escapar algunos destellos de valor, en medio del turbion de desórdenes que trae consigo la guerra de caudillaje.

En materia de bellas artes i de monarquía me guardo para ir a verlas en su cuna, que aquí sus imitaciones me parecen mamarrachos i parodías necias. El Emperador gana 490,000 pesos anuales por la lista civil, tiene dos palacios, jardines i otras granjerías. Hai déficit en las rentas, i papel moneda desacreditado, en esclusiva circulacion como el de Buenos-Aires. Es el Emperador un jóven, idiota en el concepto de sus súbditos, devotísimo i un santo en el de su confesor que lo gobierna, mui dado a la lectura, i segun el testimonio de un personaje distinguido, excelente jóven que no carece de intelijencia, aunque su juicio esté retardado por la falta de espectáculo, i las malas ideas de una educacion desordenada. La *fanfarronería* en las palabras, i la indecision en los hechos, he aquí los dos cabos del hilo de la política imperial en todas las transacciones que tienen relacion con el Rio de la Plata. El jeneral Guido habia no ha mucho arrancádole un tratado, por el cual la policía brasilera se encargaba de hacer el oficio poco honroso de carcelera de

los emigrados Arjentinos. Teníase la cosa secreta, robóse alguien una copia del manuscrito i la prensa de Montevideo lo espuso a la vergüenza pública. Mucho podria añadir sobre la administracion de las rentas públicas, el peculado, el contrabando, i la mendicidad de los empleados, si el orlado manto imperial no cubriese todas estas fealdades que no pertenecen al carácter portugues sino simplemente a todo desperdicio de pueblos, arrojados en las costas americanas al acaso, i para hacer la policía de las naciones que los enviaron.

Diré a V. algo sobre los hombres que he conocido en Rio Janeiro, porque ya es tiempo que concluya esta larga carta. Cuando V. viaje, hágase de buenas cartas de introduccion al principio; no que hayan de servirle de gran cosa aquellos a quienes vá recomendado, sino que por una de tantas puertas abiertas, ha de encontrar su pasaje i su camino a donde quiera V. llegar; a mas de que la civilidad es en todas partes pródiga de aquellas atenciones, que nos muestran que no andamos desconocidos e ignorados en el mundo. Traíalas yo, para el Dr. Sigaud, médico del Emperador i autor de varios trabajos importantes i que me puso en contacto con el Dr. Chavannes, promotor de la industria de la seda; para Hamilton, Encargado de Negocios de la Inglaterra, quien se dignó presentarme el caballero Saint-Georges, del mismo carácter diplomático por la Francia, el cual a su vez me presentó a un jóven de la marina francesa. No quiero pasar por alto

una ocurrencia insignificante en sí misma i que me valió con el segundo de aquellos personajes la transitoria intimidad que puede establecerse en dos o tres encuentros. Hamilton me habia invitado a comer, i tenia yo en la mesa de un lado a Saint-Georges, i del otro al jeneral Rivera de Montevideo i próximo a regresar a aquella ciudad a hacer una de las suyas. Conoce V. la historia de este célebre caudillo que ha figurado cuarenta años en las revueltas de la jente de a caballo. Habia sídole presentado ántes por el Enviado del Uruguai i recibídome con aquella afabilidad del gaucho que acoje a un doctorcillo, de que le han hablado bien sus amigos, especie de muñeco, que no suele ser inútil a veces, sobre todo, cuando se ofrece escribir una proclama, o un manifiesto, que esplique a las naciones i al pueblo las razones que tiene para alzarse el gaucho, i turbar dos años la mal conquistada tranquilidad.

¡Ai! ¡qué estúpidos son los pueblos! No me canso de contemplar a este jeneral Rivera! Qué bruto tan fastidioso i tan insípido! Qué saco de mentiras i de jactancias ridículas, qué nulidad, i sin embargo hai hombres decentes por millares que no solo se dejan arrastrar por él a los conflictos de la guerra i de la revolucion, sino que aun estando caido, se sienten dominados por su prestijio! Yo concibo que la nulidad que se oculta a las miradas del público i solo se hace sentir por atrocidades, ejerza al fin la fascinacion del misterio i la accion endémica del terror

que enferma la razon, obrando sobre los nervios; pero la insignificancia a cara descubierta, palpable i poco dañina, porque esta justicia se le debe a Ribera, esto es lo que no comprendo. Yo he debido quedar mui mal puesto en su concepto; i todas aquellas fórmulas con que la buena educacion prescribe disimular nuestro pensamiento para no lastimar el amor propio ajeno, no han bastado, a lo que creo, para ocurtarle al buen jeneral, no diré mi desprecio porque no es esta la palabra, sino la risa que me dá verlo caudillo de pueblos, personaje histórico, i hombre influyente. Hablábase en casa del Enviado montevideano de los negocios del Rio de la Plata, i como recientemente llegado, yo esponia los últimos acontecimientos. Los interventores frances e ingles, decia yo, desearian arreglar por un tratado la cuestion si las partes contendientes se sometiesen a entrar en compromisos mútuos, con garantías de su cumplimiento en lo futuro. Montevideo no puede tratar, repuso el jeneral Rivera con un aplomo i una sencillez adorables; si no se trata conmigo, todo lo que se haga es nulo. Yo soi Montevideo, yo soi todo; la verda! Habíame quedado estupefacto al oir este lenguaje en boca de un hombre entrado ya en años, estábamos todos con la circunspeccion conveniente, i de repente por una de aquellas súbitas revoluciones de la imajinacion, mui frecuentes en los niños, yo, el ménos condecorado entre tan altos personajes, yo reventé en risa. Fué para peor que me contuviese súbitamen-

te, sacara el pañuelo i afectase limpiarme el sudor; mi confusion misma hizo comprender a todos, i al jeneral, que me le reia en sus hocicos.

En la mesa de Hamilton se hablaba de todo, política, fruslerias, incidentes, noticias. En cada cosa Ribera metia su cucharada, principiando siempre: pues, yo...i seguia alguna necedad i siempre él, actor, héroe, i parte integrante del suceso. Nombróse a la Reina D.ª María da Gloria, i Ribera estuvo listo para añadir que en su mano habia estado casarse con ella, segun se lo proponia D. Pedro; pero que él no habia querido. El enviado frances, con una esclamacion para halagar a Ribera, i una mirada a mí para preguntarme si yo entendia mejor que él las habladurias de este payo, me inspiró desusada presencia de ánimo para decirle: ¿por qué no admitió jeneral?, habriamos tenido la gloria de verlo Rei de Portugal a la hora de esta! Pude hacer llegar a la *adresse* de Saint Georges esta palabra "C'est un bavard" i nuestra buena intelijencia quedó en el acto establecida, luchando ámbos en adulaciones al jeneral i en compostura, para no traicionar la risa que nos retozaba, i cuyo fardo fuimos a deponer en un rincon apartado a la hora del café, pasando en reseña las ocurrencias divertidísimas de la mesa.

Para revindicar la honra de Montevideo tan comprometida por este badulaque, tuve el gusto de conocer al D.r Vilardebeau, médico, i el sábio americano mas modesto, mas sencillo i estudioso

que he conocido. Acompañome a la visita de las escuelas, habiéndose él mismo encargado de facilitarme con el gobierno autorizacion para hacer de ellas una inspeccion detenida. Creo haber ganado sus simpatías, i este es un título de que me honro. La emigracion arjentina enseña aquí de vez en cuando algun resto del antiguo partido unitario; Santa Catalina i San Pedro son sin embargo los puntos donde mayor número de emigrados se han acojido. Una joya encontré en Rio Janeiro, Marmol, el jóven poeta que preludia su lira, cuando no hai oidos sino orejas en su patria para escucharlo. Es este el poeta de la maldicion, i sus versos son otras tantas protestas contra el mal que triunfa i que los vientos disipan sin eco, i ántes de llegar a su direccion. La poesia tiene su alta conciencia del bien, que no se atreve a traicionar por temor de empañarse. Marmol, al lado de Guido, el solícito servidor de Rosas, desencantado, sin esperanza i sin fé ya en el porvenir de su pobre patria, escribe, depura i lima un poema, como aquellos antiguos literatos que confeccionaban un libro en diez años. El *Peregrino*, que no verá la luz, porque a nadie interesará leerlo, es el raudal de poesia mas brillante de pedreria que hasta hoi ha producido la América. Byron, Hugo, Beranger, Espronceda, cada uno, no temo afirmarlo, querria llamar suyo algun fragmento que se adapta al jenio de aquellos poetas. Mi teoria sobre la poesia española está allí plenamente justificada; exhuberancia de vida, una

imajinacion que desborda, i lanza cascadas de imájenes relucientes que se suceden unas a otras; pensamiento altísimo que se disipa, falto de mejor ocupacion, en endechas, maldiciones i vano anhelar por un bien imposible; bellezas de detalle, hacinadas como las joyas en casa del lapidario, sin que el fin venga a darles a cada una su debida importancia; i el alma replegándose sobre sí misma por no encontrar fuera de ella el espectáculo de las grandes cosas, palpando sus heridas, recontando como el avaro sus tesoros, i repitiendo como el niño en palabras animadas, en eterno i rimado monólogo, todos los sentimientos, todas las crispaciones que en aquella prision del no ser, del no poder emplearse esperimenta. Marmol emprendió en vieja nave trasladarse a Chile. A la altura del Cabo, el Sud-oeste los tuvo dos meses a la capa a los 64° de latitud, luchando con las olas que amenazaban sepultarlos, esquivándose con dificultad de las masas flotantes de hielo alborotadas por la tempestad, viendo venir la muerte por los costados del buque en montañas líquidas, por la bodega donde achicaban sin cesar dia i noche la bomba, por la falta de alimentos cuya duracion podian medir, por la racion de agua que se les acordaba escasa. Al fin desmantelada la nave, hundiéndose por pulgadas de dia en dia, crujiendo los maderos próximos a desbandarse, llegaron a Rio Janeiro, i Mármol bajó a tierra a ruminar el Poema, que entre estos sufrimientos i aquellas eccitaciones habia bro-

tado en su pensamiento. He aquí la tela, ¡pero el bordado, cuan rico es, i cuántos colores vivísimos le han servido para matizarlo! Las zonas templadas, la pampa i el trópico, la república antigua i el despotismo moderno, los mares procelosos i sus muertos amores, todo pasa por aquel panorama, todo se refleja en aquel espejo, donde lo pasado i lo venidero vienen a confundirse en el vacío que el presente deja. Mármol es poeta, i es lástima que cante lo *incantabile*, la descomposicion, el marasmo. ¡Quién no siente que fragmentos como éste, debieran andar entre *los Orientales*?

"¡Los trópicos! El aire, la brisa de la tarde
Resbala como tibio suspiro de mujer,
I en voluptuosos jiros besándonos la frente,
Se nos demaya el alma con dulce languidez
Mas, ¡ai! ótra indecible sublime maravilla.
Los trópicos encierran, magnífica : LA LUZ.
La luz radiante, roja, cual sangre de quince años,
En ondas se derrama por el espacio azul.
Allí la luz que baña los cielos i los montes
Se toca, se resiste, se siente difundir :
Es una catarata de fuego despeñada
En olas perceptibles que bajan del cénit
El ojo se resiente de su punzante brillo
Que cual si reflectase de placas de metal
Traspasa como flecha de imperceptible punta
La cristalina esfera de la pupila audaz.
A donde el acento que describir pudiera
El alba, el mediodia, la tarde tropical :
Un rayo solamente del sol en el ocaso,
O del millon de estrellas un astro nada mas.

Semeja los destellos, espléndidos, radiantes,
Que en torbellino brota la frente de Jehová
Parado en las alturas del Ecuador, mirando
Los ejes de la tierra, por si a doblarse van.
I con la misma llama que abrasa, vivifica
La tierra que recibe los rayos de su sien,
E hidrópica de vida rebienta por los poros,
Vejetacion manando para alfombrar su pié."

El cerebro de donde han saltado estas abrasadas chispas puede adaptarse mui bien a las cavidades del cráneo de Vitor Hugo o de Lamartine. ¿Y dónde sino entre los mas claros injenios puede encontrarse concepcion mas alta, pintando la brevedad de los siglos al atravesar la eternidad?

"De su caos los siglos se desprenden,
Llegan, ruedan, levantan en sus manos
Jeneraciones, mundos, i descienden
De la honda eternidad a los arcanos.
Así del hombre las pasiones hienden
Por esos del placer goces mundanos,
Roban la aroma de la flor, i luego
Vuelven al corazon marchito el fuego.
Tienen i nada mas sobre este mundo
Una nacion, un siglo—un hombre, un dia."

I cuando busca las causas de la degradacion de su patria, i encuentra en nuestros tristes antecedentes históricos la España.

"Eso tiene este mundo Americano,
Como fibras de vida dentro del pecho,
Desde el florido suelo Mejicano
Hasta la estéril roca del Estrecho

Absolutismo, siervos i tirano,
Farsas de Libertad i de Derecho,
Pueblo ignorante, envanecido i mudo;
Supersticion i fanatismo rudo."

Coraje! mi querido Marmol! Si alguna vez vuelves atras la vista en la ruda senda que has tomado, me divisarás a lo léjos siguiendo tus huellas de *Peregrino!* Sed el Isaias i el Ezequiel de ese pueblo escojido, que ha renegado de la civilizacion, i adorado el becerro de oro. Sin piedad, aféale sus delitos. La posteridad i la historia te harán justicia. Gritadle, con el grito vengador del pudor ofendido:

"Diputados, Ministros, Jenerales,
¿Qué haceis? Corred; el bruto tiene fiebre;
Arrastrad vuestras hijas virjinales
Como manjar nitroso a su pesebre,
Corred hasta las santas catedrales,
A vuestros pies la lápida se quiebre;
I llevad en el craneo de Belgrano,
Sangre de vuestros hijos al Tirano."

Me ha dejado atónito, espantado Mármol con la lectura de su Poema, i otro tanto esperimentaban Lopez, Pinto, Herrera, que oyeron la lectura de varios fragmentos. Imposible seguir aquel torrente de pensamientos i de imájenes, que van cayendo i levantándose como el agua que desciende de las alturas de los Andes; la imajinacion se fatiga al fin, con el relampaguear de las figuras i de las comparaciones, que revisten de un empedrado reluciente, aun los pensamientos mas comunes.

I todos estos tesoros de moral, de justicia, de valor, toda aquella joyería de idealizaciones, de descripcion, i de conceptos, todo perdido, oscuro, porque la justicia está calumniada, oprimida, pisoteada, sin esperanza de mejores tiempos!

Encontré tambien aquí a mi antiguo amigo Ruguendas, que en sus numerosos diseños ha estereotipado la naturaleza i las fisonomías de las diversas secciones de la América del Sud. Su grande obra sobre el Brasil le ha dado un nombre en Europa; pero ni en Europa ni en América se apreciará por largo tiempo su esquisito talento de observacion, la nimia exactitud de sus cuadros de costumbres.

Ruguendas es un historiador mas bien que un paisajista; sus cuadros son documentos, en los que se revelan las trasformaciones, imperceptibles para otro que él, que la raza española ha esperimentado en América. El Chileno no es semejante al Arjentino, que es mas Árabe que Español, como el caballo de la Pampa se distingue de a leguas del de el otro lado de los Andes.

Humboldt con la pluma i Ruguendas con el lápiz, son los dos europeos que mas a lo vivo han descrito la América. Ruguendas ha recojido todas las vistas del Brasil, i tal cuadro suyo de la vejetacion tropical, sirve de modelo de verdad i de gusto en las aulas de dibujo en Europa. Méjico, el Perú, Bolivia, Chile, Arauco, la República Arjentina i el Uruguai, le han subministrado en 20 años de viajes, tres mil sujetos de paisaje, vistas,

costumbres, i carácteres americanos bastantes a enriquecer un Museo. Ruguendas tiene, sin embargo, sus predilecciones : Aleman cosmopolita, es por la candorosa poesía de su carácter arjentino i gaucho. ¿Cuánto ha estudiado este tipo americano! Los artistas europeos no acertarian a apreciar el mérito de sus composiciones. El gaucho ha pasado al lienzo con sus hábitos, su traje, su carácter moral; la desembarazada inclinacion de su espalda, la contraccion de los músculos de su fisonomía que le es tan peculiar, corresponden con el talante reposado i como equilibrándose, del que vive a caballo. Entre las escenas de la Pampa Ruguendas tiene dos tipos que repite i varía al infinito. La escena de bolear caballos, i el rapto de las cristianas, el poema épico de la Pampa, i de que Echeverria sacó tan bello partido en su *Cautiva.* Cuántos contrates de matices i de caractéres suministra en efecto aquel drama, en que mil familias de los pueblos fronterizos, pueden creerse penosamente interesadas! La Pampa infinita i los celajes del cielo por fondo, confundidos en parte por las nubes de polvo que levantan los caballos medio domados que monta el salvaje; la melena desgreñada flotando al aire, i sus cobrizos brazos asiendo la blanca i pálida víctima, que prepara para su lascivia. Ropajes flotantes que se prestan a todas las exijencias del arte; grupos de jinetes i caballos; cuerpos desnudos; pasiones violentas, contrastes de caractéres en las razas, de trajes en la civilizacion de la

víctima i la barbarie del raptor, todo ha encontrado Ruguendas, en este asunto favorito de su animado pincel. Halos ejecutado para el Emperador, i recibido en recompensa la condecoracion imperial. Me ha hecho obsequio de una salida de los sitiados en Montevideo, en que ha ostentado toda la gala de su talento de reproducir los tipos americanos. Distínguense entre la muchedumbre de soldados improvisados, los Arjentinos de los Orientales, mas por sus fisonomías diversamente animadas, que por las lijeras variantes del chiripá. Entre los jefes a caballo que forman la cúspide del grupo, conócese el que es europeo por la manera de llevar la cabeza, i un Italiano a pié contrasta al lado de los Arjentinos i Orientales, ménos elegantes en su postura.

Todo de V., &c.



Ruan.

Señor don Cárlos Tejedor.

Mayo 9 de 1846.

Avise V. a los mios, mi buen amigo, que he tocado tierra en Europa, que he abrasado, mas bien dijera, esta Francia de nuestros sueños. Puedo permitirme tal hipérbole con V. que apenas conoce el español, como se escribe en España (que es *du reste*, como debe escribirse) a fuerza de no pensar i sentir, sino como nos ha enseñado a pen-

sar i sentir la literatura francesa, única que V. i yo llamamos literatura, aplicable a los pueblos sud-americanos. I no le pese a V. de aquella su ignorancia. ¡Ai de los que han habituado sus ojos desde temprano a la luz fosforescente, reflejada de aquella luna europea llamada la España, de aquellos autores que solo brillan donde hace noche oscura, i poniéndoles lo hueco de la mano en torno, para que el aliento no disipe su fugáz e incierta luz! Cuán pocos son los que mas tarde pueden mirar de frente venir las ideas, sin cerrar los ojos lastimados i sin volverles el rostro. ¡Cúponos a ámbos suerte mejor, criándonos al aire libre de nuestro siglo, espuestas nuestras juveniles cabezas desnudas a los rayos del sol, a la lluvia, i a la tempestad. Así es que nunca hemos adolecido de romadizos, como ciertos individuos cuando la atmósfera de las ideas recibidas, cambia por un libro o por un acontecimiento nuevo. Jesto ninguno hice al leer al metafísico Leroux en 1840: Victor Hugo me encontraba en un rincon de las faldas orientales de los Andes, dispuesto a seguirlo por el camino nuevo que venia abriendo, i la escuela moderna de historia no bien se presentó que hube desnudado mi espiritu de todos los andrajos de las interpretaciones en uso. Los jóvenes de buena voluntad en América somos el modelo de aquel Jerónimo Paturot, el Quijote de las Ideas Francesas, si bien debo hacerle a V. la justicia de decir, que se quedó en sus trece en 93, siguiendo de mala gana i refunfuñan-

do en los acomodaticios senderos abiertos despues por el eclectismo, aquella corrupcion de la intelijencia a quien tan sendas maldiciones enviábamos.

Por lo que a mí respecta, dijera, si la modestia no tratase de taparme la boca, que nuestros noveles cerebros han pasado en veinte años por todas las revoluciones que en un siglo ha esperimentado el espiritu humano. ¿Por donde empezó V. sino, sus lecturas? Apuesto que cayó en sus manos el primer libro, como cayó en las mias, *La filosofía de la historia*, que tan seductoras mentiras contiene? Estaba seguro de ello. Despues vino *La moral universal;* puede ser que el *Sistema de la Naturaleza* i aqui me tiene V. a los veinte años esceptico por lo ménos, con el alma aunque dura i esteril, rosada de toda mala i buena yerba, limpia como la palma de la mano. Árela V. en seguida, i riéguela abundantemente; siembre buena semilla, i gustéme esos frutos cuando bien zazonados. ¡Que tal...... Eh! Tengo de escribir un tratado de Agricultura del alma, para enseñar la materia con que ha de abonársela si se quiere hacerla producir ciento por uno.

Imajínese pues, como debo estar de contento viéndome a cuatro horas del Paris de Barbier, cuyos versos escribo por fragmentos como me vienen a la memoria, tanto mas que en tierra de Francia, su idioma empieza a hacêrseme habitual.

"Il est, il est sur terre une infernale cuve,
On la nomme Paris : c'est un large étuve,
Une fosse de pierre aux immenses contours,
Qu'une eau jaune et terreuse enferme a triples tours;
C'est un volcan fumeux et toujours en haleine
Qui remue à longs flots de la matière humaine,
Et qui de temps en temps, plein d'une vase immonde,
Soulevant ses bouillons, déborde sur le monde.
O race de Paris! race au cœur dépravé!
Race ardente à mouvoir du fer ou du pavé!
Mer dont la grande voix fait trembler sur les trônes,
Ainsi que des fiévreux, tous les porte-couronnes!
Flot hardi qui trois jours s'en va battre les cieux;
Race unique en ce monde! effrayant assemblage
Des élans du jeune homme et des crimes de l'âge,
Race qui joue avec le mal et le trépas;
Le monde entier t'admire et ne te comprend pas!"

I en efecto, ahora que me aproximo a aquel foco desde donde parten para nosotros los movimientos del espíritu, uno en pos de otro como los círculos concéntricos que describen las aguas ajitadas en algun punto de su superficie, siento no sé que timidez, mezclada de curiosidad, admiracion i respeto, como aquel sentimiento relijioso e indefinido del niño que va a hacer su comunion primera. Siéntome, sin embargo, que no soi el huésped, ni el estranjero, sino el miembro de la familia, que nacido en otros climas se acerca al hogar de sus antepasados, palpitándole el corazon, con la anticipacion de las sensaciones que le aguardan, dando una fisonomía a los que solo de nombre conoce, i tomando prestados a la imaji-

nacion, objetos, formas i conjunto que la realidad destruirá bien pronto, pero que son indispensables al alma, que como la naturaleza tiene horror al vacío.

Quiero, pues, ántes quedarme en ayunas de toda impresion estraña, i para conseguirlo necesito contarle algo de mi travesía de Rio Janeiro acá. Por donde iba V.? Romanticismo? ya pasó. Eclectismo? lo hemos rechazado. La monarquía moderada? ¡Quite allá! La república de 93, con la asamblea nacional?......Oiga V. al oido, tengo un secreto. El falansterianismo, el furierismo, el socialismo!!! Qué república ni que monarquía! Voi a contarle el caso.

Habíamosnos reunido en el Brasil Irarrázaval i los jóvenes Chilenos que le acompañaban; i no obstante la amistosa solicitud del Enviado estraordinario a Roma, partí en distinto buque, si bien al mismo tiempo que ellos. Con veinte Chilenos se vive en Chile siempre, aunque esté uno en el Japon, i yo queria, desprendiéndome de las reminiscencias americanas, echarme en aquel mundo de estraños en cuyo seno habia de vivir en adelante. No quedaron frustrados mis deseos a bordo de la *Rose*, hermoso paquete que hace la travesía entre el Havre i Rio, construido ex-profeso para el lucrativo trasporte de pasajeros, i decorado con un lujo a que no estamos habituados en el Pacífico. Entre 45 pasajeros de proa, un Arjentino i yo perteneciamos al habla castellana, algunas familias brasileras, gran número de Franceses, tal

cual Aleman, he aquí la sociedad en que debiamos movernos durante la navegacion; mundo que tiene por límites el casco del buque i en el que no tardan en formarse parcialidades, enredarse intrigas, i nacer malquerencias o aficiones entre individuos que al tocar la tierra van a perderse de vista acaso para siempre. Las formas de la civilidad sirven al principio de tentáculos suaves, para examinar el carácter i condicion de cada uno de los habitantes de a bordo, hasta asimilarse los unos i alejar a los otros, segun que se adaptan o no a nuestro modo de ser; i tan constante es esta regla, que aquel jóven Arjentino que obedeciendo a las simpatías de idioma, habia tomado camarote conmigo, a los tres dias estuvo ya fuera de mi círculo, absorvido por uno de los Brasileros a quienes lo apegaban invenciblemente las afinidades de la sangre de 24 años, tan llena de espansion de ordinario, tan rica de ilusiones. No era tan de fácil composicion mi *cosmos*, i aquella reserva rayando en timidez de los que no pecan de comunicativos, prolongaba mi aislamiento aun despues de que todos los grupos estaban perfectamente diseñados. Ruguendas me habia presentado un jóven Aleman de tan blando carácter, como era lijera su sangre. El caballero Saint-Georges, un capitan de corbeta frances, de regreso de Tahiti a Francia, culto en sus modales, pero verdadero oficial de marina de dificil abordaje; i entre la turba de pasajeros hacíase notar un jóven pálido, de nariz aguileña, sombreado el

conjunto de sus nobles i bellas facciones por una barba negra, reluciente, tupida i prolongada hasta el pecho. Estos tres indivíduos eran los que por posicion, educacion i edad parecian mas amalgamables; pero el progreso de nuestras relaciones era lento: *bonjour*, *bonsoir*, i esta o la otra observacion pasajera, formaban el caudal de nuestros diálogos. Tambien ellos me tenian en cuenta; cada uno contando con atraerme a su círculo, sin que se exediesen de aquella comedida reserva que guardan los que se estiman para los que principian a estimar. Entre el de la barba negra i yo, mediaban ademas circunstancias orijinales. Supo él bien pronto que era yo *unitario* de los que no transijen, i sabia yo por mi parte que era él, aunque frances, partidario de Rosas; i esta antipatía de ideas nos hacia solícitos i respetuosos recíprocamente, cuidadoso cada uno de no hacer saltar la primera chispa que podria traer el malestar que causan las opiniones irreconciliables. No tardó empero la ocasion de encontrarnos en presencia uno de otro, sobre aquel escabroso terreno. Descendiendo por accidente a la cámara del buque, encontrélo esplicándole al capitan de corbeta, la cuestion del Rio de la Plata; i jamas he consentido entre personas intelijentes, cualquiera que sea su rango i su posicion, que en mi presencia se calumnie o se desfigure el verdadero carácter de la lucha. Este es un penoso deber que me he impuesto, i que hasta hoi he llenado sin ceder a consideracion ninguna. Hai para mí algo de tan

santo en las grandes desgracias de los pueblos, que creo complicidad imperdonable, el silencio siquiera, cuando otros se permiten juzgarlos mal. Hube, pues, de tomar parte en la conversacion, no sin disculpar mi no solicitada injerencia, i despues de esplicar hechos mal comprendidos, haciendo salir la cuestion del innoble cuadro en que la tienen encerrada la fisonomía esterior de los sucesos, i la influencia de las personas, el comandante Massin, Mr. Tandonnet el de la barba negra i yo, formamos un círculo ménos numeroso sin duda, pero en cuanto a intercambio de ideas, el mas escojido, puesto que mui pocos de entre los demas pasajeros, pretendian hacerse notar por este lado, salvo un Brasilero entrado en años, especie de bufon literato, que intentó hacerse el héroe de la sociedad e hizo *fiasco*, a causa de la torpe inmoralidad de sus gracias, que no daban sin duda la mas alta idea de sus costumbres, relajadas hasta la crápula, segun lo supimos mas tarde. Tenia, pues, mi mundo mis amigos i mi círculo en aquel trio tan penosamente formado. Las cuestiones odiosas fueron poco a poco apartándose, quedando por material inagotable de nuestras pláticas, ideas jenerales, accidentes de viaje, reminiscencias artísticas, libros, poetas, &c. El comandante Massin habia estacionado largo tiempo en Tahiti, i penetrado en aquel mundo bárbaro de la Oceania, tan rico en estudios sobre la naturaleza primitiva de los gobiernos i de las relijiones. Cuando el gobierno de Chile mandó ocupar el

Estrecho de Magallanes, era él el capitan del vapor frances, que los colonos encontraron surto en aquellas aguas, i aunque nada me haya dicho directamente, algunos antecedentes significativos me han dejado traslucir que reconocia el Estrecho de órden de su gobierno para tomar posesion de él. La ocupacion de las Marquesas habia sido recomendada al ministerio en una obra en que el autor se estendia igualmente sobre la conveniencia de ocupar el Estrecho, a fin de asegurar las comunicaciones con las islas del Pacífico; i esta segunda parte del proyecto quedó sin ejecucion por la oportuna medida del gobierno de Chile, que obedeciendo a indicaciones análogas en cuanto a asegurar ventajas para su comercio, veia en el Estrecho lo mismo que el gobierno Frances buscaba. Creia el comandante Massin, que para la navegacion de vapor prestaria aquella colonia de Magallanes importantes servicios, si el gobierno Chileno hacia continuar las sondas del Estrecho en la parte que Fitzroy habia dejado incompleta, pues allí estaban las verdaderas dificultades de la navegacion, modificando bastante en mí con sus observaciones de marino, las ideas jenerales que yo habia emitido sobre el mismo asunto en la época que precedió a la ocupacion. A propósito de vapor quejábase el comandante de la incapacidad industrial de los hombres de Chile, i la oportunidad malograda por algunos individuos de Concepcion, para haber asegurado con el gobierno Frances una contrata de carbon de

piedra, que habria desenvuelto en el pais aquella industria i asegurado a los empresarios una fortúna. Pero todas sus reflexiones en ocho dias que permaneció en Concepcion, no fueron parte a persuadirles que los precios exijidos, siendo superiores a los del carbon ingles puesto en el Pacífico, hacian imposible todo arreglo.

Mr. Tandonnet, ahora mi amigo, ofrecia aun mas instructivos detalles de su residencia en América. Con una educacion aventajada, i por la posicion de su familia, en aptitud de viajar sin miras de comercio, habia residido en Montevideo largo tiempo, puéstose en contacto con los jóvenes montevideanos i arjentinos, tenido reyertas por la prensa con Ribera Indarte, i formado una pobre idea del personal de los enemigos de Rosas. Contrariado en sus miras como redactor de un diario en frances, por el gobierno de Montevideo, que en los primeros dias del sitio no podia permitir la emision de opiniones que contribuian con los esfuerzos de Mr. Pichon a retraer a los Franceses de armarse en defensa de la plaza, Mr. Tandonnet abandonó la ciudad abrigando cada dia mayor enemiga contra aquellas jentes; pasó al campamento de Oribe, i aunque en su círculo no hallase nada mas digno de su aprecio, el jefe se captó su voluntad por sus maneras afables, i una verdadera amistad los ligó desde entónces.

Con estos antecedentes pasó a Buenos Aires, i allí en el círculo de Manuelita a quien fué presentado, empezó a creer necesario para la Repú-

blica Arjentina un gobierno que tachaban de cruel, i que él solo encontraba rudo como el pais, i adaptado perfectamente a los gobernados. Rosas lo recibió en su quinta, como un buen campecino, sin ostentacion, en mangas de camisa. Hablóle cuatro horas de sus trabajos en la campaña como hacendado, del cultivo del trigo introducido por él desde mui temprano, i de la injusticia de los Unitarios, en atribuirle actos de crueldad que nunca habia cometido. Gobernaba pueblos semibárbaros, que no podian ser reprimidos sino por la violencia, estaba cansado de aquella penosa tarea, que lo distraia de sus ocupaciones campestres, i asechaba la ocasion de poder consagrarse a la vida doméstica; los Federales no querian admitir su dimision, &c. A la caida de la tarde el caballo de Tandonnet se habia estraviado, i Rosas con la llaneza mas grande, le invitó a pasar la noche, durmiendo en efecto en una pieza inmediata a aquella en que Rosas, Manuelita i uno de los locos dormian. Esta escena campestre, tan inocente, tan contraria a las ideas que tenemos de un tirano, habian dejado en él profundas impresiones. Rosas en momentos de espansion i de buen humor le habia golpeado la espalda i dirijídole bromas sobre su barba, monumento de tolerancia, puesto que no habia otra en toda la estension de la república. Rosas era desde entónces un *bon enfant*, un paisanote sencillo i bonazo, gobernando sus estados como el buen rei Dagoberto que hacia él mismo su puchero, i da-

ban audiencia a sus vasallos sentado a la sombra de una encina, tomando su mate, o comiendo pan i queso. Así se hace i se escribe la historia.

Tandonnet profesaba ademas doctrinas que falseaban su razon en punto a libertad. Tandonnet era falansteriano. Habia bebido la doctrina en la fuente misma : era discípulo de Fourier, i el Juan bien amado del maestro. Habíale cerrado los ojos, i conservaba en su poder la pluma con que escribió en los últimos momentos de su vida, algunos cabellos suyos i sus zapatos, como reliquias carísimas. Nuestras pláticas durante los dos meses de navegacion, nuestras lecturas, alimentábanlas esta nueva doctrina i mis meditaciones en las silenciosas horas de las tibias tardes tropicales, despues de haber presenciado el esplendoroso ocaso del sol, cuyas fantásticas i sublimes magnificencias predisponen el espíritu a la contemplacion, volvian otras vez sobre ellas, preocupado con la grandeza de las ideas, i la fascinacion de aquel sistema de sociedad que repudia la civilizacion como imperfecta i opresora, la moral como subversiva del órden armónico creado por Dios, el comercio como un salteo de caminos, la ciencia de nuestros filósofos como la decepcion i el error, i los seis mil años de historia como la prueba mas flagrante de que aun no vuelve todavia la especie humana de la senda estraviada en que se echó desde la vida salvaje. Fourier rompe con todos los antecedentes históricos, niega el progreso ; i el despotismo, la mo-

narquia o la república, todas son palabras vanas sin resultado ninguno positivo. Quiero introducirlo al furierismo por la misma puerta por la cual he entrado yo.

Fourier propone un sistema de asociacion en el cual el trabajo será atractivo, en lugar de ser repugnante como lo es ahora. Si las sociedades humanas se organizan segun su plan, he aquí lo que sucederá. "Cuando el jénero humano habrá esplotado el globo hasta los 60° norte, la temperatura del planeta se dulcificará i se hará mas regular. El calor fecundante adquirirá mas actividad; la aurora boreal haciéndose mas frecuente se fijará sobre el polo, i se estenderá en forma de anillo o de corona. La influencia de la corona boreal cambiará el sabor de los mares, i precipitará las partículas bituminosas por la espansion de un *ácido cítrico boreal.* Este fluido combinado con la sal de mar, dará a la agua marina el gusto de una especie de limonada que nosotros llamamos *agrisal.*" Esta descomposicion es uno de los preliminares necesarios para las nuevas creaciones marinas, debiendo ser aniquiladas por la inmersion del fluido boreal i la descomposicion que operará en los mares, todas aquellas lejiones de monstruos marinos, los cuales serán reemplazados por una multitud de anfibios serviciales. Habrán entónces "anti-ballenas remolcando los buques en las calmas, anti-tiburones, ayudando a arrear el pescado; anti-hipopótamos tirando las lanchas en los rios &c." "El caballo siguiendo es-

te progreso de la naturaleza será reservado para tiro solamente, cuando se posea la familia de portadores elásticos, el anti-leon, el anti-tigre i el anti-leopardo, que serán de triple dimension que los de los mundos actuales. Así, a cada paso de un anti-leon hará cuatro toesas saltando i escurriéndose a la vez, i el caballero que vaya montado sobre la espalda de este corcel, irá mas muellemente que en una berlina suspendida. ¡Qué gusto no dará, esclama Fourier, habitar este mundo, cuando se posean tales servidores!"

I si estas cosas no han sucedido, cúlpese de ello al hombre mismo que no ha sabido preparar los antecedentes. "Se han engañado, dice el profeta, de una manera estraña sobre el papel asignado al hombre, cuando se le ha tratado de criatura frájil, de gusano de la tierra; es al contrario un ser de gran peso en los destinos universales i va a reconocerse cómo un error científico de nuestro globo, puede comprometer el universo entero, la masa de los planetas, i el sol de la bóveda celeste que, despues de muchos miles de años, esperimentan este perjuicio de la parte de nuestro planeta."

El sol enjendra mundos i de su cohabitacion con los planetas nacen lunitas graciosas i retozonas como unos cabritillos. "El sol, aunque mui activo en funciones luminosas, está contrariado en sus funciones aromales por defecto de derrames de nuestro planeta (fecundacion de las plantas) que no puede subministrar sino aromas de mala

calidad (hueros) miéntras no esté organizado en harmonía (Sistema social de Fourier)."

"El sol ha fijado ya un cometa, la lunita Vesta o Febina; puede haber fijado otras aun, i puede ser que los dos satélites de Saturno, recientemente descubiertos, no estuviesen *en línea* hace 2000 años. Durante tres siglos anteriores al diluvio la tierra dió buen aroma *tetra cardinal*, de que hizo uso para *fijar a Vesta*. Pero la provision estaba agotada en tiempo de César, en que el sol ha sufrido una grave enfermedad, de la cual ha esperimentado una recaida en 1785. Es falso que haya estado enfermo en 1816, como lo sospecharon algunos. Era la tierra quien estaba afectada i lo está cada dia mas i mas, segun lo que se observa por la degradacion climatérica i el desarreglo de las estaciones."

"El alma es inmortal, pero perfectible viajando de este mundo al otro i volviendo a animar nuevos seres, hasta obtener la perfeccion."

"Nuestras almas, al fin de la carrera planetaria, habrán alternado 810 veces del uno al otro mundo, en emigracion e inmigracion, de las cuales 810 *intra-mundanas*, i 810 *extra-mundanas*."

"Las almas en la otra vida toman un cuerpo formado del elemento que llamamos *aroma*, que es incombustible i homojéneo con el fuego. Penetra los sólidos con rapidez, como se le vé por el aroma llamado fluido magnético."

"Las almas de los difuntos gozan de diversos placeres que nos son desconocidos, entre otros el

placer de existir i de moverse. Nosotros no tenemos conocimiento de este bienestar, comparable al del águila que flota sin ajitar las alas. Es ésta una facultad de que gozan constantemente en la otra vida las almas de los difuntos, provistas de cuerpos aromantes, la felicidad de *existir*, sin tocar la tierra, ni mover las piernas. Las flores, los animales, todos los seres creados son tipos de las pasiones humanas. "Siendo el ave el ser que se eleva sobre los otros, la naturaleza ha colocado sobre su cabeza, los retratos de las especies de espíritu de que están amuebladas las cabezas humanas. El águila, imájen de los reyes, no tiene sino un moño pobre i echado para atrás, en señal del miedo que *ajita* el espíritu de los monarcas, obligados a rodearse de guardias. El faisan pinta al marido enteramente preocupado de los riesgos de infidelidad. Se vé una direccion contraria en el moño de la paloma, pintando el amante seguro de ser amado. El gallo es el emblema del hombre de mundo, del calavera afortunado con las mujeres. El pato es el emblema del marido engatuzado, que no vé sino con los ojos de su mujer. La naturaleza aflijiendo al pato macho con una estincion de voz, ha querido pintar a aquellos maridos dóciles que no tienen el derecho de replicar cuando una mujer ha hablado. La col es el emblema del amor misterioso. La coliflor es el emblema contrario, el amor sin obstáculo ni misterio, los goces de la juventud libre que voltejea de placer en placer."

Despues de leer estos estractos que hago a la aventura de los libros que me rodean hace dos meses, creerá V., mi querido amigo, que se haya compuesto este sistema fuera de un hospital de locos? ¿Han podido realmente escribirse tales cosas, i leerlas sin arrojar el libro hombres intelijentes?

I sin embargo, Fourier es un pensador profundo, un injenio de observacion, de estudio, de concentracion. Libre de todo contacto con este mundo, sin educacion que falsificase sus ideas, Fourier ha seguido una serie de soluciones matemáticas que lo han conducido a estas aberraciones, pero bañando de paso de torrentes de luz las cuestiones mas profundas de la sociabilidad humana. Pobre por eleccion, dependiente de una casa de comercio, hasta los 66 años para vivir de un salario, ignorado largos años despues de haber publicado su teoría de los *cuatros movimientos*, vejado, burlado, cuando su sistema fué conocido de los sabios; Fourier ha vivido en su mundo harmónico, compadeciendo a los pretendidos filósofos, i gozándose en la apoteosis que le aguarda cuando las sociedades humanas entren en el camino que él les deja trazado. ¡Qué risa le eccitan los economistas! ¡Qué desprecio le inspiran los moralistas! De los políticos que hablan de libertad i de instituciones no merece hablarse. Fourier mandó al Dr. Francia del Paraguai un ejemplar de sus obras, contando con que aquel sombrío tirano comprendiese

su pensamiento. Entre los sabios Newton, entre los conductores de la humanidad Jesus, he aquí los dos únicos hombres que le han precedido, todo lo demás es canalla, pedantes i majaderos. Contábame Tandonnet, que una vez conversando ya en sus últimos dias decia Fourier, sobre Jesu-Cristo—"Hizo mal en entrar tan pronto a Jerusalen; se dejó arrastrar por el amor de la popularidad: todavia su doctrina no habia echado raices profundas en el pueblo; él debió continuar mas tiempo predicando en las campañas i huir de la capital donde la aristocracia i el clero eran poderosos. Pero se dejó alucinar, i la transitoria ovacion del Domingo de Ramos, solo sirvió para precipitar su suplicio. Yo en su lugar habria permanecido mas tiempo en Galilea." Ya vé V. una manera nueva de esplicar el Evanjelio. Segun este sistema, Jesus daba banquetes monstruos a orillas del lago de Cafarnaun o de Genesareth para esponer en un meeting jeneral la nueva doctrina social. ¿Qué estraño era entónces que sobrasen doce canastos de pan, si nadie comia, escuchando al orador, subido sobre alguna roca para hacerse oir a campo raso como O'Connell o Cobden? Ahora comprendo quienes son aquellos fariseos, a quienes larga tantas punzadas; son los lores, el parlamento, los partidarios del privilejio i del monopolio, los cuales le echaron el guante cuando él creia poder derrocarlos i lo colgaron, nada mas natural. Asi se ha hecho siempre con los que han venido a turbar la tran-

quilidad pública con nuevas doctrinas. Es una fortuna que Fourier haya escapado a esta recompensa que los pueblos tienen prontita para los redentores, desde Sócrates, hasta nuestros tiempos.

En despecho de todas estas estrañas lucubraciones de un espíritu que parece hablar desde otro planeta que el nuestro, en despecho del ridículo tan fatal siempre para las innovaciones; Fourier tiene discípulos, hombres profundamente convencidos, i que esperan con fé inperturbable la realizacion de su sistema. Varios ensayos de falansterio se han intentado en Francia, en el Brasil, i en los Estados-Unidos, i si bien el éxito no ha justificado la teoría, todo el mundo está convencido de que el inconveniente no está en ella misma, sino en el medio ambiante, en la falta de recursos suficientes para la realizacion material del hecho. Lo que es innegable, lo que sin ultrajar el pudor i la justicia no puede negarse, es que las *Cunas públicas*, las *Salas de Asilo*, las *Colonias Agrícolas* para los niños delincuentes en que se les enseñan tres oficios, creaciones todas tres que han recibido ya la sancion de la esperiencia, i asumido el rango de instituciones públicas en Francia, son robadas, plajiadas a Fourier, el primero i el único que ha sujerido la idea. Los conflictos de la concurrencia, los alzamientos de los obreros por falta de trabajo, la opresion i la muerte de las clases pobres, aplastadas por las necesidades de la industria, Fourier los habia es-

puesto a *priori*, ántes de que el parlamento ingles se ocupase de disminuir las horas de trabajo, ni Cobden hecho su famosa liga de los cereales, lo que prueba que hai algo de fundamental en la doctrina del visionario, doctrina en cuyos detalles no entraré aquí, como le espondré a V. las objeciones de mi incredulidad de *civilizado*. A mí no me espanta la Corona boreal, ni se me da un ardite de que el mar se convierta o nó en limonada. Hai tantos limones en Chile, que puede uno prescindir por egoismo de aquella inapreciable ventaja, que para lo que es ahogarse, lo mismo tiene hacerlo en agua salada que en un mar de orchata. Pero yo hubiera querido que Fourier, i esto es lo que objeto a sus discípulos, hubiese basado su sistema en el progreso natural de la conciencia humana, en los antecedentes históricos, i en los hechos cumplidos. Las sociedades modernas tienden a la igualdad; no hai ya castas privílejiadas i ociosas; la educacion que completa al hombre, se dá oficialmente a todos sin distincion, la industria crea necesidades i la ciencia abre nuevos caminos de satisfacerlas; hai ya pueblos en que todos los hombres tienen derecho de gobernar por el sufrajio universal; la grande mayoria de las naciones padece; las tradiciones se debilitan, i un momento ha de llegar en que esas masas que hoi se sublevan por pan, pidan a los parlamentos que discuten las horas que deben trabajar, una parte de las utilidades que su sudor da a los capitalistas. Entónces la políti-

ca, la constitucion, la forma de gobierno, quedarán reducidas a esta simple cuestion. ¿Cómo han de entenderse los hombres iguales entre sí, para proveer a su subsistencia presente i futura, dando su parte al capital puesto en actividad, a la intelijencia que lo dirije i hace producir, i al trabajo manual de los millares de hombres que hoi emplea, dándoles apénas con que no morirse, i a veces matándolos en ellos mismos, en sus familias i en su projenie? Cuando esta cuestion que viene de todas partes, de Manchester, como de Lyon, encuentre solucion, el Furierismo se encontrará sobre la carpeta de la política i de la lejislacion; porque esta es la cuestion que él se propone resolver.

I luego; ¿por qué la libertad ha de ser indiferente, aun para la realizacion misma del descubrimiento social? ¿por qué la República, en que los intereses populares tienen tanto predominio, no ha de apetecerse, no ha de solicitarse, aunque no sea mas que un paso dado hácia el fin, una preparacion del medio ambiante de la sociedad para hacerla pasar del estado de civilizacion al de *Garantismo*, i de ahí al de *Harmonia* perfecta? Esto es lo que no le perdono a Fourier, cuyas doctrinas han hecho a mi amigo Tandonnet, indiferente a los estragos hechos por el despotismo estúpido en Buenos Aires, i amigo admirador del bonazo de D. Juan Manuel.

Baste ya de ideas abstractas, i para despejar su espíritu de estas sérias preocupaciones, pón-

gase V. con migo a bordo de la *Rose*, que ya vamos llegando a Francia. Todos los dias hai una hora o mas de *noir et rouge*, especie de monte, en que cada uno pierde o gana alternativamente algunos francos. Un brasilero ex-escribano i que va a cualquiera universidad alemana a comprar un título de abogado sin rendir exámen, cuando ha colectado una buena suma, se levanta sin ceremonia dejando a los aficionados mirando. La indignacion se hace jeneral a bordo; un dia protestan todos contra tamaña indignidad; el comandante Massin tan circunspecto de ordinario, apoya este movimiento con algunas palabras públicas ya que no oficiales de reprobacion; i cuando el indigno se ve oprimido por la opinion unánime de la cámara de proa, se dirije a mí, como americano al fin, ya que no tengo la gloria de ser brasilero, i con voz insegura me dice. "*Estranjeros!* Canallas, quien les hace caso!" He aquí para lo que sirve la nacionalidad americana; escudo de maldades siempre, máscara de la nulidad i de la impotencia. *Estranjeros!* i sin embargo estábamos a dos dias de distancia de las costas de Francia, en un buque frances, entre europeos, formando los americanos de puntos distintos, *estranjeros* tambien entre sí, una minoría insignificante. América del sur! española o portuguesa, la misma siempre!

Las costas de Francia se diseñaron al fin en el lejano horizonte. Saludábanlas todos con alborozo, las saludaba tambien yo, sintiéndome apoca-

do i medroso con la idea de presentarme luego en el seno de la sociedad europea, falto de trato i de maneras, cuidadoso de no dejar traslucir la *gaucherie* del provinciano, que tantas bromas alimenta en Paris. Saltábame el corazon, al acercarnos a tierra, i mis manos recorrian sin meditacion los botones del vestido, estirando el fraque, palpando el nudo de la corbata, enderezando los cuellos de la camisa, como cuando el enamorado novel va a presentarse ante las damas. La *Rose* entra en los docks, o *bassins* (no conozco la palabra castellana que supla estos nombres), atraca al borde de madera de los canales, i una innoble turba de criados elegantemente vestidos nos asalta, nos grita, escala el buque por las maromas, nos rodea como moscas, nos apesta con su aliento, se insinua en nuestras manos i en nuestros bolsillos para depositar una tarjeta con el nombre del hotel que los envia. Es en vano, hablarlos, injuriarlos, espantarlos con las manos, fugarse, esconderse. Eh! la Europa! triste mezcla de grandeza i de abyeccion, de saber i de embrutecimiento a la vez, sublime i súcio receptáculo de todo lo que al hombre eleva o le tiene degradado, reyes i lacayos, monumentos i lazaretos, opulencia i vida salvaje! . . .

No he podido desimpresionarme en dos dias del mal efecto que me ha producido esta primera impresion. Paréceme que el Havre no es la Francia, sus bellísimos edificios son modernos, no hai antigüedades, no hai monumentos. Un

pobre torreon guarda el puerto desde los tiempos de Francisco I : allí un soldado se sublevó contra el rei, contra la Francia i contra la especie humana, tapió la puerta, i fué sitiado, bloqueado i bombardeado, hasta que despues de dos dias de combate, murió i la plaza fué tomada por asalto. He aquí la historia del Havre. El cardenal Richelieu construyó una ciudadela, donde el cardenal Mazarini encerró algunos príncipes molestos. En cambio están los docks que depositan las naves en el centro de la ciudad, monumento que no recuerda nada, pero que hace la riqueza i la fuerza de una nacion, dotando de puerto a Paris, i dejando burladas las tempestades del temido Canal de la Mancha, que andan rondando en torno como los ladrones, aguardándolas que salgan de sus casas para atacarlas. El nombre del primer Cónsul está incrustrado humildemente en algun madero; i las naves americanas encerradas en un punto especial, estan ahí por sus dimensiones colosales, espantando a los europeos mismos i vomitando de sus entrañas balas de algodon. Los alrededores son bellísimos i la cultura i los árboles de bosque i los aparatos agrícolas i el cesped, el arte i las lindas casillas, todo está revelando, que se está ya en el mundo antiguo entre los pueblos cultos, poseedores de todos los poderes que la intelijencia ha puesto en la mano del hombre.

Tengo prisa de seguir adelante, de penetrar en esta tierra que diviso cerrada de masas obscuras

de bosque, i pintorreada de alquerias, de *chateaux* i de campos labrados. El *Normandie* que llevó a Paris las cenizas de Napoleon i que conserva una inscripcion, parte, i Tandonnet el rosista i yo el salvaje, reunidos i haciendo vida comun partimos : él vá a servirme de *cicerone*, de introductor a la presencia de su patria.

El sol comenzaba apuntar en el horizonte recortado por colinas verdinegras; seis vapores de carga marchaban delante de nosotros, remolcando cada uno cinco embarcaciones, a guiza de cisnes madres seguidas de sus polluelos; las pesadas barcas del Sena descendian lentamente a merced de la escasa corriente, i a ámbos costados de la ribera mas o ménos definidamente, veiamos aparecer aldeas, capillas con sus agujas de pizarra, bosques, i heredades. Una banda de música compuesta de artistas ambulantes animaba con sus ecos melodiosos aquel paisaje en fuga. Era principios de Mayo i la vejetacion naciente añadia por la viveza cruda de sus colores nuevos encantos a este pais hechizado. Con toda la novedad del viajero novel teniame yo apartado a fin de ocultar a la vista de los otros las emociones de novedad infantil que esperimentaba, siguiendo con la vista una casilla campestre, una paisana de la Normandia con su cofia en punta, algun campanario lejano, una cultura de bosque, un grupo de vacas, i lamentando la rapidez del vapor que apénas os permite ver en la próxima ribera un objeto, apénas se ha encontrado el punto de un paisaje,

cuando ya estais en otro nuevo, i las líneas se han cambiado, o cedído su lugar a otras : bien es verdad que a la larga, sientese que esta rapidez evita la saciedad, acortando, suprimiendo mas bien, los entreactos en aquel bellísimo drama de la naturaleza i del hombre que principia en el Havre, i va a terminar en Ruan. *L. Heure*, *Harfleur*, *Honfleur*, en otro tiempo patria de audaces marineros, *Fronville*, la *Berville* han pasado ya delante de nosotros, cada una contando una historia, alguna tradicion, cada una dejándome alguna sensacion agradable, hasta que a poca distancia de la roca de Pierre-Gante, la orilla izquierda del Sena forma un promontorio escarpado que parece querer disputar el pasaje al rio, i contra el cual vienen a estrellarse los últimos esfuerzos de la barra. Al Oeste del Cabo, inmenso ramillete de verdura que llaman la Nariz de Tancarville està la aldea de Tancarville. En las inmediaciones de este punto delicioso, no léjos de Quillebeuf, vense sobre la ribera cabañas dispersas, con la gracia pastoril que presentímòs en las novelas. En verano vienen de Paris centenares de artistas a abrir sus caballetes en las alturas, para trasportar al papel las campestres vistas de estos parajes. Mas arriba, i dominando aldea i cabañas, se presenta el antiguo castillo de los señores de Tancarville, en otro tiempo chambelanes de los duques de Normandia. Heme aquí pues en plena edad media : el castillo flanqueado de torreones i almenado aun, asentado en la punta

de una roca como nido de aves de rapiña; abajo el villorio de los siervos agrupado a tiro de ballesta, como rebaño que se estrecha para ser mejor guardado. Los Tancarville brillaron varios siglos en batallas, fiestas i torneos. Los d'Harcourt, otros barones feudales de la vecindad, se apoderaron con las armas en la mano de un molino que aun se enseña, i que fué causa de una batalla dada en Lillebonne entre las jentes de àmbas casas, hasta que sir Enguerrand de Marigni, ministro de Felipe el Bello, vino a citarlos a comparecer ante el rei. De camino el de d'Harcourt cayó sobre Tancarville i le vació un ojo de un puñetazo con el guante de fierro. Oida por el rei la demanda, se designó el campo i el dia en que habian de batirse en duelo. El rei de Inglaterra i el de Navarra presentes al combate pidieron al fin que cesase por no tener el dolor de ver perecer a ninguno de tan valientes caballeros, i el rei para acomodarlos hizo que el de d'Harcourt pagase a Tancarville 50 libras por su ojo tuerto.

A medida que se remonta el rio las riberas se acercan, se agrupan las vistas, i las aldeas i las cabañas, una ruina de este lado, una iglesia del otro, un recuerdo histórico a cada recodo del rio, una leyenda a cada cresta de la montaña absorben al viajero, volviendo la vista de la derecha para no dejar escapar el paisaje que va ya a dejar a la izquierda; abandonando con pesar este, vuelta la cara hácia atras, para llevar los ojos al punto que ya tiene por delante. Con las

casas de *Vateville* se confunden las de una serie de villorrios *Quesnoy*, *Neuville*, *la Rue*, *le Plessis*, *l'Angle*, que flanquean el rio. No lejos aparece Caudebec con su iglesia gótica, cuyos rosetones, santos de piedra, pináculos, ojivas i mil columnillas apenas deja ver en bosquejo el rápido vapor. Algo hubiera dado porque se detuviese en presencia de esta iglesia, la primera de la maravillosa arquitectura gótica que se me presentaba; i el todo encerrado en el paisaje mas admirable, la villa misma colocada de un modo pintoresco, a la sombra de una montaña coronada de bosque, a la embocadura de un vallecito i de un riachuelo que por varios brazos viene a vaciarse en el Sena. La villa vese con su espaldar de verdura, su torre de filigrana, sus terraplenes plantados de grandes árboles, i sus casas blancas, cubiertas de flores i enredaderas, reflejarse en el espejo del Sena, hasta el momento en que el vapor pasa, arrugando su superficie, i levantando en pos una marea que va a azotándose por malezas i yerbas en ámbas márjenes, recargadas de poblaciones, jardines, botes i casas de campo.

Otro acto de la vida tan dramática de la edad media comienza aquí. Las Abadias de los antiguos monjes, colocadas en parajes risueños, en sitios privilejiados, van presentando sus ruinas, sus torres sus pórticos aislados i desiertos, una en pos de otra. Cuánta leyenda, cuántos sucesos terribles, o lastimosos cuentan estas columnas, aquellas ojivas que dan paso a la luz del sol! De

cuántas revoluciones i de cuántos estragos han sido testigos i víctimas! He gozado sin hartarme de las sensaciones melancólicas que inspira el paisaje cuando alguna noble ruina alza su rugosa i descarnada frente, cubierta de yedras seculares que quieren protejerla atando con mil ligaduras sus hondas grietas. En las noches de invierno cuando los últimos suspiros de la brisa de la tarde ajitan dulcemente las parasitas, si la luna logra asomar su disco por entre las pálidas nubes, me imajino que la oscuridad que no alcanza a disiparse, deja sospechar formas indecisas, imájenes confusas, fantasmas vaporosos ; despues la melancólica luz de la luna se refleja en los costados de aquellos arcos abiertos, dando relieve a los bultos de los santos de piedra, a las agujas i florones. El paisano que pasa por las inmediaciones, apreta el paso repitiendo un *pater noster*, temeroso, ménos de sentir caer algun fragmento de aquellas piedras que nadie sabe como se tienen en el aire, que huyendo de oir los jemidos que otros le han dicho haber sentido salir de las tumbas que por todas partes pisa.

Las ruinas de la Abadia de San Vandrille se ocultan detras de algunas arboledas. En su refectorio i en su claustro de arquitectura gótica, en lugar de las oraciones piadosas de trescientos monjes que en otro tiempo la poblaban, elevánse al cielo bocanadas de humo o de vapor, el incienso de la indústria, de las máquinas que hacen mover una filatura de algodon. Sus alrede-

dores estaban ántes cubiertos de capillas, calvarios i oratorios que elevaban los peregrinos, atraidos de todas partes por las virtudes milagrosas de una fuente vecina que continúa aun corriendo, i cuyas aguas se venden hoi a medio la cántara; pues que si bien han dejado de hacer milagros, no han perdido su reputacion de saludables. Pero si nada se conserva de la iglesia, el viajero queda recompensado en demasia con la vista de la famosa Abadia de Jumieges, célebre en los análes de la historia i de la ciencia, imponente golpe de vista, rico en cabilaciones tristes. Aquellos muros abandonados, guarida hoi de cuervos i de aves nocturnas, encerraban en otro tiempo una corporacion inmortal de sabios que se trasmitian al travez de las jeneraciones la continuacion de estudios de siglos atras comenzados. De las escuelas de los Benedictinos sus reclusos, salieron aquellos maestros, historiadores, teólogos que imprimian movimiento a las ideas de aquellos siglos de ignorancia universal, i ya echaban de cuajo la Europa sobre el Asia para reconquistar el santo sepulcro, ya dotaban a la civilizacion moderna de aquellos pacientes copias i colecciones de autores clásicos, que anudaron al fin el roto hilo de los progresos de la intelijencia humana. Eran los abades de Jumieges, para mayor prestijio de su saber i piedad, soberanos ademas de todo el pais circunvecino. La fundacion de esta famosa Abadia alcanza a la época misma en que empezó a tomar consistencia de perfeccion cristiana el es-

píritu ascético, a los tiempos del rei Dagoberto. Entre sus ruinas se encontraba un sepulcro sobre cuya losa yacian dos jóvenes revestidos de ropas talares. Su túnica inferior, cerrada sobre el pecho con un broche de pedrerias, dejaba su cuello enteramente descubierto, i sus cabellos ensortijados estaban ceñidos en forma de diadema con una faja sembrada de piedras preciosas. Estos eran los *enervados de Jumieges*, dos hijos de Clovis II, que habiéndose sublevado contra su rei, el padre les coció las pantorrillas i los arrojó i los abandonó en un bote a la corriente del Sena. Los monjes detuvieron el bote i recojieron a los reales desgarretados.

Con la raza siguiente los padres fueron aliados de los reyes, i del seno de su comunidad salieron embajadores para Roma, capellanes para Luis el Debonario, sirviendo el convento mismo de prision para algunos nobles rebeldes. Los infieles normandos remontaron una vez el Sena, i Jumieges i San Vandrille subministraron abundante botin a la rapacidad de aquellos bárbaros, pábulo a las llamas sus templos i santuarios, i millares de cabezas al filo de sus espadas. Pero los normandos conquistados por el cristianismo pagaron con usura mas tarde, en donaciones, ofrendas i construcciones nuevas aquellos estragos causados por sus padres. De este modo la historia de la Abadia se prolonga durante toda la edad media, honrándose con los nombres mas gloriosos, sembrada de acontecimientos maravillosos, pia-

no pertenece a este o al otro pais, sino al viejo cristianismo, a las creencias populares, i que cada nacion reviste a su modo, segun la idea que del mal tiene? Roberto el Diablo en Francia, se llama Fausto en Alemania, don Juan en España; el pueblo hace el cuento i el poéta lo recarga i embellece. Nuestro don Juan es la última espresion de lo malo, segun el sentir español; no cree en nada, no tiene miedo a los difuntos; se le rie en sus hocicos a la estátua del Comendador, a quien habia muerto, i que viene invitada por él a cenar en su compañía; el pueblo en Italia tiene otro don Juan mas terrible, Neron, que servia veneno en copas de oro a sus amigos, en un festin, para gozarse en su sorpresa, al recibir la órden de morir. Roberto el Diablo es como don Juan, el terror de los maridos, el favorito de las guacitas lindas de los alrededores de su castillo. La posicion de estas ruinas, porque en esta parte del viaje aparece el castillo de Roberto el Diablo, justifica la tradicion. Sobre una colina cónica aislada, estan aun de pié algunos cuerpos de torres, bastiones i edificios, que muestran la fuerza inespugnable de la guarida. En la base del montículo hai una caberna escabada en el corazon de la montaña, i que va hasta el interior de las ruinas; por ahí, diz que, salia Roberto el Diablo a casa de mujeres, i por aquel antro las introducia. Allí estan enterradas sus queridas, allí hizo penitencia en sus últimos dias; porque Roberto el Diablo se salvó de las garras de Lucifer.

Entre los matorrales, yedras i arbustos que cubren la montaña maldita crece la yerba que *estravia*, i el viajero que por descuido la pisa no vuelve a encontrar su camino aunque marche toda la noche. ¡Cuántas muchachas de las vecindades han pisado esta fatal yerba! ¡imposible volver a su casa hasta el siguiente dia! Una vieja Crónica cuenta que Roberto, hijo de un gobernador de Neustria en tiempo de Pepino, mató a su maestro de una puñalada; mas tarde se presentó en la vecindad de Ruan en un monasterio, hizo reunir la comunidad, escojió la monjita mas salada, i se la llevó al bosque, i la violó.

Antes de pasar la montaña vese la selva de Mauny i un viejo castillo sobre una roca. El prior de la Abadía vecina de San Jorje, pasaba el rio a nado para regocijarse con la castellana que habia sido su prometida; un dia sorprendiólo el baron, i para que es decirlo, lo mató. Los monjes hasta la revolucion francesa celebraban cada año oficios espiatorios, por el alma del prior muerto sin haber tenido tiempo de arrepentirse. Porque en todas estas tradiciones de la edad media entran siempre como personajes obligados barones, monjes, reyes, queridas i abades, única parte viva de la sociedad de entónces; lo demas, el pueblo, es rípio con que se rellena el edificio social; i al leer una de aquellas antiguas leyendas o al rejistrar las Crónicas de la época vese que el pueblo, el autor, i los personajes mismos, no hacen diferencia entre el monje i el baron para cometer delitos,

derramar sangre, i saquear pueblos; todos son iguales ante la lei de la época, la violencia i la inmoralidad, bien que sea de entre esta masa hayan subido los Santos a los altares, acaso por la admiracion que causaba, ver a un hombre que no fuese un solemne malvado.

Si alguna vez, viene V. a Francia, desembarque en el Havre i no en Burdeos. Por aquí va el camino de su historia para llegar a Paris. Aquí se encuentra todo su pasado, los señores normandos i los ingleses, las tradiciones i las batallas, la edad media con sus conventos, sus agujas i sus castillos; i para el americano, poco conocedor al principio, conviene que se le presenten en grandes masas los objetos para que hieran hondamente su imajinacion. He descrito ya lo mas notable del bellísimo rio, i me tiene V. en Ruan, en medio del conjunto de monumentos góticos mas nobles que ostenta ciudad alguna de Europa: los siglos se han parado sobre esta ciudad, i del quince acá, nada de notable hai moderno. Las masas de techumbres de pizarra aumentan la oscuridad de las calles estrechas, flanqueadas de edificios parduscos, dominadas por iglesias, conventos, catedrales, cuyas agujas se desprenden en el aire, como si los edificios de cuatro i seis pisos que las circundan, fueran matorrales al pié de añosos cipreses. He recorrido la ciudad i alrededores, escalado las torres de Saint-Ouen i de la Catedral, tocado con mis manos esta piedra tallada, calada, vaporizada como piezas chinescas de ajedrez, para

convencerme de que tantas maravillas son obras humanas. Seria en vano que tratase de darle detalles de una arquitectura que ella toda se compone de detalles, bien que allá, donde este jénero no alcanzó, interesarian mas que otros que prodigo sin temor de cansar. Pero ¿qué decirle de estas murallas caladas i cubiertas de vidrios de colores, en los cuales estan pintadas las vidas de los Santos, cuyos ropajes colorados o azules dejan pasar al interior de la iglesia los rayos del sol, teñidos de todos los colores del íris, bañando en seguida las naves, el pavimento con esta luz estraña, esmaltada, fantástica, dando visos sobrenaturales a las estátuas de santos de escultura rara! Lea un libro, alguna descripcion de esta clase de combinaciones; tome V. el caleidescopo, i hallará allí modelo de estos rosetones que decoran las fachadas de las antiguas catedrales, en lo que cifraban su gloria los maestros, tanto que en Saint-Ouen el que hacia el roseton de la fachada principal, clavó el puñal en el corazon al discípulo que hacia, en una fachada lateral, otro que el maestro encontró fatal para su reputacion. Suba V. a los Andes, i aquellos numerosos penitentes que forma en la nieve la desigual accion del viento no le darán idea de esta muchedumbre de pináculos, agujas, i torrecillas que decoran, herizan, los edificios desde su base; cada uno de ellos con remate diverso, cada uno en Saint-Ouen rematado en una estatueta de fraile, en todas las aptitudes imajinables. Si quiere darse idea de la for-

ma de las goteras, que en ángulo obtuso contrastan con los pináculos, cierre los ojos i cree monstruos de todas las formas, perros, serpientes, monos, zapos, lagartos, frailes que se roban mujeres, mujeres que vomitan demonios, demonios que se llevan almas, sátiros peleando o que hacen cosas peores, abortos de la imajinacion, cosas sin nombre, pero todos con formas caprichosas, absurdas, fantásticas, imposibles. La lei de esta arquitectura es clara a mi pobre modo de entender, sobreponerse a la materia, espiritualizarla, darle vida, presentar un drama infinito sin que el espectador descubra la maquinaria, algo del espíritu cabalístico de la época : el arquitecto ha querido pasar en las edades futuras por nigromántico ; presentando, de pié, despues de siglos, enormes moles de piedra, diáfanas; sosteniendo sobre murallas de vídrios pintados, techumbres de plomo, apuntaladas sobre hacecillos de columnas como manojos de varillas. Si hai dos torres la una acaba en punta, la otra en una corona réjia de piedra calada ; la una es alta i la otra baja ; hai un pórtico al frente i otro al costado que es a veces mas lujoso que aquel ; las agujas se elevan al cielo sobre bases frájiles que se estan meciendo como álamos con el viento ; un torreoncillo sube por un costado pegándose al edificio como la yedra, compañera inseparable del monumento gótico ; otro torreon por el lado opuesto termina en un segundo cuerpo ; un tercero u otra invencion absurda, sin plan, sin correspondencia, le

arrima su hombro a la base. Caprichos fantásticos, dice uno a primera vista; pero observando con ojo atento, vese que aquellos torreoncitos, son los sustentáculos de aquella espuma petrea que afecta formar el cuerpo del edificio; los hacesillos aparentes son en realidad enormes masas de piedra, correspondientes a la mole que sustentan. Tanta lijereza, tanta riqueza de detalles, tanto arte i tanta ciencia encapotada, dan a esta arquitectura el mérito sorprendente, maravilloso que Victor Hugo reveló a la Europa entera, asombrada de poseer una epopeya en lo que hasta entónces habia creido una pueril rapsodia; la última espresion del arte humano, en lo que pasaba plaza de ensayos de la imajinacion de pueblos semibárbaros.

Cuán boquiabiertos i estupefactos se quedaron los sabios cuando en nombre de la edad media les dijo Victor Hugo, bárbaros! I sin embargo, jamas se obró revolucion en el espíritu humano mas rápida, mas pronta que la que produjo *Notre Dame* en 1831. En el acto los arquitectos corrieron a tapar los estragos que su ciencia habia hecho, i desde entónces la Europa entera se ha ocupado de limpiar aquellas joyas enmohecidas por el orin de los siglos, profanadas por la imitacion romana; i las rentas de las iglesias i las del estado no bastan para reparar las injurias, completar lo inacabado, i borrar, si es posible, el baldon que sobre la ciencia i el arte moderno habia caido. En este momento se repara el *Hôtel de Ville*

de Ruan, imitando un costado para reedificar el otro, i en Saint-Ouen i en la Catedral hai trabajos permanentes, como en Paris los hai en la Santa Capilla que se hace restaurar con la paciencia que demandan sus pinturas microscópicas.

Estas alucinaciones no carecen sin embargo de ejemplos mas altos. ¿No se moria de fastidio Buffon al oir a Saint-Pierre leer su Paulo i Virjinia? ¿No han dado coces los españoles, Martinez de la Rosa el primero, contra la rehabilitacion del arte romántico, ellos a quienes esta resurreccion de Lope de Vega i de Calderon les venia a dar papel en la historia de la intelijencia humana, en que ni ántes ni despues tomaron parte? ¿Pueden llamarse clásicos los que no han estudiado nunca el griego?

La literatura francesa se ha enriquecido i completado con aquellas audaces escursiones hechas en la edad media, estudiando sus costumbres, sus monumentos, sus creencias i sus ideas. Nacion moderna alguna habia penetrado mas hondamente en el espíritu de la Grecia i de Roma. A Esquiles, Sófocles, i Eurípides se siguen inmediatamente Corneille, Racine, Voltaire; a Esopo i Fedro, Lafontaine; a Terencio, Moliére; a Horacio, i Quintiliano, Boileau i La Harpe; a la República Romana, la República Francesa de 1793, que plajiaba hasta los nombres, llamándose Arístides, Brutus, Gracos, los Saint-Just, los Collot d'Herbois i los Dantones. Los Moratines no figuran en aquel plajiado sino como el trapero figura

en la fabricacion del papel, recojiendo la materia que otros han producido. Siguiendo esta hancha huella, la Francia habia ademas desarrollado en el siglo XVIII, la lójica del espíritu humano, deprimiendo tódas las otras cualidades. Rousseau, Montesquieu, Diderot, aquellos grandes retóricos enseñaron a creer que no habia otro Dios sino Dios, i la Razon, la Lójica que era su Profeta; i el mundo entero puso mano a la construccion de la torre de Babel que debia salvar al jénero humano de la arbitrariedad en gobierno, de la supersticion en relijion. La obra se levantó en efecto, hasta 1793, en que sobreviniendo la confusion de lenguas, la guillotina funcionó en nombre de la humanidad, en nombre de la libertad el terror, i la Diosa Razon desnichó a la Vírjen María. Napóleon vino, el enemigo de los ideólogos, i por el rastro de sus victorias la barbarie i el despotismo de la Rusia penetró en Paris, deponiendo como sedimento de su irrupcion a los Borbones, con sus nobles famélicos, sus jesuitas, i su derecho divino, i todos los absurdos que la intelijencia habia pretendido estirpar.

Entónces comienza un movimiento en la literatura i en la filosofia francesa que dura aun. ¡No era pues, la lójica, tan seguro guia para la humanidad como lo habia prometido el siglo XVIII! Habia que reconstruir desde la base el edificio social, i los escritores empezaron a examinar las piedras del antiguo edificio feudal, que habia esparramado la revolucion. Château-

briand se encargó de restaurar el cristianismo, Lamartine de encender el apagado sentimiento relijioso, Victor Hugo de levantar las catedrales góticas i mostrar su importancia artística. Michelet i Thierry reconstruyen la historia para dar otro significado a la feudalidad, a Gregorio VII, a los conventos, a la inquisicion, atenuados, perdonados, disculpados, defendidos. A los desencantados que buscaban la verdad de buena fé se siguieron los pensadores pagados, de *par le roi*. La monarquía feudal no podia vivir sin la rehabilitacion de todas las creencias i hechos que la habian enjendrado. El rei *lejítimo* por los cosacos debia ser santificado por su oríjen divino, i puesto fuera del alcance del látigo de las revoluciones. Todo marchaba a las mil maravillas, hasta el momento en que por sostituir la espurea libertad de imprenta, por la paternal censura de la Sorbona, vióse bambolear el edificio, i en tres dias desplomarse. A los Borbones lejítimos por derecho divino, sucedió Luis Felipe el ciudadano rei, el rei ciudadano, la *mejor de las Repúblicas* del cándido Lafayette. Si la República fuese posible! Pero la República es la guillotina, el terror, 93, i un monarca constitucional vale tanto como una República; una carta *verdad*, lo allana todo. La obra *oficial* de reconstruir lo pasado continúa entónces con nuevo afan. La filosofia se vuelve ecléctica como el gobierno, escéptica de otro modo que en el siglo XVIII. Entónces no creia sino en lo que era lójico, demostrable; ahora no cree en la ra-

zon ; todo hasta el absurdo puede ser bueno, segun la época i el lugar. No hai principios, no hai leyes que guien los destinos de las naciones. Los pueblos que jimen bajo el despotismo estan bien, los que han logrado asegurarse algunas libertades están mucho mejor. Luis Felipe entre tanto, sostiene para su coleto que la obra de los Borbones no era mala en sí, sino que no supieron hacerla: el sacarle la espina al leon, requiere mas maña que fuerza; i he aquí a la Francia en plena *restauracion*. Porque nadie se ha engañado sobre el alcance de esta palabra. Se restaura el mundo destruido : restaurador se llama don Juan Manuel Rosas, restauradores son todos los astutos que ocultan su obra. Ya la Francia tiene sus leyes de Setiembre que han ido mas allá de donde habia querido llegar Cárlos X, i que le costaron el trono.

Ver de cerca esta grande obra es lo que mas me arrastra a Paris ; ahí está la piedra angular, el modelo de todos los bastardos edificios que se estan levantando en América. Rosas *Restaurador*, Oribe Presidente *legal*, Santa Cruz *Protector*, Flores parodia del *Libertador*, ¡ai de la República en América si las ideas en Francia no se echan en otro molde! A V. ni a mí nos quedará un palmo de la tierra americana para pararnos, si no nos prostituimos ántes las restauraciones político-relijiosas, bárbaro-feudales, hispano-coloniales que estan en jermen por todas partes. Este trabajo no se hace, sin embargo, sin que

la razon pisoteada no se queje de cuando en cuando. Hemos leido V. i yo, la *Revista Enciclopédica* sufocada en su orijen; la *Enciclopedia Nueva*, la *Historia de los Diez años*, el *Timon*, i han quedado entre los instrumentos que sirvieron para zapar la obra borbónica, las canciones de Beranger, los panfletos de P. L. Courier, cuyos filos aunque tomados de orin no estan embotados. Acaba de darse una batalla al jesuitismo, i en despecho de Montalembert i de los hijos de los cruzados i de la Vendée, ha sido derrotado, i espulsado : una vieja piedra ménos; la lójica no lo ha perdido todo; le quedan los libros i la educacion, i V. recordará el capítulo de Victor Hugo titulado— Esto ha de matar a aquello.

Quiero despedirme de Ruan, tengo tomado asiento en el ferro-carril i me estoi comiendo por verme lanzado en aquel torbellino de fuego, de humo i de ruedas que se traga las leguas en un santiamen. Por lo ménos no es el ecléctismo el que ha dotado al hombre con este medio de locomocion. Una cosa hai en Ruan todavía, una tradicion popular, un hecho histórico fabuloso sin ser falso. Aquí está la plaza en que fué quemada viva por la inquisicion la Doncella de Orleans! aquella estraordinaria pastora que se sintió un dia invenciblemente arrastrada a acercarse al rei que no conocia, pedirle el ejército, mandarlo, derrotar a los ingleses, coronar al rei i retirarse en seguida a pastorear sus vacas. Si la iglesia la hubiese hecho una Santa, yo no buscaria el oríjen

de aquella sublime fascinacion del espíritu de una mujer, aquella trasustanciacion que hace de una niña un jeneral, absorviendo el pensamiento, el interes i la gloria perdida de la Francia. Habria sido un milagro entónces; pero la iglesia ha repudiado a la Doncella de Orleans, por no reconocerla mártir de obispos i de abades. Quedános pues el derecho a salvo de mirar este raro hecho, con los ojos de la filosofia, i buscar su orijen en los poderes sobrenaturales que el entusiasmo dá al alma humana, cuando una profunda idea la labra. Mas bella es así la obra de Dios, que con la cuña de milagros i portentos que mostrarian mayor limitacion de poder.

Esta es la patria de Corneille i de Boeldieu, de nuestro querido Armand Carrel, el Mirabeau del diarismo, que murió cuando habia encontrado que la República era todavía posible.

En la orilla del Sena al costado del puente se levanta una casilla monumental, en cuyo frontispicio se lee esta inscripcion :

A Luis Brune
La ciudad de Ruan.

¿Creerá V. que Luis Brune es algun grande artista de que la ciudad gótica se honra, algun inventor de máquinas para la fabricacion de las *ruanerías*, aquellos productos, variados al infinito del sencillo tejido de la calecta, que heredó de sus antepasados la Normandia industriosa como

ninguna provincia de Francia? Luis Brune era una especie de perro de Terranova que pasó su vida rondando las orillas del profundo rio, escuchando donde el agua dejaba escapar un sonido, anuncio de que un cuerpo habia caido en ella. Luis Brune habia salvado de ahogarse una a una, sesenta personas, mujeres infelices destrozado el corazon, padres de familia desesperados, niños traviesos, trabajadores endomingados, criminales que se suicidaban, todos han tenido que volver a anudar el que ya habian creido roto hilo de la vida; porque Luis Brune no permitia a nadie ahogarse mientras él existiese.

Ahora, a Paris, mi amigo.



Paris.

Señor don Antonino Aberastain.

Paris, Setiembre 4 de 1846.

¡Cómo he saltado de gusto al leer su carta datada de Copiapó! Recibir por la primera vez una carta de América en Paris, es un acontecimiento, una dicha que se saborea dos horas, que hace tregua a la vida europea, trasportándonos de nuevo a nuestras predilecciones, a nuestras simpatias *d'autre fois*. Lo veo a V, lo palpo, creciendo en

corpulencia i en bonohomia, ministro *fainéant*, abogado en feriado permanente, aburrido, deseando hacer, sin poder bullirse por los achaques de cuerpo, i yo añado de espíritu de su patron. A propósito, he visto aquí a su gobernador de Salta, de quien V. era digno ministro tambien. ¡Qué bonito, que rubenguito mozo! Lo conocí de un modo raro. Hablaba yo de la manía de los pueblos arjentinos, cuando la insurreccion jeneral de 1840, de poner viejos, doctores, jente de probidad i de respeto a la cabeza de los gobiernos; un Fragueiro en Cordova, un Garmendia en Tucuman, excelentes sujetos, hombres de órden; así salió ello! Su hombre de V. estaba tragando saliva, i no sabia yo a que atribuirlo, cuando me observó que él habia sucedido a Otero en el mando en Salta, i que el doctor Aberastain era su ministro, hombre de probidad, doctor, &c. Yo no sabiendo por donde salir del apuro, le dije, para distraerlo ¿quiére V. que vamos al baile Mabille? Esta diversion restableció la buena harmonía entre nosotros i *bras dessous*, *bras dessus* nos encaminamos al baile Mabille, que de tantas preocupaciones distrae a las jentes de buena voluntad.

Se toma V. estrañas libertades al escribirme; abusa V. de sus títulos de Mentor de mi primera juventud, aquel buen tiempo en que V. me cubria con su mole i su prestijio de Supremo Juez de Alzada, contra mis compatriotas, que no habrian consentido, sin su aseveracion reiterada de V. en creerme dotado de sentido comun.

Pero aquel auxilio tan constante, aquella decision invariable en mi favor, para sostenerme en mis primeros pasos literários, no lo autorizan a V. a decirme que mi carta sobre la *Isla de Mas-a-fuera* no vale gran cosa, i que en adelante escriba sobre cosas útiles, prácticas, aplicables a la América, so pretesto de que un hombre entre nosotros debe ser teórico i práctico, repicar i andar en la procesion. Cómo! ¿A mí se dirijen estos consejos? ¿Era V. por ventura quien en San Juan, construia máscaras en carnaval, fundaba en malahora colejios, i creaba el *Zonda*, aquel diario indigno que los patriotas pisoteaban por las injurias que hacia al decoro, al honor, i a la fama de la provincia en "el Universo i en otros lugares?" Era V. doctor el que iba a la cárcel ántes de pagar los doce pesos que el Podestá nos cobraba *inconstitucionalmente* por el 6.° número, para ultimarlo como lo consiguió? Quiere V. hombre mas práctico doctor? ¡A mí hombre teórico! A mí que no pido como Arquímedes, sino un punto de apoyo, para poner mi patria o la de otros, patas arriba, porque no soi difícil en punto a la propiedad i pertenencia de las patrias! Su celo que agradezco doctor, lo estravia esta vez. Lea con atencion lo que le escribo sobre este Paris encantado.

Desde luego, si ve V. a mis amigas en Santiago, dígales de mi parte que no está aquí en este momento Eujenio Sue; pero que me han mostrado al rengo Tortillard; ya está hombre hecho i derecho, siempre cojo, i malo como siempre.

Brazorojo se ha hecho honrado con su contacto con la policía, i la Rigoleta goza de una grande reputacion en el baile Mabille. Otras pérdidas mayores aun tenemos que deplorar! No hai ya ni aquellas pocilgas i vericuetos donde los *Misterios* comienzan. Se ha abierto por medio de la *Cité*, una magnífica calle que atraviesa desde el palacio de Justicia hasta la plaza de nuestra Señora, iluminada de gaz, i bordada de estas tiendas de Paris, envueltas en cristales como gazas transparentes, graciosas i coquetas como una novia. En vano preguntará V. dónde fueron los primeros puñetazos del Churriador con Rodolfo, dónde vendia sus fritangas la Pegriote, estas pobres jentes, oh dolor! no saben nada.

El español no tiene una palabra para indicar aquel *far-niente* de los italianos, el *flâner* de los franceses, porque son uno i otro su estado normal. En Paris esta existencia, esta beatitud del alma se llama *flâner*. *Flâner*, no es como *flairer*, ocupacion del ujier que persigue a un deudor. El *flâneur* persigue tambien una cosa, que él mismo no sabe lo que es; busca, mira, examina, pasa adelante, va dulcemente, hace rodeos, marcha, i llega al fin....a veces a orillas del Sena, al boulevard otras, al Palais Royal con mas frecuencia. *Flanear* es un arte que solo los parisienses poseen en todos sus detalles; i sin embargo el estranjero principia el rudo aprendizaje de la encantada vida de Paris por ensayar sus dedos torpes en este instrumento de que solo aquellos insignes ar-

tistas arrancan, inagotables harmonias. El pobre recien venido, habituado a la quietud de las calles de sus ciudades americanas, anda aquí los primeros dias con el jesus en la boca, corriendo a cada paso riesgo de ser aplastado por uno de los mil carruajes que pasan como exalaciones, por delante, por detras, por los costados. Oye un ruido en pos de sí, i echa a correr, seguro de echarse sobre un omnibus que le sale al encuentro; escapa de éste i se estrellára contra un fiacre si el cochero no lográra apénas detener sus apestados caballos por temor de pagar dos mil francos que vale cada individuo rebentado en Paris. El parisiense marcha impasible en medio de este hervidero de carruajes que hacen el ruido de una cascada; mi+ de las distancias con el oido, i tan certero es su tino que se para instantáneamente a una pulgada del vuelo de la rueda que va a pasar, i continúa su marcha sin mirar nunca de costado, sin perder un segundo de tiempo.

Por la primera vez de mi vida he gozado de aquella dicha inefable, de que solo se ven muestras en la radiante i franca fisonomia de los niños. *Je flâne*, yo ando como un espíritu, como un elemento, como un cuerpo sin alma en esta soledad de Paris; ando lelo; pareceme que no camino, que no voi sino que me dejo ir, que floto sobre el asfalto de las aceras de los baluartes. Solo aquí puede un hombre injenuo pararse i abrir un palmo de boca, contemplando la Casa Dorada, los Baños Chinescos, o el Café Cardinal. Solo aquí

puedo a mis anchas estasiarme ante las litografías, grabados, libros i monadas espuestas a la calle en un almacen; recorrerlas una a una, conocerlas desde lejos, irme, volver al otro dia para saludar la otra estampita que acaba de aparecer. Conozco ya todos los talleres de artistas del boulevard, la casa de Aubert en la plaza de la Bolsa, donde hai exhibicion permanente de caricaturas; todos los pasajes donde se venden esos *petits riens* que hacen la gloria de las artes parisienses. I luego las estatuetas de Susse i los bronçes por do quier, i los almacenes de *nouveautés*, entre ellos uno que acaba de abrirse en la Calle Vivienne con doscientos dependientes para el despacho, i 2000 picos de gas para la iluminacion.

Por otra parte, es cosa tan santa i respetable en Paris *flâner*; es esta una funcion privilejiada, en que nadie osa interrumpir a otro. El *flâneur* tiene derecho de meter sus narices por todas partes. El propietario lo conoce en su mirar medio estúpido, en su sonrisa en la que se burla de él, i disculpa su propia temeridad al mismo tiempo. Si V. se para delante de una grieta de la muralla i la mira con atencion, no falta un aficionado que se detiene a ver que está V. mirando; sobreviene un tercero, i si hai ocho reunidos, todos los pasantes se detienen, hai obstruccion en la calle, *atropamiento*. ¿Este es en efecto, el pueblo que ha hecho las revoluciones de 1789 i 1830? Imposible! I sin embargo ello es real : hago todas las tardes

sucesivamente dos, tres grupos para asegurarme de que esto es constante, invariable, característico, maquinal en el parisiense.

En otro signo he reconocido el pueblo de las grandes cosas, el brazo de hierro de las ideas. Aquel frances terror de la Europa en los campos de batalla, aquel fautor i actor de las grandes revoluciones sociales que echa a rodar tronos cada diez años, es el hombre mas blando, mas atento, mas comedido. El pueblo de blusa, como si dijéramos de poncho, el leon i el diputado son iguales en sus espresiones de comedimiento. *Ayez la complaisance...soyez assez bon pour*...cien frases mas comienzan o concluyen una pregunta dirijida a otro. *S'il vous plait*, está por todas partes escrito para indicar la cuerda de una campanilla, el resorte que ha de tirarse. *Je vous demande bien pardon*, es el reproche que le hace a V. aquel a quien por inadvertencia ha pisado un pié, codeado fuertemente, o perturbado en su ocupacion. El pueblo de Paris tiene la relijion de la *adresse*. Si el estranjero pide la direccion de una calle, una casa que busca, un *forçat*, un bandido que en otra circunstancia lo despojaria, en esta se cree en conciencia obligado a decir lo que el pasante necesita, a interrumpir su camino. Por la incertidumbre de las miradas reconoce alguno al estranjero, i se le acerca i le ofrece darle las señas que busca. Me ha sucedido ser así adivinado; echarme en la direccion indicada, perderme de nuevo, encontrar a mi hombre que me ha seguido i dadome

de nuevo las señas; perderme tercera vez i mi ánjel tutelar volver tercera vez a encaminarme. I esto le ha pasado cien veces a todo estranjero, i es fama i opinion comun que solo en Francia i sobre todo en Paris se encuentra esta benevolencia pública, esta bondad fraternal. Solo en Paris tambien, el estranjero es el dueño, el tirano de la ciudad. Museos, galerias, palacios, monumentos, todo está abierto para él, ménos para el parisiense a toda hora i en todos los dias. Mostrar su pasaporte a la puerta, es mostrar un firman ante el cual se quita el sombrero el conserje. Diga V. el mayor desatino *poisson*, por poison *veau* por beau, i ningun músculo de la fisonomia de la cara de un frances se ajitará, porque el estranjero no está obligado a hablar bien su idioma; i no ha mucho que uno de mis amigos, moslestado en un lugar siniestro por una turba de ebrios en andrajos ¡Como! les dijo apurado, esto se hace con un estranjero en Paris? Infames! Los beodos al oir la palabra *estranjero* empezaron a deshacerse en escusas, i protestas, le acompañaron en silencio hasta mejores parajes, i se despidieron confundidos i humillados. Yo sabia, me decia, que esta era mi única tabla de salvacion; haga V. lo que quiera en Paris, i diga que es estranjero. I en efecto, de palco en palco i hablando perversamente el frances logré no ha mucho en una gran revista que se daba a Ibrahim Pachá en el campo de Marte, acercarme hasta el que ocupaba la familia real. *Mais où allez-vous, Monsieur?* me decian los guar-

dias; yo respondia en castellano puro con calor, con enerjia, i el pobre municipal me dejaba pasar, sospechando que algo de mui racional debia decir puesto que él no entendia jota. He aquí la piedra de toque de la cultura intelectual de una nacion, aunque no sea la de la instruccion del individuo.

Acaso no acierto a darle a V. una idea de Paris tal que pueda presentárselo al espíritu, tocarlo, sentirlo bullir, hormiguear. Haria si lo intentara mui huecas frases, llenaria pájinas de descripcion insípida, i V. no estaría mas avanzado por eso. Paris es un pandemonium, un camaleon, un prisma. Es V. sábio? Entónces Paris tiene sus colecciones, sus archivos, su Jénesis encerrado en el jardin de las Plantas, desde el primer molusco que sin sentirlo él dejó ver el primer rudimento de vida, desde el primer lagarto de los que poblaron durante millares de siglos la tierra, llamándose con insolencia los señores de la creacion, hasta el último cuadrúpedo en que la vida se ensayaba ántes de la aparicion del hombre. Ahí estan petrificados todos nuestros antecesores; allí hai pedazos de todos los mundos pasados, rastros de los animales ante-diluvianos que de creacion en creacion pueden llamarnos a nosotros sus tataranietos. Es V. astrónomo? Arago está montando un telescopio que acercará la luna a seis leguas de Paris; i un tal Laverrier, que era ayer empleado en los ferro-carriles anda persiguiendo en los espacios celestes, i llamando a todos los as-

trónomos que se aposten en tales i cuales lugares que él señala, para cojerlo al paso, a un planeta que él dice que hai en el cielo, porque debe haberlo por requerirlo así una domostracion de las matemáticas. Humboldt, acaba de escribir el credo de las ciencias naturales, dejando que cada cual levante su culto sobre aquella base de dogmas.

Si en lugar de antigüedades de la tierra busca V. las de las sociedades humanas, en este momento estan poniéndose en órden los bajos relieves i los fragmentos de palacios arrancados a Ninive que acaban de desenterrar en las llanuras del Tigris, miéntras que otros se despestañan por leer las escrituras grabadas en los ladrillos de la torre de Babel, que se estan trayendo, para colocarlos al lado de los sarcófagos ejipcios, de los cartuchos, que muestran por fechas, por cifras duras, de granito, que no se doblegan a interpretacion humana, que hai veinte siglos mas que añadir a la historia de la civilizacion del hombre.

Es V. literato? Entónces consagre un año a leer lo que publican cada dia esa turba de romancistas, poetas, dramatistas, que tienen en ajitacion los espíritus, que hacen de Paris una sociedad pueril, oyendo con la boca abierta a esa multitud de contadores de cuentos para entretener a los niños, Dumas, Balzac, Sue, Scribe, Soulié, Paul Feval, que os hacen llorar i reir, que inventan mundos i pasiones estrañas, absurdas, imposibles para entretener a este pueblo fatigado sin hartarse de sentir emociones, de hacerse pinchar los ner-

vios con descripciones atroces, terribles, irritantes.

Es V. artista? Aun dura la esposicion del Louvre de 1846. Dos mil cuatrocientos objetos de arte, cuadros, estátuas, grabados, jarrones, tapices de Gobelin, que ocupan legua i media en los salones del Louvre. Allí estan los productos de la pintura relijiosa que va a buscar sus asuntos en las tradiciones de la edad media, al lado de la batalla de Isly, inmenso lienzo de Horacio Vernet, que ha trasportado a Paris un pedazo del Africa con su cielo tostado, sus camellos, su atmósfera polvorosa, sus Arabes indómitos ya domados. Detras de cada cuadro hai un nombre, una escuela, una historia, un taller, un artista que ha pasado por todas las angustias, todas las miserias, todos los desencantos, i que con la paleta en la mano, i apartando el pensamiento del suicidio que rueda, susurra i voltejea en torno suyo, ha llegado al fin a la puerta del Louvre, i permitídosele colgar en sus murallas el cuadro que ha de servir de enseña para trabajar su gloria i su fortuna de artista.

Gústanle los sistemas políticos? Oh! no entre V. en ese dédalo de teorias, de principios i de cuestiones. Una cosa hai estraña, en despecho de la aparente calma de esta ciudad enferma de fiebre cerebral. Diria V. que el mundo político está para acabarse; todos los signos son de un cataclismo universal; los hombres andan afanados rejistrando la historia de los tiempos pasados, compulsan-

do las fechas, corrijiendo los errores, reproduciendo libros olvidados, tomando un camino i dejándolo al dia siguiente para echarse en otro. Nadie es hoi lo que ayer era. Michelet está borrando apresurado las pájinas de historia que habia escrito, Châteaubriand en sus ochenta años llama a Béranger el único sábio i el único filósofo conocido, miéntras que el *bonhomme* se rie de todas las instituciones, de reyes i de oráculos. El socialismo cunde, i las novelas de Sue, i los dramas lo predican, lo esponen en perspectiva. La-Mennais continúa alejándose de su punto de partida, i en medio de la jendarmeria de las ideas dominantes, oficiales, moderadas, ve V. moverse figuras nuevas, desconocidas, pensamientos que tienen el aspecto de bandidos, escapados al baño, al presidio en que los han confundido con los criminales de hecho, ellos que no son mas que revolucionarios. Una sola fisonomia del pensamiento frances ha desaparecido, no obstante ser ella la que pretendia amalgamar esta variedad de opiniones i de creencias contradictorias, el eclectismo, que habia hecho un mosaico de los sistemas, engañándose con la harmonia del conjunto. Ha muerto de muerte natural como todas las cosas caducas, que no estan fundadas en la verdad. Cuánto estudio i cuánta penetracion necesita el viajero para entender su Paris por este lado. Yo desespero, i sin embargo empiezo a tener barruntos, a sentir que la lójica late en mi espíritu; me parece que veo de cuando en cuando señales, co-

lumnas miliarias, linderos que muestran el camino que ha de seguirse en este laberinto. Dejeme tiempo, i yo he de sentir alguna vez que la conviccion viene formándose, fortificándose, endureciéndose como aquellas rocas, que se ve que han sido al principio capas de arena movediza acumuladas por las aguas i removidas por los vientos.

Desde el Havre habia hecho vida comun con un excelente frances, gran conocedor de su Paris, i deseoso de mostrármelo en toda su gloria. No bien hubimos llegado, llevóme a los *Frères Provençaux*, donde cenamos ámbos por 60 francos: al dia siguiente por 30 almorzamos en el Café de Paris; en un *restaurant* comimos por 10; en un Pasaje al dia siguiente fuimos a almorzar por 3, i a comer por 32 sueldos al Pasaje Choiseul, últimamente a una abominable pocilga detras de la Magdalena, decorada con el nombre de *Hôtel ingles*, donde se sirve carne cruda de procedencia mas que sospechosa, porotos duros, i cerveza infame, todo por un franco para regalo de los que quieren salvar el honor de la bolsa, afectando anglomania. Habia pues en tres dias recorrido los siete escalones de la vida parisiense, i conocido el camino que va de la opulencia a la escasez, haciéndome mi Mentor este curso, para precaverme de todo accidente. *Là-dessus*, podia permanecer tranquilo: en una crisis financiera, conocia ya el camino del *soi-disant Hôtel ingles*.

El *folletin* es como V. sabe la filosofia de la época aplicada a la vida, el tirano de las conciencias,

el regulador de las aspiraciones humanas. Un buen *folletin* puede decidir de los destinos del mundo dando una nueva direccion a los espíritus: Leon Gozlan ha publicado uno en estos dias, que para mí vale mas que el tratado Mackau. Paris, la ciudad de todos los goces, que ha inventado el Hipodromo, la *reclame*, el carta *verdad*, con sus veinte teatros, sus jardines, *restaurantes*, asfaltos, museos, i cursos públicos de enseñanza, carece sin embargo de ciertas comodidades, de que por mas tiempo no puede sin mengua privarse la ciudad cosmopolita. Por menos de nada véndese la risa en el *Palais, Royal* suficiente a hacer reventar a un ingles si se deja ir a la tentacion de reirse; el que quiere llorar se dirije a la Porte San Martin, premuniéndose por precaucion de pañuelos, porque las lágrimas corren allí a mares. Danse gratis las mas profundas lucubraciones del espíritu humano; i tal es la conviccion del parisiense de que en Paris está reunido todo lo que Dios i el hombre han creado, que pidiendo Balzac en un restaurant *comme il faut*, una ala de salamandra, el mozo le contestó sin turbarse, *V'là, M'sieu*, volviendo inmediatamente de la reposteria a anunciarle que en aquel momento acababa de acabarse. Bien, pues, apesar de todo esto Paris carecia, segun Gozlan, de una de las primeras comodidades de la vida, de un establecimiento donde se vendiese sueño, para los dramatistas que hacian *fiasco*, para los ajiotistas que jugaban a la alta, los amantes desai-

rados, &c., e iba al efecto a construirse un Dormitorio modelo cerca de la Bolsa, para evitar suicidios. Murallas colchonadas debian interceptar los ruidos de la ciudad torbellino, i hacer el silencio como la máquina neumática hace el vacio. Un padre de familia que ha especulado sobre los bonos españoles se presenta a la puerta pidiendo dos horas de sueño : un portero mudo lo introduce de recinto en recinto, de salon en salon, hasta dejarlo en una cámara donde hai sofaes i cojines de pluma. Sus casoos estan para volar, aguarda el sueño que deben servirle, i cuando en su ignorancia de los procederes, espera oir una música dulce, calmante, eólica, desde una ventana oye a un doméstico que lee bostezando. Noticias del....del....Riooo....ahh! del.....del Riooo....ahhh! de la Pla plaaaaaa tahh! el Je...ne...er...er..al Madari..ia..ga ha de..rrro...rrro..rreo..ohhh..derro..rro..rre... rrohhh! Nuestro enfermo se impacienta, tira el cordon para llamar i nadie responde, grita i él mismo no se oye su voz, absorvida por la muralla i los aparatos antiacústicos. El infeliz que se siente asesinado esconde la cabeza entre los cojines, i el implacable lector sigue el Jene..jene.. jenehh!!! hasta que al fin se duerme el paciente, ronca profundamente, i dos horas despues lo despiertan por no haber pedido mas que dos horas de sueño. Así con veinte francos que paga a la puerta, su cabeza se ha descargado i el pensa-

miento del suicidio desanidádose de su corazon.

Este es, mi querido Doctor, el lugar que en la opinion pública ocupan nuestros asuntos del Plata. Leon Gozlan tomaba para su récipe la noticia mas soporífera que encontró en el primer diario que vino a sus manos; i como estoi seguro de que V. no se duerme, Doctor, cuando le hablan de las cosas arjentinas, voi a darle mas soporíferos pormenores. Por accidente oigo a Lasalle, editor del *Correo de Ultramar*, al redactor de la *Presse* al servicio de Rosas, i a M. Pichon, el ex-cónsul de Montevideo ¡que cinismo! El primero escribe segun el mismo para que Rosas se suscriba por doscientos ejemplares; el segundo por contrata; i el tercero cuéntanos como ha escrito ya a Oribe, trasmitiéndole las propias palabras del Rei: "*N'ayez pas peur, M. Pichon*," es el Rei quien habla, "*mes pantalons garance ne verront jamais cette rivière de la Plata.* Yo! destronar a ese M. Rosas, que gobierna ya 14 años en esas repúblicas americanas, que ha fundado el órden, i sometido a esos anarquistas, alborotadores, a esos unitarios! Dicen que es un bárbaro, sanguinario, *¿qu'est-ce que ça nous fait à nous?* Me dice cosas peores la oposicion. ¡Calumnias, contra los gobiernos moderados!"

Recuerda V. que Lamartine preguntaba a Varela qué idioma hablabamos; un redactor en jefe de diario conservador me ha pedido pormenores sobre nuestras luchas en América, contra los

mahometanos, disertando en seguida con un aplomo admirable sobre la oposicion de creencias, de razas, &c.!

A mi llegada a Paris, Rosales me trasmite la órden de presentarme en el ministerio de Relaciones Esteriores, por órden de M. Guizot. El rei le ha preguntado que clase de individuo soi yo, i Rosales ha debido decirle que soi un excelente sujeto. Mas tarde sé que el caballero de Saint Georges ha escrito a su gobierno que si desea saber algo sobre la cuestion del Rio de la Plata, oiga a un señor de mi nombre, hombre competente para juzgar. Don Francisco Matta me guia al ministerio, i M. Dessage, jefe del departamento político, me recibe. Este funcionario es el ojo con que Guizot ve la cuestion del Plata. Todos los dias presenta el estracto de los diarios i de las noticias recibidas. "Rio de la Plata" artículo de oposicion, no se lee. "Denuncia el *National* el corte de los bosques"—Recoja V. datos. "Nota de Deffaudis pidiendo fuerzas"—No se mandan. Así se maneja el mundo, así se crea la historia. M. Dessage me interroga. Quiero yo establecer los verdaderos principios de la cuestion. Hai dos partidos, los hombres civilizados, i las masas semibárbaras—El partido *moderado*, me corrije el Jefe del departamento político, esto es el partido moderado que apoya a Luis Felipe el mismo que apoya a Rosas,—No señor, son aquellos campecinos que llamamos gauchos—Ah! los propietarios, la *petite propriété*, la bourgeoisie,

reputacion colosal en Paris de ser un animal en dos pies : en la Cámara no lo interrumpe la oposicion a fin de oirlo decir *platitudes*, i el centro se venga de su servidumbre, riéndose de su jefe i amigo, a dejar correr las lágrimas, cuando él tiene la palabra. Hablo largamente de los acontecimientos del Plata ; i como no es tan sabido como M. Dessage, no me corrije los conceptos, no me sostituye las *sanas* ideas en lugar de las mias. M. Mackau aprueba todo con un signo de cabeza i una sonrisa. Digo cuanto juzgo oportuno para edificacion del ministro ; su benevolencia me anima, siento que mi confusion primera se disipa, mis ideas se aclaran ; cito hechos, establezco principios, me escucho elocuente. Massin está contentísimo de su amigo el americano ; lo leo en sus ojos animados. El almirante continúa siempre haciéndome reverentes signos de aprobacion ; pero son tan metódicos, son tan mecánicos, que parece una palanca; mírole fijamente los ojos, i veo en ellos aquella fijeza sin mirada del hombre que no escucha, absorvido por algun pensamiento interno. Yo me detengo repentinamente en mi improvisacion, i el ministro faltando el ruido de las palabras, despierta, i no sabiendo que decirme porque no está en antecedentes, esplora, tartamudea, i no acaba : hai un momento de silencio, trato de escabullirme, i Massin me apreta la mano al salir, en signo de parabien, creyendo que he depositado alguna idea en aquel cerebro de estopa, ¡habia sido

tan animado mi discurso! A la puerta del salon del ministro encontramos un individuo que nos mira de pies a cabeza, con aires de empleado del *octroi*, rejistrando con los ojos al pasante por ver si lleva o trae algo de contrabando.—¿Conoce V. a este? me dice Massin.—No—Es el conde Alley de Cyprey.—¿I quien es ese?—Es aquel enviado *oficioso*, que despues de la toma de Obligado fué a Buenos Aires de parte del rei, a asegurar a Rosas de la desaprobacion del gobierno por las hostilidades comenzadas. Este es el alma de Mackau, i está furioso conmigo porque lo he introducido a V.; es partidario acérrimo de Rosas.

Aquí tiene V. pues, íntegro el pensamiento *oficial* sobre la cuestion del Rio de la Plata, en el gabinete de las Tuilerias, jarron dorado que contiene aguas súcias. Dessage, Alley, tales como V. los ve, son los árbitros de nuestra suerte.

Va V. a buscar la opinion de los americanos mismos, i por todas partes encuentra la misma incapacidad de juzgar. San Martin es el ariete desmontado ya que sirvió a la destruccion de los españoles; hombre de una pieza; anciano batido i ajado por las revoluciones americanas, ve en Rosas el defensor de la Independencia amenazada, i su ánimo noble se exalta i ofusca. Sarratea, el compañero de orjia de Jorje IV, ántes de ser rei de Inglaterra, viejo esceptico, Voltaire que no ha escrito, hoi todavia en Paris mismo modelo de finura, de gracia noble, i de sencillez artística en el vestir, tiene con mas talento i ménos despilfa-

rro la gastada conciencia de Olañeta. Rosales, el hombre mas amable, el cortesano de la monarquía, todo bondad para con todos, ha sido educado en este punto por Sarratea, su Mefistófeles, el cual lo lanza a las confidencias con Luis Felipe, a quien pone miedo con la indignacion de la América. Esta es la cuerda del Napoleon de la Paz; nada de guerra, la Francia es demasiado grande para sufrir sin pestañear la afrenta; es una marquesa del faubourg Saint-Germain que puede permitirse un capricho con alguno de sus lacayos, sin desdorar los cuarteles de su escudo de armas. Esos melindres de honor se quedan para los estados de tercer órden, para la *bourgeoisie* de las naciones.

En fin soi introducido a M. Thiers, que no puede dedicarme sino un cuarto de hora, porque está reconcentrándose para pronunciar en la Cámara un discurso de cuatro horas. Tan fastidiado estoi de los grandes hombres que he visto, que apénas siento entusiasmo al acercarme a este diarista, historiador, estadista, financista, orador. En la calle Nueva de Saint-Georges tiene su hotel rodeado de árboles frondosos, i separado de la calle por una verja de hierro que deja ver el verde cesped que alfombra el suelo. Esperábame en su jardin a la sombra de los árboles, a la orilla de un estanque lleno de pescadillos rojos que tenian el agua en contínuo movimiento. Es M. Thiers un hombre chiquito, moreno, cara redonda como un boliviano; su metal de voz es

poco sonoro, su palabra fácil, su *aproche* alentador. La conversacion se hubo entablado luego; no habia momento que perder: al principio me aventuré con timidez, el chasco de Mackau me venia a la memoria; i luego esponer ideas a M. Thiers, es una tarea que se la doi, no digo a un americano, al mas pintado, a un escritor europeo. Pero habia tanta induljencia en su semblante, me detenia medroso, i él me decia : continúe V. El cuarto de hora pasó i quise levantarme.– No, todavía no, me interesa, siga V.—i al fin de tantos sufrimientos tuve la dicha, tan cara para los hombres que comienzan i no tienen prestijio, de verse animados, aprobados, aplaudidos, por una de las primeras intelijencias de la tierra.

¿Para que he de decir a V. el tema de mi discurso? Conócelo V. i podria repetir las mismas palabras, los mismos pensamientos. M. Thiers al oirme me decia, continúe V; la cuestion toma otro aspecto que no le conocia; esto es grande, continúe V.—I yo seguia, amigo; la palabra me venia fácil i neta en frances, como en aquellas horas de interminable charla con mis amigos. Decia todo mi pensamiento, i ví un momento la América toda i su porvenir desarrollarse ante mis ojos, claras todas las cuestiones, rodando sobre un punto céntrico, único, la falta de intereses industriales.—¿Rosas cuenta con la mayoría?—Si, señor, sus enemigos verdaderos, de corazon, son los pocos que tienen por la rejeneracion de las ideas el sentimiento de la unidad de los pueblos

cristianos. Mi introductor me punzaba para que no continuase en este mal camino; despues me decia, malo! dígale que la inmensa mayoria le es hostil.

Preguntóme en seguida por Florencio Varela, i mi introductor se apresuró a decirle que por él le venia recomendado. Varela habia dejado una agradable impresion en su espíritu, i los elojios que en la Cámara tributó a su nombre, los mas exajerados aun, que sobre su mérito i la fascinacion de su palabra hizo el petate de Mackau, son sin duda timbres de que puede gloriarse un americano. Es Varela en efecto, no el hombre mas instruido que tiene hoi la República Arjentina, sino la naturaleza mas culta, el alma mas depurada de todos los resabios americanos, es el europeo aclimatado en el Plata ya, como aquellas plantas exóticas que a tres o cuatro jeneraciones, i mediando la cultura esmerada, recobran al fin el perfume i el sabor que les eran orijinales. Varela ha dejado aqui amigos apasionados i entusiastas, es conocidamente el centro de la accion intelijente contra Rosas en Montevideo, i su contacto diario con todos los hombres notables que toman la jestion de aquellos negocios tan complicados, hace valer la influencia de sus modales tan cordialmente cultas, de su espíritu tan sensatamente elevado. Poniendo su nombre al frente de un diario, ha querido por respeto a sí mismo ponerse un freno para no ceder a la tentacion a que sucumbió Ribera Indarte de volver injuria por injuria, en aquella

lucha en que contra el razonamiento i los principios se arrojan las pasiones groseras i la violencia. Sobre todo, lo que hace de Varela un hombre inestimable en la crisis en que tiene que figurar, es su posesion completa de los idiomas modernos, que hace de él un intermedio indispensable entre los enviados europeos i los americanos interesados en la lucha. M. Thiers lo habia favorecido con una distincion que rayaba en la amistad, i así nos lo espresó esta vez (*). Al despedirnos, M. Thiers dijo, sin duda no con otro objeto que el de prodigar una de esas amables palabras con que el frances hace feliz al que se le acerca : he oido con placer a este señor. Su modo de ver la cuestion es nuevo, fecundo, me interesa ; no me pesa el tiempo que le he consagrado : hablaremos mas despacio despues ; necesito mas datos. Llévelo a la Cámara pasado mañana que hago una reseña jeneral de la política del ministerio : hablaré tres horas ; no diga V. nada ; quiero caerles de improviso. Yo me retiré, como V. puede imajinarlo, sa-

(*) Antes de que estas pájinas viesen la luz pública Varela habia sucumbido, como los antiguos padres conscriptos de Roma, asesinados por los bárbaros en sus sillas curules. Varela, el Redactor del *Comercio del Plata*, ha sido atravesado de una puñalada, para allanar un obstáculo al triunfo de su adversario, que ménos temia las fuertes trincheras de Montevideo que la influencia de una hoja de papel! ¡ Pobre Varela ; tan pura gloria i sin brillo en América ! En Europa solo ha ido a suscitar admiradores, un diarista *suprimido*. Quién se le seguirá, cuál otro será inmolado despues ! Ciegos ! que santificando a sus enemigos por el martirio, inmortalizan la víctima para que esté por siglos mostrando el puñal i señalando al asesino !

tisfecho de mí mismo, radioso, inflado, i tiñendo de rosa mi porvenir de Paris.

Sigame a la Cámara; voi a introducirlo a otro mundo. En la sala de los pasos perdidos soi presentado a Armand Marrast, redactor del *National*, i opositor a Rosas, simplemente por desafeccion a Guizot. Hablamos, me escucha, me aprueba; pero me pide datos escritos para hacer con ellos artículos de oposicion. Pido que se escriba en el sentido de nuestros intereses americanos, i no en los de la oposicion, i me hace sentir que eso no le importa, sino hacer la oposicion.

Entremos a la Cámara: la sesion comienza; M. Sauzet, la flor de los presidentes de Cámaras presentes i futuras, ocupa el *fauteuil;* mango intelijente de campanilla, robinete que deja escapar el chorro de palabra que conviene de la boca de cada orador. La Cámara es un semicírculo, la mitad de un reñidero de gallos de dimensiones colosales. No es por lo moral la afinidad. En el corte, en el diámetro estan la alegoria de la Fuerza, contrapuesta a la de la Prudencia, el Órden Público a la Libertad, la Justicia a la Elocuencia. La Fuerza, el Órden Público i la Justicia estan al lado de la izquierda; lenguaje mudo que la oposicion traduce así: la fuerza se llevará por delante al órden público para llegar a la justicia, i dar cuenta de la elocuencia, la libertad i la prudencia, como lo entienden el centro i la derecha. Los bancos de los diputados se estienden en círculos concéntricos en derredor de un pequeño

hemiciclo, en que está la tribuna de los oradores, i a su espalda el presidente i *entourage*. Detras del Órden Público, hai un gran cuadro a la izquierda, del rei distribuyendo banderas a la guardia nacional; otro en que está recibiendo la Carta hácia la derecha. Hai tribunas para los diaristas, tribunas públicas, de los ajentes diplomáticos, de los antiguos diputados, de la casa real, &c., que forman el semicírculo de la circunferencia del hemiciclo.

Los semidiámetros que de todos los puntos converjen al centro dividen los bancos en centro ministerial con los ministros al frente, centro derecho, centro izquierdo, costado derecho, costado izquierdo, estremo derecho, estremo izquierdo. Una vez conocido el mapa, mi amigo Lelong iba satisfaciendo mi curiosidad. Aquí tiene V. a Larochejaquelin, el vendeano, descendiente de los cruzados, *extreme droite*, lejitimista. ¿Dónde está M. Fulchiron que me hace mucha gracia— M. Fulchiron, *chose*, M......helo ahi—Mauguin centro izquierdo, Berryer centro derecho. Allí los ministros; diviso a Mackau en el estremo el último de los ministros, término en que la naturaleza ministerial pasa de un reino a otro, de roca a molusco, de ministro a ordenanza. Oh! me pagareis, imbécil, mi bello discurso, el mejor, el único que he hecho en mi vida, i que no tuvisteis el honor de oir! Siguiendo el frente de la columna de los bancos, en la estrema izquierda diviso a Odilon Barrot, a Arago el

astrónomo; Cormenin, autor del *Timon*, i Ledru Rollin, estan tres bancos atras. Lamartine, el vizconde, que tenia su asiento en la estrema derecha, va caminando hácia la izquierda: otro tanto sucede con Beaumont, Duvergier de Hauranne: Emilio Girardin está en el *beau milieu* del centro, es ministerial. Cada diputado tiene por delante un bufete, i cuando la discusion comienza, un cuchillo de madera en la mano para hacer ruido. Leese la órden del dia, sube un orador a la tribuna, i el *chas*, *chas* de los papeles ajitados intencionalmente comienza; nuevos oradores i mas o menos bulla segun el color a que pertenecen: un diputado joven decia; pero por Dios señores, permítanme decir una sola palabra! Hum! qué ruido, qué risa! al fin el orador desciende riéndose tambien. Yo que estoi a la altura de Paris, cosa que esperimentan otros ántes de llegar, no presto atencion a todas estas habladurias; estoi iniciado en el secreto; sé lo que pòcos saben. M. Thiers sube a la tribuna; grande movimiento en el centro izquierdo a que él pertenece; en el derecho, donde estan sus adversarios. Se tuece, se acomodan en el asiento, se escucha. M. Thiers deja asomar la mitad de su cuerpo sobre la tribuna como un corista en el púlpito. Lleva pantalon de mahon, un chaleco de color i levita oscuro. Saca un pañuelo blanco que lleva a la cara en via de ensayo, esplora con la vista los vasos de agua que hai a ambos estremos del mármol, mira hácia la Cámara i aguar-

da que haya silencio. El silencio se produce ; i su voz pequeña empieza a deslizarse, sin vehemencia, como una gotera de agua límpida que filtra de una roca ; conversa, jesticula, acciona desembarazadamente, pero sin formas oratorias. No olvide V. que el Gobierno tiene una inmensa mayoría, i que esta mayoría va a oirse llamar en sus propias barbas, corrompida. Yo sigo el discurso por los efectos que causa ; un sordo-mudo habria comprendido perfectamente el sentido de aquella improvisacion. Al principio, atencion profunda en todos los bancos ; mas a medida que avanza, la Cámara va ajitándose en diversos sentidos, aprobaciones en los estremos, descontento, malestar en los centros ; los rumores van creciendo, son ruidos, son murmullos ya. La frase indica que va a soltar una palabra terrible, ofensiva, humillante, i en el momento de lanzarles sobre las cabezas este dardo, la Cámara estalla en un grito de reprobacion. Thiers está parado, con las manos apoyadas en el mármol, el cuerpo lanzado hácia delante, esperando el silencio que no tarda en venir, i entónces les lanza la fatal palabra que habian querido cubrir con sus gritos, i con la que el astuto lidiador no habia hecho mas que amenazarlos : la reciben pues a boca de jarro, i hacen ruido miéntras toma él un sorbo de agua, se enjuga, i vuelve o tomar posiciones. El semblante de Guizot está sublime de cólera i de desden, las estremidades de sus labios naturalmente inclinados hácia abajo se contraen de una manera absoluta,

dominante. De cuando en cuando sacude la cabeza como diciendo, ya esto es demasiado; pero Thiers apénas ha principiado. Ha pasado ya la revista de la política esterior, el Oriente, la Inglaterra, Pritchard, el Rio de la Plata, por todas partes la Francia humillada, decaida de su rol de grande nacion. Viene en seguida el sistema electoral, la disipacion de las rentas, para corromper pueblos con el sebo de las obras públicas hechas en su beneficio, empeñado el crédito de la Francia, haciendo el bien no por el bien mismo, sino para obtener diputados para la Cámara. Cuando el orador observa que los semblantes de los diputados estan morados, i verdes de cólera los de los ministros, entónces hablando con volubilidad les arroja repentinamente la mas amarga de sus frases, el reproche mas sangriento, i se retira al fondo de la tribuna, miéntras los centros se arrojan furiosos sobre la palabra que les daña, como los perros que muerden la piedra con que se les tira. Tiene cuidado de que no se rebiente alguna artéria, i les deja desahogarse, soltándoles la brida que hasta entónces llevaba tirante. Si la Cámara está fatigada de oirle, hace concesiones; reconoce algun mérito en los actos del gobierno, signos de aprobacion salen del centro; pero un MAIS..., acentuado, vibrante, detiene a media inclinacion una cabeza que iba asintiendo; i entónces no son ya palabras las que se suceden, son centellas, es una tempestad de relámpagos i de rayos, una lluvia de granizo, que los desmorali-

za i oprime tanto mas, cuanto que los habia distraido, desmontado, aflojádoles los nérvios, i preparádolos para sentimientos blandos. Despues de una nueva pausa, en pos de dos horas ya de discurso, de tormento, de azotes, la mayoría grita *¡Assez, Assez!* Pero Thiers dice, con una gracia infinita, con tánta atencion! "una sola palabra" que la Cámara consiente, i oye una hora sin poder interrumpir, porque son cálculos que se estan ejecutando en el aire con la misma precision que sobre la pizarra, son consejos paternales, son palabras de amigo, previsiones de lo futuro, el interes personal de los mismos miembros. El rei se deja ir, el sistema se destruye, la autoridad personal reaparece, i las conquistas hechas a costa de tanta sangre van a perderse; i todo esto moviéndose como una ardilla, ajitando las manos hácia la Cámara, como si derramara sobre ella palabras a puñados, estirándose, para seguir las diversas inflexiones del discurso, entreteniendo a la Cámara con el encanto de sus modales llanas, su palabra acentuada, popular, insinuante. La sesion se termina, en fin, sin que se le haya quedado al orador nada por decir, nada por echar en cara.

Al dia siguiente medio Paris quiere escuchar la réplica de Guizot. Yo logro procurarme dos entradas; pero las tribunas todas estan ya ocupadas, i en vano rondamos de uno a otro vomitorio sin poder abrirnos paso. Al fin logramos meter la punta de la nariz por la puerta de la tribuna que

ocupa Martinez de la Rosa, enviado español.... Guizot está ya en la tribuna; el silencio profundo de la Cámara deja repercutirse su voz metálica, sonora, vibrante por todos los ángulos del edificio. Su actitud es naturalmente insolente; tiene como en sus retratos la cabeza echada para atras, la frente dominante, el corte de la boca encorbado para abajo. Sus maneras son las de un Lord, su tono el de un ministro omnipotente; su acento el del antiguo catedrático de la Universidad. Hablando a la Cámara, justificándose, mintiendo, manda, enseña, hace un curso de historia, de moral, de política, de filosofia; i si algo faltara al orador, daríaselo la aprobacion escrita, marchamada en la cara de la mayoría, el respeto, la gratitud pintada en los semblantes. En cuanto a los estremos, no existen para él, no los mira siquiera; a bien que tiene a Thiers frente a frente en el centro izquierdo, para aplastarlo con su lójica fulminante, su desden matador, su desprecio insoportable.

I luego, es tan sencilla la defensa del Gobierno! Comparad la situacion actual con la situacion de 1840, con lo que el funesto ministerio de M. Thiers habia producido. Hoi dia el gran partido conservador está reconstituido, fortificado, disciplinado. Hoi dia la Francia es respetada, influyente afuera, tranquila i próspera en el interior; la fortuna pública ha tomado un desarrollo al cual nunca se creyó posible llegar. ¡Qué rico espectáculo de trabajos públicos! caminos de hierro, rutas, canales,

puertos, construcciones navales, fortificaciones de Paris i de todas nuestras plazas de guerra! ¡Qué homenajes, qué corona de gloria discernida a nuestro rei por las mas orgullosas naciones i en todos los paises del mundo! qué profunda seguridad, que órden interior! qué accion fácil i regular de las leyes! Al reproche de no hacer nada para mejorar las instituciones Guizot responde: Este período de 16 años ha sido un verdadero *estatu quo* como era necesario para apaciguar tantas ajitaciones, para vigorizar los nervios i los músculos de la Francia. Con la lejistatura nueva vamos a entrar en una era de iniciativa, de desarrollos mas marcados, de progresos mas profundos; i esta iniciativa pertenece al partido conservador. La mayoría se ajita de placer i de entusiasmo al sentirse tan omnipotente; los cuadros que Guizot traza ánte sus ojos la fascinan; i las magnificencias de aquel lenguaje severo i ameno a la vez, turban a las minorias mismas. Mi compañero, que es enemigo irreconciliable de Guizot, electrizado por aquella elocuencia que aplasta a sus amigos políticos, esclamaba por lo bajo *c'est beau! c'est beau!* Guizot desciende de la tribuna, triunfante, victorioso; corónalo con sus aplausos la mayoria tan ensalzada por él, tan incensada. En vano sube a la tribuna Odilon Barrot para replicar, apénas se puede hacer escuchar, lucha un momento i cede ante la impulsion dada a los espíritus.

Hai una fraseolojía parlamentaria que ejerce

en efecto una fascinacion completa. Hai un pais legal, un pais electoral, una mayoría, ministros responsables; el rei repite en cada discurso del trono, la carta es una verdad. Qué pueden reprocharle a este gobierno que tiene su mayoría parlamentaria?

Pero vea V. algunas cifras. La Francia tiene 35,000,000 de habitantes i 270,000 electores, elejidos segun lo que poseen i no segun lo que saben; el sabio que no paga impuestos no entra en el pais electoral. Hai en Francia entre ciudades, villas, aldeas i villorrios treinta i seis mil poblaciones, i la Cámara se compone de 550 diputados. Toca, pues, un diputado a cada 490 electores. Ya V. ve que 490 personas no es ganado tan arisco que no pueda amansársele por los dones, por los favores. La mayoría dispone de empleos, donaciones, i colocaciones para los electores; cada diputado reparte estancos, percepturias, &c. La *Epoca*, diario ministerial, persigue a todo desertor de la mayoría, publicando de los rejistros oficiales la lista de los favores recibidos, con lo cual prueba el gobierno que nadie tiene derecho de tirar la piedra contra la corrupcion. MM. Beaumont (de la Somme), Corne, Havin, Duvois, La Doucette, cada uno de aquellos transfugas ha sido ensambenitado. Si quiere formarse idea de lo que este manejo importa, lea V. la lista siguiente. M. Pieron acaba de pasar a los bancos de la izquierda; para probarle que él es tan corrompido como los demas, la *Epoca* rejistró este documento, que co-

pio yo con todo el cinismo de detalles que lo publica el ministerio:

Direccion del rejistro i del dominio.

8 de Enero 1840—M. Pieron pide un empleo de receptor.

27 de Febrero—id. pide un despacho de supernumerario.

9 de Marzo—otro despacho de supernumerario.

14 de Abril—pide un empleo de receptor.

9 de Junio—pide otro empleo de receptor.

16 de Setiembre—pide tres empleos de receptor.

4 de Octubre—pide un empleo de verificador.

24 de Noviembre—pide un empleo de receptor i lo pide ocho veces para el mismo hasta marzo de 1846.

7 de Diciembre—pide un empleo de receptor.

25 de Febrero de 1841—pide un empleo de receptor.

24 de Marzo—pide otro mejor para D. Denunques, su cuñado, rector en Marly-le-Roi, i reitera seis veces su demanda hasta 1846.

26 de Marzo—pide otro empleo de receptor.

18 de Julio—pide otro empleo de receptor.

20 de Agosto—pide otro empleo, con seis reiteraciones hasta 1845.

7 de Marzo de 1842—pide un diploma de supernumerario.

16 de Enero de 1843—un empleo de receptor.
27 de Febrero—un empleo de receptor.
11 de Diciembre—un empleo de receptor.
24 de Julio de 1844—un empleo de receptor.
3 de Setiembre—un empleo de receptor.
28 de Mayo de 1845—un empleo de receptor.
21 de Junio—un empleo de receptor.

No se comprenden *catorce* empleos mas de receptor que pide desde 1841 i no ha obtenido aun.

Direccion del personal.

Marzo 1840—M. Pieron pide una perceptuoria.
id. otra.
id. un empleo de perceptor supernumerario.
Mayo—otra precepturía.
Agosto—una renta particular.
Noviembre—otra renta particular.
Enero de 1843. Pide un diploma de aspirante supernumerario.
Junio—una percepturía.
Junio—un empleo en el timbre.
Junio—una decoracion.

Contribuciones indirectas.

16. de Enero de 1840—M. Pieron pide un estanco de tabaco.
2 de Junio—otro estanco de tabaco.
14 de Junio—otro estanco de tabaco.

28 de Noviembre—otro estanco de tabaco.
8 de Diciembre—otro.
29 de Diciembre—otro.
3 de Enero de 1842—otro.
5 de Enero de 1843—otro.
16 de Enero—otro, en todos once.
5 de Febrero—un empleo de comisionado a pié.
6 id.—un empleo de contralor.
16 id.—uno de receptor sedentario.
31 de Mayo—el duodécimo estanco de tabaco.
25 de Enero de 1844—el décimo tércio.
10 de Abril—el décimo cuarto.
7 de Julio—el décimo quinto.
6 de Agosto—el décimo sesto.
10 de Octubre—el décimo septimo.
7 de Noviembre—el décimo octavo.
7 de Mayo de 1845—un empleo de contador.
29 de Agosto—un empleo de comisionado a pié.
24 de Octubre—otro.
4 de Noviembre—uno de comisionado ambulante.
30 de Abril de 1846—un estanco de tabaco.
12 de Mayo—un estanco de tabaco.

Direccion de Aduanas.

M. Pieron pide 43 empleos de aduana.

Direccion de los bosques.

Del 20 de Marzo de 1840 a Enero de 1846 M.

Pieron ha pedido *tres* autorizaciones para cortar bosque, un empleo de guarda, i *cuatro* perdones de condenas sufridas.

M. Pieron *ha obtenido* ciento setenta i tres sumas de dinero, para socorro de antiguos militares.

En resumen, M. Pieron ha obtenido *trescientos cuatro* empleos o favores; de los cuales 42 receptorias: 10 percepturias, 8 receptorías de contribuciones directas, 43 empleos de aduana, 20 estancos, 8 favores, 173 servicios en el ministerio de la guerra.

He aquí el secreto del gobierno de M. Guizot; porque observará V, que todas las listas principian en 1840. M. Pieron ha tenido el coraje de desertar; imajínese V. como será la cuenta corriente de los que quedan firmes en la mayoría. Los electores eran 490, i los dones repartidos son 304, estos van a los hijos, a los hermanos, a los allegados de los electores de campaña, aquellos buenos paisanotes, la *petite propriété* de M. Dessage, aquellos sostenedores del órden, puesto que siembran patatas. La Francia ha caido en este horrible lazo; i en vano se ajita, lucha, protesta; ella no es el pais legal, ni el pais electoral. Cuando se echa en cara a M. Guizot esta corrupcion del elector i del elejido, se dirije a la mayoría i la apóstrofa en estos términos. "Os sentis corrompidos?" No, grita la mayoría, con gran confusion de las pobres minorías que ven realmente que no hai corrupcion, puesto que cuatrocientos ajiotis-

tas lo repiten. Cuando se denuncia en la tribuna un delito evidente como la luz, una dilapidacion escandalosa, probada, M. Guizot pide que la Cámara decida si está o no satisfecha, i un movimiento en masa de la turba de cómplices absuelve de toda culpabilidad al rei i al ministerio. He ahí el pais legal, he ahí los grandes hombres de la tierra!

Las minorias prontas a desaparecer se han coaligado, i sus esfuerzos se dirijen a la fuente del mal, a la lei electoral, a desahacer si pueden esa gavilla de paniaguados, electores i diputados. El programa para las elecciones que acaban de tener lugar era de parte de la oposicion :

"La reforma electoral i parlamentaria;

La reorganizacion de la guardia nacional;

La revision de las leyes de Setiembre;

La derogacion de la lei sobre anuncios judiciales;

La repulsa de todo proyecto de dotacion para la familia real;

Que la confeccion de las listas del jurado sea arrancada a la arbitrariedad de los prefectos;

Que las rentas i todos los ramos del servicio público sean administrados con intelijencia, economia i honradez;

Que un sistema mas digno del nombre i del poder de la Francia regle nuestras relaciones con las otras naciones;

I que en el interior, en fin, los poderes del estado se preocupen con una séria atencion de la

educacion, i del bien estar de las clases trabajadoras."

¿Cuál le parece a V. que ha sido el resultado de las elecciones? El gobierno tuvo miedo, redobló sus esfuerzos, i sacó mas diputados *satisfechos* que los que hubiera deseado. Los cuatro quintos, los nueve décimos de la Cámara nueva formarán la mayoría; el gobierno ha tenido vergüenza de su triunfo; jugó la máquina con mas actividad de lo que esperaba. ¡Pobre humanidad, qué va a ser de ella ahora!

El hecho viene apoyado en la doctrina. Guizot ha dicho en plena Cámara que es necesario detener el progreso, que hai ya demasiado progreso; i estos doctrinarios, amigo mio, son los casuistas de la política. Se arroja una opinion reaccionária, para irla convirtiendo en opinion probable poco a poco. No hai verdad ninguna reconocida. Los pueblos no marchan a un fin, la historia no tiene hilacion; hai hechos, *voilà tout;* i el hecho consumado es la lei del jénero humano.

Cárlos X, Luis XVIII, qué cuitados erais!; nosotros hemos pasado ya de Luis XV, estamos en Luis XIV, le *grand roi*. El diario de los *Debates* llama al Jardin de las plantas *le Jardin du roi*. El palacio *du roi*, la biblioteca *du roi*. Al rei ciudadano no le llaman sus palaciegos, Su Majestad, que eso seria ponerse en contacto con él, le llaman el Rei, al dirijirle la palabra "el Rei se ha dignado mandarme llamar; el Rei me ha ordenado, &c." i sabe V. quién es este rei? Juzgue por

estos dos hechos. La lista civil, despues de las dotaciones, *apanages*, para cada hijo, para cada nietecito, se ha hecho acordar la corta de los bosques, que produce cuatro millones anuales, calculando hacer una corta en cada siglo, sobre cada uno de los lotes. Este año se han deflorado todos los bosques a un tiempo, escojiendo los árboles mas corpulentos, operacion que ha producido setenta i cinco millones. Interpelado el ministerio en la Cámara no supo que responder porque ignoraba en efecto tal depredacion; al dia siguiente mejor informado dijo con una adorable sencillez, que se habia adoptado el *sistema aleman*, con lo que la Cámara quedó *satisfecha*, i el buen rei guardó setenta i cinco millones (1). Hai en la lista civil una suma destinada para la reparacion, guarda i conservacion de los monumentos públicos. El personal de Saint-Cloud, Versailles, Fontainebleau, Vincennes, el Louvre, el Jardin de las Plantas se compone de artesanos que deben tener dos oficios por lo menos, hojalatero i vidriero, carpintero i albañil, alfarero i constructor de teja i ladrillo. Su sueldo se les paga de la lista civil, pero el trabajo es una carga que les impone el rei. A la hora de funcion revisten la casaca colorada, pasada la cual vuelve cada uno a su trabajo; i al año presenta el buen rei abultados gastos de reparacion, tantos miles

(1) Ahora no ha mucho al devolverle la Asamblea Nacional sus propiedades, le descontó cuarenta millones por la *coupe sombre*, entregándole el remanente (1848).

en tejas, tanto en estucos, tanto en vídrios, que le han fabricado *gratis* sus dependientes. Esto es rejio no le parece a V, digno de un rei de Francia!

Cambiemos de asunto, i dejando en paz a los que en paz realizan tan grandes cosas, volveré a lo que conmigo tiene relacion. Hago viajecitos a todos los alrededores célebres, i a Mainville donde estudio el arte de cultivar la seda, bajo la direccion de M. Camilo Beauvais, por si un dia en América, en Mendoza, en Chile, piensan sobre el porvenir industrial de los paises templados de la América del Sur, tan oscuro, tan inseguro. A una legua de Mainville, no léjos de la márjen del Sena, vive olvidado don José de San Martin, el primero i el mas noble de los emigrados que han abandonado su patria, su porvenir, huyendo de la ovacion que los pueblos americanos reservan para todos los que los sirven. Nuestro don Gregorio Gomez, el jeneral Las–Heras, i otros restos del mundo antiguo, me habian recomendado con amor, con interes, i el jeneral Blanco díchole tan buenas cosas de mí, que me recibió el buen viejo, sin aquella reserva que pone de ordinario para con los americanos en sus palabras cuando se trata de la América. Hai en el corazon de este hombre una llaga profunda, que oculta a las miradas estrañas; pero que no se escapa a las de los que se la escudriñan. ¡Tanta gloria i tanto olvido! ¡tan grandes hechos i silencio tan profundo! Ha esperado sin murmurar

cerca de treinta años la justicia de aquella posteridad a quien apelaba en sus últimos momentos de vida pública, i tiene setenta i cinco hoi, las dolencias de la vejez, i el legado de las campañas militares le empujan hácia la tumba, i espera todavía.

He pasado con él momentos sublimes, que quedarán para siempre grabados en mi espíritu. Solos un dia entero, tocándole con maña ciertas cuerdas, reminiscencias suscitadas a la ventura, un retrato de Bolivar que veia por acaso; entónces, animándose la conversacion, lo he visto transfigurarse, i desaparecer a mi vista el *campagnard* de Grandbourg i presentárseme el jeneral jóven, que asoma sobre las cúspides de los Andes, paseando sus miradas inquisitivas sobre el nuevo horizonte abierto a su gloria. Sus ojos pequeños i nublados ya por la vejez, se han abierto un momento, i mostrándome aquellos ojos dominantes, luminosos de que hablan todos los que le conocieron; su espalda encorbada por los años se habia enderezado, avanzando el pecho rijido, como el de los soldados de línea de aquel tiempo; su cabeza se habia echado hácia atras, sus hombros bajádose por la dilatacion del cuello, i sus movimientos rápidos, decisivos, semejaban al del brioso corcel que sacude su ensortijada crin, tasca el freno, i estropea la tierra. Entónces la reducida habitacion en que estábamos se habia dilatado, convirtiéndose en pais, en nacion; los españoles estaban allá, el cuartel jeneral aquí, tal ciu-

dad acullá, tal hacienda testigo de una escena, mostraba sus galpones, sus caserias i arboledas en derredor de nosotros......

Ilusion! Un momento despues, toda aquella fantasmagoria habia desaparecido; San Martin era hombre i viejo, con debilidades terrenales, con enfermedades de espíritu adquiridas en la vejez; habiamos vuelto a la época presente i nombrado a Rosas i su sistema. Aquella intelijencia tan clara en otro tiempo declina ahora, aquellos ojos tan penetrantes que de una mirada forjaban una pájina de la historia estaban ahora turbios, i allá en la lejana tierra veian fantasmas de *estranjeros*, i todas sus ideas se confundian, los españoles i las potencias europeas, la Patria, aquella Patria antigua i Rosas, la independencia i la restauracion de la colonia, i así fascinado, la estátua de piedra del antiguo héroe de la independencia, parecia enderezarse sobre su sarcófago para defender la América amenazada.

De otras correrias es teatro Paris. Al despedirme de mi buen amigo el señor Montt, le decia yo con aquella modestia que me caracteriza; la llave de dos puertas llevo para penetrar en Paris, la recomendacion *oficial* del Gobierno de Chile i el *Facundo;* tengo fé en este libro. Llego pues a Paris, i pruebo la segunda llave. Nada!, ni para atras ni para adelante, no hace a ningun ojo. La desgracia habia querido que se perdiese un envío de algunos ejemplares hecho de Valparaise. Tenia yo uno; pero cómo desahacerme de él?

como darlo a todos los diarios, a todas las revistas a un tiempo. Yo queria decir a cada escritor que encontraba, ¡"IO ANCO!"; pero mi libro estaba en mal español; i el español es una lengua desconocida en Paris, donde creen los sabios que solo se habló en tiempo de Lope de Vega o Calderon; despues ha dejenerado en dialecto inmanejable para la espresion de las ideas. Tengo, pues, que gastar cien francos para que algun orientalista me traduzca una parte. Tradúcela en efecto, i dóila a un amigo que debe recomendarla a las Revistas; ya han pasado dos meses entre traducir i leer, i nada me dice. —¿Qué hai de mi libro?—Estoi leyéndolo —Mala espina me da esto. Vuelvo mas tarde, pido mi manuscrito i me dice: lo hallo....un poco difuso....hai novedad e interes; pero......La verdad era que no habia leido una palabra. Quién lee lo que ha escrito uno a quien juzgamos inferior a nosotros mismos? El autor tiene un santo horror al manuscrito ajeno. Lo sé por esperiencia. Habíame dado tambien un manuscritro cierto amigo en América; díchole yo que lo estaba leyendo, como mi amigo de Paris; i llegó el caso de pedirme el suyo como yo pedia el mio ahora.—¿Qué le parece a V. la idea? me dice; i como yo no sabia de que trataba el manuscrito.—En cuanto a la idea es excelente, le contesto; ¿pero cómo realizarla entre nosotros?—Ya lo digo; buscando dos personas en cada provincia. (Esto no es en Chile, me digo para mí, debe ser en la otra banda.)—Bueno; ¿pero donde

están esas personas; como se comunica uno con ellas?—Pero, por los medios indicados, por los signos convenidos.—(¡Ah ya caigo, esto es algo de lójias!) Hombre, le diré a V. francamente, en nuestro tiempo las lójias, así las cosas como lójia; aunque no sean precisamente lójias, son impotentes; el carbonarismo ha caido, no es posible contar con la relijiosidad de aquellos tiempos de fé, como en la lojia de Lautaro.—Por eso propongo las modificaciones que V. ha visto.—A ellas me refiero, i es lo único que puede hacerse en nuestra época; pero hombre..!—El proyecto es desechado por unanimidad, i el no leido manuscrito devuelto. La pago pues ahora. Quiero entenderme con un redactor de la *Revista de Ambos Mundos*, i otro amigo me dice: no haga V. tal; los redactores ganan en proporcion de los artículos que introducen por rotacion de rol; un artículo estraño pospone los suyos, i se ligarán entre sí para no dejarlo entrar; entiéndase con M. Buloz, director de la *Revista*. M. Buloz es un respetable tuerto, director de la Opera cómica i de la *Revista*, tan versado en la contaduría del uno como del otro establecimiento. Me presentan, i queda en la oficina de la *Revista* mi manuscrito, para pasar a comision que juzgue de su importancia, quedando citado yo para el otro juéves a la misma hora. Aquí principia aquella eterna historia de los autores que comienzan en Paris, i que lanzan su vuelo de una guardilla del quinto piso. De ahí salieron Thiers, Mignet, Michelet i tantos otros,

me digo para alentarme; todos han aguardado a la puerta de alguna redaccion, el corazon endurecido de humillacion, ídose, vuelto. Vuelvo el jueves, golpeo tímidamente i el terrible cíclope de la *Revista* saca su ojo en la punta de la cara, lo pasea, busca, veme, i me lanza cerrando la puerta, este empujon. "No se ha leido aun, hasta el otro juéves." De juéves en juéves, un dia, dia por siempre memorable en la biografia de todo garrapateador de papel! las puertas de la redaccion se me abren de par en par. Qué transformacion! M. Buloz tiene dos ojos esta vez, el uno que mira dulce i respetuosamente, i el otro que no mira, pero que pestañea i agazaja, como perrito que menea la cola. Me habla con efusion, me introduce, me presenta a cuatro redactores que esperan para solemnizar la recepcion. Soi yo el autor del manuscrito (una reverencia), el americano (una reverencia), el estadista, el historiador..... Me saludan, me hacen reverencias. Se habla del libro; hai un redactor encargado del *compte-rendu* de los libros españoles, que quiere ver la obra entera, para estudiar el asunto. M. Buloz me suplica humildemente que me encargue de la redaccion de los artículos sobre América. La *Revista* ha faltado a su título *de Ambos Mundos* por falta de hombres competentes; podemos arreglarnos. Desgraciadamente el artículo sobre mi libro no puede aparecer sino en dos meses. Estan tomadas las columnas para muchos mas; pero se hará una alteracion. Esto me satisface; i ya

han pasado cuatro semanas en idas i venidas hasta el momento en que escribo.

Pero aquel artículo me hace falta, para presentarme ante los escritores. En Paris no hai otro título para el mundo intelijente, que ser autor, o rei. No he querido ser presentado a Michelet, Quinet, Luis Blanc, Lamartine, porque no quiero verlos, como se ven los pájaros raros; quiero tener títulos para presentarme a ellos, sin que crean que satisfago una curiosidad de viajero. He visto ya a Jules Janin, a Ledru Rollin; este en casa de San Martin, de quien es vecino; el otro en su escritorio a donde me condujo Tandonnet que es su amigo. Qué espiritual i que consentido es en su trato familiar este folletinista!

M. Lasserre, aquel buen frances que reside en Chile, víctima antigua de sus ideas republicanas, i el liberal mas ardiente que anda errante entre nosotros, me habia dado preciosas recomendaciones para los Aragos i para M.e Tastu, célebre poetiza que brilló en este ramo en su juventud i fué coronada por la Academia, i hoi está consagrada a la educacion maternal, para cuyo auxilio ha publicado preciosos tratados. Recibe los martes, i allí en aquel círculo escojido encuéntrase al anciano Tissot de la Academia unas veces, i a varias otras reputaciones literárias. Es la modesta habitacion de esta escritora el reflejo de aquellos antiguos salones, que ya van desapareciendo en presencia de los intereses industriales: el de M.e Tastu ha recibido sucesivamente a Humboldt,

Champollion, Ampère el célebre matemático, i todas las ilustraciones de aquella época. Cormenin, Tissot, i varios viejos i jóvenes literatos frecuentan su tertulia, i todos se hallan a sus anchas en aquel reducido círculo, en que el gusto i la simplicidad presiden a las *causeries*, conversaciones mas amenas i variadas. En esta sociedad, donde era siempre recibido con mas distincion que pudiera esperarlo, he podido entrar bien adentro la mano en las llagas actuales de la Francia. M. Tissot habia sido uno de los quince diaristas que habian derrocado la restauracion de los Borbones; desechando cuatrocientos mil francos que le ofreció Cárlos X, solo porque dejase de escribir, hoi vivia en la miseria, enseñando a la edad de setenta años para subsistir; porque el nuevo rei, el rei ciudadano, habia tenido buen cuidado de oscurecer, de sepultar a todos aquellos enérjicos liberales, que despues de haber volteado un ídolo, no habian querido adorar al que se habia alzado en su lugar. Allí se oian tantos secretos de corte, tantos detalles que la prensa no revela! allí se hacian votos por un órden mejor, entre las manifestaciones mas nobles de indignacion por el abatimiento de la Francia, por el *escamotaje* de la libertad; por la degradacion de la nacion; por la ruindad i el descaro de los manejos!

Omito otros detalles que no importan gran cosa mi vida de Paris. Mis estudios sobre la educacion primaria me ponen en contacto con *Savants*, empleados i hombres profesionales; pero hai aun

otro costado de Paris que me ha llamado profundamente la atencion, i son sus placeres públicos, i la influencia que ejercen sobre las costumbres de la nacion. Aquí donde la intelijencia humana ha llegado a sus últimos desenvolvimientos, donde todas las opiniones, todos los sistemas, las ciencias como las creencias, las artes como la imajinacion marchan en líneas paralelas, sin atajarse las unas a las otras como sucede en otras naciones, sin descollar un ramo por la excesiva depresion de otros aun mas importantes; aquí donde el hombre marcha en la verdad como en el error sin tutela, sin trabas, la naturaleza humana se muestra a mi juicio en toda su verdad, i puede creerse que es realmente tal como ella se presenta, i que ha de presentarse así toda vez que se la deje seguir sus inclinaciones naturales. No hai que decir que el lujo corrompe la enerjia moral del hombre, ni ménos que el placer lo enerva, puesto que a cada momento vese a este pueblo dar síntomas de enerjia moral desconocidas entre los pueblos mas frugales o mas sobrios. El frances de hoi es el guerrero mas audaz, el poeta mas ardiente, el sabio mas profundo, el elegante mas frívolo, el ciudadano mas celoso, el jóven mas dado a los placeres, el artista mas delicado, i el hombre mas blando en su trato con los otros. Sus ideas i sus modas, sus hombres i sus novelas, son hoi el modelo i la pauta de todas las otras naciones; i empiezo a creer que esto que nos seduce por todas partes, esto

que creemos imitacion no es sino aquella aspiracion de la índole humana a acercarse a un tipo de perfeccion, que está en ella misma i se desenvuelve mas o ménos, segun las circunstancias de cada pueblo. ¿No es sin duda bello i consolador imajinarse que un dia no mui lejano todos los pueblos cristianos no ofrecerán sino un mismo pueblo, unido por caminos de hierro o vapores, con una posta eslabonada de un estremo a otro de la tierra, con el mismo vestido, las mismas ideas, las mismas leyes i constituciones, los mismos libros, los mismos objetos de arte? Puede esto no ser mui próximo; pero ello marcha i llegará a su blanco, en despecho, no del carácter de los pueblos en que no creo, sino del diverso grado de cultura en que la especie se encuentra, en puntos dados de la tierra. I será siempre la gloria de Fourier haber llevado la intelijencia del hombre hasta hacerla capaz de mejorar el universo, de haber deificado en la criatura el poder del Creador, poetizando el trabajo i la intelijencia humana, en lugar de la fuerza destructora de héroes sanguinarios, que hacen hasta hoi el caudal de la poesía épica, como en los tiempos antiguos dioses inmorales, caprichosos e injustos.

Sujiérenme estas reflexiones tan sesudas los bailes públicos de Paris, adonde me asomo de vez en cuando, para curarme del mal de la patria que me incomoda. No tengo ni tiempo, ni gusto, ni dinero para engolfarme en las gustosas frivolidades cuyo goce envidio a otros. Ah! si tuviera cua-

renta mil pesos nada mas, qué año me daba en Paris, qué pájina luminosa ponia en mis recuerdos para la vejez! Pero soi *sage*, i me contento con mirar, en lugar de *pilquinear* como hacen otros.

Los bailes son en Paris establecimientos públicos que se siguen a los teatros, luchando con ellos en magnificencia, alumbrado, i gusto. El *Rannelag* correspondiera a la Opera italiana por la clase de los concurrentes. Allí he visto a Balzac, Jorje Sand, Soulié i otras notabilidades literárias. El *Château-Rouge* enciende cada fin de mes ochenta mil luces; el *Bal Mabille* ostenta las bailarinas mas afamadas; la *Chaumière* es el Eden de los estudiantes i estudiantas del cuartel latino, i la ciudadela en cuya puerta deja su sable el municipal para penetrar. Un dia sí i otro nó hai en todos ellos baile en la semana, a que concurren millares de aficionados. Un dia pagan los varones a la entrada tres francos, dos otro, uno i medio el lunes i cinco al fin de cada mes que hai *grand festival*; las damas entran siempre *gratis*. Compónense estas de todas las clases de la sociedad, mas o ménos ínfimas segun el dia; pues esto depende de sus relaciones con los que pagan, i estos son de a un franco i medio o de a cinco, segun sus recursos. Damas mui *comme il faut* asisten como espectadores, i los jóvenes de todas las categorías son apasionados *habitués* de tal o cual baile. El local está adornado con gusto primoroso; jarrones i estátuas descuellan sobre masas

de verdura, terraplenes de flores raras i embalsamadas, i en medio de una atmósfera de fuego por la iluminacion del gas, los lampiones i los vasos de color, se ajitan sobre avenidas de asfalto, cuadrillas de doscientas parejas, ejecutando polkas frenéticas, valses febriles. Allí descuellan reputaciones tan altas, tan europeas como la de Dumas, o la de la Rachel. Cuando la Rigolette se para con su compañero que no es German, todos los asistentes se la señalan; la turba de espectadores se apiña en el estremo que ella ocupa, i lores ingleses, boyardos i príncipes rusos pagarian cien francos por estar en primera línea. La orquesta alemana comienza a hacer vibrar las fibras de aquel torbellino de seres humanos, a irritarlas, a crisparlas con las harmonías en que domina la corneta-piston. El baile va tomando animacion, fuego, rapidez; entónces las naturalezas, los caractéres empiezan a diseñarse, el chiste en unos, la dulzura voluptuosa en otros, lo estrambótico, lo absurdo, lo furioso en los demás. La Rigolette váse ajitando, animándose, perdiendo el sentido i las formas humanas. Sus admiradores estrechan cada vez mas el círculo, la aguijonean con aplausos, la aturden con sus vivas, hasta que la pasion estalla, el estro poético se manifiesta; la inspiracion desciende a la pitoniza, en destellos del jenio, en cabriolas imposibles, en contorsiones de bacante. Es la fiebre, la convulsion del placer, la enajenacion del poseido, que ha dejado de presidir a los movimientos del cuerpo, i se abandona

a otra alma que la suya que está haciendo cosas sobrehumanas, no soñadas. Entónces no pisa ya el suelo, es un torbellino o un huracan, va, remolinea i al fin cae sobre los brazos de alguno, pálida, moribunda, llorando, jadeando, los ojos cerrados, i volviendo a la vida a fuerza de oir la tormenta de aplausos, los gritos de admiracion, los vivas delirantes que acompañan su nombre. Como la Rigolette, hubo ántes la Reina Pomaré que murió, vive la Reina Margot, Marion i otras celebridades, bautizadas por el público segun el carácter de su poesía, salvaje, bulliciosa, o llena de fiereza. Al dia siguiente la Reina Margot es simplemente Adela Rimbaut, costurera de ropa blanca, u otra cosa peor; pero una hora al ménos ha sido reina por la aclamacion universal, sentídose grande, cubierta de gloria como Napoleon o Murat, i gozado de las fruiciones que le están al vulgo vedadas.

Esta es la parte dramática de los bailes públicos; la positiva es que la sociedad se *igualiza*, las clases se pierden, la mujer de clase ínfima se pone en contacto con los jóvenes de alta alcurnia, las modales se afinan, i la unidad i homojeneidad del pueblo queda establecida; el público se constituye, i una miaja de gloria cae tambien a los pies de la mujer del bajo pueblo, entre los placeres con que aturde su miseria, o su vileza. La luz subministrada a torrentes, la música de los maestros, puesta al alcance de la muchedumbre por una ejecucion artística i sábia, aquellos ja-

rrones i estátuas que la habitúan a los primores de las artes, aquel lujo i aquel gusto en fin prodigado en el lugar que el roto o la hija del artesano de Paris llama suyo por un momento, concluyen por ennoblecer su espíritu, iniciarlo en la civilizacion, i hacerle aspirar a una condicion mejor. La decencia reina en un círculo un poco ancho, trazado por la policía ; pero las excentricidades no están en las costumbres, ni en las modales, sino en la licencia poética del baile, en el delirio de la pasion que quiere sacudir todas las trabas. Me hicieron conocer a una *particular*, a quien dejándose arrastrar por los aplausos, el municipal vecino habia llamado al órden tres veces, i como insistiese hubo de llevarla al *violon*. Rabió, se resistió i concluyó como concluye toda historia con la autoridad, obedeciendo; pero estaba con su mejor vestido, i el esbirro era demasiado culto para no acompañarla a su casa a mudar de traje. Llegados al quinto piso, abrió la ventana para buscar lumbre, i de un salto se arrojó a la calle, a suicidarse, estrellándose sobre el empedrado, cayendo de treinta varas de alto. La infeliz habia, mediante una fractura, sobrevivido a su deshonra ; halláronla viva, merced a los vestidos que le habian servido de paracaidas. Paris es por otra parte poco ceremonioso en materia de costumbres privadas, i seria largo recorrer la escala que media entre la prostituta i la mujer casada, entre cuyos estremos se encuentran gradaciones del matrimonio, admitidas por la sociedad, justifica-

das por las diversas condiciones, i por tanto respetadas. De aquí nace a mi juicio la cultura de las mujeres en Francia, la gracia infinita de la parisiense, i el vestir igual, en su, caprichosa variedad, de todas las clases de la sociedad. De aquí viene tambien aquella injerencia de la mujer en todos los grandes acontecimientos de la historia de esta nacion, desde Heloisa dos veces célebre, la doncella de Orleans, Agnes Sorel, hasta M.e Roland, Carlota Corday, M.e de Staël, Jorje Sand, la Rachel, la Reina Margot, diversas manifestaciones de aquella habilitacion de la mujer, de aquel olvido de las debilidades inherentes a su sexo, que cuenta por poco en la clasificacion de las clases, reinando en lo público siempre un tierno respeto por la mujer, que se muestra en dilijencias, omnibus i ferrocarriles. ¿Se acuerda V. de las chinganas de Chile? Este recuerdo me ha hecho mirar con interes los bailes públicos de Paris. ¡Qué poderoso instrumento puesto en manos hábiles!

Hai otro espectáculo aun mas adaptable a nuestra manera de ser, civilizador por el costado mismo que tenemos del bárbaro, por la destreza i la posesion popular del caballo. El Hipódromo es una creacion nueva del espíritu parisiense, que se incorporará bien pronto en el catálogo de diversiones públicas de todas las naciones europeas, i que debiera ser trasportado incontinenti a América, en donde echaria raices profundas, como todo lo que es eminentemente popular. Es el

Hipódromo un inmenso circo de caballos, en cuyo rededor, como en nuestras antiguas plazas de toros, caben diez o doce mil espectadores. El pueblo gusta de la luz del sol, del espacio i de la libertad de hablar en voz alta que no encuentra en el teatro; en el Hipódromo, ademas, nuestro pueblo de ámbos lados de los Andes seria juez supremo, el artista por excelencia, el digno apreciador de los pasos de destreza i osadia de los equitadores. Juéganse cañas i cabezas en el Hipódromo por cuadrillas de hombres i de mujeres, que cabalgan admirablemente, i visten con todo el primor elegante del gusto inglés. A esta esposicion jeneral se sigue el gran drama, que hace el objeto de la fiesta, tal como *la Cruz de Berny*, o *el Campo de la Bandera de Oro*, terminando la funcion por una carrera de cuádrigas romanas, la exhibicion de un carruaje de cuyos tiros se desprende solo cuando los caballos se desbocan, la carrera de una corsa, Roberto Macaire con su cuadrilla de monos a caballo, i juegos de equitacion de una osadia i perfeccion asombrosa.

El Hipódromo, pues, presenta todas las aptitudes del caballo, i cuanto hai de noble i de artístico en el hombre para dominarlo i dirijirlo. Nuestros gauchos i nuestros guazos son insignes equitadores, i veinte veces nos hemos dicho, americanos en el Hipódromo, si una cuadrilla de chilenos o de arjentinos mostrase su lazo o sus bolas aquí, i cojiesen un toro, o domasen un caballo salvaje, se quedarian pasmados estos parisienses, i

los que introdujesen aquella nueva variedad del arte de la equitacion harian su fortuna. Pero fáltanos a nosotros arte, esto es, el arte antíguo, las posiciones nobles de la estatuária, el estudio de las fuerzas, i la gracia i jentileza de las clases cultas. Con nuestro poder de guazos sobre el caballo i el arte europeo, el Hipódromo seria en América una diversion popular i una alta escuela de cultura. Todos los juegos de la equitacion inglesa, desde la cerca de seis pies que salvan, hasta la zanja de veinte que saltan, se incorporarían en nuestros usos del caballo americano, defectuoso en esta parte; i luego, los espectáculos del antíguo arte ecuestre, la carrera de los carros, tirados por cuatro caballos, el manejo frances, i las *poses* artísticas, cuya falta desagracia tanto nuestras esterioridades, irian a mejorar nuestras costumbres, anudando, por la representacion de dramas magníficos, como la entrevista de Francisco I. con el rei de Inglaterra, el hilo de la historia de los pueblos, roto para el *roto* americano, que no sabe lo que es edad media, ni torneos, ni caballeros, ni mundo anterior a su *poncho* i a su lazo. Pero en Chile empiezan a creer, hombres mui sérios, que el chileno es chileno, i no europeo, sin acordarse que Quiroga, Rosas, Lopez sostenian lo mismo con respecto a los arjentinos i han dado los espectáculos de que hemos sido víctimas i testigos. Tengo cosas sin fin que decirle, ópera, teatros, libros; pero me parece esta dosis ya mas que doblada para paciencia ménos ejercitada que la

suya. ¿Lee V. todavía todo un cuerpo de autos, para poner un traslado? ¡Yo no leeria ni el último escrito para sentenciar, con costas, contra el que haga escritos mas fastidiosos, que es la pena del que escribe! En mi vida he leido libro malo, por cuya razon conozco tan poco los autores españoles.

Necesito educarme en Italia i en España para hablar de bellas artes i de teatro. A mi vuelta de aquellos paises, volveré a hablarle de Paris.

A Dios, mi querido Doctor.



Señor don Victorino Lastarria.

Noviembre 15 de 1846.

Se me antoja escribiros (1), oh Lastarria! cuando aspiro el aire de Madrid, a vos que fuisteis el escritor rayano en cuanto a las ideas entre español i frances, si bien en materia de pala-

(1) El autor i el señor Lastarria, por una manía que tiene un antecedente insignificante, se han tratado siempre en la segunda persona de plural.

bras i de frase castiza os preciais de haber metido mui adentro la mano en la *saccoccia* del Diccionario. Esta *Aspaña* que tantos malos ratos me ha dado, téngola por fin en el anfiteatro, bajo la mano; la palpo ahora, le estiro las rugas, i si por fortuna me toca andarle con los dedos sobre una llaga, a fuer de médico aprieto maliciosamente la mano para que le duela, como aquellos escribanos de los tribunales revolucionarios, o de la inquisicion de antaño, que de las inocentes palabras del declarante sacaban por una inflexion de la frase el medio de mandarlo a la guillotina o a las llamas. Preguntado, cuál es su nombre, &c., i no respondiendo, el escribano pone, "se obstina en ocultar su nombre." Interrogado de nuevo, dice que es sordo; entónces escribe, "el acusado confiesa que conspira *sordamente*." I luego aquellos benditos padres, con su hábito chorreado de polvillo sevillano, con su voz gangosa, condolida i meliflua: "Hermano! abandonaos a la misericordia infinita del Santo Tribunal, ...". Infeliz! si os callais, sois condenado como hereje contumaz, endurecido; si hablais una palabra, sereis sospechado de leve, de grave, de gravísimo, de relapso, de todo, ménos de que sois hombre, de que teneis razon, de que sois inocente, porque esa sospecha no pasó nunca por aquellas almas devotas.

Poned, pues, entera fé en la severidad e imparcialidad de mis juicios, que nada tienen de prevenidos. He venido a España con el santo propó-

sito de levantarla el proceso verbal, para fundar una acusacion, que, como fiscal reconocido ya, tengo de hacerla ante el Tribunal de la opinion en América; a bien que no son jueces tachables por parentesco ni complicidad los que han de oir mi alegato. Traíame ademas el objeto de estudiar los métodos de lectura, la ortografia, pronunciacion i cuanto a la lengua dice relacion. De lo primero he hecho una pobre cosecha, i del resto encontrado secretos que a su tiempo verán la luz. Imajinaos a estos buenos godos hablando conmigo de cosas varias, i yo anotando: —no existe la pronunciacion áspera de la *v*—la *h* fué aspirada, fué *j*, cuando no fué *f*—el frances los invade — no sabe lo que se dice este académico—ignoran el griego—traducen, i traducen mal, lo malo. A propósito, una noche hablábamos de ortografia con Ventura de la Vega i otros, i la sonrisa del desden andaba de boca en boca rizando las estremidades de los labios. Pobres diablos de criollos, parecian disimular, quién los mete a ellos en cosas tan académicas!; i como yo pusiese en juego baterias de grueso calibre para defender nuestras posiciones universitarias, alguien me hizo observar que, dado caso que tuviésemos razon, aquella desviacion de la ortografia usual establecia una separacion embarazosa entre la España i sus colonias. Este no es un grave inconveniente, repuse yo con la mayor compostura i suavidad; como allá no leemos libros españoles, como VV. no tienen autores, ni escritores, ni sábios, ni eco-

nomistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como VV. aquí, i nosotros allá traducimos, nos es absolutamente indiferente que VV. escriban de un modo lo traducido i nosotros de otro. No hemos visto allá mas libro español que uno que no es libro, los artículos de periódico de Larra; o no sé si VV. pretenden que los escritos de Martinez de la Rosa son tambien libros; allá pasan solo por compilaciones, por estractos, pudiendo citarse la pájina de Blair, Boileau, Guizot, i veinte mas de donde ha sacado tal concepto, o la idea madre que le ha sujerido otro desenvolvimiento. Lo que daba mas realce a esta peroracion era que, a cada nueva indicacion, yo afectaba apoyarme en el asentimiento unánime de mis oyentes. Como VV. saben....decia yo, como VV. no lo ignoran....Oh! estuve admirable, i no habia concluido cuando todos me habian dado las buenas noches.

Otro objeto me traia desalado aún, i era la espedicion de Flores al Ecuador; pero en este punto he sido miserablemente *volé*, defraudado. Esperaba que la prensa española, ministerial o progresista, poco me importa, hubiera sostenido la oportunidad de la tentativa. Ai! que polvareda se habria levantado si tal sucede i encuentro una prensa a mi disposicion! Habrian salido todos los cueritos al sol, desde Pizarro i Valverde, hasta don Antonio de Ulloa, el Jeneral Morillo, don Juan Manuel Rosas; desde la Inquisicion, i Felipe II, hasta la España de hoi que es la misma

de entónces! Hubierais visto el inventario hecho por actuacion de escribano de su estado actual, gobierno, industria, civilizacion, bellas artes, instruccion pública, comercio, para ver lo que nos iban a llevar estos caballeros, con su espedicion conquistadora; pero por desgracia la prensa mostró esta vez mas sentido comun que el que yo le hubiera concedido, i me he quedado con todos mis cohetes chingados. Tan solo don J. J. de Mora prestaba por lo bajo su cooperacion, pero sin desmandarse, por el *Heraldo*, en razonamientos justificativos.

Mas es preciso que os introduzca a España por los caminos; hai dos caminos en España: en la dilijencia; hai dilijencias. No lo creis? Verdad de Dios, i en prueba de ello, que se mandaron hacer a Francia las que viajan por la carrera de Bayona a Madrid, que son las únicas que tienen forma i comodidades humanas. Hai en ideas, como en cosas usuales en los pueblos, ciertos puntos que han pasado ya a la conciencia, al sentido comun, i que no pueden alterarse sin causar escándalo, subversion en los ánimos. Por ejemplo el arnes de las bestias de tiro en Inglaterra, Francia, Alemania o Estados Unidos, es una de esas cosas invariables; compónese de correas negras, lustradas, con evillas amarillas, afectando cuando mas en cada pais diferencias insignificantes. Se entiende pues que la dilijencia ha de ser tirada por dos, cuatro, cinco caballos manejados del pescante; que el conductor ha de llevar bota grana-

dera, sombrero de hule i largo chicote para animar sus caballos. Salis de Bayona hácia Irun i Vitoria, i el frances, o el europeo caen al pasar una colina en un mundo nuevo. La dilijencia es tirada por ocho pares de mulas puestas al tiro de dos en dos, a veces por diez pares en donde el devoto repasándolas con la vista podria rezar su rosario; negras todas, lustrosas, tusadas, rapadas, taraceadas, con grandes plumeros carmesí sobre los moños, i testeras coloradas, i rapacejos i redes i borlas que se sacuden al son de cien campanillas i cascabeles; animado este estraño drama por el cochero, que en traje andaluz i con chamarra árabe, las alienta con una retahila de blasfemias a hacer reventar en sangre otros oidos que los españoles; con aquello de arrrre p.........
marche la Zumalacarregui, anda....de la Vírjen ahi está el carlista..p..Cristina janda, jandaaa!; i Dios, los Santos del Cielo i las potestades del infierno entran *pêle-mêle* en aquella tormenta de zurriagazos, pedradas, gritos i obcenidades horribles. Triste cosa por cierto, que en los dos paises esclusivamente católicos de Europa, en Italia i en España, el pueblo veje, injurie, escupa a cada minuto todos los objetos de su adoracion, de manera a hacer temblar a un ateo. Leed aquellas reyertas de los gondoleros de Venecia, descritas por Jorje Sand, en que el uno echa en cara al otro para injuriarlo las sodomías, bestialidades i torpezas de su Madona.

El estranjero que no entiende aquella grani-

zada de palabras incoherentes se cree en un pais encantado, abobado con tanta borlita i zarandaja, tanta bulla i tanto campanilleo, i declara a la España el pais mas romanesco, mas sideral, mas poético, mas extra-mundanal que pudo soñarse jamas. Entónces pregunta donde está don Quijote, i se desespera por ver aparecer los bandidos que han de detener la dilijencia i alijerarlo del peso de los francos, fruicion que codicia cada uno, para ponerla en lugar mui prominente en sus recuerdos de viaje. M. Girardet, pintor delegado por la *Illustration* de Paris, para tomar bosquejos de las fiestas reales del próximo enlace de Montpensier, i que habia viajado por Ejipto, Síria, Nubia i Abisínia, me decia encantado, esto es mas bello que los asnos del Cairo; ¿qué es lo que dice el cochero......p....c.......? Afortunadamente M. Blanchard, enviado por Luis Felipe para bosquejar los grandes actos del drama de Madrid para las Galerías de Versailles, conocia mejor que yo, i gustaba mas que yo de aquella lengua, de que le daba detalles i muestras encantadoras. M. Blanchard, grande admirador de la España, habia residido muchos años, ajente secreto para la compra de cuadros de la escuela española, viajado con muleteros seis meses en los puntos mas salvajes de la España, sido desnudado, aporreado i saqueado cinco veces, grande taurómaco, podia darnos mil detalles picantes de las costumbres españolas que no están escritos en libro alguno. Viajábamos los

tres en la *imperial*, aunque en lo mas crudo del invierno, i no cupieran en un grueso volúmen las pláticas que sobre artes, viajes, historia, anécdotas, tuvimos en cinco dias con sus noches, salvo alguna cabeceada para reparar las fuerzas.

Alejandro Dumas nos decia ayer, hablando de la España: "Poco me importa la civilizacion de un pais; lo que yo busco es la poesía, la naturaleza, las costumbres. El creador de las *Impresiones de viaje*, que han hecho imposible escribir verdaderos viajes que interesen al lector, i el autor de los cuentos inimitables que entretienen los ócios de todos los pueblos civilizados, reconocia sin duda en el brillo de esta atmósfera meridional, cuyos violados tintes se agrupan en el horizonte, i en las ondulaciones de este suelo desnudo, alguno de los paisajes que ha descrito admirablemente sin haberlos visto en sus *Quince dias* en el Monte Sinai.

El aspecto físico de la España trae en efecto a la fantasía la idea del África o de las planícies asiáticas. La Castilla vieja es todavía una pradera inmensa en la que pacen numerosos rebaños, de ovejas sobre todo. La aldea miserable que el ojo del viajero encuentra se muestra a lo lejos terrosa i triste; arbol alguno abriga bajo su sombra aquellas murallas medio destruidas, i en torno de las habitaciones la flor mas indiferente no alza su tallo, para amenizar con sus colores escojidos la vista desapacible que ofrecen llanuras descoloridas, arbustillos espinosos, encinas ena-

nas, i en lontananza montañas descarnadas i perfiles adustos. En cuanto a pintoresco i poesía la España posee sin embargo grandes riquezas, aunque por desgracia cada dia va perdiendo algo de su orijinalidad primitiva. Ya hace por ejemplo cuatro años a que la dilijencia no es detenida por los bandidos con aquellas largas carabinas que aun llevan consigo hasta hoi los muleteros, rasgo que caracteriza a todas las sociedades primitivas, como los árabes, los esclavones, los españoles. Dos artistas franceses acaban en estos dias de recorrer las montañas de la Ronda, atravesando en mula el reino de Murcia, i continuando a pié su escursion, desde Sevilla a Madrid, sin haber tenido la felicidad de ser atacados por los bandidos como se lo habian prometido, a fin de descargar las carabinas de que se habian provisto, o tomar las de Villadiego, segun lo aconsejase la gravedad del caso. En cambio la pobre España ha adquirido el municipal, bicho raro importado de estranjis, i cuyo bulto eminentemente prosaico i civilizador recorre los caminos en traje de parada, disipando con su presencia toda cabilacion un poco poética. ¿Cómo pensar en efecto en el Cid, los Godos, o los Moros cuyas tiendas cubrian en otro tiempo estas llanuras, cuando ve uno al jendarme o al guardia municipal con su bandolera amarilla, i su sombrero galoneado?

La jendarmería española tendrá la gloria de conquistar aquellas famosas provincias vascongadas que en tiempos remotos poblaron los feni-

cios, i que sucesivamente, ni romanos, ni godos, ni árabes pudieron nunca someter en veinte siglos de tentativas inútiles. A la sombra de los jendarmes la Constitucion i la Aduana, las dos plagas temidas por la jente vasca, vendrán bien pronto a plantar su bandera sobre los picos mas elevados de los Pirineos. Los defensores del comercio libre podrian hacer aplicacion de la frase de M.[e] de Stael sobre el despotismo i la libertad, i decir con la misma certidumbre : "el comercio libre es tan viejo como el mundo ; la Aduana data de ayer". Las provincias vascas no han conocido nunca la Aduana, i fieles los vascos sobre este punto a las teorías de Adan, de quien sin duda ninguna descienden, han defendido heróicamente sus *fuèros*, los cuales pueden, formulados a la manera inglesa, reasumirse en esta frase negativa : *no Aduanas.*

Hoi dia los vascos empero comienzan a ceder, obedeciendo en esto al destino estraño que parece haber rejido en todos tiempos a la España, que no consiste en andar a remolque de las otras naciones sino a destiempo, dando las doce cuando todos los relojes marcan las cinco i vice-versa. En efecto, cuando todas las naciones de la Europa estaban encorvadas bajo el yugo del despotismo, los españoles tenian en el Aragon sus célebres Cortes, donde decian al rei sin quitarse el sombrero en su presencia: "Nosotros que valemos tanto como vos, i que podemos mas que vos, vos instituimos nuestro rei i señor" ; pero cuando

la Europa se ajitó para obtener un poco de libertad, la España inventó con un admirable a propósito las instituciones inquisitoriales. Ahora que el comercio libre hace prosélitos por todas partes, fuerza a la Viscaya, que habia conservado intacta la tradicion adámica, a admitir la aduana en su territorio.

Cuando el cigarro i los cigarritos suben hasta el trono frances i embalzaman los salones de Paris, los vascos no se atreven ya como en otro tiempo a dar una batalla, a organizar sus terribles guerrillas para resistir al *estanco* que los amenaza con un impuesto inícuo sobre la primera necesidad del hombre, sobre el único uso que hace hermanos a todos los pueblos de la tierra; pues el tabaco, en trescientos años que median entre su glorioso descubrimiento i nuestro ilustrado siglo, ha conquistado mas prosélitos que los que el cristianismo ha logrado en veinte siglos, i sin derramar para ello una gota de sangre, i sin otras lágrimas que las que arranca de los ojos de los neófitos la primera columna de humo que al fumar se levanta. ¡Oh vosotros fumadores que frecuentais el Boulevard de Gand, apresuraos a visitar Irun, Tolosa, i aquella Vergara, teatro del pérfido abrazo de cristinos i carlistas! La civilizacion española lo invade todo, i en lugar de habanos lejítimos, largos de seis pulgadas, que se dan a puñados por una peseta en aquella tierra privilejiada, sereis envenenados como en Paris por la falsificacion de cuenta del rei!

Las provincias vascongadas serian asunto digno de los estudios de un Thierry, si bien como todos los pueblos primitivos parecen sustraerse al examen histórico por la simplicidad misma de la vida desnuda de acontecimientos importantes. Los vascos actuales descienden en línea recta i sin mezcla de romanos, godos, o árabes, de los vascos que habitaban los Pirineos ahora tres mil años; he aquí el principal hecho histórico : los jefes de familia de cada villorrío se reunen para jugar a la pelota o tirar la barra, tratando en el intertanto de los intereses públicos : *voilá* todas sus instituciones políticas. Era preciso que el siglo XIX viniese a alumbrar lo profundo de estos valles, para que los habitantes pudiesen comprender que para ser libres i civilizados se necesita tener aduanas, jendarmes, estanco i constitucion, que es lo que importa la supresion de los *fueros*.

Pero el viajero que va arrastrado por la dilijencia no detiene por lo jeneral su pensamiento ni sobre lo pasado ni sobre el porvenir de este pais. Apénas si observa una poblacion pasablemente atrasada que coje castañas en los bosques, siembra mais i patatas, i vive tranquila en sus montañas sin placeres como sin penas. De tiempo en tiempo se avistan las tostadas ruinas de alguna aldea, saqueada, quemada i arrasada durante la guerra de los carlistas. ¡Qué horrores revelan estos vestijios; qué de crueldades inauditas han sido cometidas en estos lugares! Hace años que en América conversaba con un niño, hijo de

un jefe carlista i enviado a América para librarlo de las represalias. Este niño me contaba lo que hacian él i una veintena mas que seguian los ejércitos carlistas, "una vez, decia, nos pusieron a cuidar como doscientos prisioneros cristinos. Les amarramos los brazos i nos divertiamos en sacarles los ojos i abrirles el pecho para verles palpitar el corazon. Despues los fusilábamos, apoyándoles en la frente la boca del cañon de las carabinas!"

Andando mas adelante i saliendo de la Viscaya la vista se reposa sobre el cuadro pintoresco que presenta Burgos, capital de Castilla la vieja. Por un acaso, feliz sin duda, la dilijencia no llega a la ciudad sino a una hora avanzada de la noche que oculta al viajero el desaseo de la poblacion. Burgos con su catedral gótica se levanta cual sombra de los tiempos heróicos, como el alma en pena de la caballería española. M. Girardet i un joven Manzano de Concepcion me acompañaron para visitar la ciudad silenciosa. Era ya media noche i los pálidos rayos de la luna, que de tiempo en tiempo atravesaban las nubes, se colaban por entre la blonda transparente de las flechas de la catedral. El color parduzco de aquella piedra, que ha recibido el baño galvánico de los siglos, i la luz incierta del fondo sobre el cual se diseñaban las numerosas agujas, torres, i pináculos que decoran la masa del edificio, daban al conjunto un aspecto fantástico que me traia a la memoria aquellos efectos de luna representados en las de-

coraciones de ópera. Mis miradas se aguzaban en vano por distinguir en la masa opaca los adornos de detalle que cubren de un bordado imperecedero la superficie de la construccion, i cuya invencion, variada al infinito, con la minuciosa prolijidad de ejecucion, hacia la gloria del arquitecto de la edad media. Girardet i yo nos acercábamos a tientas a los pórticos que la luna no alumbraba para palpar las estátuas de apóstoles i santos que guardan la entrada como mudos fantasmas.

Los serenos que guardan el reposo de los vecinos debieron alarmarse al ver dos bultos negros i silenciosos detenerse de distancia en distancia como si temieran avanzar i rondando en torno de la iglesia a hora tan escusada. Uno de ellos se dirijió hácia nosotros bañándonos el rostro, para reconocernos, con los rayos reconcentrados de su linterna de reverbero : despues, habiéndose apercibido por algunas esclamaciones de entusiasmo que se nos escapaban, de que eramos simples viajeros, se ofreció comedidamente a servirnos de guia para hacernos ver los otros monumentos de la ciudad.

A la luz de su linterna ascendimos una altura en donde se encuentra un arco de triunfo erijido a la memoria de Fernando Gonzalez, aquel valiente caudillo que sin hacerse rei, fundó la independencia de la Castilla. Un poco mas léjos aparece un trofeo levantado, segun es fama, sobre el lugar mismo en que estaba situado el salon feu-

dal, en el cual el Cid solia recibir a los príncipes i reyes que solicitaban el potente auxilio de su brazo. El sereno elevando la linterna en la punta de su lanza nos alumbraba las armas del Cid esculpidas en la piedra, i la inscripcion casi borrada que recuerda sus hazañas. El monumento está rodeado de postes o linderos de piedra, los cuales vistos a la luz indecisa de la luna semejan piedras druídicas, i al lado de la derruida muralla, que en otro tiempo guardaba la ciudad, se enseñan las ruinas de la habitacion particular del Cid. Existe un fragmento de la cadena que los nobles castellanos colgaban sobre sus puertas en señal de vasallaje, i una barra de fierro incrustada horizontalmente en el muro indica la brazada del Cid. Girardet i yo la medimos con nuestros brazos sin alcanzar a sus estremidades. Otro frances de talla ordinaria pero ancho de espaldas ensayó sus brazos igualmente i se aproximó un tanto a la medida, lo que nos hizo concluir que el Cid Campeador debió de ser uno de esos hombres robustos i cuadrados, como el Bayardo, que parecen haber sido creados espresamente, para mangos de una temible espada toledana.

En seguida nos asomamos a las almenas de la muralla en la parte que el tiempo no ha destruido, i desde allí dejabamos vagar nuestras miradas por entre los intersticios, sobre la silenciosa e indefinible campaña, amedrentándonos maquinalmente con el silencio de la noche como si temiéramos ver aparecer a lo léjos los grupos de enemigos, las

tiendas de la morisma, o los reales de los caballeros feudales. Continuando nuestra peregrinacion nocturna, que turbaban solamente los ladridos plañideros i prolongados de los perros, llegamos a una capilla de construccion romana, i cuya arquitectura sin carácter deja ver su estrema antigüedad; al lado de la puerta se muestra una cruz que la tradicion ha llamado la cruz del juramento de vasallaje i fidelidad del Cid, el cual no sabiendo firmar, hubo de trazar con la punta de su terrible espada aquella estraña marca. Yo no recuerdo escursion alguna que me haya llenado como la de aquella noche de mas vivas emociones. Es verdad que la oscuridad de la noche, envolviendo en sus sombras los edificios particulares, presta a los antiguos monumentos algo de vago i misterioso que añade un nuevo encanto a las epopeyas cuyo recuerdo consagran. Burgos de noche es la vieja Burgos de las tradiciones castellanas, la morada del Cid, la catedral gótica mas bella que se conoce. De dia es un pobre monton de ruinas vivas i habitadas por un pueblo cuyo aspecto es todo lo que se quiera, ménos poetico, ni culto, dos modos de ser que se suplen uno a otro.

Pero al paso que van las cosas en España toda poesía i todo pintoresco habrá desaparecido bien pronto. Ya no se ven aquellos monjes blancos, pardos, chocolates, negros, overos, calzados i descalzos que hicieron la gloria del paisaje español hasta 1830, cuando una Saint-Bartelemi

imprevista vino a pedirles cuenta de los autos de fé de la Inquisicion. Apénas se encuentran al dia en los caminos seis u ocho clérigos, hechizos del fraile que está suprimido, i envueltos en sus anchos manteos, resguardándose de los rayos del sol i de la lluvia, ellos i el manteo, bajo la sombra del sombrero de teja que caracteriza al clero español i a los jesuitas de Roma. El viajero que busca el color local no reconoce la España sinó cuando apercibe los mendigos apostados sobre cada uno de los rápidos ascensos, en que una larga serie de yuntas de bueyes se agrega, como una locomotiva auxiliar, a las doce mulas que de ordinario vienen tirando la dilijencia, i, ¡signo infalible de la decadencia de la época! no se les ve ya a estos mendigos dejenerados deponer su sombrero abollado en medio del camino, i ocultos ellos tras de los vecinos matorrales, con la escopeta apuntada hácia los viajeros, para conmover mas sus almas caritativas : pedir con voz condolida, *una bendita limosna por el amor de Dios i de su madre la Vírjen Santísima*, segun se practicaba en los buenos tiempos de Jil Blas de Santillana. El mendigo español es un tipo que el arte debe esforzarse en conservar en despecho de las ordenanzas reales que comienzan a perseguirle. El paisano trabaja en España, miéntras sus fuerzas se lo permiten: cuando el peso de los años va agoviándolo demasiado, deja el arado por el baston de mendigo, i escoje un punto del camino, como teatro de su nueva industria, i los productos de su profesion

entran en comun con el del trabajo de los jóvenes para proveer al mantenimiento de toda la familia sin que nadie le haga un reproche por la humildad del nuevo oficio. Los ciegos en España forman una clase social, con fueros i ocupacion peculiar. El ciego no anda solo, sino que aunados varios en una asociacion industrial i artística, a la vez forman una ópera ambulante que canta i acompaña con guitarra i bandurria las letrillas que ellos mismos componen o que les proveen poetas de ciegos, último escalon de la jerarquía poética de la España, que comienza en lo alto, no sé donde, pues en España todo individuo es poéta desde el ministro de finanzas, hasta el actor del teatro, i la primera recomendacion que aventura un español en favor de un amigo oscuro es que hace mui buenos versos, lo que no prueba sin embargo que Byron, ni Hugo hayan nacido por aquellos alrededores. El paisano español posee ademas todas las cualidades necesarias para ejercitar con éxito la profesion de mendigo. Un aire grave, una memoria recargada de oraciones piadosas i de versos populares, i un vestido remendado. El paño burdo de que el pueblo español viste es de color i consistencia calculados para resistir a la accion de los siglos, verdadera muralla, tras de la cual el cuerpo está al abrigo del sol, del aire i del agua con la que está toda su vida peleado irreconciliablemente. Cuando alguna brecha se abre por un codo o una rodilla, bastiones avanzados de aquella fortificacion, una pieza de nuevo paño la

cierra inmediatamente, i si los diversos ministerios que han desgobernado la España en estos últimos tiempos hubiesen hecho obligatorios sus colores, los vestidos del pueblo español serian hoi un cuadro fiel de los movimientos políticos de los últimos veinte años transcurridos. El sistema de remiendos se aplica igualmente en España a las reformas políticas i sociales : sobre un fondo antíguo i raido se aplica un remiendo colorado que quiere decir *constitucion;* otro verde que quiere decir *libertad;* otro amarillo en fin, que podria significar *civilizacion;* en lo moral o en lo físico no conozco pueblo mas remendado, sin contar todos los agujeros que aun le quedan por tapar. Esto es quizá lo que induce a algunos espíritus descontentadizos a considerar como un remiendo mas el doble matrimonio que ocupa en este momento la atencion pública, i me ha traido a Madrid, como el momento mas bien escojido para ver este pueblo al reflejo de los esplendores de la corona i los festejos réjios que han de solemnizar el casamiento de la inocente Isabel II.

La prensa española con motivo del enlace del duque de Montpensier está mostrando los progresos admirables que las costumbres constitucionales hacen en este pais. Nada ha quedado por decirse entre la oposicion i los ministeriales, excepto la verdad. Segun los primeros la nacion en masa i con ella el empedrado de las calles de Madrid han estado al sublevarse para protestar contra el fatal casamiento, i si ha de darse cré-

dito a los otros, no ha conocido límites el entusiasmo de la mui noble i leal ciudad. La verdad a lo que yo he podido observar es que el pueblo se ha mostrado pasablemente indiferente, sin embargo de que una alianza con un estranjero, i sobre todo con un frances, choque con la preocupacion mas fuerte, mas constante, i mas profundamente arraigada del pueblo español.

La entrada solemne del duque de Montpensier ha sido una escena imponente. La arquitectura de Madrid revela el gusto nacional por los espectáculos i el largo i tradicional hábito de paradas, cortejos i procesiones. Los balcones que resguardan las ventanas se avanzan lo bastante sobre la calle para dominarla en toda su estension en línea recta. Desde estas ventanas, el madrileño veia en otro tiempo desfilar el pomposo acompañamiento de un auto de fé, las procesiones solemnes de los santos, los condenados a muerte conducidos al suplicio con imponente aparato, las pompas i las galas en fin de la corte mas fastuosa de la Europa. Todos estos espectáculos han perdido hoi de su brillo antiguo, pero la arquitectura ha quedado, i a falta de galas i autos de fé, las madrileñas se contentan con ver desde los balcones los *pronunciamientos* populares, i ahora la entrada de Montpensier. La calle de Alcalá es una de las mas bellas i espaciosas de la Europa, i el punto frecuentado de preferencia por el pueblo i los elegantes. Allí está el cerebro de Madrid : la plaza de Toros, la Aduana, el Correo,

las Dilijencias, todos los centros de movimiento estan en contacto con la Calle de Alcalá; i la Puerta del Sol, que es el corazon de la villa, a cuya aorta refluye la sangre por segundos, i a donde pueden contarse las pulsaciones del ánimo del pueblo, pues allí se manifiestan sus pasiones, sus goces o su descontento, con una vivacidad de que no hai ejemplo en otras partes.

Por esta calle i desde este punto partieron la Municipalidad i el Estado Mayor para salir al encuentro de los príncipes franceses i tributarles los honores de la recepcion solemne ántes de penetrar en el recinto de la Villa. M. Blanchard, pintor de historia i que habia venido desde Paris para reproducir estas escenas, ha sacado en sus bosquejos admirable partido de las vestimentas antíguas de terciopelo rojo que llevaban los maseros, i de los trajes de ceremonia de los diversos personajes góticos, por no decir mitolójicos, que figuraban en esta escena.

Durante la marcha del cortejo en las calles, el numeroso jentío que las flanqueaba en espesas líneas guardó el mas profundo silencio, sin que la circunspecta gravedad castellana se desmintiese un solo momento. El Gobierno no habia organizado una *claque*, como en los teatros de Paris, para aplaudir en los momentos favorables. Pero si los aplausos populares anduvieron escasos, no se notó tampoco signo alguno de descontento, ni manifestacion incivil, quizá por cumplir con las leyes de la hospitalidad. Quizá tambien desdeña

por pudor aplaudir lo mismo que aprueba el pueblo que, en tiempo no mui lejano, se ponia de rodillas en presencia de los manjares que debian servirse a la mesa de sus reyes. Si este silencio era no obstante signo de desaprobacion real, pueblo alguno la manifestó jamas de una manera mas noble.

Si esta escena preparatoria ha carecido de animacion, no ha sucedido así con las fiestas reales que han precedido i seguido los casamientos. Madrid estaba entónces en su elemento, espectáculos, iluminaciones, cabalgatas, i procesiones, toros sobre todo, i toros reales que no se ven sino de veinte en veinte años. De todos los puntos de la España habia acudido una inmensa multitud a engrosar la poblacion en movimiento de la Real Villa, la cual durante tres dias ha vivido literalmente en la calle de Alcalá, la Puerta del Sol i el Prado. Nada es posible imajinarse de mas pintoresco que esta muchedumbre así aglomerada. Las altas i nobles damas, como las humildes fregonas, llevan aun la tradicional mantilla negra i trasparente, que con aire misterioso cae sobre las espaldas i el rostro, ocultando a medias los encantos femeninos. De tarde en tarde en el Prado un sombrero frances protesta contra la uniformidad de este traje de oríjen relijioso que llevan siempre las españolas, i con preferencia en sus galanterías, como si la inquisicion que se las impuso, existiese todavía.

Los hombres de la clase culta siguen en todo

la moda europea, i el paletó i el chaleco se resisten, como todos saben, a la descripcion; pero el pueblo, es decir lo que aun es en España jenuino español, es digno siempre del pincel. La capa es de rigoroso uso desde el mendigo, el pastor de ovejas i el mulatero, hasta el comerciante de menudeo inclusive. El sombrero calañez del sevillano, de dos pulgadas de alto i con grandes borlas en el costado, da ademas al español un aspecto tan peculiar que bastara por sí solo, a no haber tantas otras singularidades, para colocarlo fuera de la familia europea, como aquellos *subjéneros* que descubren en plantas i animales los naturalistas. Los *Maragatos* de las provincias del norte llevan aun aquel traje orijinal con que en los grabados antíguos se representa a Sancho Panza, algo parecido al vestido que se usaba en Inglaterra por los tiempos de Cromwell; el calesero ostenta su chamarra con coderas i adornos de paños de colores diversos, como el traje de los moriscos; i el andaluz desplega, bajo el estrecho vestido de Fígaro, todas las gracias del majo español. Esta diversidad de trajes, mui pintoresca sin duda, revela sin embargo una de las llagas mas profundas de la España, la falta de fusion en el estado. Las provincias españolas son pequeñas naciones diferentes, i no partes integrantes de un solo estado. El barcelonés dice: soi catalan, cuando se le pregunta si es español, i los vascos, llaman castellanos a los que quieren

designar como enemigos de su raza i de sus fueros. Pero lo que mas atrae la atencion en España son los rastros profundos que la dominacion árabe ha dejado en las costumbres; podria creerse que los moros estan aun allí; encuéntraseles en los vestidos, en los edificios. En los bailes públicos, organizados para diversion del pueblo durante las fiestas, al lado de valencianos, aragoneses i gallegos, veiase figurar cuadrillas de moros, como si fuesen considerados todavía, como parte de los pueblos españoles.

Las familias de Madrid conservan relijiosamente decoraciones de balcones que consisten en tapices i colgaduras cuyos variados colores dan a las calles el aspecto mas singular. Las colgaduras de terciopelo bordado de realce que conservan algunas antiguas casas ducales, ostentando en grandes escudos las armas de la familia, no convendrian hoi sino a princípes i soberanos. Cuando los nobles novios se dirijieron a Nuestra Señora de Atocha para recibir la bendicion nupcial, el real cortejo ocupaba toda la estension de la calle de Alcalá, decorada toda ella como un teatro. Tiros de caballos que pocas cortes europeas podrian ostentar tan bellos i en tan grande número, carrozas incrustradas de nacar, libreas i penachos de un brillo estraordinario traian a la fantasia los bellos tiempos de la monarquía española, la cual en su abatimiento presente, se adorna con sus antiguas joyas, como aquellas viejas

duquesas, que disimulan, bajo el brillo de los diamantes, las enojosas arrugas que los años han impreso a sus semblantes.

La iluminacion de palacios i calles tenia alguna cosa de fantástico i de grandioso. Innumerables antorchas de cera esparcian una severa i solemne claridad sobre las tapicerias franjeadas de oro i plata, al mismo tiempo que algunas imitaciones de edificios góticos diseñaban a la distancia sus torrecillas i ojivas por medio de innumerables luces de color. Los teatros, como los fuegos de artificio, como los retratos de los reyes espuestos a la adoracion popular sobre la mayor parte de los edificios públicos, se subdividian las masas populares que de todas las estremidades de la ciudad se precipitaban a torrentes hácia la Puerta del Sol.

El besamano, aquella ceremonia de los tiempos feudales, conserva aun en España toda su antigua majestad i su pomposo aparato; pero el pueblo que se apiñaba en vano en las puertas del palacio no pudiendo gozar de estas solemnidades interiores de la corte, se contentaba con admirar las carrosas reales i las de los grandes de España, cuyos caballos llenos de ardor, ajitaban en el aire sus penachos verdes o colorados, recuerdo de los tiempos feudales en que cada caballero i cada familia noble adoptaba sus colores distintivos.

El pueblo español, entretenido pero no satisfecho con esta sucesion de galas i fiestas, aguardaba con impaciencia otro espectáculo, cuyo orijen

anterior a los moros i a los godos, remonta a los tiempos de Sertorius, en que la España se habia hecho la provincia mas romana por su civilizacion i por la adopcion de las costumbres del pueblo rei. Por todas partes se encuentran en Europa ruinas imponentes de los circos romanos. En España solo se ha conservado el espectáculo mismo del circo, aunque los antiguos circos hayan cedido a la accion del tiempo. Cosa estraña i poco notada! Por sus costumbres i su espíritu el pueblo español es el pueblo mas romano que existe hoi dia. Todos sus males le vienen de ahí; enemigo del trabajo, guerrero, heróico, tenaz, sobrio i apasionado por los espectáculos, todavía pide *panem et circenses* para vivir feliz en medio de su caida. Los sangrientos combates de bestias feroces han luchado veinte siglos con el cristianismo i han triunfado de él, como los toreadores lo hacen de los mas temibles bichos. Sobre la plaza de toros el pueblo español es grande i sublime; es pueblo soberano, pueblo rei tambien. Allí se resarce, con emociones mas vivas que las del juego, de las privaciones a que su pobreza lo condena, i si esta diversion puede ser acusada de barbarie i de crueldad, es preciso convenir sin embargo que no envilece al individuo como la borrachera, que es el innoble placer de todos los pueblos del Norte. El español es sobrio, i lo prueba la capa que lleva sobre sus hombros, pues que un hombre borracho no podria tenerse parado llevando capa.

Lo que hai de verdaderamente romano en las

corridas de toros es que aquel espectáculo es nó solamente público i autorizado por el gobierno, sino que tiene lugar oficialmente i bajo la direccion inmediata de la autoridad. El gobernador de Madrid en circunstancias ordinarias, i el rei en persona en las grandes solemnidades, presiden i dirijen todos sus movimientos. Un alguacil viene a pedir permiso para comenzar la funcion; este empleado público anuncia en alta voz el color del toro que va a jugarse, la señal particular con que está marcado i la célebre torada a que tiene el honor de pertenecer; él abre en fin oficialmente la puerta del toril, cuya llave ha recibido de manos del rei. Cuando los picadores han atormentado por mucho tiempo a la fiera a fin de debilitar su empuje, el rei hace una seña, i los banderilleros aparecen; a otro signo ceden estos su puesto al matador que se presenta con la espada en la mano. Aquella fiesta popular, celebrada con todas las formas legales, aquel rei rodeado de su pueblo abandonado al delirio, i tomando parte en sus emociones, tienen sin duda un carácter homérico que no presenta ya pueblo alguno moderno. Este mismo carácter existia en el teatro cuando las representaciones dramáticas eran todavía un espectáculo nacional, salido de las entrañas del pueblo, con toda su rudeza, su jenio, i sus preocupaciones; cuando Lope de Vega producia dos mil comedias, i Calderon de la Barca hacia representar ochocientos autos sacramentales. Dumas ni

Scribe han alcanzado todavía a esta estupenda fecundidad, porque aun no se ha hecho el drama moderno tan popular como lo fué en otro tiempo el teatro romántico en España. Mas tarde el jénero clásico atravesó los Pirineos i vino a aristocratizar el teatro en España, i no pudiendo comprender el pueblo llano las bellezas de las tres unidades, la moral académica, ni la enfática dignidad del lenguaje, abandonó poco a poco un espectáculo estranjero ya para él, i se contentó con los combates de toros, donde no podian al ménos perseguirlo las tres unidades, i donde él comprende bellezas que se escapan a los ojos de los clásicos. Un español os diria en efecto, a la simple aparicion del toro en la arena, cómo va a conducirse i lo que hai que prometerse de él; fisonomista profundo sorprende en el acto el carácter del animal i puede revelarlo con mas certidumbre que no lo harian las ciencias de Lavater i Gall para con los hombres. Este es desconfiado i astuto, aquel otro audaz i frenético. El toro intrépido es aplaudido i excitado con bravos entusiásticos; pero ai! de aquel que no mata al ménos dos caballos! Entónces estalla en el inmenso circo la recia tormenta de silbos, maldiciones i sarcasmos; despues, los gritos de fuego! fuego! esto es, banderillas, que asegurando su dardo en las carnes le quemen e irriten las heridas. La mayor infamia por la que puede hacerse pasar a un toro indigno, es entregarlo a los perros, que en jauria hambrienta de

sangre i matanza se echa sobre él cuando no ha sabido contentar al público, i lo desgarra sin misericordia.

Cuando la arena está cubierta de caballos destripados, cuando la sangre hace fango sobre el suelo, entónces el pueblo de todas clases i sexos no puede contener su entusiasmo, se pone de pié para aplaudir a los vencedores, ya sean toros u hombres, para ver hundirse la espada del matador en el corazon del toro furioso, para sorprender el último jemido de la víctima i deleitarse con su agonía. La noche halla a los espectadores ajitándose sobre sus bancos, i pidiendo a voces nuevas carnicerias i nuevos combates. Id, pues, a hablar a estos hombres de caminos de hierro, de industria o de debates constitucionales!

Despues de todo, los combates de toros no tienen a mi juicio sino un accidente profundamente chocante i es la muerte cierta e innoble de los caballos. El malaventurado animal, traspasado de heridas, arrastrando las tripas por el suelo, debe, miéntras le queda un resto de vida i pueda tenerse de pié, hacer frente al toro, pues que así lo exijen las leyes inviolables del combate i la voluntad del público. La víspera de la llegada del duque de Montpensier diez i ocho caballos espiraron en el circo, ocho de entre ellos muertos por un solo toro, i esta circunstancia mereció a aquella corrida los honores de la aprobacion popular. En cuanto a los hombres que luchan cuerpo a cuerpo, por decirlo así, con la fiera, tal habilidad mues-

tran en aquella peligrosa lucha, que su desenvoltura i lijereza hacen olvidar que estan realmente en peligro. I luego, hai tanto arte, i tánta gracia en su actitud i en sus movimientos! tánto esmero i tanta sutileza en prestar oportuno auxilio a aquel de entre ellos que se encuentra accidentalmente espuesto! Una escena de las corridas reales me daba una muestra de la cólera de los Romanos, cuando un gladiador no sabia caer i morir con artística desenvoltura. Un toreador al salvar su cuerpo de la asta del toro quiso quedar envuelto en la capa, la cual sea por torpeza, sea por accidente inevitable, se envolvió sobre sus espaldas sin formar los pliegues que la estatuária habria requerido, i un grito universal de desaprobacion cayó sobre él como un rayo, para castigar su falta de destreza. Ni el toro está libre de aquella justicia suprema. No hace dos años que en un circo un toro herido, segun todas las reglas del arte, yacía muerto a los pies del matador, quesaludaba al público agradeciendo los aplausos con que recompensaba su destreza, cuando el toro, por una de aquellas convulsiones de la vida nerviosa, se endereza repentinamente, traspasa con las astas al matador que cae a su turno exánime. El pueblo se arrojó en masa sobre el traidor, mil puñales sebaron su saña en su cuerpo, i ni vestijios del animal quedaron en un abrir i cerrar de ojos, pues su cadáver fué dividido en menudas trizas. Lo contrario sucedia otra vez en otro punto donde habiendo el toro alzado en las

astas a un capeador inhabil, el público persiguió con sus sarcasmos i sus aplausos el cadáver del infeliz que permaneció ensartado en las astas del animal.

Por compensacion el pueblo español festeja dignamente a sus artistas favoritos. El picador que cae debajo de su caballo se levanta tan lijeramente como puede hacerlo, con la ayuda de los chulos que acuden a desembarazarlo; la sangre sale a veces a borbotones de su boca; a veces queda tan aturdido con la caida que largo rato lo tienen parado sin conocimiento. Pero apénas la vida comienza a reanimarse, excitado por los gritos entusiastas del público, se hace montar pesadamente sobre su caballo herido i moribundo, i muriendo ámbos lo lleva de nuevo al puesto fatal a donde la saña del toro ha de venir a buscarlo. Cuando este caballo es ultimado, el picador pasa sucesivamente a otros que tienen el mismo fin, i solo en caso de muerte o de herida grave el picador desaparece de la escena, ántes de haber terminado su terrible papel. Es horrible ciertamente ver a estos hombres afectar alegría i placer cuando se les ha visto caer bajo el caballo repetidas ocasiones, vomitar sangre, desmayarse i revivir con dificultad. El hospital i el sangrador los aguardan a la puerta, i estos infelices bajan sucesivamente de la cama para montar sobre el caballo i vice versa.

Las corridas reales son espectáculo tan espléndido i sorprendente que creo leereis con

gusto una descripcion, aunque suscinta, de las que acaban de tener lugar con motivo del doble enlace. Como su nombre lo indica, la Plaza Mayor es la mayor en estension que se encuentra en Madrid, i la que durante dos siglos estuvo consagrada a los autos de fé, que eran las corridas de toros que a su modo daba la Inquisicion. La plaza asemeja a un gran cláustro i las calles que de ella parten, arrancan por debajo de arcos triunfales que conservan la continuidad de los edificios que la circundan, ocupando uno de sus costados un palacio de arquitectura del renacimiento, recargado de adornos, torrecillas i pináculos. El ámbito de esta plaza servia esta vez de digna arena para los toros reales Los balcones de las casas habian sido convertidos en palcos para las familias acomodadas i un inmenso tendido, construido de madera, para recibir la muchedumbre. Una colgadura carmesí con una franja de oro de una tércia daba vuelta toda la plaza hasta la altura del primer piso : otra amarilla con franja de plata adornaba el segundo, i otra azul celeste el tercero. Cuarenta mil espectadores colocados en los balcones, ventanas i tendidos describian entre las colgaduras una línea oscura variada como un tapis por los colores diversos de los vestidos de señoras, las plumas de algunos sombreros, i el contínuo ajitar de los abanicos; i para que el efecto artístico del golpe de vista fuese completo desde el tendido inferior hasta la altura de los techados, se elevaba en las cuatro

esquinas de la plaza, una graderia de asientos que formaba en cada estremo una enorme pirámide de seres humanos. Era este un espectáculo verdaderamente imponente cuyo brillo realzaban los rayos del sol, reflejándose sobre las anchas franjas de oro i plata, i las superficies que en grandes masas presentaba el raso de las colgaduras. El Hipódromo de Paris, al lado de este circo colosal, habria parecido un juguete de carton, bueno solo para divertir a los niños.

En los balcones del palacio que ocupa uno de los frentes i bajo una profusion de tapices i colgaduras de un lujo sorprendente, debia colocarse la reina, que habia de presidir los juegos, los príncipes franceses, la familia real, la servidumbre de palacio, i una hecatombe de jenerales cubiertos de cruces i medallas, i cuajados de bordados desde los pies a la cabeza. Los alabarderos reales se colocaron en línea bajo el balcon réjio, sin otro parapeto que sus armas para defenderse contra los ataques de las fieras. Dos toros furiosos se echaron sucesivamente sobre esta muralla de fieles servidores, i las dos veces fueron rechazados, sin que la línea se conmoviese, i sin que el semblante marcial del soldado diese señal alguna de turbacion en presencia del peligro. Así se simboliza en esta fiesta nacional el valor i la abnegacion del guerrero i del vasallo.

Seis alguaciles en traje de ceremonia permanecen a caballo a algunos pasos al frente del balcon real para ejecutar las órdenes de la reina;

estos pacíficos ministriles no tienen mas defensa que la fuga, cuando la saña del toro quiere cebarse en ellos. Su vida, segun la tradicion monárquica, pertenece a su rei i señor, i deben estar dispuestos a morir por el servicio i el placer real. En estas corridas un toro alcanzó e hirió el caballo de un alguacil en medio de las ruidosas esclamaciones i las risadas i las burlas de la muchedumbre que conserva desde los tiempos despóticos de la España un odio tradicional contra los empleados subalternos de la corona. Aquella dispersion de los alguaciles, i su terror pánico cuando se ven atacados por el toro, forman la parte cómica del espectáculo, i no es raro que un toreador malicioso atraiga exprofeso al toro sobre ellos a fin de hacer reir al público.

Cuando la familia real se presentó en el balcon, un movimiento jeneral de sombreros, pañuelos i abanicos, respondió a las salutaciones de la reina, fijándose en seguida la atencion jeneral sobre los jóvenes príncipes franceses con muestras inequívocas de satisfaccion i benevolencia. El interes que los toros inspiran al duque de Aumale, bastaria por sí solo para conciliarle las simpatias del pueblo que se complacia ya en recordar el magnífico presente que un año ántes habia hecho de dos espadas a Montes, i la buena gracia con que el célebre toreador habia correspondido, mandándole a Paris un suntuoso traje completo de majo, i un sastre intelijente para que lo adaptase a su persona. La atencion pú-

blica fué atraida en seguida por el espectáculo mas pintoresco i mas solemne que para ojos españoles puede ofrecerse.

A una banda de música marcial, seguian ocho heraldos vestidos con el traje hermosísimo que en la edad media caracterizaba su empleo. Precedian éstos la carrosa del duque de Osuna, tirada por seis caballos enjaezados magníficamente i seguida a su vez por siete caballos ensillados, conducido cada uno por un palafrenero con librea del color adoptado en tiros, penachos i arneces por el noble duque. Cerraba la comitiva el matador Jimenez a la cabeza de su cuadrilla de picadores, chulos i banderilleros. La carrosa del duque fué a colocarse al frente del trono de la reina, a fin de que el *caballero en plaza*, que él apadrinaba la rindiese homenaje, i de rodillas solicitase de S. M. el alto honor de hacer alarde de su destreza. Eran en otros tiempos los *caballeros en plaza* nobles de distincion que para mayor gala de las fiestas reales tomaban parte en la lucha combatiendo en presencia del rei a caballo con el toro. Desde que las Justas i los Torneos han caido en desuso i con ellos la caballería de la media edad, aquel papel peligroso es desempeñado por jóvenes aspirantes, a los cuales ha de darse en recompensa, una suma de dinero, i empleo en las caballerizas reales.

Concluida la ceremonia i andando el cortejo avanzaron para ocupar el mismo lugar, el duque de Abrantes con igual aparato de heraldos, pala-

freneros, caballos, i seguido por la cuadrilla del Chiclanero. Venia en pos de él, el duque de Medina Celi, i Juan Leon con su cuadrilla. La cuarta i última carroza ocupábala en fin el duque de N.... seguido de la Guardia vieja de los toreadores, la cuadrilla de Montes, el cual goza de largo tiempo de una brillante reputacion ante la cual se inclinan todos los toreadores de España. Cerca de doscientas personas vestidas de trajes fantásticos i brillantes formaban este estraordinario cortejo realzado por el esplendor de las carrozas, la encumbrada nobleza de los títulos que decoraban a sus dueños, la fama de los toreadores, verdaderos grandes de España por la reputacion peninsular de que gozan, el brillo de los jaeces de los caballos, que ajitaban sus penachos sorprendidos del bullício o impacientes por tomar parte mas activa en el espectáculo.

Solo el nombre de Napoleon ha penetrado mas hondamente que el de Montes en las capas populares. Un murmullo jeneral de aprobacion lo recibe donde quiera que se presenta, i la noticia de su arribo a cualquiera ciudad de España pone en movimiento a toda la poblacion. En la plaza de toros, teatro de su gloria, los vivas frenéticos del público muestran el placer con que siempre es acojido. Allí Montes es verdaderamente tan artista como Federico Lemaître en su teatro, o Dumas en sus novelas. Las larguézas del público le han creado una grande fortuna, i ya está un poco entrado en años. Herido dos veces en diver-

sos combates, tiene ya agotadas todas las temeridades que el arrojo puede ensayar con los toros; i los aplausos del público siempre entusiasta admirador de su bizarría, habrian colmado ya cualquiera otra ambicion de gloria que no fuese la suya. Sin embargo, Montes, arrastrado por el amor del arte se presenta aun a lidiar. El peligro es el pábulo que le da vida, i él se injenia para renovarle, variándolo al infinito. Los cuernos aguzados del toro ejercen sobre él una atraccion májica, irresistible, i el público, conocedor de los infinitos percances de la lucha, le tiene predicho que en los cuernos del toro ha de morir.

Cuando Montes se presenta en la arena a capear un toro, la multitud inmensa de espectadores permanece inmóvil i silenciosa, a fin de no perder ninguno de los imperceptibles pasos que hace con el bicho, i cuando el animal furioso se lanza sobre él, Montes aparta el cuerpo lo suficiente para que el asta mortal le desgarre el vestido entre el brazo derecho i la tetilla; segunda vez embiste, i entónces el cuerno pasa entre el pecho i el brazo izquierdo; tercera, i Montes queda volviéndole la espalda i envuelto en los pliegues de su capa, tan garbosamente como podria hacerlo al pararse en la Puerta del Sol.

A estos primeros pasos se siguen diez diversos, cual variaciones de un tema único que es la muerte, i cuyas melodías se componen de coraje, actitudes artísticas, destreza i sangre fria. El público español mudo, estático hasta entónces, no

por efecto del miedo, que no conoce, sino por la profunda emocion que le inspira el sentimiento del arte, prorumpe, en pos de aquellas brillantes *fiorituras*, en gritos apasionados que conmueven los edificios de la plaza; diez mil sombreros se ajitan en el aire; diez mil pañuelos i otros tantos abanicos se cruzan, i las mantillas que no cubren ya los ojos negros brillantes de las españolas dejan ver al artista célebre que las damas de hoi dia, como la de los torneos de la edad media, saben apreciar el valor i medir la profundidad de las heridas. En España, en efecto, las mujeres de todas las clases estan iniciadas en los secretos del arte de los combates, i aplauden los buenos golpes o reprueban al poco diestro. "Se le dice a V., señor banderillero, decia con desden en alta voz cerca de mí una interesante señorita, al ver un par de banderillas mal puestas, se le dice a V. que ese golpe no vale nada".

El Chiclanero es otra grande reputacion nueva, por la destreza estraordinaria i la audacia de su espada. Todo su empeño es dejar muerto instantáneamente al toro, para lo que apunta siempre a cierto punto que no tiene mas diámetro que el de un peso fuerte i donde el cerebro está mal resguardado. El toro, que el Chiclanero mató en las corridas reales, al caer delante de sí, vino a poner la cabeza a sus pies, completando el matador con la espada alzada en el aire i en la actitud de una estátua o grupo, aquel digno del cincel de Canova. Despues del Chiclanero cuen-

ta Cúchares, i en pos de él siguen otras grandes ilustraciones de la tauromaquia.

Todos estos detalles me alejan empero de la principiada descripcion de las corridas reales, que me propongo continuar. Cuando llegaba la carroza, que traía a cada *caballero en plaza* al frente del trono, descendia aquel, como llevo dicho, i poniendo una rodilla en tiera ofrecia para divertimiento de la reina el tributo de su vida. El color i los cabos de su vestido a la antigua española, daba el tono a todo lo que a él pertenecia, caballos, cuadrilla &c. Un color era verde con bordado de plata; otro azul bordado de lo mismo; otro castaño bordado de oro; i el cuarto encarnado i plata. Los siete caballos enjaezados que seguian a cada caballero debian servirle sucesivamente en la lid a medida que fuesen inutilizados o despachados por los toros. De los cuatro caballeros, uno solo permaneció en la arena; pero tan brillantemente se condujo, que en esta sola corrida hizo olvidar toda la gloria de que habrian podido curbrirse hasta entónces los picadores de profesion. Cuatro toros cayeron sucesivamente muertos bajo su frajil rejoncillo; uno de ellos en una primera embestida, habia ensartado en las astas su caballo, i levantando i sacudiendo en el aire caballo i caballero echólos a rodar por el suelo. Pero el intrépido aficionado haciendo poner de pié su caballo, sin perder un instante la silla, esperó, por segunda vez al toro, y atravesándole el corazon de un rejonazo, lo hizo caer muerto a los pies de su montura,

como para que diese condigna reparacion de la pasada ofensa. Todas estas escenas tan irritantes, tan preñadas de emociones, pasaban en un abrir i cerrar de ojos, i a un minuto de silencio glacial, en que podian contarse las palpitaciones del corazon, sucedia el grito instantáneo, el trueno de aplausos de cuarenta mil espectadores, para caer de improviso en el mismo silencio de muerte, como aquella noche lúgubre que hace la tormenta iluminando el rayo súbitamente la naturaleza, para dejarla en pos sumida en la obscuridad. El *caballero en plaza* habia satisfecho con usura las exijencias del público, i la reina, radiosa de aquel placer que solo saben manifestar las jentes meridionales, hizole seña para que se retirase, sobrecargado de aprobaciones, perseguido por los estrepitosos vivas populares; i cuando desde uno de los balcones miraba envanecido las hazañas de los toreadores, de repente un grito universal, una ajitacion de pañuelos i sombreros, lo saludaba todavía, como si a un mismo tiempo viniese a la mente de aquella inmensa masa, el recuerdo eléctrico de las recientes proezas.

He visto los toros, i sentido todo su sublime atractivo. Espectáculo bárbaro, terrible, sanguinario, i sin embargo lleno de seduccion, i de estímulo. Imposible apartar un momento los ojos de aquella fiera, que con movimientos peristálticos de la cabeza está estudiando el medio de alzarse en sus cuernos afilados al elegante toreador que tiene por delante! imposible, hacer andar la

sangre que se aglomera en el corazon del estranjero novicio, miéntras que con rostro pálido, boca contraida i reseca, i ojos estáticos, está esperando el desenlace de la lucha para respirar, con aquel jemido que arrancan las torturas del espíritu. ¡Está V. como una cera, decia yo a un amigo frances que me acompañaba!—I V. está verde, me replicaba, levantando la vista a mirarme, cuando el lance se habia terminado i no ántes! Oh! las emociones del corazon! la necesidad de emociones que el hombre siente, i que satisfacen los toros, como no satisface el teatro, ni espectáculo alguno civilizado! La exasperacion de las batallas para los veteranos solo puede compararseles; i despues de haber visto los toros en España, he lamentado que hayan pasado para nosotros los tiempos en que se quemaban hombres vivos, para ir al cabo del mundo a presenciar sus tormentos, a verlos torcerse, jemir, maldecir a sus verdugos, o escojer para morir posiciones nobles, académicas, o reconocer la autoridad de los caníbales que habian ordenado su suplicio como aquellos gladiadores romanos que saludaban a Cesar al tiempo de morir; porque tan imbécil como todo eso es la especie humana. El ajusticiado se preocupa de no mostrar miedo en el último trance, porque no lo apellide la multitud cobarde; el reo político o relijioso, el mártir en fin, no quiere implorar gracia, a fin de que no se infiera de ello que duda de sus convicciones; i el pueblo que presencia estos espectáculos no pierde un

solo movimiento del paciente, una palabra, un suspiro para vanagloriarse de haber visto i oido tales cosas, i gozarse en el súbito temblor de las carnes que le acomete, cada vez que a su espíritu vuelve la imájen de la lúgubre ejecucion. Cuando la Inquisicion existia, i mandaba a esta misma plaza Mayor sus ensambenitadas víctimas, las autoridades debian sentir la necesidad de refrescar las escenas de sangre i de llamas, para acariciar i entretener al pueblo, i éste denunciar al primero que veia leyendo un libro, a fin de poner de su parte los medios de divertirse con la pompa, aparato, i emociones de la horrible ejecucion. La conversacion del dia seria como de costumbre, sobre lo ocurrido en la mañana, i las comadres al saludarse repetirian todos los detalles del acontecimiento; si el hereje habia querido hablar, si blasfemó, para su mas segura condenacion, si era contumaz, esto es, si sintiéndose injusta i bárbaramente asesinado, tuvo el coraje de pasear, desde lo alto del poste, miradas de soberano desprecio, sobre la muchedumbre estúpida que se gozaba en su suplicio, i la turba de fanáticos que lo mandaban a las llamas, acaso por que sabia lo que ellos ignoraban. Porque en España los *autos de fé* i los toros anduviéron siempre juntos; i el pueblo pasaba de la plaza Mayor de ver quemar vivo un hereje, a la plaza de toros, a ver destripar caballos, ensartar i sacudir toreadores en las astas, o morir veintenas de toros i caballos, entre charcos de sangre, i de escrementos

derramados de los rotos intestinos. Yo he visto en una tarde morir diez i ocho caballos i siete toros, i dejo a cualquiera que calcule la cantidad de sangre que a chorros ha debido salir de veinte i cinco cuadrupedos. Este pueblo así educado, es el mismo que se ha abandonado a las espantosas crueldades de la guerra de cristinos i carlistas en España, el mismo que a orillas del Plata, se ha degollado entre sí con una barbaridad, con un placer diré mas bien, que sobrevive hoi en la raza española; porque no ha de conservarse un espectáculo bárbaro, sin que todas las ideas bárbaras de las bárbaras épocas en que tuvieron oríjen vivan en el ánimo del pueblo. Es para mí el hombre un animal antropófago de nacimiento que la civilizacion está domesticando, amansando, de cuatro o cinco mil años a esta parte; i ponerle sangre a la vista, es solo para despertar sus viejos i adormecidos instintos. Los espectáculos patibularios suscitan criminales, en lugar de servir de escarmiento, i el dia que no se fusile un bandido, habrán por lo ménos tantos bandidos en el mundo, como cuando se les mataba como a perros rabiosos, i no mas. El hombre ademas tiene tantos instintos malos como buenos, i un sistema de creencias i de espectáculos, esto es de ideas i de manifestaciones, puede formar irrevocablemente el carácter de un pueblo. No es otro el secreto de los gobiernos corruptores: la sociedad los apoya, aplaude i ayuda: en ella misma encuentran sus instru-

mentos que son todos los hombres; porque todos tienen su lado malo.

He caido sin quererlo en estas tristes reflexiones morales, quizá por reaccion contra las tentaciones de crueldad que el espectáculo habia revivido en mí, i no me siento ya dispuesto a continuar la comenzada descripcion de los toros reales, que no terminaron sino cuando las tinieblas de la noche hacian imposible la continuacion de los combates, i despues que Cúchares, el Chiclanero, i Montes habian ostentado su habilidad, matando sucesivamente diez toros que a su vez habian destripado un media hecatombe de caballos, estropeado seis picadores, dos alabarderos, i un alguacil, con infinito contentamiento del inmenso pueblo, que entre larga hilera de carrozas reales, bandas de música, i escuadrones de coraceros, se apiñaba, se estendia, como olas que van i vienen, se revuelven, i rompen saliendo por los vomitórios de la plaza Mayor i siguiendo por las calles como por el cauce un torrente que desciende hinchado de peñascos i árboles arrastrados de las montañas. Una hora despues, aun no se habia serenado aquel rumor jigantesco, el fragor de aquel pueblo en delirio, sobrexcitado, rumiando sus emociones pasadas, diciéndolas en alta voz, comentándolas i saboreándolas de nuevo. Otro dia de toros, i la misma novedad, la misma excitacion que el primero i el tercero, como que eran los primeros toros reales, vistos desde

los tiempos de la Jura de Fernando VII el deseado.

A las paradas, revistas, besamanos, velório en Santa María de Atocha, se sucedian las representaciones teatrales, la *Pata de Cabra* en el Teatro de la Cruz, óperas italianas en el Circo, comedias antiguas de Moreto i Lope de Vega en el Príncipe, teatro real de Madrid, un edificio de innoble esterior, o mas bien sin muestra esterior alguna que revele su existencia; pero elegantemente decorado en el interior, i como los teatros italianos mui superior, en cuanto a efecto, a las grandes i suntuosas pocilgas de Paris. Se dan en el teatro del Príncipe comedias de Lope de Vega, románticas, por la misma razon que en Francia se dan, en la Comedia francesa, trajédias de Racine i Corneille, clásicas, esto es para que los españoles anden siempre i sin saberlo con los frenos cambiados. El teatro del Príncipe, ademas, sirve de Puerta de San Martin a los compositores modernos; de Vaudeville, a Breton de los Herreros, para sus comedias de costumbres; de Palais Royal, a los autores de Sainetes, verdadero Pandemonio, donde se ve todo lo que en materias teatrales ha de verse en España. La reina favoreció con su presencia las reales representaciones. Dióse por primera vez *El Desden con el Desden* de Moreto, sin pasar la esponja por los crasísimos donaires del truan que mantiene el enredo de la pieza, i dichos a las mil maravillas por Guzman, el gracioso mas al paladar de Madrid.

Necesito establecer algunos antecedentes, pa-

ra esplicaros las sensaciones que el teatro español me ha producido. Desde luego yo no acepto la distincion mui recibida de literaturas i civilizaciones distintas en los pueblos civilizados de hoi; ni aun para la España, que es la nacion que ménos puede pretender a nada suyo propio en materia de trabajos de la intelijencia; porque el atraso no es una civilizacion, ni produce una literatura. El espíritu humano ha llegado a cierta altura en nuestro siglo, i es preciso que para ser aceptado un producto literario, esté a esa altura. Ahora, basta seguir el rumbo que ha tomado la novela, el folletin, verdaderas epopeyas de nuestro siglo, para comprender cuál ha de ser el teatro. Accion complicada, multiplicidad de personajes, espresion de sentimientos en imitacion de la vida, de la realidad, tanto mas perfecta, cuanto mas a lo vivo pintan la manera habitual que conocemos a esos sentimientos. De aquí viene la revolucion que esperimenta el teatro en Francia, en Paris, donde este espectáculo ha tocado a su apojeo. Cada teatro tiene su especialidad, cada pieza su actor que la desempeñe; i al reves de ahora cincuenta años, en que la comedia escrita era la obra maestra, lo que iba a esponerse i representarse, ahora es el actor, ya sea Lemaitre, o Rose Cheri, o la Rachel a quien le venian bien las trajédias antiguas. Dado el actor i sus habilidades conocidas, vienen las palabras, el libreto, para su jénero de música, el tono para su voz, i despues el traje que realiza al

personaje i la época que finje, las decoraciones que traen al teatro el lugar de la escena. Esta comedia, o este drama no puede ser en verso; porque el verso nunca puede espresar las pasiones con su verdadero lenguaje, sin estudio, sin aliños visibles, como son los asonantes i consonantes; i contra las reglas conocidas, la comedia o el drama moderno, *es una accion*, *un suceso en prosa.* Victor Hugo, obedeciendo a esta nueva inversion de las reglas, el primer poeta de la época, ha escrito sus mejores dramas en prosa, como Dumas, como todos, porque no pueden evitarlo, aunque de vez en cuando aparezcan composiciones en verso. Esto supuesto, el teatro español viene arrastrándose todavía, veinte o treinta años atras del arte actual. ¿Qué decir de una poesia de ocho sílabas, que mas lijero que una péndula está martilleando al oido, su eterno *alumbra*, *encumbra*, *deslumbra*, *errumbra*, i todos los consonantes que puede dar un idioma! ¿Qué puede hacer un actor que tiene que repetir estas majaderias, una por segundo? Es preciso tener mui viciado el juicio, para asustarse de ver a un marido que quiere asesinar a su mujer, apostrofándola en verso. Mentira! no la ha de matar; i de seguro que el puñal que tiene en la mano ha de ser de carton, o de hoja de lata. El que mata no habla así; las frases son largas o cortas, entrecortadas, principiadas i no acabadas, i todo completado por la accion, por gritos; por el asirla de un brazo, i echarla por tierra, o hacerla arrastrarse sobre sus

rodillas. Pero versos octosílabos, una i dos horas de este necio campanilleo, formado de frases de relleno, vacias de sentido casi siempre, hinchadas o estemporaneas las mas veces, i nunca naturales, porque se han traido por los cabellos para hacer con ellas ocho sílabas para el autor i no para el actor, que no sabe como alargar o acortar sus dichos, segun que la pasion lo pedia. Los españoles creen que les es peculiar el octosílabo, por que los *cieguitos* componen en ese metro, que es el *abece* de la composicion métrica. I cierto, que cuando leo octavas, aunque sean escritas por Zorrilla, me parece que estoi oyendo a los *cieguitos* de Madrid, tan sin objeto son estos millares de versos i de versificadores que produce la España, entre los cuales jamas se vió ni un Byron, ni Goete, ni Lamartine, ni Beranger, ni nombre alguno que salga de la Península, sino es el de Espronceda que nadie conoce i que mereciera ser conocido. Luego, basta conocer un poco a Madrid, para medir el alcance del drama español. Madrid, aunque real i mui noble, es siempre la *villa* de Madrid. Ejemplos : en el teatro del Príncipe hai un chirivitil donde recibe Romea, el primero i el único actor dramático de la España. Allí en aquella tertulia ve el estranjero en ocho dias, conoce, i tutuea si quiere, a todas las ilustraciones literarias de la España ; poco queda fuera de este círculo. Mas allá i en la misma calle está el Casino, en donde se reunen todas las reputaciones políticas de Madrid, diputados, banqueros, i literatos

políticos que han principiado por ser versificadores, esto es *cieguitos* con los ojos claros, i han concluido por ser jefes políticos, diputados, o secretarios de la reina. Hai un café, ántes el del Príncipe, hoi el de los Suizos, a donde el estranjero puede ver si aun le queda algun hombre notable de Madrid. Cuando estaba en voga escribir *Misterios* de Lóndres, de Rusia o de Paris, uno que emprendió los de Madrid, tan buena maña se dió, que la policia hubo de entender en ello, porque a cada entrega salia a bailar, con sus pelos i señales, una familia, un individuo, la duquesa tal, que nadie pódia equivocarla. Esta estrechez del círculo en que el autor vive, aquella simplicidad de los elementos que componen la sociedad, estorba la aparicion de la novela en España, lo mismo que en América, porque la imajinacion no tiene para coordinar, exajerar i embellecer esa multitud de acontecimientos de las grandes i populosas ciudades, donde la especie humana aglomerada, oprimida, despedazada, deja oir a cada momento gritos tan terribles de desesperacion, de dolor; ni ver escenas tan estrañas, ni manifestarse pasiones tan destructoras, ni afecciones, ni odios tan fuertes. Se necesita ademas para el drama moderno, tal como ha de presentarse a hombres llegados a la virilidad de espíritu de nuestra época, que el alma del público esté nutrida de ideas, de recuerdos históricos i tradicionales en que prenda la alusion : que tenga el corazon aguzado para sentir impresiones suaves, tenues, a

fin de poder desenvolver ante él una multitud de pequeños sentimientos, que son como los trinos, arpéjeos, i fiorituras de la música, que no forman el fondo de la composicion, pero que a tal punto se incrustan i adaptan a las grandes superficies que estas quedarian como despojadas, si se las quitasen aquellos adornos. Digo la verdad, un *Vaudeville* me causa mayores sensaciones, que todo el repertorio español antiguo i moderno; i ya quisiera darles en diez a los cieguitos, que hagan un drama en prosa, para ver si tienen algo que decir. I esto no por falta de talento, que es comun en España como lo es en todas partes donde nacen niños con cráneo bien desenvuelto, sino por falta de espectáculo real en la sociedad en que viven, rudimental aun, simple en sus virtudes, como en sus crímenes i en sus vicios. Esta simplicidad de la vida, en la real villa, va hasta ligar al público con su actor i su actriz, i hacerle tomar parte en sus desavenencias domésticas. Romea es un jóven, poeta como debe serlo todo español que pretenda saber hacer versos, i actor irreprochable, porque a maneras distinguidas i trato de sociedad, reune una instruccion, rara por lo comun entre nuestra jente de teatro. Los españoles lo creen un digno rival de Lemaitre, o de *qui que ce soit.* La verdad es que es un hombre mui bien educado, i si le falta jenio, sóbrale talento verdadero i estudio completo. Acaso la bondad de su carácter le perjudica para la propia espresion de las pasiones te-

rribles u odiosas, que hacen la fama de un actor. La Torre, que ví en don Pedro el *Justiciero*, me pareció por momentos serle superior en esto. Por lo demas, no confio mucho en mi juicio, porque todas las piezas en que lo ví, eran en octosílabos, i necesitara ántes verlo enojado con su perro, para saber si puede espresar o no la cólera. Romea, pues, para llegar al cuento, se casó, por amor del arte, con Matilde Diez, la Rose Cheri del teatro español, dama apuesta i cumplida, i en nada inferior en talentos dramáticos a su dramático consorte. La boda fué sancionada por el público aplauso; la luna de miel hubo de escurrirse plácida i dulce como siempre; el menaje rebozó de dicha i contento por algunos años, como el teatro de coronas i bravos; cuando éteme aquí que contra la regla ordinaria, el marido, el primer galan, resulta a no dudarlo, infiel a la fé jurada ante los altares. La Matilde se queja, i Romea se le rie en sus hocicos; protesta, i ni por esas; visto lo cual, i sin omitir intimaciones, amenazas, ruegos, i todo lo usual en casos iguales, mi Matilde toma un amante, con grande aprobacion del público, que desde el principio de la querella matrimonial, habia tomado parte activa en favor de la Matilde, no dejando a Romea, sino una corta cábala de amigos que lo aplaudiesen; i tan parcial se mostró en todo este desaguisado el público, que hubo el marido infiel de abandonar las tablas. Un incidente raro dió a estos enredos nuevo interes todavía. Una noche de representacion introdújo-

se al Príncipe un cierto perro, sin amo, i de esos que corren las calles de las ciudades. La representacion comienza, i nuestro aficionado va a colocarse cerca de la orquesta en lugar aparente; aplaude el público a Matilde Diez i el mastin o sabuezo menea la cola, lleno de complacencia. Todos las noches vésele aparecer, colocarse en el mismo punto, i seguir a su actriz favorita en todos sus movimientos. Un dia de beneficio el contento público llega a su colmo, hai tormenta de aplausos, i el perro no se contenta ya con menear la cola desde un punto, sino que sube a las tablas, cumplimenta a su modo a la célebre actriz i la acompaña hasta su casa con la turba de entusiastas. Desde entónces es admitido miembro de la familia, i vive en la mejor intelijencia con Romea, hasta el dia en que el matrimonio se turba, que entónces corta toda relacion con el marido culpable, separándose con la otra mitad del menaje; i si despues los niños van a visitar a su padre, el perro los acompaña hasta la puerta, i los aguarda en la calle para volverlos a llevar a casa de su amiga. Ahora que Romea i Matilde viven mal entre ámbos, a lo que se dice, no sé si el entusiasta perro hace la vista gorda, como debe hacerlo todo buen criado; puesto que entre sus atribuciones no entra la de enseñar moral a sus amos, que colocados en las altas rejiones del arte obedecen a otras leyes que las que rijen a los pobres mortales.

Hai ademas en Madrid varios otros teatros su-

balternos, que a decir verdad no merecen ser mencionados. En ellos sin embargo ví en aquellos dias de excitacion, una manifestacion del espíritu nacional, que por ser constante, i mui en conformidad con los antecedentes históricos, llamó mui particularmente mi atencion. La mas leve alusion a los *estranjeros* en las piezas de teatro suscitaba tormentas de aplausos, bien entendido que la alusion debia serles desfavorable. Este pueblo está enfermo de orgullo quebrantado, i se desahoga maldiciendo a los estraños. Afortunadamente para el español no hai mas habitantes del mundo que el frances i el inglés. Cree en la existencia del ruso; el aleman es ya algo problemático; pero eso de suecos o dinamarqueses son mitos, fábulas, invenciones de los escritores que de ellos hablan. El frances basta por sí solo para llenar todas las cavidades hondas del corazon español ¡Qué ódio! pero que digo, ¡qué desprecio tan soberano! Un frances debe ser una especie de saltimbanqui, peluquero de profesion, bailarin por carácter, o cuando menos, pastelero. Hombre con seso no hubo jamas en Francia; si bien tienen la mania de escribir librotes, sin son ni ton, dotados como están de aquella superficialidad característica al frances. Su industria es perfumería i papel pintado; i sus glorias, las que ellos mismos se dan, porque eso sí, para ponderar i alabarse i exajerar i mentir, ahí está el frances. I sin embargo, frances es en Madrid el pastelero donde se pueden tomar confituras aseadas; fran-

ces, el fondista o dueño de café, donde la jente elegante come o se reune; frances el cochero i el mueblista; frances el que vende efectos nuevos, que son *nouveautés* francesas; frances el que construye guantes; frances el partido *moderado* porque así lo inventó Luis Felipe, el *progresista*, porque en Francia no está de moda el nombre estropeado de liberal; el sistema tributário de Mon es traduccion del plan de rentas de Human; Martinez de la Rosa trae de Paris su reputacion de sabio, como Narvaez la de jefe político, sin contar a Rianzares, duque i par de Francia, para tener a Cristina en los intereses de la corte de Versailles; i en cuanto a literatura, Gonzalo Moron ha hecho un ensayo titulado *Historia de la civilizacion de España*, que huele de lejos a la Historia de la Civilizacion de Guizot; pero que de cerca sabe a tocino i chorizo, esto es al mal gusto naoional de violentar la historia para darse aires de ser algo, porque en la edad media fueron mucho. Juzgad por esto si tengo razon de creer que allí el pensamiento está muerto. En los dias de mi residencia en Madrid se publicaba la Historia de Cárlos V, traducida del inglés de Robertson, que escribió a mediados del siglo pasado: la de los Reyes Católicos por Prescott, norteamericano; las de las Conquistas de Méjico i Perú por el mismo autor; Historia de la literatura española por Sismondi italiano, por Viardot frances, que ha hecho la estadística de la España, por no sé que otro autor aleman; por todo

el que intente decir lo que es o fué la literatura española, excepto por un español, sino es Martinez de la Rosa, que ha producido un adefecio de Poética de Boileau, en el momento en que el drama se transformaba, las unidades pasaban a mito, i la novela tomaba la delantera a todos los otros jéneros de composicion poética. El lenguaje mismo se resiente de esta influencia, aunque no sea sino por las resistencias que oponen a ella. Leereis libros que no sabriais a que siglo de la literatura española atribuirlos, tanta frase anticuada, tanto vocablo vetusto i apolillado encontrareis en ellos, que el arcaismo no podria caracterizar suficientemente; i estas buenas jentes, que de puristas se precian, por huir del galicismo, acabarán por hacer un idioma de convencion que solo ellos se lo entiendan, cosa que, a decir verdad, no ha de traer grave daño al mundo intelectual.

I como no ha de andar la palabra escrita sin que en signos esteriores se manifieste el uso i consumo que de ella se hace, os contaré algunos detalles domésticos que ilustrarán abundantemente la materia. Es conocido de todos en América el nombre de nuestro amigo don Manuel Rivadeneira, creador de la prensa en Chile i el primero, por no decir el único impresor de España. Cuando las fiestas reales, hubieron de publicarse varios folletos que por ser para el uso de la corte i haber de verlos los príncipes franceses requerian una edicion de lujo i presentable. Rivadeneira, como el único capaz de hacerlo, fué encargado de la edi-

cion. La imprenta del *Español* quiso dar un croquis de la colocacion de los personajes en Nuestra Señora de Atocha en el acto solemne de los desposorios, i Rivadeneira fué encargado de realizarlo con signos tipográficos para mandar la forma en seguida a que fuese tirada en la imprenta del *Español*. Ultimamente, recorriendo los datos estadísticos publicados en Santiago por la imprenta del estado, Rivadeneira sin reconocer perfeccion del trabajo, me dijo, "en Madrid no hai impresor capaz de hacer esto." Hai un Buis i un Madoz que tienen grandes establecimientos, con máquinas venidas de estranjis, pero que no andan por faltarle a la una un tornillo que nadie sabe reparar; no haber quien entienda la otra; i todas por no formar parte de un conjunto ordenado de aparatos. La imprenta de Rivadeneira ha publicado, i estereotipado una magnífica coleccion de todos los antiguos autores españoles, i arruinádose medianamente por falta de compradores de obra tan importante. La ciudad de Córdova no daba colocacion a diez i seis ejemplares. Mas negocio hacia la imprenta del *Heraldo*, publicando traducciones francesas e inglesas, Misterios de Paris, Judio Errante, Matilde, i todo el catálogo obligado de novelas en voga. Ultimamente se proyectaba, i ponia en planta una asociacion de libreria, fundicion, imprenta i estereotipía, con 40,000,000 de reales por acciones i confiada a la direccion de Rivadeneira, que tenia por objeto esplotar en España i Amé-

rica este ramo de industria, i es probable que el éxito corresponda a la espectacion de los especuladores. Rivadeneira salia a colectar en Alemania, Francia e Inglaterra las máquinas i aparatos necesarios para la provechosa ejecucion de plan tan vasto.

He aquí pues la España intelectual, industrial i política, tal como he podido comprenderla a vista de pájaro; que por mas que digan, si no pueden de este modo verse los detalles, vénse los grandes monumentos, que es la armazon de un estado. Doscientos treinta i seis ministros han dirijido sucesivamente en una docena de años los negocios públicos, sin que entre ellos haya dos, cuyos nombres hayan sobrevivido a los dias de su efímera exaltacion.

En los alrededores de Madrid como en los de Paris, hai algunos sítios reales, el Pardo, Aranjuez, el Escurial, Versailles español con su tipo nacional. Una llanura despoblada, un puente sobre el Manzanares donde se ven dos de las rarísimas estátuas que hai en monumentos públicos en España, casas destruidas durante la guerra, i que hoi sirven de parapeto a rateros que no merecen el nombre de bandidos, lomadas sin fin como oleadas de piedra, descarnadas, amarillentas, he aquí el camino en que una dilijencia sucia i estrecha conduce cada dos dias a los viajeros que quieren visitar el Escurial. Esta escena de desolacion, aquella pampa salvaje intermediária entre una capital i un monumento, prepa-

ran el espíritu, deprimiéndolo i entristeciéndolo para acercarse al panteon de Felipe II. Despues un valle sin agua i sin árboles, una montaña elevada que cubre el horizonte i a su base la cúpula i torreones del edificio sacerdotal, levantándose como pigmeos humanos en presencia de las obras de la naturaleza. Al llegar a aquel páramo os enseñan un peñasco desnudo en donde Felipe II hizo ahorcar a los trabajadores que no querian conformarse con el escaso estipéndio que les habia asignado; medio seguro de resolver la cuestion del salario. Una fondita tenida por mujeres, un sacristan ciego, que enseña a tientas i con precision los cuadros, son las tristes novedades que allí se ofrecen. Habreis oido decir que el Escurial está construido en forma de parrilla en honor de San Lorenzo, i de la batalla de San Quintin; todo esto puede ser, pero ningun mal hace a la arquitectura este sombrío i bárbaro plan. Es la montaña vecina quien aplasta i anonada el monumento, dándole una alma oprimida, helada, turba. Por la mañana no está el sol allí para creerse uno libre; el frio, que bajo aquellas bóvedas sepulcrales penetra hasta los huesos, tiene no se qué de calabozo, de subterráneo que os hace procurar involuntariamente las puertas, mirar las ventanas, buscando como las plantas la luz del cielo.

Un recuerdo me venia sin cesar al espíritu al contemplar este estraño i espantable edificio. Veníame al espíritu que tódas las civilizacio-

nes han levantado al morir un grande monumento, como la tumba en que debian quedar sepultadas. El panteon de Atenas, el coliseo de Roma enterraron la democrácia allá, el patriciado aquí. El poder temporal del papado se sepultó en San Pedro de la Roma moderna. Las anatas, las induljencias i las bulas de la Santa Cruzada, con cuyos productos se construyó, dieron al mundo el protestantismo; el protestantismo, hijo de la libertad de exámen, enjendró la educacion pública i la discusion; i de estos padres nacieron mas tarde la libertad política i la democrácia moderna, la química i la mecánica, el vapor i las ciencias. Versailles habia sepultado el poder absoluto de los reyes, empobrecido a la Francia i, convocados los estados jenerales para remediar la espantosa deuda, enjendrado la revolucion de 1789 que ha rejenerado el mundo. Pero Versailles como San Pedro eran la glorificacion de las artes i las ciencias antiguas, i cada piedra asentada hacia surjir una nueva idea, suscitando un hombre, un recuerdo. En San Pedro, Miguel Anjel i el antiguo Panteon, la Roma de los Césares i la de los Papas; en Francia el gran rei, i todos los grandes hombres que brillaron en el siglo de Luis XIV. Así estos dos monumentos han quedado vivos, aunque hayan muerto los instrumentos que sirvieron a su construccion. Versailles necesita dos caminos de hierro para proveer al movimiento de atraccion que causa. La Europa entera remolinea en derredor de aque-

llas artísticas i esplendorosas ruinas, al paso que el Escurial no tiene veinte visitantes en la semana. Si es un cadáver, es un cadáver fresco aún, que hiede e inspira disgusto. No hace veinte años que el alma abandonó a aquel cuerpo. El Escurial no fué la pirámide elevada al último representante de una forma de civilizacion, era el trono para los que iban a heredar el poder de Felipe II i de la Inquisicion. El Escurial fué construido con el sudor de la España i el botin de la guerra, Convento de monjes. He aquí lo que Felipe II quiso honrar, perpetuar : un coro de doscientos frailes que cantasen el miserere a la libertad de pensar que habia él asesinado. Las bóvedas del convento de San Lorenzo se abajan en formas planas sobre el coro, para repercutir aquellas roncas plegarias de los dominadores de la España. Todo iba a morir, poder de la España en Europa, escuadras, colonias, letras, bellas artes, ciencia, porque todo habia sido desangrado, chupado, cortado, talado, arrasado, para levantar el convento normal, monumental, rejio, inquisitorial. Felipe II murió i la España entera se hizo fraile ; en cada familia noble o plebeya hubo uno, i al nacer un niño, los padres lo destinaban ya para monja si era mujer, para sacerdote si era hombre. Hubo momento en que la España contuvo doscientos sesenta mil monjes, la flor como la hez de la nacion, porque todos los caminos abiertos a la actividad humana venian a parar a la puerta de un convento. Allí se daba la sopa a

los pobres que dejaba en todas partes la absorcion de aquel monstruoso vámpiro con medio millon de cabezas, de aquel pólipo que crecia en el seno de la España; i cuando esta, moribunda, quiso hacer el último esfuerzo para vivir, encontró que los tres cuartos del territorio de la península eran temporalidades, i tres millones de españoles depèndian para vivir de la chirle sopa distribuida en la puerta de los conventos. Oh Escurial! aquí, bajo tus bóvedas sombrías está toda la historia de esta pobre enferma, cuyo hondo mal, médico alguno ha estudiado todavía.

El ex-clérigo fraile, que os enseña las raras curiosidades de aquel vasto sepulcro, las urnas de los reyes, la silla de baqueta en que se sentaba Felipe II, i el banquillo manchado en que ponia su pierna enferma, mil tradiciones de sucesos sin consecuencia, parecíame uno de aquellos sacerdotes del Ejipto que a Thales o a Herodoto esplicaban los jeroglíficos de las pirámides, revelándoles la historia secreta del pasado de que ellos solos eran intérpretes, porque era la obra de ellos solos. El espíritu del antiguo convento anda por aquí todavia rondando, pronto a reconquistar su presa al menor vaiven político, i es ya fama que el gobierno quiere hacer del Escurial un Hotel de Inválidos de la Iglesia, reuniendo allí un nuevo coro que cante letanías, porque todos sienten que el Escurial ha sido construido para hacer retemblar bóvedas i claustros con los cánticos solemnes del culto católico. Entónces la montaña

triste i descarnada que sombrea i humilla el monumento; entónces el frio glacial de aquellas paredes húmedas; entónces la desolacion de aquel valle estéril i pedregoso; entónces la pobreza cerril de aquellos pocos habitantes que pastorean sus ovejas en el atrio del convento, toman su verdadero significado, la muerte de la España, su despoblacion, su ignorancia, i su ociosidad. Entónces el miserere de doscientas voces puede helar la sangre i hacer hincarse de rodillas al español de nuevo, i pedir a gritos misericordia por los males i la degradacion que lo agobian.

El Escurial encierra preciosos monumentos de ciencia i arte. Están cautivos allí los manuscritos árabes; i todavía despues de tres siglos de incomunicacion, aquellos ilustres presos no han sido interrogados; nadie sabe sus nombres, ni entiende las escusas que pueden hacer en favor de la civilizacion morisca. La antigua lejislacion contra herejes e infieles está vijente para ellos, la prision perpetua, la incomunicacion, i la denegacion de audiencia. Pero en fin no han sido quemados vivos los manuscritos árabes, i aun esperan que se les haga justicia. Varios cuadros de la escuela italiana han pedido i obtenido que se les pase al Museo de Madrid, por ver jente, por gozar un poco de sol. Los franceses se llevaron otros.

El Museo de pintura de Madrid es uno de los mas ricos i desiertos de la Europa. La escuela española tiene allí sus mejores representantes. ¿Cómo ha sucedido que la pintura haya muerto en

España; pero muerto a punto de desaparecer completamente, como si jamas hubiese existido? La escuela española en pintura es como la escuela romántica en letras. Lope de Vega i Rivera, Calderon i Velazquez son los pintores de la España que se petrificó en el Escurial; de ahí en adelante no dió una sola gota de jugo el arte para nada, para nadie. Los cuadros españoles muestran el mismo fenómeno que las comedias i los autos sacramentales; un arte que nace de sí mismo, que crece, se agranda, sin padres i sin hijos. Los orijinales de las Vírjenes de Murillo se encuentran a cada paso en las manolas sevillanas; San Jerónimo en los mendigos desnudos; i en el cuadro de los borrachos de Velazquez vese que ni la fisonomía, ni el vestido de este tipo ha cambiado un ápice en tres siglos. El arte italiano se educó primero en las estatuas de Roma i de Grecia; como Boileau en Quintiliano, Horacio i Aristóteles. En España nunca se estudió nada de lo pasado, i las bellezas de sus dos artes fueron produccion orijinal del suelo. Asi Lope de Vega, Calderon, Murillo, Cervantes, pueden solo compararse a Pitágoras, Sófocles, Arquímedes, Eúclides, cada uno creador de un ramo del arte o de la ciencia. La diferencia solo está en que los españoles no pudieron legar nada a su nacion, que cambiaba de faz en aquel momento. La novela creada por Cervantes fué a reproducirse en Francia; el pincel de Rivera en los Paises Bajos.

La orijinalidad del arte español es aun mas

sensible en el asunto de la composicion, siempre mendigos, frailes i carnicerías, sino es Murillo, que inspirado por el cielo de la Andalucía, cultivó los sentimientos tiernos de la familia. Lo terrible forma siempre el sublime de la pintura española; santos desollados, estudiado el asunto sobre el natural, porque solo viendo palpitar la carne puede la pintura llevarse a un grado tan espantoso de verdad; monjes en contemplacion, apénas discernibles sus adustas formas bajo la capucha i bajo las sombras del cláustro. Mendigos que os hacen rascaros involuntariamente por la comezon que causa la contemplacion de aquellos súcios harapos que la imajinacion puebla de sus naturales habitantes, i los ojos creen verlos hirviendo i hormigueando.

Pero todo aquel arte es un mito ya, una fábula. La España moderna no tiene ni pintura sagrada ni profana. Solo un ensayo que se muestra en el Museo de Madrid ha querido representar una virtud heróica, i solo ha logrado pintar a la España. El asunto de la composicion es el hambre, la pobreza i el orgullo. Un moribundo rodeado de muertos rechaza con indignacion el pan que le ofrece el *frances*, mientras devora un troncho de col. Un mote escrito abajo esplica los sentimientos que animaban al pueblo durante la guerra de Napoleon. "La muerte, sin Fernando!" Lo único que hai digno i noble es la figura simpática de los oficiales franceses que distribuyen víveres; todo lo demas es vil de formas,

innoble de sentimiento, asqueroso de aspecto i de decoracion. ¿Cómo no han sentido los españoles el oprobio que este cuadro hace a su pais?

Está allí la Perla de Rafael i la Vírjen del pescado, italianas, i mas que italianas, griegas, ideales de formas, como el arte romano educado por la tradicion antigua conservada en las estátuas.

No hai estátuas en España ni antiguas ni modernas. La estátua para existir necesita una atmósfera de gloria, que para elevar el alma suple a la libertad. En los gobiernos absolutos la gloria la representa el soberano; él da las batallas, él concibe los planes, él solo se ilustra aunque sus jenerales lo hagan todo, aunque sus ministros sean los únicos artífices de la historia; en los gobiernos sacerdotales el hombre desaparece en presencia del santo, o del sumo sacerdote; i la España era sacerdotal i despótica a la vez para levantar una sola estátua a las glorias mundanas. Hai mas todavía, la España hizo su santo de barro, de palo, embadurnado de pintura i revestido de trapos; i ni aun la estátua del santo existe, sino son algunas admirables cabezas de yeso con ojos de vidrio. La procesion de los santos, es solo posible en los paises españoles, por esta peculiaridad de su estatuaria. En Roma no hai procesiones por que no puede trasportarse un santo de piedra.

Dos meses he parado en Madrid i no he conocido sino mui pocas familias. Los americanos i franceses que han penetrado en la sociedad, cual-

quiera que su rango sea, alaban la cordialidad i la franqueza de las costumbres, i cierto aire de la hospitalidad americana que hace del estranjero a la tercera visita el miembro de la familia. En los círculos de literatos que he frecuentado he encontrado el mismo espíritu, la misma llaneza, que haria amar al español por aquellos mismos que como yo detestan todos sus antecedentes históricos, i simbolizan en la España la tradicion del envejecido mal de América.

Parto de Madrid para la Andalucia i os iré contando lo que merezca ser referido.

La Mancha.

La dilijencia pasa por Aranjuez a donde no he querido detenerme. A poco andar reaparece el desierto, el secadal, la Mancha, la venta de don Quijote, i los molinos de viento que sujirieron a Cervantes aquel estraño combate de su héroe. La venta de Puerto Lápiche está intacta aun; mulateros la aturden con sus reniegos; las mulas la infestan con sus orines; los ciegos la alegran con sus serenatas, el humo de las lámparas dá su rebote por el olfato, al gusto nauseabundo de huevos i viandas preparadas en aceite verde i rancio que los españoles prefieren al claro aceite obtenido por las prensas hidráulicas. Aquí, como en todo lo que de la España he visto, nada se ha cambiado despues de tres siglos; Cervantes

o Lesage escribirian hoi lo mismo, salvo lo de la Inquisicion i de la Santa Hermandad.

Empiezan a aparecer los olivares, raros, enfermizos, enanos, pero productivos. El olivo es el asno de la agricultura, se mantiene de los desechos de la tierra, vive de peñascos, de declives, i de pedregales, como el otro de troncos, de espinas, i de malezas.

En Manzanares, el postillon de la dilijencia que debia reemplazar al nuestro estaba tendido i envuelto en vendas i ligaduras. Acababa con la otra dilijencia de ser derrengado a palos por una banda de ladrones, i desvalijados lòs pasajeros, dejándoles en cambio algunas contusiones. El antiguo bandido existe pues! yo lo habia echado a cuento. Venian conmigo en la dilijencia un capitan de una corbeta de vapor, un coronel retirado, dos comandantes de milicias i dos o tres estudiantes sevillanos. En la noche no parecia la dilijencia opuesta, i largas horas pasamos en una posada, inquietos, escuchando el menor ruido, temerosos de un nuevo ataque. El capitan de corbeta fué el primero en sacar su dinerillo i acomodárselo en la corbata en torno del cuello. Los demas siguieron su ejemplo, i me invitaron amigablemente a hacer otro tanto. Pero qué! decia yo, somos doce!—Ah! cómo se conoce que es V. estranjero! Matariamos tres, dejariamos seis de entre nosotros, i el resto, estropeado a palos, tendria que entregar su dinero. Reserve una pequeña cantidad en el bolsillo para

contentarlos, i no se haga ilusiones, la resistencia es inútil. Era invierno i rodeados de un brasero cada uno contaba los sucesos ocurridos en los alrededores, como sucede siempre cuando tenemos miedo, para subir de punto el espanto. Al fin estábamos todos aterrados. Uno de los estudiantes con otros muchos habia dado una batalla hacia seis meses a los ladrones, yendo de Sevilla a Granada; se habian cruzado cuarenta balazos con las carabinas, muerto un ladron i herido un colejial. Desde ese momento abandoné la idea de ver la Alhambra, yendo a mula por el camino de Sevilla. Otro contó como habia pocos meses ántes descubiértose la guarida de una banda que tomaba a los ricos de los alrededores, los mantenia presos en un sótano, hasta que por cartas enviadas a sus deudos por medios misteriosos los hacian rescatar, pagando una contribucion impuesta. En fin otro llegó de afuera asustado, aterrado. ¿Saben VV. lo que ha sucedido en Moral ahora poco? Cosa horrible! Hai una familia compuesta de la madre i dos hijas; la una casada vive en un paraje no distante, i un hermano que salió niño para América volvia con una buena fortuna en doblones. Llega a casa de la hermana casada, se hace reconocer, i le cuenta la buena nueva, anunciándola que va a casa de su madre de quien no se hará reconocer por darle un chasco.

Al dia siguiente la hermana va a la casa paterna, i signo ninguno esterior le indica la presencia de su hermano. I el viajero? pregunta.—Qué via-

jero? le contestan madre e hija despavoridas.—El viajero que vino a alojarse.—No ha venido nadie, contesta la madre pálida.—Se fué esta mañana, contesta al mismo tiempo la hija.—Pero, madre, era Antonio que venia de América, rico.—Antonio! mi hijo! mi hermano! esclaman mezándose los cabellos, i el corazon no me habia dicho nada!......Madre i hermana lo habian asesinado en la noche, por apoderarse del saco de onzas!!!...

La compañía que estaba en torno del brasero se quedó pasmada, i yo veia parárseles a todos de horror los cabellos, excepto a mí, que dije, con tono autoritativo, es falso señores; eso es un cuento. Todos se volvieron hácia mí, mirándome de hito en hito por la estrañeza de la afirmacion, pues sabian que yo no conocia los lugares ni las personas. Este cuento lo he oido en América hace doce años; la escena tenia lugar en la campaña de Córdova, el mozo volvia de Buenos Aires, i lo mataron como aquí madre i hermana con el ojo del hacha, de donde deduzco que ni entónces ni ahora ha ocurrido tal cosa. Son ciertos cuentos antiguos que corren entre los pueblos. Ya he sorprendido unas cincuenta anécdotas ocurridas en España, en Chile, en Francia, en Buenos Aires, i contando algunas de ellas logré distraer los ánimos, porque la verdad sea dicha, ya nos moriamos de miedo. El ruido de la dilijencia de Sevilla nos volvió la alegria i a la una de la noche nos pusimos de nuevo en movimiento.

Una montaña separa la Mancha de la Andalu-

cía. Este era el límite entre el gobierno del ejército romano i el del Senado. Aquí principian las antiguas repúblicas de la Bética; los pastores feroces del lado de las Castillas, los labradores alegres de esta parte; Roma i los bárbaros; las colonias latinas, i la Lusitania i la Iberia. Aquí se encuentran las colonias suizas de Cárlos III, la Carolina. En tiempo de aquel rei sucedió en España una cosa estupenda; en poco estuvo que la España se hiciese europea; todos los monumentos de utilidad pública de España llevan el nombre de Cárlos III, ántes ni despues de él se han construido otros. Olavides pensó en colonizar la España, poblarla i hacerla cambiar de vida, i al efecto se introdujeren colonias agrícolas que murieron luego. Olavides tuvo que vérselas con la inquisicion moribunda pero terrible aún. Otro ministro hizo el detalle de los males financieros de las Españas, presentando el ominoso cuadro en un libro titulado: *Puertas abiertas i Puertas cerradas* que hace presentir el *comercio* libre de nuestra época. Despues de estos sublimes esfuerzos de intelijencia la España volvió a quedarse dormida hasta 1808.

Córdova.

La mas desamparada de las ciudades que han sido i no son nada. La patria de Séneca, el último asilo de los pompeyanos, la corte de los muslimes, llora todo los dias tanta gloria i abatimiento tanto!

Su puente romano, sus murallas moriscas, su mezquita árabe, sus columnas miliarias, el nombre del cónsul Marcelo escrito en sus calles, todos aquellos recuerdos históricos se unen a la belleza del paisaje, al desecado Guadalquivir para protestar contra la decadencia actual. Qué triste es una ciudad muerta, que fué reina i la vemos mendiga i cubierta de hárapos i de lepra!

No creais nada de cuanto dicen Chateaubriand i otros de las bellezas de la mezquita de Córdova. Habian en la Bética desparramadas por todas partes columnas de los palacios i templos romanos; los árabes reunieron unas dos mil de todas dimensiones; acortaron las que estaban largas, i sobre una columna dórica pusieron un capitel corintio. De ellas hicieron los sustentáculos de un galpon grande como la plaza de la Independencia. La capilla del Zancarron tan solo es una joya de la arquitectura árabe que no tiene pareja en parte alguna del mundo donde su raza ha existido; las gracias de la arquitectura griega, la seriedad de la romana, la blonda de la gótica, todo ha sido reunido aquí i sobrepasado.

Me fastidia describir monumentos que podeis ver mejor en una litografia. Aquí no hai nada; nada hai en Sevilla donde continúo esta carta, excepto el archivo de Simancas i el de Sevilla reunidos, que contienen los documentos de la colonizacion de la América; pero es preciso pedir a la reina en Madrid, por un memorial, permiso para

visitar sus estantes i nada he podido verificar de ciertos hechos que me interesan. Aquí está el Alcazar como sabeis, la Giralda, i la famosa Catedral gótica. Algunos cuadros de Alonso Cano i de Murillo, las ruinas de Itálica, que no conservan resto alguno noble de la arquitectura romana; esto que veis, oh Fábio! son olivares, paredones sin forma, nada mas!

En fin, un vapor ingles me recibe a su bordo en Sevilla i por el Guadalquivir me lleva a Cádiz.

De Cádiz un vapor frances me conduce a Jibraltar; de Jibraltar a Valencia, en donde me hospedo en el hotel del Cid, de que habló Minvielle en su *Ernesto*, i en donde por la primera vez he comido bien i sin asco en fondas, ventas i posadas en España. ¿Qué os importa a vos, miembro de la Universidad, lo que en materia de cultivo de la seda ví en la famosa Huerta de Valencia, pais bien cultivado como ninguno en España, e irrigado como lo enseñaron los moros? No os contaré nada de eso, por ser indigno de vuestras borlas doctorales. En Valencia el pueblo viste de listados de lana, hechizos como los del Maule, lleva sombrero de lana ordinario, como los mendocinos, i manta al hombro de otro tejido que se fabrica en la Córdova arjentina, i llevada exactamente como llevan el poncho los cuyanos. Os creeriais en Cuyo al ver a los paisanos de Minvielle, que nos queria hacer pasar a los españoles por jente, como don Bartolo a Fígaro

a los ojos de Rosina. No le creais una palabra, son como.......como nosotros, atrasados, sin ciencia i sin artes.

En Valencia concluye el pais moruno que principia en Cádiz, i por Málaga i Granada penetra hasta Sevilla, sobre el suelo romano de Pompeyo, Sartorio, Séneca i Trajano. Por todas partes vénse los restos de aquella célebre raza; en Córdova el primer empedrado de las calles hecho en Europa; en la Mezquita colgaduras de terciopelo de la seda que se cultivaba en los alrededores, i que millares de fábricas tejian. Ni una morera, ni un telar hai ahora, los bárbaros cristianos lo destruyeron todo. En Córdova i Sevilla aquella arquitectura de mimbres bordada de arabescos, lo mas risueño que con estuco han podido hacer los hombres; en la Andalucia los olivares, en Valencia la Huerta, irrigada por canales i con una lejislacion democrática, sumaria, a la luz del sol, que recuerda todavía el estrado, el Divan, la puerta de calle en que los árabes administraban justicia. I luego las mujeres andaluzas, graciosas como *bayaderas*, locas por el placer como las orientales, i aquel pueblo que canta todo el dia, rie, riñe i miente con un aplomo que asombra. Oh! las hipérboles andaluzas dejarian atónitos a los mas hiperbólicos asiáticos. Qué imajinacion, qué riquezas de espíritu! Qué feliz es la alegre Andalucia!

Al salir de España, siento que toda ella se reasume en mi espíritu en estos raros aforismos.

TIEMPOS PRIMITIVOS.

Los campos de ámbas Castillas i la Mancha fueron despojados de la vejetacion por los aboríjenes, i no ha sido hasta hoi restablecida.

Los pueblos primitivos van siempre armados. La sociedad no respondiendo de la seguridad individual, el bárbaro lleva consigo sus flechas, su espada o su carabina. Los mulateros i labradores llevan armas de fuego en España, con autorizacion de la policía.

En los pueblos primitivos no se toma posesion definitiva de la tierra. Nomades, cambian de lugar con sus ganados; agricultores, dejan un terreno para abrir otro. En España un tércio del terreno pertenece aún a la municipalidad, i vendido bastaria a garantir las deudas españolas.

En España hai paises ignotos aún, valles en las montañas que no han sido esplorados.

Las producciones de la España son los productos de los pueblos primitivos, lanas, cereales i aceite.

La escoba es una invencion moderna. En Córdova i otros puntos no se ha inventado el *mango* aún, barriendo con escobita de palma, doblando el espinazo para alcanzar el suelo. Los Estados Unidos se hacen notar por la perfeccion de su escoba que esportan a todo el mundo. La escoba, pues, es signo de cultura, como que la limpieza es el distintivo de la civilizacion.

TIEMPOS ROMANOS.

Los romanos dividian la España en dos rejiones. La Bética era el pais civilizado, agrícola, el resto el pais bárbaro; la misma division subsiste aún en el aspecto del suelo. Donde cultivan árboles era la España Senatorial, donde se contentan con derramar semillas, la España Imperial.

Tenian los romanos una palabra compuesta e imitativa *tintinnabulum*, cencerro, tin–tin–ambulo, campanilla que va sonando a medida que el animal, que la lleva, marcha. Las mulas españolas cubiertas de cascabeles, plumas i sarandajas vienen desde los romanos; el correaje no ha podido vencer a Roma.

La lámpara romana, en bronce i alimentada con aceite, existe hoi esclusivamente en España como en tiempo de las colonias latinas, como existe en Roma misma.

El arado romano es el único implemento de agricultura conocido.

El manto romano lo llevan aún pastores i labriegos.

El circo romano con sus combates de fieras subsiste solamente en España. Presídelos el rei o la municipalidad, como en Roma el emperador o el senado romano. Solo las monjas no ocupan ya el lugar de las antiguas vestales.

La municipalidad es en España, como en Roma, la única autoridad arraigada en el suelo,

aunque los reyes, como los emperadores, tengan cuidado de cortarla de cuando en cuando al ras de la tierra.

En España, las procesiones de los santos conservan las apeoteosis, i el aparato de las ovaciones i triunfos romanos. No habiendo sino en España santos de palo, las procesiones son imposibles en otras partes.

TIEMPOS ÁRABES.

El español de hoi es el árabe de ayer, frugal, desenvuelto, gracioso en la Andalucia, poeta i ocioso por todas partes; goza del sol, se emborracha poco, i pasa su tiempo en las esquinas, figones i plazas. Las mujeres llevan velo sobre la cara, la mantilla, como las mujeres árabes. Se sientan en el suelo en las iglesias, sobre un tapiz o alfombra con las piernas cruzadas a la manera oriental. En todo el mundo cristiano lo hacen en sillas, en Roma incluso. Los hombres llevan la faja colorada de los moriscos; los andaluces la chamarra, los valencianos la manta i las gabuchas; los picadores conservan los estribos; i el gobierno los capitanes jenerales, cadies absolutos de las provincias que se entrometen en hacer justicia a la manera de Aroun-al-Raschild.

Rézanse tres oraciones al dia, en contraposicion a las tres plegarias anunciadas por el Muhezzin.

El tejido de esteras, la *espartería*, industria primitiva i oriental, brilla en España.

TIEMPOS INQUISITORIALES.

Las mujeres usan un traje especial para ir a la iglesia, cosa esclusiva de la España. La industria de labrar velas de cera es única en España, por los arabescos que las cubren.

No se estudian las ciencias naturales.

Ningun español ha hecho estudios jeolójicos sobre el suelo de la España.

No se estudia el griego, porque el clero no tenia aficion a este idioma, que introdujeron los laicos en Francia e Inglaterra.

TIEMPOS MODERNOS.

Madrid se embellece i se agranda.

Cádiz contiene la mitad de poblacion que ántes.

Palos ha desaparecido.

Cien ciudades interiores, Toledo, Burgos, son montones de ruinas. Córdova tiene un centésimo de la poblacion que sus murallas encerraban en tiempo de los árabes, i un décimo de la que contaba cuando era romana.

Ninguna ciudad nueva se ha levantado; ninguna villa se ha hecho ciudad.

Ninguna industria se ha introducido en tres siglos, salvo la fabricacion de malísimas pajuelas fosfóricas.

No hai marina nacional.

No hai caminos sino dos grandes vias.

Sus carruajes son *sui jeneris.*

No hai educacion popular. No hai colonias.

La imprenta i el grabado han decaido como las ciudades; hoi se imprime peor en España que dos siglos atras. No hai grabadores.

La España Pintoresca i Monumental son grabadas o litografiadas en Paris para venderlas en España.

La venta, tal como la describe D. Quijote, existe inmaculada de toda mejora.

Los estudiantes se conchavan de criados en las casas de Madrid, como en los tiempos de Jil Blas de Santillana. Puedo decirlo porque un diario español de estos dias ha convenido en el hecho.

El odio a los estranjeros hoi, es el mismo que espulsó a los judios i a los árabes.

Si yo hubiera viajado en España en el siglo XVI mis ojos no habrian visto otra cosa que lo que ahora ven; lo conozco en el color de la piedra de los edificios, en la clase de ocupaciones del pueblo, en el vestido eterno i peleado con el agua que lleva, en la falta de todo accidente que indique el menor cambio debido a los progresos de las artes o las ciencias modernas. Opino porque se colonice la España; i ya lo han propuesto compañías belgas. Los españoles emigran a América i a Africa. La despoblacion continúa.

Barcelona.

Estoi por fin fuera de la España; como sabeis, nosotros somos americanos i los barceloneces catalanes; podemos pues murmurar a nuestras anchas de los que estan allí en Montjuí, con sus cañones apuntados sobre la ciudad. ¿Os acordais del buen godo Rivadeneira, con aquella boca de estremo a estremo, aquellas cejas negras, que sombrean ojos centelleantes de actividad i de intelijencia, pequeño de cuerpo, brazos largos i empaquetado, enjuto i nervioso? Así son todos los catalanes; otra sangre, otra estirpe, otro idioma. No se hablan con los de Castilla sino por las troneras de los castillos.

El aspecto de la ciudad es enteramente europeo; su Rambla asemeja a un boulevard, sus marinos inundan las calles como en el Havre o Burdeos, i el humo de las fábricas da al cielo aquel tinte especial, que nos hace sentir que el hombre máquina está debajo. La poblacion es activa, industrial por instinto i fabricante por conveniencia. Aquí hai omnibus, gas, vapor, seguros, tejidos, imprenta, humo i ruido; hai pues un pueblo europeo.

No se qué cosa de grandioso i de atrevido hai en esta raza, a quien tuvieron los reyes de España, con el cuchillo que servia en la mesa pendiente de una cadena para que no pudiesen armarse. Todas sus empresas respiran grandeza.

Están edificando un teatro, que pretende ser el mas bello i el mas grande de la Europa i del mundo por tanto; i su escuela de artes es acaso uno de los establecimientos mas ricamente dotados, mas completos en sus ramos de enseñanza gratuita, i mas cuidado i asistido. La industria barcelonesa se resiente empero del medio ambiente en que se desenvuelve. Favorecida por derechos protectores, la fábrica tiene una puerta que da hácia la España i otra hácia la frontera de Francia o el mar; i si fuera pan lo que fabrican harian vulgar el milagro de los cinco mil, porque de un quintal de lana ellos sacan quinientas piezas de paño. Es verdad que las cuentas de la Aduana de Francia traen esta entrada todos los años... tantos millones producto del contrabando de España. El barcelones está en conciencia libre de todo cargo; hace con efectos la guerra a sus enemigos; el contrabando es lícito, como el robo entre los espartanos, si se perpetra impunemente. La Aduana española ha adoptado el vapor como medio de persecucion, cual Rosas la prensa.

A propósito de proteccion, he tenido aquí la felicidad de ser presentado a Cobden, el grande ajitador inglés, i os aseguro que despues de Napoleon, hombre alguno hubiera deseado ver de preferencia. Conoceis la larga lucha de la Liga contra los cereales en Inglaterra, lucha gloriosa del raciocinio, la discusion, la palabra, i la voluntad, que ha derrocado a la aristocracia inglesa, zapando su poder en la base, en la tierra

que posee por derecho de projenitura, i dejándola viva, para que se desangre poco a poco, se haga pueblo i ceda sin violencia el poder, cuando sus manos debilitadas no puedan manejarlo. Desde los tiempos de Jesucristo no se habia puesto en práctica este sencillo método de propagar una doctrina, por el solo uso de la palabra. Los católicos posteriores continuaron predicando, es verdad; pero quemaban de cuando en cuando a sus oponentes, i las guerras de relijion han inundado de sangre la tierra. Los principios de libertad no habian salido hasta hoi de ese triste terreno, la libertad i la guillotina, la emancipacion de los pueblos i la conquista. Cobden ha rehabilitado la predicacion antigua, el apostolado sin el martirio. Algunos millones de libras esterlinas reunidas por suscripcion alimentaron durante ocho años aquella guerra de palabras. Nueve millones de opúsculos arrojaron, solo en 1843, aquellas baterias de lójica i de convencimiento; i unos dos mil meetings, cual combates parciales, i diez i seis meetings monstruos, batallas campales que oscurecen, por el brillo de los resultados, las inútiles de Jena, Austerlitz i Marengo, concluyeron por entregar a Cobden las llaves del Parlamento inglés, dictando desde aquel Kremlin a la aristocracia la capitulacion que le permitia permanecer con bagajes, pertrechos, banderas, i posiciones a trueque de que dejasen entrar en Inglaterra tanto trigo como el pueblo necesitase para hartarse de pan.

Desde Cobden principia una nueva éra para el mundo; la palabra, el verbo, vuelve a hacerse carne, produciendo por sí solo los mas grandes hechos, i "en adelante cuando los hombres quieran saber si es posible destruir un abuso protejido por el poder, defendido por la riqueza, por el rango, por la corrupcion; cuando se pregunten si hai esperanza de echar abajo semejante abuso, por medio de esfuerzos perseverantes i de sacrificios," se les recordará el nombre de Cobden, i emprenderan la obra.

En Barcelona encontréme con Juan Tompson, uno de esos pobres emigrados arjentinos que en cada punto de la tierra se encuentran en mayor o menor número, como aquellos griegos de Constantinopla cuando los Hunos se apoderaron de ella. El Facundo habia caido en manos de Merimée, el académico frances, que estaba alli; la Revista de Ambos Mundos acababa de hacer su complaciente *compte-rendu* del librote, i hé me aquí que sabiendo mi llegada a Barcelona, M. Lesseps, el célebre Cónsul jeneral que se habia ilustrado al resplandor de los bombardeos de aquella ciudad, andaba a caza del bicho raro que tan raro libro habia escrito. Amigos a las dos horas de conocernos, Cobden, que a la sazon estaba en Bercelona, tuvo los honores de un té, durante el cual debia serle yo presentado. Os imajinais a Cobden, un O'Connell vivo, caústico, entusiasta, ardiente en la polémica, rápido, inesperado en la réplica? Cuánto os engañais, mi pobre Vic-

torino! Es un papanatas, fastidiado como un inglés, reposado como un axioma, frio, vulgar si es posible decirlo, como las grandes verdades. Hablamos casi los dos solos toda la noche; contóme algunas de sus aventuras, de sus luchas; mostróme sus medios de accion, la estratéjia de su palabra, los cuentecillos con que era preciso entretener al pueblo para que no se durmiera, escuchando. Lamentóse de la casi insuperable dificultad que oponian las masas, por su incapacidad de comprender, por sus preocupaciones; dióme una tarjeta por si alcanzaba él a estar de regreso en Manchester a mi paso por aquella ciudad, i no nos separamos sino en la puerta de mi hotel, quedando yo abrumado de dicha, abismado de tanta grandeza i tanta simplicidad; contemplando medios tan nobles i resultados tan jigantescos. No dormí esa noche, tenia fiebre; parecíame que la guerra iba a caer en ridículo, cuando jeneralizándose aquel sistema de agregacion de voluntades, de justaposicion de masas, fuese puesto en práctica, para destruir abusos, gobiernos, leyes, instituciones. Qué cosa mas sencilla! Hoi somos dos, mañana cuatro, al año siguiente mil reunidos públicamente en un mismo propósito. Resiste el gobierno? Es que aun no somos muchos, es que quedan en favor del abuso muchos mas. Sigue la predicacion, i los folletos, i los diarios, i la asociacion, la Liga. El Gobierno o las Cámaras saben el dia i la hora en que están vencidos i ceden; id a poner en planta tan bello sistema en América!

Cobden habia destruido u atacado, ántes de comenzar su obra, todos los grandes principios en que reposaba la ciencia gubernativa. El *equilibrio europeo* lo declaró manía de entrometerse en asuntos ajenos por desaburrirse los ministros. Las *colonias* eran solo el medio de proporcionar empleo a los hijos menores de los lores. La *balanza comercial*, el resúmen de la ignorancia en economía. La *política* con todas sus pretensiones de ciencia el charlatanismo de bobos o de pillos. La *proteccion* a las industrias nacionales un medio inocente de robar dinero al vuelo, arruinando al consumidor, i dejando en la calle al fabricante protejido. En cambio de todas estas verdades fundamentales él sostituia el buen sentido, el sentido comun de todos los hombres, mas apto para juzgar que la ciencia interesada de lores i ministros.

Ahora parto para Africa. Llevo cartas para el Mariscal Bugeaud, i una casi órden al Cónsul de Mallorca, para que me haga conducir a Arjel por el primer vapor de guerra que se presente.

Dios os tenga en su santa guarda.



Africa.

Señor don Juan Tompson.

Oran, Enero 2 de 1847.

El Mediterráneo, "mi viejo amigo de ayer," segun su feliz espresion, ha perdido en estos diez últimos años, los restos que aún conservara de su antigua poesía. Los vapores que en líneas rectas lo cruzan, cual si quisieran formar de él un campo divisible en figuras rectilíneas, han contribuido, mas que el arte romántico, o el filosofismo, no solo

en un *laut* debia tener sus encantos para el viajero que de luengas tierras viene recargado de nociones históricas, a buscar en Europa, como poesía los rastros de la vida antigua : el *laut* es sin duda la embarcacion romana ; las velas están acusando su oríjen ; i como ninguna novedad ha introducido en su construccion inmejorable la moderna arquitectura naval, hoi es lo que ayer fué, i ayer lo que muchos siglos atras. El momento de la partida llega i me presento abordo ; Dios mio! qué es lo que veo! Una lancha de diez varas de largo i tan recargada, que los marineros lavaban utensilios inclinándose desde abordo hácia el mar. Cuento los pasajeros ; treinta cerdos ocupan los dos tércios de la cubierta, i en el espacio restante, sobre una pirámide de fardos, pipas i envoltorios, deben acomodarse tres mujeres, cuatro marineros, cinco pasajeros de bodega, dos perros que no piden permiso para acomodarse en las faldas del primero que se ofrece, amen de pavos i gallinas diez docenas. Compadeciéndome de estos infelices, pregunto yo por mi camarote. Camarote? me repite el patron sonriéndose respetuosamente, aquí no hai camarotes—I dónde he de acomodarme?—Donde V. guste, señalándome las gradas que describian las barricas i mercancías!—Pero, i para pasar la noche, si llueve?—Una noche, señor!. .—Pero habrá cama?—Si V. no trae!

Oh! Es imposible describir lo que sufrí en aquel momento! Estaba pálido como una cera!

Permanecer quince dias, quizá, en Palma era insoportable. Pero, otra vez pasar a la luna en Valencia dos noches toledanas por lo ménos, en el mar, en el mes de Diciembre, en medio de las tempestades, sin cama, sin espacio suficiente para cambiar de postura, rodeado de objetos nauseabundos!!!......

Me embarqué i fuí a servir de capitel a una barrica de aceite que quedaba sin coronacion. Allí sepultado bajo los pliegues de mi capa, la mano en la mejilla, he meditado dia i noche sobre la inconsistencia i vicisitudes de las cosas humanas; i si como Rousseau hubiese escrito una memoria sobre el tema propuesto por la Academia de Dijon, no se habria él llevado el premio a buen seguro, ni quedado probado que la civilizacion i las comodidades de la vida han corrompido la naturaleza humana.

De cuando en cuando era interrumpido por el berreo de la cerdosa turba que, agrupada en un costado de la frájil barquilla, ya sea por espíritu de asociacion, ya por garantirse contra los ataques del frio segun aquel axioma, "la union constituye la fuerza", protestaba altamente contra la violencia que la férula del poder le hacia, a fin de que se dispersase sobre cubierta. I, en efecto, sin ésta medida contra las reuniones o *attropamientos*, corria al menor soplo de la brisa, riesgo de zozobrar la sociedad entera. Pero qué alboroto en las filas de aquélla oposicion! No parecia sino que la opinion pública alzaba su cla-

mor contra el doble enlace español o la supresion de Cracovia!

Cuando la efervescencia de los espíritus se apaciguaba restableciéndose la tranquilidad en nuestra flotante república, los marineros contaban historias de la vida de contrabandistas que habian llevado, a las cuales, por no quedarse atras, algunos de los pasajeros correspondian con otras no ménos picantes i novedosas de cuando ellos habian sido presidarios en Ceuta. Debo decir sin embargo, en desagravio de mis compañeros, que en lo cariacontecido i mohino de mi figura reconocieron bien pronto que era algun alto personaje; siendo por tanto el objeto de la asiduidad i atencion de aquellas buenas jentes.

No le contaré cuanto he sufrido en estos tres dias, que tres i largos fueron. Rascábame, sin que nada visible excitase la comezon; i durante dos dias pude resistir al hambre, tal era la sensacion de asco que se habia apoderado de mí.

Hai horrores que pueden descfibirse,
"Pero mis sentimientos i congojas
"Ni escucharlas jamas podreis vosotros"
Ni espresarlas jamas podrá mi boca.

Por fin la tercera noche entrámos en la bahía de Arjel demasiado tarde para desembarcar, pero a tiempo que el temporal se desataba. El viento agudísimo, los saltos que el *laut* daba en torno de su anclote, la lluvia i el granizo; todo se

esmeró para hacerme adorables al dia siguiente los primeros albores de la mañana, i encantado el singular aspecto de la ciudad que se presenta a la vista como un manto blanco estendido, a guisa de bornoz árabe, de alto abajo en la rápida pendiente de una colina.

Estaba pues en Arjel, que desde Chile formaba parte mui notable de mi programa de viaje, i a medida que ascendia los escalones que forman las calles, la variedad de trajes, la multiplicidad de los idiomas, i la mezcla de pueblos i de razas humanas excitando la curiosidad, me hacian olvidar todas las tribulaciones que hasta entónces tenia esperimentadas. Arjel basta con efecto para darnos una idea de las costumbres i modo de ser orientales; que en cuanto al Oriente, que tantos prestijios tiene para el europeo, sus antigüedades i tradiciones son letra muerta para el Americano, hijo menor de la familia cristiana. Nuestro Oriente es la Europa, i si alguna luz brilla mas allá, nuestros ojos no están preparados para recibirla, sino al traves del prisma europeo. Los Moros en Arjel, los Arabes, los Turcos i los Judios, cada uno de estos pueblos conserva aun su tipo orijinal, i la mezcla de Franceses, Españoles e Italianos, sirve, léjos de confundirlos, para hacer mas notables sus diferencias de raza i vestiduras. Las mujeres judías, por ejemplo, visten un gaban, exactamente como el de nuestros clérigos, con mangas de telas diáfanas como las del sobrepelliz i un magnífico pectoral recamado de oro,

acaso análogo al del gran sacerdote hebreo. Las moriscas atraviesan las calles envueltas de pies a cabeza, en una nube de velos blancos i trasparentes lo bastante para dejarse ver unos a otros sin que nada de humano revelaran estos fantasmas ambulantes si una estrecha abertura horizontal en la frente no permitiese ver dos ojos negros, brillantes, grandes i hermosos, para probar que no sin razon los poetas orientales han comparado los ojos de sus mujeres con los de la gazela del desierto. En fin, entre la variada mezcla de uniformes militares, trajes moriscos i europeos, que atraen las miradas, el color local se conserva formando el fondo de este estraño cuadro, en el bornoz blanquizco, sucio i desgarrado que cubre al árabe, no dejando a la vista sino el tostado i mústio semblante de los que lo llevan.

Pasadas estas primeras impresiones, la ilusion empieza a desvanecerse empero, i en lugar de las numerosas mezquitas i minaretes, que el viajero espera encontrar entre los compatriotas del Profeta, al subir a la plaza de Orleans, cuyo artificial pavimento sostienen dos órdenes de bóvedas superpuestas, la Europa se presenta de golpe en el plantel del futuro Paris africano con sus magníficos hoteles, perfumerías i restaurantes, sus calles flanqueadas de galerías cubiertas como las que avecinan al jardin de las Tuilerias, las murallas por todas partes tapizadas de carteles, que en letrones monstruos, i con todo el charlatanismo del *affiche*, anuncian los objetos de moda, los

libros nuevos, las funciones teatrales, i los decretos del Gobernador Jeneral. Centenares de carretelas i doscientos omnibus cambian sin cesar su depósito de transeuntes, sin que las dilijencias de seis caballos escaseen, llevando o trayendo colonias de viajeros, para los distintos puntos de la Arjelia, con visible pavor de los tímidos camellos, a quienes sorprende i detiene en el camino su enorme mole.

Solo remontando a los barrios mas oscuros de la ciudad puede observarse la vida i construccion árabes, en las hileras de tiendas en que sus inquilinos hilan sentados en el suelo, o fuman en silencio su larga pipa a lo largo de los pasadizos sombríos i húmedos que forman tortuosas calles de una vara de ancho. Por todas partes en el litoral se observa la misma transformacion i movimiento; i al paso que van las cosas, dentro de poco podrá sin impropiedad llamarse este pais la Francia africana.

Las bellísimas colinas que forman las costas estendiéndose al interior como onduloso mar de verdura, se cubren de villas construidas por el ejército frances, a golpe de tambor: muchas de ellas están como cuerpo sin alma, esperando los moradores que han de darlas animacion i vida.

Traslomando aquel masizo de colinas, salpicadas de casillas blancas i quintas sombreadas de olivos seculares, por las anchas carreteras abiertas sobre las trazas que a cada paso se descubren de las antiguas vias romanas, el horizonte empie-

za a despejarse, i al volver de una eminencia la vista descubre de golpe la hermosa cuanto célebre llanura de la Mitidja, terminada al lado opuesto por la primera cadena del clásico Atlas, que se eleva majestuoso i solemne como la mampara que oculta los misterios del África central. Esta llanura se estiende treinta leguas hácia el interior, i en su centro como en sus costados, blanquean a lo léjos las villas antiguas o modernas en que se reconcentra su escasa poblacion. Hácia el lado de las colinas se divisa el Colleah, o la ciudad santa, desde donde el famoso Sidi Embarek disputó a los franceses largos años la posesion de la Mitidja. Al centro se encuentra Bufarik, el mercado del ganado, a cuyo recinto acuden los lúnes de todos los puntos de la llanura i de los declives del vecino Atlas, los pastores árabes, con sus camellos, cabras i bueyes. Mas adelante, i tomando desde allí el camino una direccion recta hácia el lado opuesto de la llanura, se llega a la colonia militar de Beni-El-Merrch, notable por la hermosa columna elevada a la memoria de treinta i dos soldados que se defendieron allí contra cuatro mil árabes. El padre del sarjento que mandaba este heróico destacamento, vino de Francia hace tres meses a derramar algunas lágrimas de ternura sobre la tumba gloriosa de su malogrado hijo, a quien la tropa mandada en su auxilio halló traspasado de balas, pero reteniendo aún en su yerta mano las comunicaciones de que era portador. En fin la rectitud del camino macadamizado i la celeridad de

las dilijencias hacen que, no obstante la distancia de seis leguas, ancho de la llanura, se deje apercibir bien pronto la ciudad de Blidah o de los deleites, i los encantados jardines de naranjos i granados que la rodean, justificando con su frescor i verdura nombre tan poético. La cadena del Atlas se interrumpe allí para dar paso a los raudales cristalinos que descienden de sus entrañas, dejando ver en su seno quebradas blandas i ricas de vejetacion, por cuyas sinuosidades trepa la cultura esmaltando de huertos i de alquerías sus declives hasta una considerable altura. Blidah era el Tívoli árabe, el lugar de los deleites, como lo dice su nombre, i no era grande i poderoso señor, de la Mitidja, el Agah o Kadi que no encerraba en sus muros un harem ricamente dotado. Hoi es una villa francesa, acantonamiento de los rejimientos de Spahis,—caballería árabe—i apénas notable por lo esquisito de sus frutas i su regalada mesa, cuyo lujo entretienen los curiosos que van a recorrer la vecina llanura.

La Mitidja, que, hace solo cuatro años, doce mil hombres no podian recorrer sin peligro, está hoi atravesada en todas direcciones por rutas macadamizadas que conducen, sin otra escolta que el postillon, a Aumale, Joinville, la Casa Cuadrada, Medeah, Milianah, &c. Pero si la conquista militar de esta bella estension de pais está terminada, mucho falta para que la poblacion europea pueda volverle el esplendor que alcanzó en tiempo de los Romanos, de cuyos trabajos colosales

aun queda entre otras ruinas, resistiendo de pié al embate de los siglos i de los torrentes, un sólido puente hácia la parte del mar. A lo largo de la llanura se estiende un faja de vejetacion amarillenta, que está denunciando la existencia de un ciénago, receptáculo de las lluvias de invierno, el cual fermentado en el estío por los rayos del sol africano, exhala en miasmas pestilentes la muerte que se arrastra siguiendo la direccion de los vientos, i va a introducir la desolacion en el seno de las circunvecinas poblaciones. No há dos meses que una villa de ochocientos habitantes se sintió anegada a deshora por una avenida repentina; las aguas ascendieron en unas pocas horas hasta la altura de los techos adonde se habian refujiado los moradores, hasta que habitantes i habitaciones desaparecieron para siempre.

Así, la llanura de la Mitidja empieza a esparcir sombras indecisas sobre esta colonizacion francesa, que a primera vista parece irrevocablemente terminada. Entre las bellas construcciones que nos hacen soñarnos en medio de la Europa; bajo las magníficas rutas que parecen una restauracion romana, el foco de la peste se esconde como el aspid entre las flores; i los torrentes que descienden súbitamente del Atlas dan cuenta en una hora del trabajo de muchos años. Otro tanto i peor sucede en lo moral; en despecho del ejército i del aparente aluvion europeo, el embozado bornoz árabe está ahí siempre, i bajo sus anchos pliegues, un pueblo orijinal, un idioma primiti-

vo, i una relijion intolerante i feroz por su esencia, que no acepta sin la perdicion eterna el trato siquiera con los cristianos. La tristeza habitual del grave semblante árabe, está revelando, en su humildad aparente, la resignacion que no desespera, la enerjia que no se somete, sino que aplaza para dias mejores la venganza, la rehabilitacion i el triunfo.

Los franceses se habian dejado fascinar tambien por aquella apariencia ordinariamente tranquila de los hombres i de la naturaleza en Africa. Torrentes de sangre de sus soldados habian bautizado europea esta tierra indómita; la táctica del pueblo mas guerrero del mundo introducia por do quier el espanto i la turbacion, en medio de las masas de jinetes árabes; cuantos caudillos habia suscitado el amor a la independencia, o el fanatismo relijioso habian ya mordido el polvo; Abd-El-Kader, el mas poderoso de todos, estaba en su impotencia, relegado a algun oasis ignorado del Sahara; las columnas volantes del ejército se preparaban, faltas de ocupacion, a escalar las inaccesibles Kabylias, i no quedaba tribu por apartada, ni Agah por empecinado, que no pagase mal de su grado el tributo. Catorce años de triunfos dejaban al fin tiempo i reposo suficiente para emprender un vasto sistema de colonizacion, cuando de repente, i sin que el menor indicio hubiese traicionado la proximidad de la borrasca, el Africa, desde las puertas de Arjel, se alza como un solo hombre; diez árabes no quedan sumisos al

gobierno frances, i ciento veinte mil soldados bastan apénas a apagar con sangre este vasto incendio, que parece haber estallado intuitiva i simultáneamente en cada punto de la Arjelia, atizado en el hogar de cada tienda, por el soplo de cada hombre que lleva bornoz.

Despues de sometidas de nuevo a la coyunda las vencidas tribus, los vencedores han querido penetrar en el misterio que encubren estas conmociones eléctricas que nada al aparecer justifica, i envainando la espada, para tomar la pluma que ordena los datos recojidos i las ideas que el espectáculo de las cosas despierta, han podido trazar la biografía moral de este pueblo, ora escuchando los cantos de sus trobadores, ora echando una mirada furtiva sobre el libro que en piadoso recojimiento recorre horas enteras el *Tolba* o dóctor, ora en fin rondando por las mezquitas i asechando las veces que el devoto besa el suelo, o repasa las cuentas de su rosario. Todas estas bagatelas han dado por fin la solucion de un gran problema, i mostrado la sima cabada bajo las plantas europeas en Africa; inmenso cráter de un volcan cuyas erupciones pueden interrumpirse, pero cuyo foco existe, vivo, ardiente, e inestinguible. Los franceses no se hacen ya ilusion i saben que por un siglo al ménos cien mil hombres habrán de montar guardia por toda la estension de la Arjelia para espiar desde las alturas la ajitacion que puede renacer en el pardusco grupo de tiendas clavadas en la llanura; traducir las

imperceptibles emociones que hayan de pintarse en el inmutable semblante del árabe, o levantar la punta del bornoz del transeunte, que puede encubrir el puñal del fanático, o el rosario del santon, que anda convocando a la guerra santa.

No sé qué sentimiento mezclado de pavor i admiracion me causa la vista de este pueblo árabe, sobre cuyo cerebro granítico no han podido hacer mella cuarenta siglos; el mismo hoi que cuando Jacob separaba sus tiendas i sus rebaños para ir a formar una nacion aparte; pueblo anterior a los tiempos históricos, i que no obstante los grandes acontecimientos en que se ha mezclado, las naciones poderosas que ha destruido, las civilizaciones que ha acarreado de un lugar a otro, conserva hoi el vestido talar de los patriarcas, la organizacion primitiva de la tribu, la vida nómade de la tienda, i el espíritu eminentemente relijioso que ha debido caracterizar las primeras sociedades humanas, cuyos abuelos habian presenciado el diluvio, o sido testigos de alguna grande manifestacion de la presencia de Dios sobre la tierra, aun despoblada. Porque para comprender los acontecimientos actuales del África no basta a mi juicio abrir el Koran, que no daria sino una imperfecta idea del carácter, creencias i preocupaciones árabes. En la Biblia solo puede encontrarse el tipo imperecedero de esta imperecedera raza patriarcal. Árabe era Abraam i por mas que los descendientes de Ismael odien i desprecien a sus primos los Judios, una es la fuen-

te de donde parten estos dos grandes raudales relijiosos que han trastornado la faz del mundo; del mismo tronco han salido el Evanjelio i el Koran; el primero preparando los progresos de la especie humana, i continuando las puras tradiciones primitivas, el segundo, como una protesta de las razas pastoras, inmovilizando la intelijencia i estereotipando las costumbres bárbaras de las primeras edades del mundo. Los Árabes i los Hebreos se parecen en que todas sus instituciones son relijiosas, sus guerreros, como sus oradores, sus conquistas, como sus servidumbres. Recuerde V. sinó la formacion de la monarquía hebrea por la intervencion de un sacerdote; el alzamiento de David; la influencia de los profetas sobre la opinion pública; i los acontecimientos contemporáneos; i al fin sesenta años despues de Jesu-Cristo, los enviados de Dios que sublevaban la poblacion contra los Romanos, el sitio de Jerusalen por Tito, i la dispersion del pueblo, que ya no tenia papel que representar en la historia del mundo. Pues sucesos análogos, resortes idénticos, i creencias iguales, estorban hoi en Argel o retardan la pacificacion del pais. Los árabes están en este momento esperando un Mesías, cortado por el padron de Mahoma, que debe rescatarlos de la servidumbre francesa, el terrible *Mule-Saa*, o el *hombre del momento* que todas las profecías tienen anunciado; de manera que el mas leve susurro que ajita las yerbas secas del desierto, el rumor lejano de pisadas de caballos basta para alarmar

el espíritu inquieto, crédulo e irreflexivo del árabe i precipitarlo en la rebelion.

No vaya V. a tomar este asunto con la lijereza incrédula del cristiano de nuestra época. La palabra incredulidad no existe todavía entre los árabes, i Abd-El-Kader no fuera tan grande guerrero, si no creyera i esperara firmemente. Por otra parte, las profecías son tan claras i terminantes, la época de su realizacion tan distintamente señalada que solo un perro infiel, es decir un cristiano, puede dudar de su autenticidad; de manera que el Tolba (teólogo) apénas necesita hacer uso de su ciencia de interpretacion, para esplicar algunos accidentes accesorios al texto, al parecer discordantes con los hechos actuales.

Voi a reunir en cierto órden para su edificacion, lo sustancial de los textos sagrados de los profetas árabes, i cuyo sentido basta para esplicar la situacion moral de los espíritus.

"Publica, o pregonero" dice una de estas profecías "lo que he visto ayer en sueños"—"La calamidad que sobrevendrá es un mal superior a todos los males imajinables."

"Vendrá un rei sometido a los cristianos: su corazon será duro."

"Publica i dice: Tranquilizaos. *El que ha llegado* los dispersará; los cristianos han abandonado a Oran."

"En el año 70 del siglo XIII" (año de 1856 de la era cristiana), dice otro profeta, un hombre lla-

mado Mahommed–Ben–Abd–Alla, saldrá del pais de Sus–El–Aksi."

"Irá hasta Oran que destruirá. De allí marchará sobre el pais de la Cal, que es Arjel; acampará en la Mitidja, a donde permanecerá cuatro meses; en seguida destruirá a Arjel."

Otra profecía esplica que se llamará como el Profeta, en nombre de quien habla.

"Un hombre vendrá despues de mí. Su nombre será semejante al mio; el de su padre semejante al nombre de mi padre; i el nombre de su madre semejante al de la mia. Se me asemejará por el carácter, mas no por la figura: llenará la tierra de equidad i justicia."

Oiga todavía algo de mas esplícito i terminante:

"Su llegada es cierta en el 1.° del 90" (este noventa misterioso no han podido esplicarlo todos los comentadores árabes).

"Las huestes de los cristianos vendrán de todas partes: infantes i *caballeros* atravesarán la mar. En verdad todo el pais de Francia vendrá."

"Entrarán por su muralla oriental."

"I verás a los cristianos venir en sus naves."

"Las iglesias de los cristianos se levantarán, la cosa es cierta."

"I los verás predicar sus doctrinas."

"Despues de ellos aparecerá el *Poderoso de la Montaña de Oro*"

En otra profecía se encuentra esta sorprendente frase.

"Un sherif de la raza de Hassum vendrá: se levantará del otro lado del rio, i matará a los soldados *franceses* con los soldados del *Dhara.*"

....

I bien, mi querido amigo, qué tiene V. que objetar a este cúmulo de vaticinios, la mitad de los cuales se ha cumplido ya al pié de la letra?

Arjel fué investida por los franceses por la muralla oriental; la caballería francesa vino en barcos chatos, desde el puerto de Tolon; las iglesias cristianas se han levantado en Arjel, i la doctrina de los *infieles* se ha predicado impunemente. ¿Cómo quiere que los musulmanes se tranquilicen hasta no ver cumplida la segunda parte? Los franceses dieran algo mui precioso porque las profecías les permitiesen permanecer en el pais: pero *¡está escrito!*, que su dominacion será efímera como las huellas que el camello imprime sobre la movible arena del Sahara"; tranquilizaos, ha dicho el Profeta: "El que ha llegado despues de ellos los dispersará." "Despues de ellos, ha dicho otro, aparecerá el Poderoso de la montaña de Oro:" El sherif de la raza de Hassun matará los soldados franceses con los soldados del Dhara. ¿Qué espíritu ha dictado estas profecías, escritas las unas de muchos siglos atras o perpetuadas las otras por constante i popular tradicion? ¿No serán estos libros sagrados la verdadera constitucion política de los pueblos relijiosos, en cuyas misteriosas divagaciones están echados sin embargo los cimientos para oponer vallas insuperables a la futura

pero posible dominacion cristiana, i diciendo un sherif se levantará contra ella, no hace otra cosa que hacer que cuando el caso previsto llegue, se levante en efecto un sherif, en nombre de Dios, de la relijion i de la raza para encabezar i dirijir las resistencias nacionales? Ya ve V. que en despecho mio hago uso del filosofismo cristiano contra la verdad de las profecías árabes, lo que no es permitido en buena interpretacion histórica. Sea de ello lo que fuere, no olvide V. para la intelijencia de los sucesos contemporáneos de la Arjelia a que me propongo conducirlo, que los soldados del *Dhara*, han de matar a los soldados franceses, i que el Mulé-Saa ha de llamarse Mahamud-Ben-Abd-Alla.

Estas profecías, como que están en via de realizacion en este momento, hacen el asunto favorito de la conversacion en las largas horas de reposo de la tienda árabe, el tema de las sabias disertaciones i controversias de los Tolbas; el sujeto de los cantos de los poetas populares, i el coco en fin con que las madres ponen miedo a sus chicuelos para que callen. La poblacion toda, que no puede resistir la dominacion francesa a mano armada, se complace en secreto al ver a los *rumi* (cristianos) tan confiados en su poder, ignorando lo que les aguarda; i el miserable que trabaja en la quinta del colono, está ya dentro de sí apropiándosela, para tomar posesion de ella el dia que los franceses en masa abandonen las playas africanas para siempre.

A fin de completar la idea que de la situacion del pais me propongo darle, es preciso entrar mas adentro en la organizacion relijiosa; porque para el árabe todo es relijioso, desde la venganza que ejerce hasta el pillaje que forma el fondo de la industria nacional. Nuestros mas fervientes devotos se avergonzarian de su tibieza al ver a estos santurrones en cuyo concepto no hai hora del dia ni lugar incompetente para entregarse a la oracion. He visto en Máscara un Derkaua que vivia todo el dia sentado en un rincon de la mezquita en santa i beata contemplacion: otro que por un jóven se hacia recitar una letanía escrita en un tablero, repitiéndola con la volubilidad de un papagallo, miéntras que el devoto desgranaba una a una las cuentas de su rosario. En los marabuts diseminados en las campañas hai siempre fieles que hacen sus oraciones, parándose, hincándose i besando el suelo, levantando los brazos i repitiendo sus plegarias; i es frecuente ver una carabana entera que al divisar de léjos aquellos santuarios aislados, se detiene en medio del camino para entregarse al furor de rezar que los domina.

De distancia en distancia, por toda la estension de los paises musulmanes, se encuentran unos establecimientos públicos que solo pueden compararse entre nosotros con lo que debieron ser los conventos en la edad media, cuando en la quietud de sus silenciosos claustros se elaboraba la luz que mas tarde habia de rejenerar la Europa, sirviendo al mismo tiempo de amparo i refujio con-

tra las violencias del mundo esterior. La *Sauia* es un edificio relijioso construido por alguna poderosa familia, para servir de cementerio a los suyos, i ámpliamente dotada de temporalidades i de dependencias a fin de sostener los diversos ramos de beneficencia pública a que está destinada. Desde luego hai en ella una mezquita, en donde las tribus circunvecinas se reunen a hacer en comun sus oraciones; una escuela para los niños, i un seminario para *talebs* (estudiantes) en que se cursa historia, derecho, teolojía, majia i alquimia. Los empleados de la casa llevan rejistro de los acontecimientos contemporáneos, i una biblioteca conserva las crónicas de los tiempos pasados. Los caminantes encuentran en la Sauia albergue; abrigo i sustento los mendigos; los enfermos remedios i asistencia, i los criminales i los perseguidos asilo sagrado e inviolable. La Sauia es ademas un punto de reunion en que se tienen concilios i conferencias i a donde concurren los desocupados a dar i recibir noticias, o entretenerse acerca de los asuntos públicos.

Estos establecimientos son, como facilmente lo observará V., un poderoso instrumento para propagar doctrinas, mantener viva la fé, dirijir la opinion pública, i obrar sobre las masas, esplotando el rencor musulman contra los cristianos, a quienes les está mandado esterminar sin piedad.

Pero la Sauia es solo el laboratorio en que se prepara el alimento espiritual; hai ademas otros sistemas relijiosos que como los nervios del cuer-

po humano, trasmiten las sensaciones, i a una impulsion dada determinan una accion unánime en un momento preciso. Nuestras beatas se sentirán un poco mortificadas al saber que entre los árabes existen *cofradías* relijiosas con sus devociones particulares, i no circunscritas como las nuestras a un convento o una ciudad, sino ramificadas por todos los paises musulmanes i sometidas cada una de ellas a un jeneralísimo de la órden respectiva a quien obedecen ciegamente. Solo los Jesuitas han tenido entre nosotros la admirable i fecunda inspiracion de reunir en un solo cuerpo i bajo una misma jerarquía este grande elemento de accion sobre los pueblos. Lo mas singular es que entre las seis grandes cofradías musulmanas hai una literalmente llamada Jesuitas de *Aisaua* (Jesus) nombre del santo fundador, si bien es verdad que estos Jesuitas son unos saltimbanquis, inofensivos i sin influencia, tres calidades diametralmente opuestas a las que distinguen a nuestros Jesuitas cristianos.

La Órden de Muley Taieb, la mas poderosa de todas, i en la que están *asentados* los personajes mas influyentes de las grandes tribus árabes ha tenido oríjen en Marruecos, donde reside el Jeneral de la Órden, santo Marabut de la estirpe del Profeta i verdadero Sumo Pontifice, ante cuyo prestijio i autoridad se inclina el poderoso emperador moro que es simple cofrade de la hermandad.

El devoto de San Muley Taieb, porque santo

i mui milagroso fué el fundador de la Órden, debe repetir doscientas veces al dia con el rosario en la mano, esta piadosa oracion. "Oh Dios! La oracion i la salud sobre nuestro señor Mahoma, i sobre él i sus compañeros salud." Esta Órden es no solo temible por el inmenso número de sus afiliados sino porque abraza a un mismo tiempo Marruecos i la Arjelia, estándole ademas prometido en sus profecías particulares arrebatar a los franceses la dominacion temporal del segundo de aquellos dos paises. La batalla de Isly, en que el mariscal Bugeaud batió 60,000 árabes, se dió ya a la intencion, aunque a honra i gloria no fuese de Muley Taieb, pues sus cofrades fueron los principales motores de la guerra de Marruecos; de manera que la política francesa, a fin de conjurar las tormentas que pueden a su salvo condensarse en Marruecos para venir a descargar sobre la Arjelia, debe consagrarse de hoi mas a tener, sino contento, cohechado o intimidado al jeneralísimo de aquella órden, pues que el emperador mismo para serlo, necesita de su exequatur.

La Órden de Sidi Hamet Tsidjani, orijinaria del centro de Sahara i ménos jeneralizada, prescribe repetir cien veces seguidas: "Dios perdona" verdad nunca demasiado repetida para satisfaccion de salteadores tan insignes como son los del Sahara. En seguida cien veces: "¡Oh Dios! la oracion sobre nuestro señor Mahoma, que ha abierto lo que estaba cerrado i puesto el sello a lo que ha precedido, haciendo triunfar el

derecho por el derecho. El conduce por una via recta i elevada: su prepotencia i su poder están basados en el derecho (amen)." ¿No halla V. como yo, sublime el descaro de atribuir a Mahoma, el mas insigne de los sableadores, la gloria de haber hecho triunfar el derecho por el derecho? En seguida cien veces el credo musulman "no hai otro Dios, sino Dios i Mahoma es su profeta."

Otra cofradía debe repetir tres mil veces al dia su oracion particular, i otra, mui parecida a los mendicantes nuestros por el desaliño de sus vestidos que deben componerse de andrajos, profesa ademas principios políticos de un carácter singular. Los *derkauar*, que así se llaman, hacen voto de resistir a todo gobierno, sea cristiano, árabe, o turco, llevando a tal punto la oposicion sistemática, *quand même*, que al recitar el credo dicen en voz alta no hai otro Dios sino Dios, reservándose *in petto* lo de Mahoma es su profeta; por que proclamar profeta al mismo Mahoma seria, dicen, reconocer en principio el oríjen de una autoridad terrestre. Quién sabe si los eternos trastornos i las rapiñas a que por tantos siglos ha estado condenada esta parte de Africa, no han dado oríjen a esta especie de carbonarismo entre las poblaciones atropelladas i pisoteadas, a fin de resistir a la violencia! Omito la vida del santo fundador de estas i las otras órdenes i los millares de millares de milagros obrados por su intercesion. ¡Oh amigo! si V. quiere ver milagros, véngase al Africa i se hartará su curiosidad hasta no dar un

ardite por ver otros nuevos; i no es cosa de resucitar muertos, ni curar la tiña, con solo el contacto de sus santos; todas esas son paparruchas i el abecé del arte taumatúrjico. El caballo de Bou Maza arrojaba el año pasado, no mas, corrientes de balas contra los franceses, con otras mil bellaquerías de este jaez. Desgraciadamente V. vendrá con toda su poca fé de cristiano i teniendo ojos no verá; por lo que le aconsejo que se deje estar donde está ahora. Quédame tan solo contarle una verídica historia que sirva de moraleja a todos los datos que voi hacinando. En 1845 en la apartada tribu de los Cheurfa, en la humilde tienda de una pobre viuda, un santo varon, venido no se sabe de dónde, pasaba sus dias consagrado a la meditacion i a la plegaria. Acompañábale una cabra, i no faltó quien le viese en coloquios misteriosos con ella. La fama de su santidad empezó a difundirse por las tribus vecinas, i las limosnas de los devotos tornaron bien pronto en abundancia la miseria i escasez de la viuda, cuya morada se convirtió en un santuario a donde venian en peregrinacion los personajes mas venerables. Un dia el santo contemplativo anunció a su huesped que eran llegados los tiempos en que debia desempeñar la árdua mision que le estaba confiada, i que mui en breve llegaria a sus oidos la fama del poderoso sultan de los creyentes, con lo que partió de aquel lugar sin decir a dónde se dirijia. Poco despues, en efecto, en la tribu de los Su-Halia, se anunció la aparicion del sultan Mohammed–Ben–

Abd-Allá, enviado por Dios para espulsar a los franceses, el Mulé-Saa que bajo aquel mismo nombre tenian de antemano anunciado las profecías. Una *diffa* relijiosa tuvo lugar tan luego como la novedad del acontecimiento atrajo algunos creyentes i el Mulé-Saa hizo su primera predicacion, anunciando abiertamente su mision divina, ofreciendo el perdon de los pecados, la invulnerabilidad en la guerra santa, para los que creyesen firmemente, los goces del paraiso para aquellos que a causa de su poca fé recibiesen la muerte, para todos el saqueo de las ciudades i la satisfaccion de todos los apetitos, promesa que desde Mahoma hasta Bou Maza han hecho, i por desgracia de los pueblos, cumplido casi siempre a los árabes sus relijiosos caudillos. La fama de las predicaciones del divino sultan se estendió por montes i valles, los festines relijiosos se sucedieron, el proselitismo cundia por todas las tribus; la esperanza se reanimaba con la narracion de los milagros obrados por el profeta, hasta que sintiendo bien templado el fanatismo musulman, henchido su tesoro de duros, i viendo desfilar las bandas de forajidos del Sahara, que acudian a alistarse en sus banderas, Bou Maza, o el hombre de la cabra, proclamó la guerra santa contra los franceses, i excitó aquella famosa insurreccion del Dahra que ápenas acaba de ser sofocada. Ya vé V. si convenia que no olvidase que Mohammed-Ben-Abd-Allá habia de llamarse el Mulé-Saa prometido i que los soldados de Dahra habian de ma-

tar a los soldados franceses. La verdad es que hasta hoi se ignora el verdadero nombre del de la cabra, que por poco no realiza en todas sus partes las profecías. Tan profunda i ciega era la fé de todos en el sultan, que Abd-El-Kader mismo mandó una comision de teólogos a verificar en la persona de Bou Maza la filiacion que las profecías daban del Mulé-Saa, pues segun una de ellas debe tener en la frente un signo natural; una berruga le habria bastado; pero faltándole este requisito, Abd-El-Kader se creyó, sin incurrir en la tacha de impío, autorizado para no creer en él.

I miéntras tanto ¿cuál es la moralidad de estos pueblos que viven en presencia de Dios, i cuyos jefes se llaman El *Servidor del Clemente*, que eso quiere decir Abd-El-Kader, o el *Servidor del Fuerte*, traduccion de Ab-El-Ramen? Es imposible imajinarse depravacion moral mas profunda, ni hábitos de crímen mas arraigados. La historia no presenta nada de comparable, sino en sus épocas mas tenebrosas. El Agah vive de las espoliaciones que ejerce sobre su propia tribu; una tribu emprende *razzias* (los malones de nuestros indios) sobre las otras para arrebatarles el ganado, i el jefe que los acaudilla corta con su propia mano la cabeza al infeliz Kadi o Agah a quien despoja de los bienes i de la vida. En Máscara, en los momentos de mi llegada, una tribu del Tell mandaba solicitar permiso de la autoridad francesa para emprender una *razzia* sobre otra del Sahara; i esto porque ya se la habia impuesto una fuerte

multa por un acto igual consumado de motu propio. Las venganzas de familia se transmiten de una a otra jeneracion, i no pocas veces el ejército frances ha levantado el bloqueo, puesto a los restos de una tribu condenada al esterminio por las otras, i que se habia asilado para salvarse en alguna hondonada inaccesible del Atlas. La recta administracion de justicia de los tribunales franceses, léjos de dejar satisfechos los ánimos, no sirve sino para exasperarlos mas, pues tan habituados están al asesinato i al pillaje, que atribuyen a intento siniestro de acabar con los árabes la ejecucion de los delincuentes. En Arjél, habian fusilado, un dia ántes de mi arribo, cuatro árabes de entre ocho que habian concurrido al asesinato del guarda de un telégrafo i dos europeos mas, la mujer i la hija del primero, con una alevosía i premeditacion horribles. Mujeres árabes se habian consagrado de meses ántes a conciliarse el afecto de la familia a fin de poder entrar i salir sin exitar desconfianzas. Una noche se introdujeron ocho árabes miéntras los huéspedes comian: se sentaron en torno de la mesa; comieron del pan que se les brindó, i de repente como banda de hienas se echaron sobre ellos i los cosieron a puñaladas. Pues bien; el pueblo se arrodillaba, en el lugar del suplicio, para besar la sangre de los mártires de su relijion, que tales reputa a los que matan cristianos, no importa por qué medios. Los diarios de Bona referian otro caso igualmente singular: Una banda de árabes habia asesinado en Orleansville dos

Europeos, i la justicia habiendo capturado algunos de los criminales condena tres a la última pena. Las familias de los ajusticiados se reunieron para deliberar entre sí, i oiga Vd. la singular decision moral que siguió su fallo : "Tres árabes nos han tomado, se dijeron, por dos cristianos, nos falta uno", i dos individuos, con autorizacion de los suyos, se encargaron de acechar al patron de los dos europeos muertos, para saldar con su vida el déficit de este balance de sangre humana. Un año sin faltar un solo dia han rondado estos dos hombres con la tenacidad de chacales los alrededores de Orleansville, hasta que la víctima condenada a morir por fallo tan inicuo, cayó con el corazon atravesado de un balazo!

Oh, no! Dejemos a un lado todas esas mezquindades de nacion a nacion i pidamos a Dios que afiance la dominacion europea en esta tierra de bandidos devotos. Que la Francia les aplique a ellos la máxima musulmana. La tierra pertenece al que mejor sabe fecundarla. Por qué ha de haber prescripcion en favor de la barbarie, i la civilizacion no ha de poder en todo tiempo reclamar las hermosas comarcas segregadas algunos siglos ántes, por el derecho del sable, de la escasa porcion culta de la tierra? Ella debe pedirles cuenta de aquella brillante Africa romana cuyos vestijios se ven por todas partes aun, i la comunidad cristiana nunca debe olvidar el concilio tenido por S. Agustin, al que concurrieron trescientos ochenta obispos africanos, que tantas eran

las ciudades que embellecian esta tierra, granero del mundo entónces i que hoi no produce suficientes abrojos i espinos para alimentar algunos rebaños de camellos i de cabras. Es imposible imajinarse barbarie mas destructora que la de este pueblo; los rios que descienden de las montañas léjos de fertilizar las llanuras solo sirven para convertirlas en ciénagos infectos; el árabe no toma posesion de la tierra, i gracias si en la vecindad de Oran, arroja algunos puñados de trigo sobre la tierra mas bien rasguñada que arada, i dejando crecer con la simiente los matorrales i plantas tuberculosas de que ha descuidado limpiar el suelo. Las enfermedades cutáneas roen a este pueblo, como la mugre carcome sus vestidos, i en medio de la miseria física en que se revuelca i la degradacion moral de su espíritu, abriga un sublime desprecio i un odio inestinguible contra los europeos. Jamas la barbarie i el fanatismo han logrado penetrar mas hondamente en el corazon de un pueblo, i petrificarlo para que resista a toda mejora. Entre los europeos i los árabes en África no hai ahora ni nunca habrá amalgama ni asimilacion posible; el uno o el otro pueblo tendrá que desaparecer, retirarse o disolverse; i amo demasiado la civilizacion para no desear desde ahora el triunfo definitivo en África de los pueblos civilizados. Durante los doce primeros años de la guerra, los árabes han sido, mas bien que reprimidos, animados a la rebelion, por la dulzura misma de los medios que se empleaban para someterlos; mas

despues de la insurreccion del Dahra, la administracion ha sido montada segun las prácticas de gobierno i las propias tradiciones árabes. Todas las tribus sublevadas han sido condenadas a pagar una multa por tienda, la tribu prófuga perdido el derecho del terreno que ocupa, las lejanas asoladas por *razzias* contínuas, los rebaños despojados de sus ganados; i en los primeros tiempos de este sistema, el jeneral Royer, cuando tenia noticia del asesinato de un europeo, acudia a la tribu mas cercana al lugar de la catástrofe, i pedia el delincuente, o cien cabezas de árabes en espiacion!

El mariscal Bugeaud, duque de Isly, me hizo el honor de esplicarme detalladamente su sistema de guerra i administracion. Desde 1830 hasta 1840, la guerra habia sido no solo onerosa sino estéril, el ejército frances en masa con su artillería, bagajes i trenes, se avanzaba lentamente, hácia el interior, tiroteado de dia i noche por las montoneras árabes que lo circundaban. El ejército volvia a Arjel al aproximarse el invierno i los árabes a ocupar los mismos puntos que ántes. El mariscal Bugeaud, para remediar la nulidad de este sistema, desembarazó en primer lugar al ejército de la artillería, furgones i bagajes; dividiólo en columnas separadas pero que debian prestarse mútuo apoyo, de manera que una, comprometida en el interior, encontrase dos a su retaguardia en escalones, i estas, cuatro, hasta formar con el ejército un inmenso triángulo, o falanje mace-

donia, cuya ancha base estaba en dos puntos ocupados en la costa. Este modo de avanzar se llama hacer *una punta*, término que se aplica en África jenéricamente a todas las espediciones. Dado el impulso, los jenerales subalternos mejoraron el sistema dividiendo las columnas espedicionarias en dos; una alijerada de todo peso i acompañada de la caballería, i otra que marchaba en su apoyo con los víveres, enfermos i bagajes. Así se han hecho razzias aun en el Sahara, con grande espanto de los Beduinos, que se creian allí fuera del alcance de la infantería francesa. Cuando una montonera árabe se propone hacer frente, la infantería marcha en línea háciaellos, hasta que, en un pais tan quebrado como este, un accidente del terreno, la proximidad de un desfiladero, o la interposicion de un torrente, fuerza a los árabes a agruparse en un solo punto. Entónces la caballería francesa que viene a retaguardia, se echa sobre ellos, introduce la confusion i la derrota. El mariscal llama a estas *batallas ambulantes* i desenvolviendo sus ideas, sobre la nulidad de la caballería árabe, me indicó el pensamiento en que estaba de montar infantería a mula, para perseguirla hasta el desierto : mostrándose mui maravillado i complacido cuando le aseguré que en América, teniamos infantería montada en los paises que como en las Pampas, las montoneras vagaban a su salvo, sin que los ejércitos regulares pudiesen darles alcance. Lo mas notable es que en la Arjelia, como en la República Arjentina,

no han faltado jenerales, que seducidos por la aparente ventaja que en su movilidad ofrecen las masas de caballería, propusiesen adoptar el sistema árabe, resolviendo en caballería todo el ejército. Pero el mariscal comprendió mui bien que los franceses, parodiarian a los *gauchos* árabes, i que para vencer a un pueblo bárbaro, es preciso conservarse civilizado, esto es, adaptar a las localidades, los medios de guerra que la ciencia de los pueblos cultos ha desenvuelto. Gracias a este sistema, el Mulé-Saa, en despecho de las profecías, anda hoi errante en el desierto, mendigando la escasa *diffa* que no pueden negarle las tribus, i el poder de la Francia es suficientemente insolente para mandar imponer a la poderosa tribu de los Uled-Nails, que prestó hospitalidad a Bow-Maza, una multa de 200,000 francos, sin temor de mostrarse impotente para ir al Sahara a castigar la desobediencia que pudiera orijinar pretension tan abultada.

Muchos datos preciosos he atesorado en África sobre colonizacion, lo que reservo para un trabajo especial; el mariscal tuvo la complacencia de darme un ejemplar de un trabajo suyo sobre la materia; pues el ser mariscal, i viejo soldado del Imperio, no estorba que tenga una intelijencia despejadísima i una diccion animada i lucida. Sus maneras participan de la llaneza militar i de la afabilidad francesa, i la espresiva recomendacion con que me favoreció M. Lesseps, Cónsul Jeneral de Francia en Barcelona, fué atendida

como lo merecia la distinguida reputacion del filántropo que con tanta justicia i a porfía han decorado todos los soberanos de Europa. Debo a la jenerosa oficiosidad de M. de Lesseps, no solo haber sido presentado a M. Cobden, el famoso ajitador del libre cambio, i al mariscal Bugeaud, el primer guerrero en actividad que tiene hoi la Europa, sino, lo que ménos podia prometerme, la satisfaccion, para mi vanidad literaria, de haber sido reconocido literato i publicista americano por los mas poderosos Agahs i Kadies de las tribus árabes. Es el caso que sabiendo el mariscal que deseaba aproximarme a las tribus, a cuyo efecto me proponia penetrar en el interior por Oran, hasta Tlemcen o Máscara, a fin de verlas en su estado normal, llevó su oficiosidad hasta darme no solo cartas para el jeneral Lamoriciere, gobernador de Oran, i para que se me facilitasen los medios de llevar a cabo mi designio, sino tambien circulares a las autoridades árabes, a fin de que fuese escoltado en el interior i recibido en las tribus, como un recomendado (en el carácter de literato) del alto, temido i poderoso gobernador jeneral de la Arjelia. Imajínese si he debido gozar en esta escursion, cuyos detalles me anticipo a comunicarle.

El vapor del Estado que hace la travesía de Arjel a Oran, toca a su paso en Cherchel, Tunez, Mostaganem, Arzew, establecimientos franceses en la costa, llenos de movimiento i animacion. Desde Mers-El-Kebir, última estacion, las

dilijencias conducen a Oran a los viajeros por un camino escavado en la roca viva, entre el mar i la montaña que circunda la bahía. Oran es una segunda edicion de Arjel con variantes de colinas i valles, pero la misma fisonomia, igual movimiento de construccion, igual mezcla de moros i franceses, de judíos i españoles, de negros i árabes, por lo que me abstendré de entrar en otros pormenores, indicando de paso tan solo que en lo ancho de las calles i el aspecto de los edificios públicos, se deja traslucir todavía la pasada dominacion española. Dos dias despues de mi arribo, sabiendo que el jeneral Lamoriciere estaba ausente, presenté las cartas del duque d'Isly al jefe del *bureau* árabe, quien anticipándose a toda solicitud de mi parte, me ofreció caballos, guía, escolta i las órdenes necesarias para ser recibido de los jefes de las tribus, indicándome ademas la direccion de Máscara como la mas conducente al logro de mi objeto. A las ocho de la mañana del dia siguiente todo estaba dispuesto para la partida. Un *shauss*, empleado civil árabe, conducia dos órdenes escritas en arábigo, por las que se prevenia a los jefes de duar me ofreciesen la *diffa*, correspondiente a un amigo del mariscal. La *diffa* es una comida que el duar subministra a los enviados del gobierno, i un duar, una reunion de veinte i cinco tiendas : varios duares forman una seccion de tribu, i cinco secciones forman la tribu, mandada por un Agah i un Kadí, cada uno de los cuales tiene un kalifa o teniente. Acompañá-

banme ademas dos jinetes árabes, mi sirviente que hablaba español, frances i árabe, i mas adelante se me reunió un oficial de Spahis, condecorado con la Lejion de honor, i turco de raza.

No estrañe V. que no le describa el pais que atravesábamos, jeneralmente llano, accidentado de colinas i variado por el aspecto de algunas villas nacientes : el placer de verme a caballo en campo abierto e inculto i con la dorada perspectiva de galopar a mis anchas, me distraia de prestar atencion a los objetos que me rodeaban. Los instintos gauchos que duermen en nosotros miéntras no podemos disponer de otro vehículo que carruajes, trenes o vapores, se habian despertado de golpe al estrépito de las pisadas de una partida de caballos, i desde que salimos de Oran, como el instrumentista que recorre el teclado, ántes de aventurarse en la ejecucion de unas variaciones difíciles, yo aplicaba al caballo las espuelas haciéndolo corcobear, a fin de descubrirle *el juego*, es decir toda su ajilidad i destreza. En seguida deseando darme aire de un Agah o un Talba árabe, estudiaba a hurtadillas en mis compañeros la manera de llevar el bornoz, de que me habia provisto para solemnizar con sus anchos i pomposos pliegues, la gravedad de mi posicion oficial, que hacian mas encumbrada que el Salam del *bureau* lo corto de los estribos árabes, cuya forma aun conservan en España los picadores, i lo alto del espaldar carmesí de la silla, especie de poltrona en que el jinete va punto ménos que en cucli-

llas, i cuya postura aunque insufrible físicamente hablando es el *chique* de la gracia árabe i el mas poético matiz del color local.

Una hora habia sin embargo que marchábamos al trote con mucha mortificacion mia, que iba, para usar de la enérjica figura del pueblo en América, saliéndome de la vaina por probar la tan ponderada lijereza de los caballos árabes, cuando el *Shauss* me observó que si seguiamos a aquel paso, llegariamos a deshora al Sig, donde habiamos de pasar la noche. Por el muslo del Profeta, hube de esclamar yo, indignado, al oir tan fea como no merecida reconvencion. ¡Protesto, que si el caballo no revienta, puedo sin fatigarme ir a tirar la rienda al último oasis del Sahara!.... Tan ortodojo juramento como la hipérbole que lo acompañaba, oriental por el fondo i la forma, debieron de ser mui del agrado de mi comitiva, pues no bien habia acabado de hablar, a un grito de uno de los jinetes, los caballos partieron a todo escape sin que me fuese posible contener el mio, que parecia obedecer a órden superior, dando al traste, arranque tan imprevisto, con mi afectada gravedad árabe, i haciendo flotar al aire a guisa de velas latinas las puntas del blanco bornoz. Despues he tenido ocasion de observar otras habilidades de los caballos árabes, tales como distribuir mordiscos i coces a derecha e izquierda por indicacion i órden del jinete : no ví ninguno sin embargo que como el de Bou-Maza lanzase balas, ni hiciese otra demostracion prodijiosa. Cuando

hube logrado reponerme en la posicion perpendicular i colocado debidamente mis arreos, revindicando por una descarga de azotes a mano airada la comprometida reputacion de jinete, saboríé, con la inefable beatitud de los colejiales, el indecible placer de galopar horas enteras por montes i valles, salvando una sanja aquí, arremetiendo con un espeso matorral acullá i aspirando a torrentes el aire recargado de las exhalaciones húmedas de la vejetacion i del polvo que las pisadas de los caballos suscitaban. I para que las reminiscencias de la vida americana fuesen mas vivas, a poco andar abandonamos el camino, i *cortando el campo*, la comitiva se dirijió a unas lomadas que a lo lejos se divisaban, i en cuyos recuestos estaba acampado el duar que debia suministrarnos la *diffa* de la mañana. Como V. vé, en África, bien así como en nuestras Pampas americanas, la línea mas recta es el camino mas corto para llegar de un punto a otro, mal que les pese a los propietarios de los sembradíos; de los que atravesamos ocho por lo ménos, sin que la comitiva se desviase un ápice de su direccion.

Al fin satisfechos los pulmones i cuando los caballos empezaban de suyo a aflojar el paso, cambiamos de aire sin hacernos violencia, ya para que los árabes encendiesen sus largas pipas, ya para dar tiempo a preparar la *diffa* en el no distante duar, a donde se habia adelantado un jinete portador del Salan supremo, que la ordenaba. Una especie de encojimiento se apoderó de mí cuando

nos acercábamos al círculo que forman las tiendas del duar, i el espíritu distraído hasta entónces por la agradable ajitacion de los sentidos, empezó a recojerse de suyo i entregarse a reflexiones serias. Americano de las faldas remotas de los Andes iba a ver a aquellas tribus árabes, herederas de las costumbres patriarcales de las primeras edades del mundo, a ser el huésped de la antigua hospitalidad, a contemplar de cerca los detalles domésticos de la vida nómade. Las grandes figuras de la Biblia se agrupaban en la imajinacion, como si Rebeca o Yaule, sus hijos i las mujeres de sus hijos fuesen a presentárseme vivos aun en el dintel de las tiendas a qué me aproximaba. Hubiera querido detenerme un momento para dejar pasar esta especie de vértigo; pero tocábamos ya el circuito de espinos que rodea el duar; los ladridos de los perros llenaban el aire, los árabes se dirijian lentamente hácia nosotros, precedidos por el jefe que se adelantaba a tenerme el estribo al descender del caballo, como una cortesía digna de un recomendado del gobierno. No sabiendo qué decir le alargué la mano, que sin tomarla tocó él con la punta de los dedos, los cuales besó rápidamente, haciéndome seña en seguida de entrar en la tienda cuya tela solevantaba otro árabe, a fin de que no me inclinase demasiado. Otro traia un tapiz sobre el cual se me invitó a sentarme, lo que hice con la mayor compostura, cruzando las piernas a la manera oriental, i arreglando artísticamente en torno de mi

persona los pliegues del bornoz. El silencio que me imponian mi ignorancia de los usos i del idioma árabe i lo nuevo de la situacion, me tenia turbado e inquieto, a lo que se añadia la violencia de la postura que creia de rigor i que me causaba calambres en los músculos de las piernas; pero una mirada echada en torno de mí, bastó para darme confianza i holgura: algunos de mis huéspedes se habian tendido de bruces, tal estaba mas cómodo de espaldas, cual de medio lado i cual otro en cuclillas, lo que me hizo conjeturar que habia tambien entre los árabes cierto *sans géne* agradable; por cuya razon me creí autorizado a levantar una rodilla a la altura de la cara, i apoyarme en ella, abrazándola con ámbos brazos, como lo hacen nuestros gauchos; postura comodísima i admitida sin duda desde hoi por el ritual de la buena crianza oriental.

Desde que hube recobrado el desembarazo del cuerpo, necesario para que el alma funcionase sin tropiezo, la tienda i demas objetos cayeron bajo el escalpelo de la crítica. Tate! me dije para mí, yo conozco todo esto, i las tiendas patriarcales de los descendientes de Abrahan; no estan mas avanzadas que los toldos de nuestros salvajes de las Pampas. Igual i aun mayor desaseo, humedad i escasez de todas las comodidades de la vida: las tiendas de tela grosera de lana parduzca sostenidas sobre palillos nudosos i endebles; los perros saltando por entre los hombres; una hilera de corderillos recien

nacidos, enlazados a una cuerda para retenerlos dentro de la tienda-sala-de-recepcion; una turba de muchachos sucios i cubiertos de harapos, alargando desde la puerta los tostados cuellos para ver al Rumi (cristiano). Dios mio! Dios mio! cuántas ilusiones disipadas de un golpe, cuánta poesía, cuántos recuerdos históricos, i sobre todo cuántas descripciones de escritos echadas a perder por la realidad mas prosáica i miserable que se palpó jamas! Algunas preguntas hechas de tarde en tarde por medio de mi intérprete me ayudaron a disminuir el fastidio que me causaba la larga espectacion de la diffa, la cual se hacia esperar demasiado; i eso es que yo no abrigaba ilusion ya sobre su importancia en vista de tan significativos antecedentes, a mas que mi oficial francés, gran conocedor en la materia, me habia aconsejado llevar conmigo un perro a quien pasarle por lo bajo los mejores bocados, si queria evitar un pronunciamiento en el reino estomacal. Pero yo me disponia a gustar la diffa, como el médico prueba a veces los remedios que administra; que a tanta costa debe el viajero comprar el privilejio de ser el héroe de su propia novela. La diffa se anunció al fin: precedíala un plato de madera lleno de tortas fritas, colocadas simétricamente para dar lugar i apoyo a una docena de huevos durísimos que formaban una pirámide hácia el centro. Un árabe se lavó solo la punta de los dedos en una sucia i abollada basija de cobre, en la cual se nos sirvió en seguida

agua para beber; mas tarde leche de obeja, i luego agua de nuevo. A cada ronda que la malhadada vasija hacia, seguíanla mis ojos de mano en mano para llevar cuenta de los puntos del borde donde los árabes ponian sus labios. Esfuerzo inútil; al fin descubrí una abolladura inaccesible que me reservé desde entónces para mi uso personal. El árabe que se habia lavado dos dedos lo suficiente para alcanzarse a discernir de léjos la costa firme que descubria la parte *vírjen* de la mano, me descascaró dos huevos que engullí casi enteros, a fin de que pasase cuanto ántes aquel cáliz de mi boca.

Tenga V. paciencia, mi querido amigo, ya vé que cumplo con la promesa que a peticion suya le hice de describirle las costumbres árabes. Las tortillas fritas vinieron en seguida, i aunque crasas i espirituosas en fuerza de lo rancio de la mantequilla, yo sostuve como un héroe mi posicion, sin pestañear, sin titubear un momento, sin echar mano siquiera de uno de tantos subterfujios i engañifas de que en iguales casos se habria servido un gastrónomo vulgar. Mas hice todavía. Habiéndome revelado alguno que aquel lago fangoso que se divisaba en el fondo del plato i que yo habia respetado, tomándolo por cebuno depósito de la fritanga, era miel de abejas, descendí hasta él con los pedazos de las tortillas, alzando una buena porcion en cada revuelco. Hasta aquí todo marchaba en el mejor órden; pero aun faltaba lo mas peliagudo de la empre-

sa, i nada se habia hecho, si no lograba hacer pasar el *cuscussú*, verdadero *quis vel quí* para estómagos europeos de la regalada gastronomía del desierto. Es el *cuscussú* una arenilla confeccionada a mano, hecha con harina frita sin sal i anegada despues en leche. Confieso que cuando se presentó el enorme plato que lo contenia, el cuerpo me temblaba de pies a cabeza, no obstante que nunca he tenido miedo a manjar ninguno; un sudor helado corria por mis sienes, i el estómago, no que el corazon me latia, cual jime el niño a quien el pedagogo manda al rincon. Lo peor del caso era que yo debia principiar, como el héroe de la fiesta, sin la cual nadie era osado de hundir su cuchara de palo en la movible arena farinácea. Repentinamente, como el que al bañarse en el mar se precipita de cabeza despues de haber vacilado largo tiempo prescintiendo la impresion del frio, yo enterré mi cuchara hasta el mango, i sacándola llena de *cuscussú* i leche la sepulté en la boca. Lo que pasó dentro de mí en este momento resiste a toda descripcion. Cuando abrí los ojos, me pareció hallarme en un mundo nuevo; todos mis tendones contraidos por el sublime esfuerzo de voluntad que acababa de hacer, se fueron estirando poco a poco, i dispersándose con la alegría de soldados que abandonan la formacion despues de disipada la alarma hija de alguna noticia falsa. De todo ello he concluido que o el *cuscussú* no es abominablemente ingrato, o que Dios es grande

i sus obras maravillosas; o en fin que no se ha inventado todavía el potaje que me ha de hacer volver la cara. Despues del *cuscussú* a quien juré, por la Meca, acometer donde quiera que se me presentase, se personó ante mí un corderito asado a la manera de nuestros asados de campo en América. Si la diffa hubiera principiado por este capítulo, V. se habria visto defraudado de toda la enojosa descripcion que acabo de hacerle de la hospitalaria mesa árabe, sin que pueda V. creer que en otros duares o en otras tribus sea mejor condimentada. He recibido la diffa en cuatro duares de tribus diversas, i mas o ménos rancia la mantequilla; un jarro de lata con la impresion de los dedos de tres jeneraciones, en lugar de la vasija de cobre; algunos cardos silvestres, o un puñado de dátiles por añadidura, en todas partes la diffa es siempre la misma.

Ya conoce V., pues, lo visible de la vida de la tienda, i no se empeñe en penetrar en lo doméstico que debe de ser tal para cual. Las mujeres no se presentan a la vista de los estraños, aunque se pueda desde la tienda de recepcion oir sus voces guturales en una subdivision contigua. Por un accidente singular sin embargo, tuve ocasion de contemplar el bello aunque desaseado sexo del duar de Abd-el-Bach, el jefe que he visto mas interesante por la belleza típica de su semblante, i la dignidad afable de sus modales. Al terminarse la diffa me llamó la atencion un rumor estraño de voces humanas, con cierta

cadencia acompasada que me traia a la memoria la reminicencia de algo parecido que habia debido oir no sé donde. Despues, reflexionando, he recordado que era el canto plañidero con que las recuas de negros en el Brasil se acompañan i animan al trabajo. Volviendo la vista hácia el lugar de donde me parecian venir las voces, descubrí a lo léjos un círculo de mujeres que hacian con las manos rapidísimos movimientos, cruzando i descruzando los brazos, i tocando repetidas veces el rostro. Fijando en este grupo grotesco mi anteojo de bolsillo, pude discernir los bellísimos ojos llevados al cielo de una niña de quince años que se entregaba a aquel estraño ejercicio, con cierta gracia que la hacia interesante, a pesar del desaliño de sus vestiduras flotantes. Pregunté, sin dejar de mirar, lo que aquello significaba, i me dijeron que era una familia que lloraba la pérdida de uno de los suyos, preso por los franceses aquella misma mañana para mandarlo a Francia : el murmullo cadencioso de las voces eran oraciones recitadas en coro, i el movimiento de las manos lo hacian para rasguñarse la cara i los brazos en señal de desesperacion. Tan estraña escena cambió para mí, desde entónces, de ridícula en solemne i respetable, asombrándome de ver hasta qué punto pueden la relijion i las fórmulas tradicionales avasallar la naturaleza humana. En lugar de llantos descompasados se oia el canto lúgubre de oraciones recitadas cadenciosamente, i en lugar de lágrimas se empeña-

ban las dolientes en hacer vertir sangre de sus mejillas. En medio de estas prácticas, para nosotros estravagantes, pude sin embargo reconocer con el anteojo a la madre del que lloraban perdido, en la verdad i pasion que se descubria en todos sus movimientos i contorciones. Con efecto, cualesquiera que los usos sean, qué dolor hai que se parezca al dolor de las madres, cada una de las cuales puede repetir con la misma verdad el sublime *venite et videte* del evanjelio. Como me fuese imposible apartar la vista de aquel curioso cuan tierno espectáculo, pregunté al shauss si los árabes llevaban a mal que los estraños mirasen a sus mujeres; lo cual entendido por el jefe, me hizo decir que si deseaba acercarme a ellas, él me acompañaría. Fuimos en efecto i a una indicacion suya el movimiento se paralizó i cesaron los cánticos, i la madre que yo habia comprendido de lejos, vino hácia mí, i con movimientos de cabeza convulsivos i señalándome el cielo, parecia preguntarme si hallaba justo lo que los franceses hacian con ella. Llamé a mi intérprete para hacerla decir, que en Francia no le harian mal a su hijo, que su cautiverio no seria largo, i todos esos consuelos vulgares, que se prodigan para dolores que no quieren ser consolados. En el entretanto las muchachas mas ariscas se iban aproximando con disimulo, i ya contemplaba las no indiferentes gracias de la de los ojos negros, cuando una vieja bruja vino con improperios a decirlas que estaban perdiendo el tiempo que

debian emplear en rezar; retahila comun a las dueñas de todas partes, mulsumanas o cristianas, con lo que fué, pues, preciso retirarse. Cuando van a las ciudades, las mujeres árabes como las moras, se envuelven en mantos i velos blancos sin mas diferencia que la de no descubrir aquellas ni los ojos siquiera. El adorno principal son unos grilletes de plata en los tobillos tan gruesos como los de hierro de nuestras prisiones, sobre todo si la persona es de calidad. En Máscara me paseaba en el camino en circunstancias que una comitiva de mujeres se acercaba, i que al verme se cubrieron todas completamente el rostro. La que venia a la cabeza descubria, por el garbo de su talla, finura i limpieza de sus envoltorios, lo maciso de los grilletes i cierta coquetería en el talante que era una dama de distincion; pero cómo verle el velado semblante? He aquí la injeniatura! Al acercarse al lugar que yo ocupaba díle la espalda i mirando con distraccion el suelo, repentinamente fijo la atencion en un punto; tócolo con el pié retirándolo inmediatamente como cuando se quiere mover con los dedos una brasa ardiendo; repito segunda vez i cuando creí haber producido el efecto, vuelvo la cara bruscamente hácia atras i sorprendo a mi beldad árabe que se habia detenido a observar mis movimientos i descubiértose la cara dejándome ver unos lindos ojos, unas cejas unidas entre sí por un tatuaje azul i un carrillo teñido de colorete subido como la mancha de una manzana. Oh!

mujeres, mujeres, parecia decirle al mirarla sonriéndome, sois las mismas en todas partes, curiosas. Esto es todo cuanto he podido descubrir de los encantos i existencia de las mujeres árabes, por lo que i volviendo a la terminada diffa continuaré la narracion de mis aventuras de viaje.

Desde el duar partimos hasta entrar de nuevo en el camino público, de que nos habiamos separado por la mañana, sin que hubiese cosa digna de mencion, sino es la pintoresca fisonomía de los caminos africanos en jeneral. Preséntanse con frecuencia caravanas de camellos marchando a paso lento, sin que el menor ruido de pisadas anuncie su proximidad, i todos invariablemente con los ojos al parecer fijos en el cielo : síguese-les una récua de borriquitos enanos, no mas altos que un mastin. Viene en pos otra de vacas i toros cargados de fardos i con sus albardas i arreos como las demas bestias de carga i disputándoselas a camellos i borricos, a cuales marchan mas despacio i reciben en cambio i con mayor calma los palos i zurriagazos de los árabes. Un poco mas allá viene o va una larga fila de furgones del ejército cargados de víveres o árboles en almácigo, mas léjos resaltan los pantalones *garance* de una compañía de soldados que marcha a discrecion a su nuevo acantonamiento; aquí dos o tres mujeres sentadas en un estrado elevado sobre el lomo de los borricos, allí diez árabes haciendo oracion . . . .

En medio de este movimiento i despues de as-

ceder una serie de colinas, el shauss me señaló en el camino los montoncillos de piedras, reunidas aquí i allí sobre una larga estension del camino. Eran, segun me dijo, las señales de los depósitos de cadáveres sepultados despues de la sangrienta batalla de Muley-Ismail, dada entre Abd-el-Kader i el jeneral Trezel, poco tiempo despues de la ocupacion de Oran, i desde cuyo punto el ejército frances tuvo que retroceder, temiendo las consecuencias de aventurarse en un terreno cubierto de bosque espeso. I efectivamente en todas direcciones i hasta donde la vista puede alcanzar por la llanura i las lomadas circunvecinas, descúbrese un bosque contínuo de olivos silvestres, dejenerados vástagos de los olivares que en otro tiempo hacian la riqueza de la poblacion de los alrededores. Al ver esta estension que abraza veinte, si no treinta leguas cuadradas, cree uno hallarse en medio de la Andalucía, i aun fijando la atencion donde los olivos son mas añosos, se pueden discernir las líneas rectas del plantio primitivo. Los árabes, esterminando al pueblo que los cultivó, han dejado esterilizarse tan pingüe fuente de riqueza, i si la vista de esta vejetacion desolada, frondosa en despecho del abandono, no basta para lastimar el corazon, léjos de alegrarlo, al salir del bosque la vista descubre de improviso la hermosa llanura del Sig, atravesada por el rio que le presta su nombre i sin embargo inculta, apénas habitada, i malsana a causa de la estagnacion de las aguas. A lo léjos se divisan

cual garzas, inmóviles i solitarios, siete u ocho Marabuts o sepulcros, monumentos de la piedad árabe, únicos vestijios humanos en estension tan dilatada. I sin embargo, andando mas adelante hácia la villa del Sig, que en un costado construyen los franceses, el viajero tropieza con las escavaciones recientes de donde los colonos sacan a discrecion piedra labrada de una grande ciudad romana, que la barbarie ha muerto i sepultado, haciendo olvidar el nombre con que fué conocida en sus tiempos de prosperidad. ¡Estraño destino de las cosas humanas! ¿Cómo ha podido suceder que la ciudad que cual reina dominaba aquella llanura, haya desaparecido del todo, resistiendo mas bien la naturaleza en los olivares, que no pudieron los fuertes muros, los palacios i la inmensa poblacion que encerraban? Encuéntranse en medio de sus escombros monedas romanas de las que conservo algunas, instrumentos de cobre i de hierro, varias inscripciones; pero nada que revele hasta hoi el nombre de la desdichada ciudad anónima, cuyas piedras viene a poner de pié nuevamente la civilizacion, para resucitar el antiguo esplendor de estas comarcas! Solo viendo de cerca la malograda estension de sus llanuras, puede comprenderse cómo en tiempo de los Gracos la Mauritania Tangitania, esto que hoi se llama Arjelía, era el granero de Roma, i los terrores pánicos de la monstruosa ciudad cuando los contrarios vientos impedian que las naves africanas cargadas de trigo llegasen a la Ostia del Tiber.

Al contemplar, apoyado sobre un fragmento de columna, estas humildes ruinas que nada dicen a los sentidos, he esperimentado la congoja tan inimitablemente espresada por Volney al ver las magníficas columnatas de Palmira. Estas llanuras tambien estaban cubiertas de una poblacion activa, ilustrada i rica; i ahora nada! . . . . Ni el sitio de las ciudades, ni el pueblo inmenso de labradores que habitaba sus deliciosas campiñas. Pero adónde, Dios mio, se han ido tantos millones de hombres! . . . . . . Preguntádselo a la cimitarra i al Koran. ¡Oh! Mahoma, Mahoma! de cuántos estragos puede ser causa un solo hombre cuando apoya i desenvuelve los instintos perversos de la especie humana, o bien cuando encuentra masas brutales que *creen* porque no son *capaces de pensar!*

La villa del Sig que se construye rehabilitará bien pronto la perdida ciudad romana, i una numerosa poblacion europea afirmará, Dios quiera que para siempre, otro dominio que el de estos feroces pastores, que han vuelto a la tierra, donde quiera que han elevado sus tiendas, su esterilidad primitiva. Acaso la llanura del Sig está destinada a obrar una de aquellas grandes revoluciones morales que de tarde en tarde trastornan la faz del mundo, curando alguna llaga especial de la especie humana. A corta distancia de la villa moderna se está preparando el terreno necesario para la formacion de un Falansterio. V. conoce sin duda las doctrinas de Fourier, i las es-

trañas locuras con que ha mezclado la enunciacion de las verdades mas luminosas. Faltábale a este jénio singular, lo que sobra a los espíritus vulgares, lo que es la herencia del pueblo; faltábale sentido comun. Pero nadie como él ha presentido los conflictos de las sociedades civilizadas, las coaliciones de los pobres que solo piden pan a los ricos, la nulidad de las teorías políticas para asegurar la vida i el goce de los bienes a todos los miembros de la sociedad. Dejemos a un lado su apocalipsis i sus doctrinas antimorales pues que son la negacion de la moral humana. Pero su idea práctica de reunir una villa en una sola familia bajo un techo i un hogar comun, como los grandes hoteles que con tanta ventaja esplota hoi la industria; criar los niños en una sola sala de asilo; educarlos en un colejio comun; asociar el trabajo personal, el talento i el capital, en una grande esplotacion, i asegurar a cada uno sin hacer comunes los bienes, su parte de provechos que hoi solo recoje el rico; responder de la subsistencia del anciano inválido, i cuidar de la mujer desvalida; hacer en una palabra que cada uno tenga su proporcionada parte de felicidad, sin que a unos toque como hasta hoi la opulencia i los goces, miéntras que al mayor número solo caben en suerte veinte horas de trabajo, i con ellas la desnudez, la ignorancia i los vicios; conseguir todo esto o algo de ello, merece sin duda la pena de que se haga como cosa perdida el ensayo de un falansterio, para ver hasta dónde el loco era cuer-

do, esperimentado el visionario, e inspirado el profeta. No perdamos, pues, de vista el naciente plantel del Sig que puede llegar a ser un árbol frondoso cuya semilla sea posible transportar a América. La doctrina de Fourier, como la de M. Cobden, tiene por fundamento la asociacion, i el uno tomando las sociedades por las raices, i el otro por los frutos, aspiran al mismo fin, la mayor ventaja del gran número. Desde el Sig donde pasé la noche, hasta Máscara, el pais se va levantando en una série de colinas i montañas, hasta que en la última elevacion se perciben las higueras, viñas i granados que rodean la ciudad, centro en otro tiempo de la efímera dominacion de Abd-El-Kader, i hoi punto avanzado de la dominacion francesa en el Tell. Mi sirviente que habia frecuentado esta ciudad árabe en distintas épocas, se asombraba de no reconocerla despues de un año; i en efecto, apénas queda en pié resto alguno de la construccion indíjena, dominando aquí como en las demas partes el furor de edificar. Las casernas de la tropa son verdaderos palacios, i las numerosas obras públicas como las casas particulares en construccion no impiden que se vayan escalonando algunas villas, hácia la llanura de Eghrees, que se estiende semicircularmente al pié de la eminencia que ocupa Máscara.

Sin duda que esta sucesiva aparicion de llanuras i montañas habrá llamado la atencion de V. Es aquella en efecto la faccion jeneral de es-

ta parte del África, lo que se esplica con facilidad teniendo presente que el Atlas no es una série de montañas como jeneralmente se ha creido, sino los cantos i elevaciones que sostienen las gradas parciales en que va elevándose el terreno hasta llegar a la gran meseta central del África por esta parte, o el Sahara arjelino, páramo llano i estéril, verdadera Pampa elevada en que pacen millares de rebaños. De esta configuracion nace que al ascender una série de colinas se encuentra una llanura, i así de esta a otra mas elevada, hasta llegar a la última mas estensa que se llama Sahara o el desierto, por oposicion a las gradas inferiores que se denominan el Tell, o el pais de los cereales.

Manda la subdivision de Máscara el jeneral Arnault, jóven de treinta i ocho años i como el jeneral Lamoricière, verdadero jeneral africano, pues ámbos han pisado las playas arjelinas con el grado de subtenientes. Haciendo *razzias* sorprendentes en el Sahara, aturdiendo a los árabes por la fabulosa rapidez de sus marchas, i venciendo dificultades al parecer superiores al esfuerzo humano, estos dos bravos jóvenes han alcanzado las paletas de jenerales i las cruces que los decoran. El jeneral Arnault me prodigó todas aquellas atenciones que parecen jeniales a los franceses. Una comitiva de oficiales me acompañó por invitacion suya a correr a caballo la llanura de Eghrees, en la que me proponia hacer

una razzia sobre algunas malaventuradas aves acuáticas para disecar como recuerdo de mi paseo en el interior de África.

En aquella llanura está la casa paterna de Abd-El-Kader, hijo de un gran marabut, a quien en una peregrinacion a la Meka le fueron revelados en sueños los altos destinos que estaban reservados a su hijo. Mas tarde en aquella misma llanura cinco mil jinetes árabes se reunieron para proclamar Emir a Abd-El-Kader, que largo tiempo soñó con formar de la Arjelia arrebatada a los franceses, un estado soberano para él; pero el Dios de las batallas ha dispuesto sin duda otra cosa i en despecho de los vaticinios, i de aquella proclamacion a caballo, a la manera de la del Dario Histapes de los Persas, ha concluido el ex-Emir con asilarse en Sahara o Marruecos. Hoi no pudiendo mantener el corto número de jinetes que le han permanecido fieles, los ha echado diseminados sobre Arjelia i Oran para que cometan asesinatos i robos en los caminos, a fin de mantener la alarma i el malestar entre los colonizadores. A este sistema el gobierno frances ha correspondido con otro que no carece de orijinalidad. Los merodeadores sorprendidos o un individuo de una tribu sospechosa son enviados a Francia, medida que hiela de horror a los árabes, los cuales acostumbrados a cometer todo jénero de crueldades con los prisioneros, se imajinan que en Francia van a ser entregados a suplicios

inauditos. De la aplicacion de estas represalias se lamentaba aquella pobre madre de que hablé ántes.

De regreso de nuestra partida de caza, lo que hice sin *galoparme* toda la llanura, en un hermosísimo caballo azabache que por ostentacion del tipo árabe me habia proporcionado el jeneral, i despues de recorrer con un edecan los trabajos emprendidos, volví a la casa del jeneral Arnault donde me aguardaba una escojida reunion de oficiales superiores invitados a comer. El jeneral, ántes de ponernos a la mesa, mostrándome un número de la ***Revista de Ambos Mundos***, me dijo: "Vea V. cómo aun en el centro del Africa, estamos al corriente de lo que pasa en el mundo" señalándome con el dedo el título "*Civilizacion i Barbarie*" del libro cuya análisis ha publicado aquella Revista. La satisfaccion de la negra honrilla literaria debe ser tan estimulante como el mucho ejércicio, pues que con cumplido tan lisonjero me sentí dotado de un apetito a la altura de la situacion. Durante la comida, la conversacion rodó naturalmente sobre las aventuras de aquella guerra singular, el porvenir del pais, i ya inferirá V. que debia ser interesante i animada. El jeneral Arnault es el jefe frances que ha penetrado mas *tierra adentro* en el Sahara, contándome esta vez las dificultades de su empresa i los medios raros de que se habia valido para burlar la vijilancia de los árabes i darles caza. Entre otras cosas los *baqueanos* árabes me llamaron la aten-

cion por la singular identidad con los nuestros de la Pampa. Como estos, huelen la tierra para orientarse, gustan las raices de las yerbas, reconocen los senderos, i están atentos a los menores incidentes del suelo, las rocas, o la vejetacion. Pero los árabes dejan mui atras a nuestros gauchos, en la asombrosa agudeza de sus sentidos. Un árabe, por ejemplo, conversa con otro en el Sahara, mediando entre los interlocutores una distancia de dos leguas; los espías husmean la proximidad del ganado a tres leguas de distancia, i como sabuesos siguen por el olfato la direccion de los duares enemigos.

Yo ponderé a mi turno la vista de nuestros *rastreadores* i los conocimientos omnitopográficos de nuestros *baqueanos*, a fin de sostener la gloria de los árabes de por allá, a punto de ser eclipsada por el olfatear el ganado i conversar de un estremo a otro del Sahara, de los gauchos de por acá. Al terminarse la *soirée*, el jeneral Arnault quiso añadir a mi modesta coleccion de objetos africanos la punta de un ala i un huevo de avestruz; ofrecimiento que motivó el de la piel de un pajarillo pintado, de la parte del coronel del 56.

Cargado de estos trofeos, i de la gratitud que tanta civilidad merecia, me retiré para disponer mi regreso, pues que mas allá de Máscara la vida europea cesa, presentándose la barbárie i el desierto, límites naturales de mi viaje en derredor del mundo civilizado.

De regreso a Oran, nuestra marcha era lenta

i tranquila, pues que para precipitarla nada ignorado como de ida, ocultaban a la vista las colinas i montañas que de nuevo veniamos atravesando; i la conversacion que de ordinario ahuyenta el tedio de las largas marchas se estinguia apénas iniciada, por haberse agotado ya el caudal de conocimientos locales del shauss que la daban ántes pábulo. Las distancias entre los silenciosos jinetes fueron por tanto prolongándose insensiblemente, quedándose mi caballo, abandonado a sí mismo, mui rezagado de la comitiva. Las ténues gasas, con que la naturaleza se cubre durante el reposo nocturno, flotaban ya desgarradas en masas de vapores, en tanto que el sol de la mañana bañando el rostro con sus tíbios rayos de invierno, traia a los sentidos aquel dulce adormecimiento, que haciendo cesar la vista esterior deja que la imajinacion huelgue con los recuerdos i con las impresiones esperimentadas, cual niño triscon con cuantos objetos encuentra a su alcance. El pensamiento ademas tiene sus actos espontáneos, i todas las sensaciones trasmitidas al cerebro por los sentidos, saliendo sin la participacion de nuestra voluntad del caos confuso en que están hacinadas, propenden en los momentos de reposo, a agruparse segun su afinidad, clasificándose de suyo en el órden que les conviene, hasta presentarse en série de ideas íntima i lójicamente ordenadas; verdadera ruminacion del espíritu semejante a la que ejecutan los camellos en los momentos de descanso con el tosco

alimento que han acumulado ántes en sus anchos estómagos. No de otro modo las intelijencias mui ejercitadas, cuando una idea fundamental las ha absorvido largo tiempo, deponen sobre el papel i sin esfuerzo alguno, un libro entero de una pieza, como la hebra dorada que hila el gusano de seda.

No sé si por efecto análogo, o solamente por hallarme abstraido de toda perturbacion esterior, a medida que el sol iba calentando, i la maquinal accion de marchar al paso natural del caballo entorpecía los miembros, todo cuanto habia visto, oido o pensado durante mis diversas aunque rápidas escursiones en África, se iba presentando al espíritu como una ordenada procesion de hechos, revestido cada uno de ellos de formas i colores correspondientes a su tiempo i lugar; i haciéndose palpable e inmediato, aun aquello que no existe, real lo que no es, pero que lo será indefectiblemente, i presente lo proximamente futuro, la colonizacion de la. Arjelia se me figuró como de largo tiempo consumada. Por todas partes bullia la poblacion europea entregada a las múltiples operaciones de la vida civilizada : las llanuras hoi desiertas, las ví tapizadas de alquerías, de jardines i de mieses doradas; i aquellos lagos, que desde lo alto de las montañas se divisan brillando aquí i allí, como los fragmentos dispersos de un espejo, habian tomado formas regulares en la Mitidja, la Macta i Eghrees, aprisionadas sus aguas en ca-

nalizaciones ordenadas, abiertas en el centro de las llanuras, segun lo habian hecho en otro tiempo los romanos. Los planteles de villas i ciudades que solo trazadas habia visto, multiplicándose al infinito, se alzaron de golpe, herizando llanuras i montañas con sus teatros, templos i palacios; i aun parecíame divisar en lugar de los blanquecinos marabuts que la vista descubre por do quier, los futuros *falansterios*, colmenas de hombres que en tribus de a mil participará cada uno de los bienes por todos acumulados, el uno como diez, el otro como ciento, segun su capacidad, capital o trabajo. ¡Quién sabe, venia yo pensando, si las grandes doctrinas necesitan como ciertos árboles, que se las trasplante para dar frutos sazonados, pudiendo aplicarse a la tierra que las produjo primero, el sentido *sic vos non vobis* de Virjilio. El cristianismo sembrado en el Oriente, donde se secó bien pronto, vino a arraigarse en los pueblos mas distantes del Occidente, i la democrácia por tantos siglos regada con sangre en Europa sin provecho, solo se ha ostentado pura i lozana en las praderas del Missisipi i en las márjenes del Potomac.

Hácia la parte del mar, en todos los puertos, las inquietas olas del Mediterraneo estaban ya ceñidas dentro de estupendas calzadas como la que asombra en Arjel a los injenieros que vienen a visitarla; montaña elevada en el fondo del mar con rocas de diez i ocho varas cúbicas, de creacion apócrifa, producto de la ciencia humana, que mas

afortunada que Prometeo, ha podido robar impunemente a la naturaleza sus secretos, i desafiarla en seguida a destruir o conmover siquiera su remedo de rocas. Por la parte del interior, en la línea que divide el Tell del Sahara, estaban como valla insuperable contra la barbarie, los acantonamientos del ejército de cien mil hombres que guarda la Arjelia, i que ya ha recibido órden de internarse, abandonando las tranquilas i sumisas costas a la colonizacion civil; allí, aquellas miriadas de guerreros prolongaban en todas direcciones la red de caminos públicos que ya empieza a cubrir el África, realizando por fin el gran pensamiento de Napoleon de emplear como los romanos los ócios del ejército en la construccion de colosales obras públicas, como aquellas que han perpetuado hasta nosotros las huellas del pueblo rei. Todavía mas allá del Sahara me pareció divisar al comercio afanado, disputándose los ricos productos que el África central encierra, i el desierto atravesado por no interrumpida fila de carabanas de camellos cargados del oro en polvo, marfil, bálsamos, gomas i resinas que enviara el misterioso emporio de Tomboctú a trocar por telas preciosas, sal, armas i objetos de adorno. Este comercio del desierto tan antiguo como el mundo, i cuyas rutas describió ya Herodoto, echó los sólidos cimientos del destruido poder de Cartago, dá esplendor aún a la bárbara Tunez su heredera, i al fanático Marruecos, siendo seguro que el África francesa resucitando la brillante

Mauritania Tangitania, se avance bien pronto hasta las puertas del desierto a prestar mano armada a las carabanas, contra la rapacidad de los Tuarec i demas piratas que infestan aquel inconmensurable mar de arena. I como si esta prolongacion de la civilizacion, esta *punta* de la Europa en África no pudiera existir sin irradiarse en torno suyo, el Bei de Tunez se me presentaba al Occidente ensayando sus fuerzas para remedar la prosperidad que ha visto en su viaje a Francia, i el santo emperador de Marruecos recibiendo por la primera vez con respeto i benevolencia los embajadores cristianos que han osado penetrar hasta su misteriosa corte.

I de improviso con la abrupta petulancia de la imajinacion para transportarse de un lugar a otro sin transicion racional, acaso guiada solo por la análoga fisonomía esterior del Sahara i de la Pampa, yo me encontré en América, de este lado de los Andes, donde V. i yo hemos nacido, en medio de aquellas planicies sin límites, en las cuales nace i se pone el sol, sin que una habitacion humana se interponga entre el ojo del viajero i el límite lejano del horizonte. I bien! reflexionaba yo, vá para cuatro siglos que un pueblo cristiano posee sin disputa este rico suelo, igual en estension i superior en fertilidad a la Europa entera, i no cuenta sin embargo un millon de habitantes; i eso que las fiebres endémicas no diezman como en África la poblacion; i eso que en su seno no encierra un aspid como aquella indomable raza ára-

be, que forcejea sin descanso por desasirse de la robusta garra que la tiene sujeta. Ni una relijion brutal, ni un idioma rebelde, estorba allí la accion civilizadora, i sin embargo hélos aquí a estos pobres pueblos, dejenerados cristianos i europeos, desgarrándose entre sí por palabras que les arrojan como un hueso a hambrienta jauría de perros; hélos ahí, sumiéndose de mas en mas en la impotencia i la barbárie, bien así como el caballo que se ajita en el fango movedizo i líquido de nuestros *guadales*; hélos ahí dando vueltas en fin en un solo lugar, creyendo que marchan en línea recta, cual los míseros caminantes a quienes sorprende la caida de las nieves en nuestras cordilleras! ¡Qué maldicion pesa, Dios mio, sobre aquella malhadada raza española en la América del Sud, que sin el consolador espectáculo de la sajona del Norte, el republicano moderno se quitaria la vida como Casio, desesperando ya para siempre de la libertad como de una quimera, renegando de la virtud como de una sombra vana!

Todos los grandes raudales que desembocan en el Plata se presentaron a mis ojos como ondulosas líneas de esmalte, cual si pudiera contemplarlos a vista de pájaro, dominando las inmensas manchas de bosques verdinegros, i los oasis floridos de las praderas, sin que la actividad humana ni las creaciones de la civilizacion diesen vida a aquellos Edenes, cuyas puertas ningun ánjel esterminador guarda; i miéntras tanto que solo las aves del cielo, o las alimañas de la tierra se huel-

gan en estensiones tan prodijiosas, cuatro millones de seres humanos están agonizando de hambre en Irlanda : mendigos a quienes ninguna enfermedad aqueja, asaltan en bandadas las campiñas de la Béljica i de la Holanda ; la caridad inglesa se agota para alimentar sus millones de pobres, i millares de artesanos en Francia se amotinan todos los dias, porque su salario no alcanza a apaciguar el hambre de sus hijos. Mil prusianos han desembarcado en estos dias en África, para recibir del gobierno la tierra que iban a buscar en Norte América; veinte mil españoles se han establecido en Oran o Arjel, a punto de parecer la Arjelia mas que de Francia, colonia de España; cien mil europeos reunidos en Africa en despecho de los estragos de la fiebre, que mata uno de cada tres que llegan; i trazándose el plan para hacer venir dos millones en seis años mas. La prosperidad en fin brillando ya, sobre la sangre con que está salpicado el suelo, i cien millones de mercaderías introducidas en 1846, derramando por todas partes la riqueza con los provechos del comercio.

¿Por qué la corriente del Atlántico, que desde Europa acarrea hácia el Norte la poblacion, no puede inclinarse hácia el Sud de la América, i por qué no veremos V. i yo en nuestra lejana patria, surjir villas i ciudades del haz de la tierra, por una impulsion poderosa de la sociedad i del gobierno; i penetrar las poblaciones escalonándose para prestarse mútuo apoyo, desde el Plata a

los Andes; o bien siguiendo la márjen de los grandes rios, llegar con la civilizacion i la industria hasta el borde de los incógnitos Saharas que bajo la zona tórrida esconde la América?

Cuando la série de mis ideas hubo llegado a este punto, sacudí la cabeza para asegurarme de que estaba despierto, i poniendo espuelas al caballo, cual si quisiera dejar atras el mal jenio que me atormentaba, llegué bien pronto a incorporarme con mis jentes, detenidas en torno de alguno que referia los detalles de un desastre. Los árabes acababan de dejar por muertos a los conductores de un carruaje, i en otro punto vecino yacia cubierto de heridas i exánime el cadáver de un colono asesinado. He aquí, me dije la realidad de las cosas! Ahora puedo por lo ménos estar seguro de que no sueño! Hai sangre i crímenes! He aquí lo único posible i hacedero!

A mi llegada a Oran, he trazado a la lijera estas líneas, que ántes de dirijirme para Italia haré que lleguen a sus manos. En Roma hai un Papa, que enjuga las lágrimas de su pueblo, en Venecia el cádaver insepulto de una República, i en Nápoles, el cráter del Vesuvio, i las mómias de Herculano i Pompeya, que deseo contemplar de cerca.

Guárdenos Dios, mi buen amigo, para tiempos mejores, i. . . . &c.



Roma.

Illmo. Señor Obispo de Cuyo.

Roma, Abril 6 de 1847.

Cuando desde el centro del mundo cristiano vuelvo hácia América las miradas, su Señoría Ilustrísima, mi digno tio, se me presenta como el corresponsal obligado, a quien debo de preferencia trasmitir, si así lo deseo, las impresiones que me causa el espectáculo de esta ciudad eternamente célebre por su pasada gloria i los víncu-

los que hoi la ligan con el orbe católico. La Iglesia domina sobre las siete colinas, como el ánjel de bronce sobre la tumba de Adriano, i ruinas, basílicas, bellas àrtes, costumbres e instituciones, todo en Roma se agrupa en torno del elevado pedestal desde donde el sucesor de San Pedro bendice la ciudad i el mundo ; por lo que, no pudiendo subdividir mi asunto, si me sucediese hablar a S. S. de cosas que se apartan de su sagrado ministerio, desímulelo con el mismo espíritu de caridad que el jefe de los fieles tolera las locuras mundanas del carnaval, pues pudiera acontecer que algunas veces estas mismas cosas oculten un interes relijioso, a la manera que aquí se encuentran con frecuencia el fronton e inscripciones de un templo pagano, sirviendo de fachada a una iglesia cristiana.

De cualquier punto que el viajero se dirija a Roma, siente desde luego que transita por los caminos de la Iglesia, i en las dilijencias, i en los vapores halla por compañeros de viaje sacerdotes que de luengas tierras vienen buscando la fuente de los dones espirituales : un obispo de la India occidental, un misionero de la Oceanía, un cura de las remotas plantaciones norte-americanas i algunos abates franceses, han sido por algunos dias mis amigables comensales; pues la intimidad, momentánea al ménos, se establece con facilidad entre hombres que gozan o sufren juntos. Así empezaba con anticipacion a prepararme para visitar a Roma con el mismo espíritu que preside a sus

destinos durante las monotonas horas del mar la conversasion rodaba sobre asuntos relijiosos, i cual contaba sus adversidades entre los bárbaros, cual las dificultades que a su ministerio oponian los mismos cristianos. Muchas nociones útiles he recojido de estas pláticas, i no pocas esplicaciones de cosas que no habia comprendido hasta entónces; por ser algunos de entre estos eclesiásticos verdaderamente doctos e ilustrados, sin que faltase de vez en cuando alguna escena curiosa que diese animacion a aquellos serios coloquios. Hablábase una vez, por ejemplo, de cierto tratado teolójico que con aplauso acababa de aparecer en Francia, abundando todos en encomiar sus ventajas, cuando un laico regordete i de aspecto atrabiliario tachó de incompleto el libro, por pasar mui de lijero sobre el capítulo de sortilejios, majia, i endemoniados. "Puede ser que yo haya caido en el error, le repuso con modestia un abate, pero no creo en la existencia de tal comercio entre el hombre i los espíritus infernales." El de los sortilejios escandalizado de incredulidad que venia de donde ménos la esperaba, tomó el asunto a lo serio, i con gran copia de testos i doctrinas de teólogos respetables desenvolvió en largo discurso todos los casos que se referian a las ciencias ocultas, inclusos los fenómenos eléctricos, i el magnetismo animal: i cosa estraña! este hombre se habia leido los Santos Padres, los doctores de la Iglesia, canonistas i vidas de santos, para atesorar datos sobre este punto esclusivo de sus

estudios de muchos años, siendo tan profunda su conviccion, que a juzgar por los hechos que citaba, en Francia no habia otra cosa, que encantos i brujerias, asegurando haber visto él con sus propios ojos una endemoniada, a quien un incubo incestuoso, bajo la forma del difunto padre de la infeliz, le hácia dar a luz monstruos deformes i espantables. Todos estábamos maravillados de oirlo, deplorando para mí, ciencia i estudios tan mal empleados. En el caso de la endemoniada me decia quedo el abate, yo habria consultado a un médico con preferencia a un libro de teolojía. A este orijinal añadia yo, le ha sucedido lo que le aconteció a don Quijote, que a fuerza de leer libros de caballería perdió el seso en punto a encantamientos i paladines errantes, conservándolo ileso en lo demas.

Uno de aquellos abates franceses con quien habia trabado amistad me introdujo en Roma en una posada tenida por un santo varon, el cual con la ayuda de la órden de los jesuitas la ha fundado para asilo de peregrinos. Todo respira en ella el espíritu relijioso de sus moradores; las escalas, el comedor, las galerías estan tapizadas de cuadros de santos: en lugar de enseña o título hácia la calle tiene una devota imajen de la Vírjen; sobre cada habitacion está escrito, a falta de número, el nombre de un santo, i sobre la puerta de la mia leese este lema: "María ha sido concebida sin pecado". A la mesa comun nos sentamos obispos, abates, clérigos i diáconos, i algunos secu-

lares que como yo, han sido introducidos por sacerdotes. Recita cada uno su *benedicite* ántes de comer, i da gracias al fin, sin que en el intermedio deje el posadero de anunciar en qué iglesia dice misa Su Santidad al dia siguiente, cual orador célebre predica en tal convento, i en qué basílica se celebran por entónces las cuarenta horas perpétuas. En fin los sábados pasamos a una capilla donde cantamos en coro las letanías; i aunque yo haya sido poco dado a las prácticas del culto, i se observe en esta casa la cuaresma con mas severidad que en otras, lo que no es un atractivo, sobre todo en Roma donde la cocina es tan mala, he permanecido voluntariamente en ella, encontrando cierta satisfaccion, que no hubiera esperado, en el desempeño de deberes a la verdad poco costosos, los cuales me traen a la memoria recuerdos gratos de aquella primera edad de la vida, que al lado de Su Señoría he pasado en la intimidad de las cosas relijiosas.

Anticipo estas indicaciones a fin de mostrar a Su Señoría que nada he omitido para conocer a Roma por el costado que a Su Señoría interesa, i si algo pudiera faltarme en este sentido, lo completara la inagotable bondad del R. P. O'Brien su corresponsal, i el mas recto, sencillo i candoroso varon que viste el hábito domínico. Por él las puertas de la Cámara pontificia me han sido abiertas i Su Santidad dignádose hablarme de los negocios de América; por él en fin, mi camino ha

sido desembarazado de tropiezos que a otros cierran el paso no pocas veces.

Esto dicho volveré atras en la narrativa de mi viaje que no seguiré siempre en el órden natural de las fechas por temor de hacer dormir a los que esta carta leyeren. Los vapores del Mediterráneo navegan con mucho desahogo del pasajero. De dia se detienen en las ciudades de la costa haciendo en la noche las distancias intermediárias. Así el 8 de Febrero con los primeros rayos del sol naciente se presentaba a nuestra vista el puerto de Civitavecchia, escavado por Trajano, i reparado por los Papas Urbano IV i Benito VIII, despues de haber sido arruinado por Tótila. El objeto mas curioso que esta ciudad encierra es un célebre bandido el cual desafió largo tiempo la autoridad pontificia, i despues de haberse hartado de crímenes i asesinatos, terminó su carrera por una capitulacion que le garantió la vida. Los estranjeros procuran permiso para verlo en la prision, donde el famoso criminal los recibe con toda la satisfaccion del amor propio lisonjeado. Los bandidos son una planta natural del suelo montañoso de la Italia, la cual despliega las dimensiones colosales del héroe o del guerrero, cuando la enerjía romana o samnita reaparece en algunas organizaciones escojidas. En otro punto de los Estados pontificios el cicerone muestra con una especie de veneracion, la casa de Fra Díavolo, insigne i horrible jefe de banda que por largos años fatigó en vano los ejércitos de Aus-

tria, Nápoles i Roma, coaligados para darle caza. Pero lo que mas llama la atencion del viajero en Civitavecchia, son las maravillosas invenciones de los moradores para apoderarse del dinero de los transeuntes, mercadería abundantísima al aproximarse la cuaresma : *un paulo* (moneda romana) por el desembarco de la persona i otro por cada objeto de bagaje : otro tanto por llevar este a la aduana ; un paulo por moverlos, otro por emplomarlos ; un paulo por mirarlos ; un paulo por dejarlos quietos ; un paulo por sacarlos a la puerta ; un paulo por subirlos a la dilijencia ; i si el viajero quiere dar *qualche cosa* al faquin, al cochero, al mendigo, al empleado, a las mujeres, a los muchachos, i a los edificios si pudieran tender la mano......!

Acibaradas con este suplicio todas las ilusiones, el viajero parte en fin con direccion a Roma, objeto i término ansiado del viaje. En su tránsito la vista no encuentra por largo tiempo objeto alguno digno de fijar la atencion : el desierto por todas partes, la tierra triste i despoblada, sin árboles i cenagosa donde no se alzan colinas, sin las cuales el americano se creeria en la Pampa, por la multitud de ganado salvaje que pace en aquellas eriales. De tarde en tarde se deja ver algun pastor rudo, vestidas las piernas de cueros de cabra, trayendo a la memoria la imajen de los fabulosos sátiros, a quienes sirvieron probablemente de tipo sus antepasados. El sol se oculta tras las vecinas montañas, i la noche desciende

bien pronto para añadir sus tristezas a la monotonía del paisaje. Un accidente que sobrevino en nuestro viaje dará mas que las palabras una idea de la desolacion de los alrededores de Roma. Cansados de dar dinero a cuantos lo pedian, algunos pasajeros tuvieron un altercado con el postillon, el cual sea impericia, sea conato de venganza como nos lo persuadimos todos, al pasar por el puente echado sobre una hondonada, estrelló la dilijencia contra un poste de piedra, haciendo mil pedazos una rueda. La dilijencia con catorce pasajeros quedaba balanceándose sobre el parapeto, con dos ruedas en el aire i uno de los caballos caido i oprimido por la lanza haciendo esfuerzos por ponerse de pié ; el menor movimiento falso podia acabar de volcar la dilijencia i precipitarla en el oscuro abismo que teniamos debajo, por lo que, con el jesus en la boca, empezamos a descender uno a uno, hasta hallarnos en salvo en suficiente número, para asirnos de las ruedas esteriores i enderezar el vehiculo. La posta vecina no tenia repuesto de ruedas ni carruaje disponible, sino es una mala carreta para los equipajes que en dos horas de trabajo i en medio del fango i de la lluvia habiamos descargado i apilado en el camino. Mui tarde de la noche se pudo procurar un carreton abandonado que solo podia contener ocho personas. Era pues preciso llevar tres restantes, acomodadas sobre las rodillas de las ocho, con sufrimientos indecibles de unas i otras. Un misionero frances i yo nos resolvimos al fin a marchar a pié

siguiendo el carro que conducia el resto de la comitiva, hundiéndonos en el invisible fango, perdiendo a veces de vista a los compañeros, no sin grave aunque acaso infundado temor de ser asaltados por los bandidos, que ya no infestan como ántes los alrededores de la ciudad santa. Pero la imajinacion está siempre lista para crear fantasmas amedrentadores cuando las tinieblas i la intempérie agravan en localidades desconocidas el malestar moral que los sufrimientos físicos producen. Así llegamos a Roma, que en aquella hora avanzada estaba sumida en la oscuridad mas profunda, hasta descender en la aduana a la cual sirve de entrada el bellísimo fronton del templo de Antonino Pio. Allí nos aguardaba todavía una segunda edicion de las indignas estorciones de Civitavecchia con la adicion del centinela que estendia la mano para pedir *qualche cosa*. Oh! descendientes del pueblo rei, cuán indignos os mostrais de vuestros antepasados! Eran en esto las cinco de la mañana, i al entrar a nuestra posada en la plaza de Araceli, los primeros albores del nuevo dia ofrecian por fin término a las angustias de aquella enojosa noche. . .

Es la curiosidad el mejor de los confortativos contra la fatiga corporal, i ántes de tomar descanso quise echar una mirada a la calle para ver esta Roma, cuyo nombre gravan las madres católicas en el corazon de sus hijos, i mas tarde realzan i rodean de prestijios colosales los estudios históricos. Tantos sufrimientos debian te-

ner su recompensa! al abrir la puerta mis miradas caen sobre la subida al Capitólio, a cuyo pié habia venido sin saberlo a alojarme. Dos leones recumbentes de granito i escultura ejípcia terminan las balaustradas del ascenso. Mas arriba se alzan las estatuas de Castor i Polux sujetando caballos colosales; a los costados los trofeos de Mario i la estátua de Constante i Constancio hijos de Constantino; en el centro de la plaza la ecuestre de Antonino Pio en bronce dorado; i al frente opuesto los rios Nilo i Tiber que acompañan una estátua de Minerva sentada sobre una fuente. Todos estos objetos del arte i el culto antiguo presentándose tan de improviso a mis miradas me hacian olvidar los siglos i las viscisitudes que de aquellos tiempos nos separan; i por entónces hallábame en espíritu en la Roma, patria de los grandes varones que ilustraron los tiempos gloriosos de la República; estaba parado sobre el monte Capitólio i no léjos del lugar donde Cina, Casio i Bruto mataron a Cesar sin salvar por eso las instituciones patricias, minadas ya por la avenida de pueblos i de hombres nuevos que pedian su parte en el gobierno de la tierra conquistada. La plaza del Capitólio me era estrecha en medio de estas emociones, i tomando el primer descenso que al lado opuesto se ofrece, pude abarcar el cúmulo de ruinas imponentes que entorno del antiguo foro romano se presentan de golpe a la vista. Tres columnas solitarias muestran aun el lugar que ocupó el templo de Júpi-

ter Tonante; nueve mas allá del de la Fortuna: tres de la Grecosthasis; otra elevada en tiempos posteriores a la memoria de Fócas, i al frente del espectador el arco triunfal de Septimio Severo, elevado sobre la Via-Sacra, cuyo antiguo pavimento se reconoce, i por donde los triunfadores subian al Templo de Júpiter Capitolino, hoi Santa María de Araceli. Mas allá i siguiendo el desierto foro, vese el bello fronton i columnas de marmol cipollin del templo de Antonino i Faustina; el pórtico colosal de la basilica de Constantino, restos de los templos de Rómulo i Roma i de Venus i Roma; i continuando por la Via-Sacra el arco triunfal de Tito, que en bajos relieves mutilados conserva la imajen del candelabro de siete luces, la mesa de la propiciacion, las trompas de plata i los vasos sagrados que trajo de Jerusalen despues de no haber dejado piedra sobre piedra en el templo segun estaba escrito.

La perspectiva que termina este cuadro es digna de las nobles figuras que están en primer plan. El coloseo de Vespasiano alza al cielo las crestas de sus aterradoras rûinas, como los Andes sus pináculos de granito; la falda del monte Palatino enseña por todas partes oscuras cavernas, bóvedas colosales en otro tiempo del *Palatium* de los Césares, sobre cuyas espaldas cultiva hoi el jardinero romano hortalizas i árboles frutales; todavía mas a lo lejos se levantan cual montañas las parduscas Termas de Caracala. En esta parte de Roma, hoi desierta o convertida en viñedos,

asoma por todas partes la osamenta jigantesca del imperio romano, i por poco que se ascienda al Aventino o al monte Celio, la vista domina las prolongadas líneas, si bien aquí i allí interrumpidas, de los antiguos acueductos, a guisa de vértebras de algun monstruo de la creacion antediluviana. Cuando este monstruo cayó a los golpes del hacha de los bárbaros, cuando su cadáver fué profanado i desfigurado, los habitantes de la vieja Roma debieron alejarse despavoridos de los montones pútridos de escombros i cenizas que cubrian la superficie del suelo, i replegarse sobre el campo de Marte, destinado a los ejercicios militares del pueblo que profesaba la guerra como única industria nacional, i suficientemente capaz por tanto para contener a la nueva Roma, que mas tarde habia de presidir a la civilizacion moderna.

Ni la primitiva forma de las célebres colinas puede hoi determinarse, ni hieren la imajinacion a causa de la posterior elevacion del suelo, las dimensiones estupendas de los antiguos monumentos. De la cumbre de las primeras han rodado i acumuládose en sus flancos, fragmentos de palacios, templos i Termas que eran estensos como ciudades, i altos como montañas; todas las ruinas existentes estan muchas varas bajo el nivel del suelo actual, i entre esta costra de fragmentos de columnas i frisos, masas de tuf, ladrillo i mármoles destrozados que cubre la Roma subterránea, la azada del arquitecto ha tropezado

con los bustos de los emperadores, el grupo del Laocoon, estátuas de bronce, i obeliscos de granito. Así ha podido salir de nuevo a la luz, mas o ménos ultrajada por el tiempo, la Roma de piedra o de mármol, i Júpiter presidir la asamblea de los dioses, i la estátua de César reunirse a la de Augusto a quien legó el imperio romano.

Despues de esta escurcion a la antigua Roma que examinada despacio i con el auxilio de la Guia pierde el encanto que con la primera impresion la imajinacion le presta, volví los pasos hácia la ciudad actual que se presenta no sé por qué, desapacible i triste, en despecho de las trescientas sesenta iglesias i basílicas que la decoran, en despecho de sus suntuosos palacios, cuya arquitectura grandiosa i clásica esta mostrando el teatro de la primitiva resurreccion de las bellas artes. Tres mil años de gloria i miserias agobian demasiado ya los hombros de esta ciudad, sobre la cual se arrastra pesadamente el dia sin el estrepito de las artes, la locomocion i el bullício de las otras capitales; i la noche está asechando la desaparicion del crepúsculo para echarla encima su manto de plomo que la paraliza repentinamente, dejándola desierta i oscura. El pueblo tan dramático de ordinario permanece mudo e inactivo aquí, i si desplega los lábios es solo para pedir limosna, recitando con voz dolorida plegárias a la madona. La limosna es una bella i santa accion sin duda; pero era preciso no inventar el mendigo ni honrar la mendicidad como sucede en Roma,

donde cardenales i príncipes bajo el saco i la máscara tienden la mano a los pasantes para recojer oblaciones destinadas a objetos piadosos. Hai sin embargo, una época del año en la que durante algunas horas del dia la vida que disimula este pueblo, estalla a bordotones, para ocultarse de nuevo, como el agua de las fuentes intermitentes. El dia de mi llegada a Roma la campana del Capitólio empezó a tañer a golpes redoblados pasado medio dia, i un murmullo jeneral respondió de todos los ángulos de la inmensa ciudad a esta señal impacientemente esperada, como la voz del anjel del placer que llama a los muertos a una vida febril. Era la apertura del carnaval. Oh! Entónces se oye palpitar el corazon de la ciudad que hasta poco dormitaba, mil carruajes embarazan con su movimiento el tránsito de las calles, gritos confusos de alegria hienden el aire i *ecco fiori! ecco confetti! ecco siguiri!* tales son las letanías que en coro universal cantan en todos los tonos. La muchedumbre afanada i radiante marcha en una sola direccion, i siguiendo sus oleadas matizadas fuertemente como un cuadro del Correggio, el curioso desemboca a la calle del Corso, la mas ancha, la mas rica en palacios, i que desde la Plaza del Pópolo digna de la antigua Roma por sus estátuas, templos, obeliscos i fuentes, se dirije en línea recta hasta cerca de la Columna Trajana i la base del Capitólio siguiendo por espacio de media legua la antigua via Flaminia. Todas las puertas, almace-

nes, balcones i ventanas hasta los quintos pisos estan ya decorados de tapices i colgaduras, carmesí, amarillos i de colores entremezclados, pareciendo cobrar vida i ajitarse las murallas así engalanadas, con la animacion de las cien mil personas que ocupan aquellos palcos inprovisados. Un espeso friso de seres humanos llena las veredas de ámbos lados, i dos líneas de carruajes van i vienen sin interrumpirse de un estremo al otro de aquel inmenso circo, miéntras que en el espacio restante de la calle entre los intervalos de uno i otro vehículo, no diré se mueve, hierve en torbellinos la alegre masa popular, condensándose o rarificándose segun que encuentra mas o ménos espacio. En laplaza del Pópolo al pié de la Columna Antonina i a lo largo del Corso, estacionan de distancia en distancia músicas militares aguzando con su arjentino estrépito la rabia de placer que de todos se ha apoderado; i si algunos destacamentos de tropas se muestran aquí i allí mas que de poner órden en aquel animado desórden, sirven para añadir nuevo brillo con sus penachos, yelmos i corazas al golpe de vista sorprendente que ofrece el espectáculo; porque en el Corso i durante el carnaval desaparecen todas las pequeñeces prosaicas de la vida ordinaria, inclusos los andrajos populares i la distincion de clases i jerarquias. Todos los tiempos históricos, todos los pueblos de la tierra, aun los caprichos de la imajinacion tienen sus representantes en el carnaval, como si esta fiesta hubiese sido instituida para reunir

por los trajes todas las naciones que en diversos siglos la señora del mundo dominó.

El juego comienza, i un combate jeneral se traba en una arena de una legua, de balcones a carruajes, de estos a balcones i veredas, i en jeneral de individuo a individuo desde el quinto piso hasta la superfície de la tierra. Oscurecen el aire los ramilletes de flores que se cruzan en todas direcciones, i forman nublados blancos los puñados de confites que van a escarmentar alguna máscara descuidada; porque todo este frenesí popular se desahoga lanzando flores i confites, i nunca es mas dichoso el romano que cuando ha logrado que el ramillete emisario sea recibido en propia mano por la persona a quien iba dirijido. Este espectáculo es único en el mundo, i el pueblo romano se alza a la altura de la noble tradicion de Grecia i Roma por la cultura, decencia i urbanidad que muestra en los dias del carnaval. En medio de aquella bataola en que se hallan confundidos i hacinados los nuevedécimos de los habitantes, gran parte de los alrededores, i los millares de estranjeros que de toda la Europa acuden, jamas ocurre un tumulto, nunca se oye una espresion descompuesta, i si algunos se exceden son los estraños, ménos conocedores que los romanos de ciertas reglas tácitas i tradicionales que contienen los arranques de pasion en límites decorosos. Distínguense entre aquellos sobre todos los lores ingleses, los cuales juegan el carnaval como hacen el comercio, es decir en grande i por

asociaciones, con un capital de dos mil ramilletes, cuatro quintales de confites de yeso i dos arrobas de verdaderos confites de azucar, haciendo imposible toda concurrencia i arruinando a sus adversarios a quienes sepultan bajo erupciones de flores i yeso. Con esta sola excepcion el carnaval de Roma es el único placer que aquí abajo no venga mezclado de sinsabores, rico i pródigo de emociones igualmente para el príncipe i para el plebeyo confundidos bajo el disfraz.

Dos cañonazos del castillo Santangelo repetidos desde el Capitólio dan la señal de desembarazar el Corso de los millares de carruajes que lo cubren; i para la turba que prolonga el eco por medio de descargas cerradas de aclamaciones, nuevo incentivo para activar el combate hasta haber apurado el último ramillete. Una vistosa cabalgata de granaderos recorre en seguida todo el Corso, abriendo en el centro un espacio, que no bien pasa, se cierra de nuevo, como si la masa humana que cubre el pavimento tuviese la propiedad de los líquidos. A nuevos cañonazos responden nuevas aclamaciones, i el grito que viene repitiéndose i avanzando como un avanlanche *eccogli! eccogli!* precede i anuncia la proximidad de los treinta caballos que partiendo de la plaza del Pópolo, i aguijoneados de espuelillas que los azotan los hijares, banderolas de oropel i los clamores de la multitud, se disputan sin jinetes la gloria del vencimiento.

Algunos minutos despues el Corso está punto

ménos que desierto ; la algazara popular ha ido estinguiéndose poco a poco ; aquellos semblantes animados con la embriaguez del contento, recobrado su seriedad habitual, i los grupos de arlequines, griegos, pierrots i polichínelas colúmbranse marchando silenciosamente por las oscuras calles de atravieso, como si las sombras evocadas por Roberto el Diablo para entregarse a una orjia infernal, hubiesen sido sorprendidas por los demonios i llevadas de nuevo al reposo eterno de la tumba de donde no debieron de haberse escapado. Esta escena se renueva durante quince dias desde las doce a las cinco de la tarde con la misma animacion i con mayor delirio, si cabe, cada nuevo dia ; i si la imajinacion pudiera concebir un espectáculo mas animado que el del Corso, se quedaria mui atras de la realidad al quererse dar idea del último dia de carnaval. Los senadores romanos precedidos de alabarderos, heraldos, trompetas, i timbales, atraviesan lentamente el Corso en carrozas doradas i seguidos de tropas numerosas como para anunciar con su oficial presencia que la vida festiva va a tener término i volver el duro remar de la existencia ordinaria. Concluida la carrera de los caballos, i a medida que la oscuridad de la noche aumenta, empiezan a aparecer lucecillas llamadas *moceo*, *moccheti*, *moccoletti*, las ventanas i balcones se iluminan, comunícase el incendio a veradas i carruajes, i a la masa inmensa de seres humanos que bulle por todas partes. Tantas almas hai reunidas, i estas pasan de

trescientas mil, tantas luces arden; ajitándose en círculos o en espirales, subiendo i bajando como fuegos fatuos que vagan a merced del viento. El Corso presenta entónces un aspecto único, fantástico, inconcebible como las alucinaciones del espíritu durante el delirio de la fiebre. Los gritos *Senza moccoletti*, repetidos sin descanso por tantas voces, forma un rumor estraño en el aire, que llenaria de pavor al que cerrase los ojos para no ver miéntras oye, i el estampido de un cañonazo pasaria plaza de bostezo al incorporarse en este sonido de una legua de largo, que toma la masa de aire a cada pié de distancia para imprimirle una vibracion nueva. I qué decir del placer que centellea en todo semblante! ¡qué de los millares de pañuelos que cual lechuzas nocturnas revoletean en torno de las luces para estinguirlas! ¡qué de la perspectiva de la calle entera vista desde algun balcon, cuando las luces lejanas i las próximas caen bajo el mismo punto visual, formando lagos de fuego en el fondo oscuro del espacio! vense estas candelillas sin las manos que las sostienen agrupándose en un punto como atraidas por algun encanto invisible, dispersándose como despavoridas, saltando, bailando, entrechocándose i desapareciéndo......!!!

I mientras tanto el carnaval es tan antiguo como Roma mismo! Destinado en otro culto a solemnizar la tradicion de la edad primera bajo el nombre de Saturno, la austeridad del cristianismo se ha quebrantado en su presencia, i can-

sado de luchar contra su tenacidad verdaderamente saturnal, ha sonreido al fin a la vista de sus inocentes locuras, las ha aceptado i dirijido. Los *moccolettis* fueron instituidos en conmemoracion de Proserpina robada por Pluton, i de la desolacion de las mujeres que la buscaban en la oscuridad de la noche con antorchas encendidas. Fácil era, empero, apartar al pueblo romano del culto de sus antiguos dioses, cuando una nueva relijion mas moral, mas consoladora, mostraba la nulidad e insuficiencia de las creencias antiguas. ¿Pero cómo arrebatar al pobre pueblo tan infeliz cuando era jentil, como despues de que fué cristiano, estos pocos momentos de dicha en los cuales a merced de un disfraz el mendigo se finje rei, i el poderoso sacude el fastidio que se pega a los artesones dorados de su palacio, como la telaraña a los rincones de la choza del pobre. I por otra parte, las tradiciones populares son tan persistentes! ¿No conoce Su Señoría, allá en la remota América, jentes a quienes todavía amedrenta el que un perro o un gato negro se les atraviese por delante, no obstante ser cristianos, i aquel insignificante incidente haber sido indicado como de mal agüero por los antiguos augures romanos? La iglesia de Santa María del Pópolo fué edificada en Roma para apaciguar los terrores pánicos del pueblo que creia ver errantes en aquellos alrededores fantasmas de Neron muerto muchos siglos ántes, pero vivo aún i terrible en la tradicion popular que sobrevivia a

todos los acontecimientos. No por otra razon la calle que conducia en Roma a las termas de Claudio llámase hoi via de San Claudio, i sobre las ruinas del templo de Apolo fué colocada la iglesia de San Apolinario, nombre que pudiera traducirse el santo o la iglesia apolinária o de Apolo : tanto cuesta cambiar un nombre o un hábito popular, que vale mas santificarlo! El dia que el gran historiador Niebuhr anunció con diez i siete años de estudio de las localidades i costumbres romanas, que el pueblo hoi era el mismo de ahora dos mil años, se rasgó en dos ese dia el velo que ofuscaba la intelijencia de las cosas antiguas; porque lo presente sirvió para esplicar lo pasado, i el estudio de lo pasado daba el por qué de lo presente. Yo aplicaría esta sencilla cuanto luminosa interpretacion a muchas cosas nuevas, que con la inspeccion de los lugares i la presencia del pueblo se me hacen sensibles i evidentes ahora; pero me fijaré tan solo en una, por ser del resorte de Su Señoría i por haberme suministrado aquí materia de amigable discusion con algunos sacerdotes. Contemplábamos en Santa María la Mayor un antiguo mosaico que representa a la Vírjen coronada por Jesucristo, cuya circunstancia dió motivo a recordar que esta pintura habia sido citada en uno de los concilios de Niceá (siglo IV) contra los iconoclastas, como una prueba de la antigüedad del culto de María i por tanto de las imájenes de la Vírjen que se muestran en Roma, Jénova i otros puntos de Italia,

atribuidas a San Lucas el evanjelista. Yo me permití tachar de apócrifa aquella tradicion, i para hacer frente a las réplicas víme forzado a apoyar mi disentimiento. Noté que las imájenes en cuestion i que yo habia visto, representaban jóven a la Vírjen, no obstante que en la época de la muerte de Jesus debia tener por lo ménos cincuenta años, lo que era ya un indicio de falsedad. Pero aun sin hacer uso de esta induccion bastaba tener presente que San Lucas era judio, i como tal debia por educacion, por conciencia nacional, mirar como una profanacion la representacion de los objetos venerandos; pues que la lei de Moises lo prohibe terminantemente por un precepto del Decágolo, i Jesucristo no habia dicho nada para derogar este precepto, i formar una nueva conciencia entre los primitivos cristianos. Los pocos años que mediaban entre la muerte de Jesus i la de María, no bastaban en mi concepto para debilitar una preocupacion relijiosa profundamente arraigada entre los judios i sancionada por el Decálogo. En los hechos de los Apóstoles con motivo de ciertas disputas entre San Pedro i San Pablo vése una muestra de la persistencia de las doctrinas judaicas. El primero, hombre del pueblo, no quiere alejarse de las tradiciones i prácticas relijiosas del hebraismo; miéntras que San Pablo, aunque judio, ciudadano romano, hombre de mundo, filósofo, erudito i capaz de apoyar la nueva doctrina en la tradicion ateniense sobre el *dios ignoto*, ve las cues-

tiones relijiosas del cristianismo desde un punto mas elevado, no ya en relacion al oscuro pueblo judaico, sino al mundo, a Roma, a Atenas, centro del poder o de la filosofía.

Siguiendo esta induccion el culto de las imájenes debió principiar i fortificarse cuando sacado el cristianismo de la atmosfera hebrea, vino a levantar sus altares en Roma i echar por tierra las estátuas de los falsos dioses : aquí encontraba un pueblo educado por las bellas artes que ya habian alcanzado su último grado de perfeccion. La escultura, la pintura, el mosaico, entraban hondamente en los usos públicos i domésticos de la nacion ; i el dia que Constantino proclamaba el cristianismo como relijion del Estado, abiertos estaban los talleres de mil estatuarios, los fresquistas tenian el pincel en la mano, i las canteras de mármol i piedras preciosas estaban en actividad subministrando a los artífices su materia primera. Podia en buena hora cambiarse el asunto de la representacion ; pero no podian estinguirse por un decreto el gusto i el cultivo de las bellas artes, que entre los romanos han sobrevivido a todos los desastres de la barbarie i a diez i ocho siglos de vicisitudes ; i si en tiempos ménos remotos, el protestantismo iconoclasta hubiese podido penetrar en Roma, habria fracasado contra este invencible espíritu romano i aquella conciencia popular de la idoneidad de las bellas artes, para consagrar en imájenes el recuerdo de las cosas santas, a diferencia en esto de los cristianos de Orien-

te que habian sido educados en otras ideas por la relijion hebrea, testigo el mahometismo que ha perpetuado la proscripcion fulminada por el Decálogo contra las imájenes. Tan poco artista era el pueblo judio que Salomon hubo de pedir a Tiro arquitectos jentiles para levantar a Dios un templo. Los iconoclastas, pues, se apoyaban en un testo terminante del Decálogo, miéntras que los cristianos romanos i griegos, es decir artistas, a falta de preceptos en contra apelaban al consentimiento de la iglesia i a hechos existentes, por lo que no es estraño que citasen en su abono el mosaico de Santa María la Mayor; siendo esta cuestion de las imájenes tan fuerte escollo para los cristianos, atendida solo la letra de la escritura, que el protestantismo moderno vino a renovar el disentimiento antiguo de los cristianos de Oriente i de Occidente, la disputa entre San Pedro judio, i San Pablo ciudadano romano.

Si los iconoclastas hubiesen triunfado empero, en los tiempos primitivos, el mundo estaria hoi sumido en la barbarie, i el cristianismo como la relijion de Mahoma, hubiera sido el azote de la civilizacion en lugar de ser su guia i su antorcha. Aceptando las bellas artes, i enriqueciéndolas de tipos mas morales, mas espirituales, que aquellos que el politeismo habia podido subministarle, el cristianismo continuó el trabajo antiguo del injenio humano, conservando sin cortarse el único hilo visible que liga a los pueblos modernos a los pueblos antiguos; porque si bien la tradicion

de las bellas artes se ha debilitado alguna vez en Roma, jamas pudo, gracias al culto, interrumpirse del todo. A las Iglesias de Santa María de Araceli, San Estevan el Redondo i otras, construidas sobre columnas sacadas de los templos jentílicos, siguióse un arte cristiano, i a las estátuas de los dioses, las de la Vírjen i de los Santos. Despues de las desvastaciones de los bárbaros, los artistas se hallaron sin modelos, i casi condenados a crear de nuevo las bellas artes haciéndolas pasar por la larga i penosa infancia de siglos que precede a su virilidad; pero el grupo del Laocoon fué desenterrado de entre las ruinas, reapareció la Venus capitolina, el Apolo del Belvedere volvió a ponerse en pié, i entónces las bellas artes encontraron la casi borrada huella del arte antiguo; i cuando Rafael descubrió las ruinas de la *Domus aurea* de Neron, halló en ellas el modelo de los famosos rafaelescos que hoi se admiran en el Vaticano. ¡Gloria pues al culto redentor de las imájenes! a ellas se debe la salvacion del mundo artístico; porque no es solo la representacion material para obrar sobre los sentidos del pueblo lo que justifica el culto de las imájenes, sino el desenvolvimiento de una de las facultades mas preciosas del espíritu humano, la facultad de sobreponerse a la materia, concibiendo i realizando en formas palpables, algo que sale de los límites de la naturaleza creada, para entrar en los dominios de Dios creador, porque como él amasa el barro i le inspira soplo de vida. I en efecto, es preciso venir a Ro-

ma para alcanzar a comprender toda la importancia civilizadora del culto de las imájenes. Nuestros santos españoles en América, con sus caras pintadas, i sus arreos de jergon o brocato, esponen a los espíritus elevados a caer en el error de los iconoclastas. No sucede así en Roma en cuyas miriadas de altares se esponen a la veneracion pública, tan solo estátuas de bronce o mármol, o cuadros ejecutados por los mas grandes artistas: de este modo la relijion se muestra grande por sus símbolos, i si el Santo reverenciado fué el dechado de todas las virtudes, la imájen que lo representa es el último i mas acabado esfuerzo del injenio humano. En la Basílica de San Pedro no solo se veneran todas las piadosas glorias del cristianismo sino tambien los maestros de las bellas artes, i los nombres del Bernini, de Miguel Anjel, Rafael, Ticiano, Dominiquino, Thornwaldsen, Canova, se confunden en el mismo himno que el mármol i el bronce estan cantando a la gloria de Dios, que hizo al hombre a su imájen i semejanza, creador. Ante esta sublime asociacion de las grandezas del cielo i de la tierra no hai impiedad que ose manifestarse, i el protestante que pasea sus miradas atónitas sobre las maravillas de San Pedro se inclina ante las concepciones del jenio, avergonzándose de la esterilidad de la protestacion que escluye del culto las creaciones artísticas, quitando a Dios lo que es de Dios.

Ni las bellas artes se han circunscrito en los templos de Roma a la representacion de los San-

tos. Las estátuas de los Papas, los bustos de los personajes notables, i las virtudes simbólicas, tienen en ellos derecho de ciudadania. Pio VI ejecutado por Canova está de rodillas delante de la confesion de San Pedro; el Moises de Miguel Anjel medita sentado a los pies de Julio II; i en uno de los mausoleos elevados en San Pedro a diversos Papas, tan imprudentemente desnuda yacia la Prudencia, que el Bernini hubo de arrojarla un velo de bronce para que disimulase un poco sus seductoras gracias. "Oh! Roma, que fuistes i que "eres aun la cabeza del mundo, yo te saludo" tambien como Byron. Los siglos despues de haber hecho su curso sobre la tierra, vienen a reposarse sobre lo alto de algun monumento de la ciudad eterna. En las plazas se alzan obeliscos de granito elevados en Menfis i Tebas en las primitivas edades del mundo: el tiempo ha.cernido en vano sus alas sobre ellos! César Pont. Max. lo erijió una vez en honor del pueblo romano; Paulo Pont. Max. lo levantó otra despues de caido, segun se lee en la doble inscripcion. Los nombres de Fidias i Praxiteles forman un mismo catálogo con los de Canova i Thornwaldsen; millares de columnas de porfiro i de granito, i de alabastro oriental andan hace cuatro mil años poniendo su hombro, adornado de capiteles varios a los santuarios de las artes; i tal columna que hoi decora la basílica de San Pedro, ha presenciado ántes los festines de los palacios cesareos, despues de haber sido sucesivamente salpicada por la sangre de las victi-

mas en los templos de Roma i Ejipto donde fué primitivamente erijida. Así el material artístico del culto cristiano en Roma se compone de los restos grandiosos de todas las creencias que han fecundado el espíritu humano, ejercitándose el arte moderno sobre este caudal de estátuas, bajo-relieves, mosaicos i capiteles. Los cultos antiguos deificando las formas legaban aquella belleza típica, en la cual debia encarnarse para complemento del arte, la belleza moral del Cristianismo; por lo que no hai a mi juicio profanacion mayor de las cosas santas que la de una imájen cristiana cuyas formas innobles o absurdas estan desmintiendo la belleza perfecta i como sobrehumana que debieran representar. Entónces el culto se vuelve material, i el cristianismo se degrada descendiendo hasta el fetiquismo, aquel culto de los pueblos bárbaros que adoran la serpiente del desierto, i los monstruos Gog i Magog, precisamente porque infunden terror a la muchedumbre brutal i supersticiosa. La artística Roma se cubriria la cara de vergüenza, si viera erijidos en alto algunos de nuestros crucifijos, con sus formas bastardas que rebajan la dignidad del Hombre dios, i aquel su semblante airado a veces, como si quisiera maldecir de sus sufrimientos en lugar de pedir perdon por sus verdugos, entre los cuales ha de contarse tambien al que tan deslealmente lo ha representado. Asi en Roma la Madona de yeso que el devoto tiene a su cabecera está modelada sobre alguna obra maestra del jenio.

Lleno de este sentimiento del arte he vivido en Roma familiarizando mi ruda naturaleza americana con las sublimes concepciones artísticas; i despues de haber recorrido basílicas, museos, ruinas i catacumbas, en busca de obras maestras, recuerdos históricos o tradiciones cristianas, solia ir a reposarme cerca del Moises en el vecino San Pedro *In Vincoli* o ante la Transfiguracion de Rafael, o la Comunion del Dominiquino en el Vaticano. I nosotros, he dicho para mí en aquellos momentos de embriaguez producida por la contemplacion de tantas bellezas, ¿por qué estamos en América condenados a la privacion absoluta del bello artístico, que en sus primeros ensayos muestra el límite que separa al salvaje del hombre civilizado, i en su apojeo es el complemento i la manifestacion mas elevada de la humana perfectibilidad? ¡Pueblos *nuevos* aquellos repite la vanidad americana, que no obstante encontrase en esto sorprendida en flagrante delito de barbarie no consiente en que se la llame bárbara! ¡Pueblos decrépitos diria yo, vástagos podridos de viejo i podrido tronco! Tampoco en España viven hoi las bellas artes: la relijion no pide ya la imájen de sus vírjenes a los talleres que, muertos los Velasquez, Murillos i Riveras, quedaron desiertos i abandonados. Por otra parte, reyes que encadenaron a Colon i abandonaron en el olvido a Hernan Cortez, nunca alzaron estátuas a los grandes hombres. Así murió aquella robusta escuela española, que en el siglo XVI intentó rivalizar con

la italiana, i cuyas producciones adornan hoi museos estranjeros; así murió Colon sin que su retrato siquiera nos quedara; asi Cervantes ha esperado tres siglos, que su patria levantase un pedestal a su fama europea, mas que española. La América fué conquistada cuando la España habia contraido aquel mal de consunsion que la ha minado durante tres centurias, i nuestras sociedades al nacer traian ya el virus. Algunos ensayos de Murillo, aprendiz de pintura entónces, he aquí todo lo que conociamos en América como bellezas artísticas ántes de la revolucion, que sin discernimiento echó a los muladares cuantos cuadros adornaban nuestras antiguas casas. I no se cite a los americanos del Norte, en corroboracion de que las bellas artes no tienen cabida en los pueblos nuevos. Norte-América a su vez nació *iconoclasta*, he aquí la causa i la diferencia. A ser pueblos nuevos debiéramos nacer con los instintos de nuestro padre, el siglo en que vivimos, herederos de todas sus adquisiciones; i en esto el Norte i no el Sud de América justifica solo la denominacion; pues que tenia aquel mui desde temprano, mas caminos de hierro que la Europa entera, mas vapores que la propia Inglaterra.

Jénova ha elevado a Colon un monumento, i Florencia una estátua a Américo, miéntras que en los paises descubiertos por el uno, i que llevan el nombre del otro, la gratitud de los que pudieran llamarse sus hijos, no se ha traslucido hasta ahora, por ninguna señal visible para honrar su

memoria. ¡I que suerte ha cabido a nuestros hombres de 1810! Washington i Franklin viven en el Capitolio, pero la losa sepulcral que cayó sobre los nuestros, pesará eternamente sobre sus cenizas.

Felizmente para honra de la América, en el taller de Tenerani, el primer escultor de Roma, vese el modelo de la estátua en bronce que a Bolivar ha mandado elevar un partícular de Bogota en Nueva Granada; i otra en mármol pedida por el gobierno de Méjico. Grecia i Roma sembraban mármoles tallados para cosechar corazones magnánimos, i en Jénova, donde el espíritu de la república que animaba a sus patricios ha fundado todos los establecimientos de beneficencia que existen, cuentanse mas estátuas de benefactores en un hospital, que no las hai elevadas a los santos del cielo en toda la América. Recientemente se han inaugurado dos en el hospicio de incurables, en honor de dos ciudadanos que legaron para su sosten dos millones el uno, i tres el otro! Así se cambia piedra por oro, egoismo por nobles i grandes virtudes. En América, empero, créense superfluidades los frutos eternos de las artes, que a su vez eternizan al hombre; i cuando en Chile insistia una vez porque se consagrase un monumento a la piadosa memoria del Presbítero Balmaceda, jentes mas piadosas que yo no sabian cómo caracterizar proposicion tan peregrina. Un dia llegará, sin embargo, en que entremos en el buen camino de que vamos tan estraviados, ha-

ciendo que se irradie hasta nosotros el arte europeo; pues que no teniendo que desenvolver un arte nuestro, todos los artistas debieran tener entre nosotros derecho de ciudadania. Necesitamos una estátua? Encomendáramosla a Canova, si Canova viviera aún; porque es solo la posesion del objeto artístico lo que debe hacer nuestra gloria cosmopolita en esto, sin curarnos de saber dónde quedaron los despojos del mármol desbastado. Otro tanto sucede en Roma, donde los Papas protectores de las artes nunca han inquirido de dónde les vienen los Miguel Anjel, Thornwaldsen, Gibsons, Canova i tantos otros estranjeros que han dado a las artes de Roma el cetro que conservan.

Preocupado de esta idea he recorrido los talleres romanos, modestos asilos a que no desdeñan descender Papas i soberanos, i donde el jenio paciente del artista está laboriosamente tramando nuevas bellezas, para gloria de la presente i futura edad. La jenerosa oficiosidad del maestro Cárlos de Paris, me ha guiado en esta esploracion que no considero inútil, i sus luces en la materia han suplido mi insuficiencia para apreciar el mérito de los objetos de arte que se ofrecian a mi admiracion. En América se construyen templos, aunque no siempre puedan los que los dirijen, engreirse de la perfeccion i estilo de su arquitectura: alguna vez los gobiernos desearan elevar una estatua; tal persona piadosa querria enriquecer un altar con un bello cuadro, i en todo caso, la opulencia puede tributar homenaje a las bellas

artes, darles asilo en sus salones, para honrarse con lo esclarecido de los huéspedes. He creido, pues, oportuno servir a estos intereses nacientes o por nacer, consignando en esta carta algunas indicaciones sobre los artistas actuales, escojiendo entre los que he conocido aquellos que ya empiezan a figurar en América, o que por el jénero especial de su talento merecen de preferencia que sean cuanto ántes conocidos.

Entre los pintores que descuellan hoi en Roma cuéntase a Coghetti bergamasco, pintor de historia sagrada, i que por la correccion clásica de su diseño i su estilo grandioso pertenece a la escuela de Rafael. Entre una multitud de obras que han contribuido a formar su reputacion, distínguese la Ascencion de Jesucristo, trabajo colosal, en el cual por la composicion i la elevacion mística del asunto parece aspirar, ya que no rivalice, a acercarse al ménos a la tan celebrada Transfiguracion. En casi todos los altares de Roma un gran cuadro ocupa la parte central, i Coghetti ha sido encargado por el Papa de la composicion del Martirio de San Lorenzo i de la del de San Estevan para sus altares en la basílica de San Pablo, actualmente en construccion. El gobierno de Méjico le ha encomendado igualmente un cuadro que pudiese servir de modelo de pintura a los jóvenes estudiantes. El artista, para corresponder al fin indicado, ha escojido el momento en que el Eterno maldice a Adan i Eva, por la violacion de sus mandatos, con lo que reunia en un gru-

po sencillo academias de hombres i de mujeres, ropajes en el Padre Eterno, i elevacion relijiosa en el concepto. El terror que la cólera celeste infunde, la vergüenza de la desnudez i la conciencia de la propia culpa están sublimemente representados en la madre del hombre; miéntras que Adan, sin dejarse abatir por la desgracia, sin maldecir de la mujer querida, aunque causa primera de tantos males, parece disculpar su lijereza, i cubriéndola con un brazo, escuchar con la cabeza inclinada la enumeracion de las penas que le aguardan.

Me apresuro a hacer mencion de M. Chatelain, aunque no aspira como el anterior a ocupar un lugar en las pájinas variadas de la pintura; pero que no es menos importante con relacion a la América. Su ambicion se limita a reproducir con fidelidad nunca desmentida, las obras de los grandes maestros, para satisfacer la demanda que de todas partes hai de estos modelos. Su taller está lleno de copias de Ticiano, Rafael, Rivera i cuantos grandes artistas han recibido ya la sancion universal. Los soberanos para palacios i museos, los jefes de la Iglesia para capillas i altares, dan activa ocupacion a su pincel; teniendo actualmente pedidos de Boston i de puntos remotos del mundo por el retrato del Papa actual. Como la falta de modelos en América es uno de los grandes obstáculos que el cultivo de las bellas artes encuentran, fácilmente se comprenderá de cuánta ventaja puede ser la adqui-

sicion de copias calcadas sobre las obras maestras de Roma, i casi puede decirse pasadas de una tela a otra, por la habilidad profesional del artista. De Paris, es otro artista que brilla solo hoi en un jénero de composicion, que él ha resucitado por decirlo así (por haber cultivado lo Poussin en su tiempo), enriqueciéndolo De Paris con competentes estudios en la especialidad. Este artista despues de haberse consagrado algun tiempo al jénero histórico, hizo una larga residencia en Méjico, i en medio de los esplendores de aquella naturaleza tropical, grandiosa, variada i a veces sublime, familiarizó su pincel con las iluminaciones tórridas, i las escenas naturales mas sorprendentes. Vuelto a Roma, rico de imájenes nuevas, se consagró al paisaje histórico, el cual ostentando en el fondo todos los primores de la creacion, se ennoblece por la colocacion en segundo término de alguna escena histórica. Este jénero se adapta admirablemente a las necesidades de la sociedad actual, por la mediana proporcion de las telas, que convienen a la decoracion de salones i gabinetes. Su *Paso del Mar Rojo* es sublime como composicion i brillante de luz i de accidentes naturales. El sol poniente prolonga sus irradaciones sobre la atmósfera polvorosa del desierto. La marea viene estrellándose contra las rocas de la costa, e iluminadas las ondas oblicuamente por los rayos del sol, dejan ver la escena desastrosa de un ejército sorprendido por la vuelta de las aguas, miéntras que Moises,

vestido de blanco segun el uso inmemorial de los árabes, domina desde lo alto de las rocas al pueblo que ha salvado, i a los enemigos que aniega bajo las olas, cuyo furor incita con la vara milagrosa que tiene alzada en alto, al mismo tiempo que grupos de hebreos sobrecojidos por el prodijio que presencian, parecen entonar el famoso himno del desierto. Las montañas secas i escarpadas, el mar alborotado, la atmósfera turbia, el lujo oriental de carruajes, caballos i jefes ejipcios que se aniegan a la luz del sol que ilumina de frente estos objetos, prolongando sus sombras como a la caida de la tarde, dan a este cuadro una riqueza de colorido que aumenta la solemnidad del asunto.

No es ménos importante su *Monte Calvario.* El pintor ha puesto la escena en lo alto del Gólgota i los espectadores reunidos a millares a causa de las fiestas de la próxima Pascua, agrupados en diversos planos segun que los accidentes del terreno permiten ver la escena. El primero i segundo término ocupanlo los curiosos vestidos con toda la gala oriental; pero en tercer plano hai un grupo que da a la composicion el interes dramático que inspira. María, la pobre madre del ajusticiado, ha venido acercándose al lugar fatal, en el momento en que sostenida por cordeles empieza la cruz a enderezarse. El grito de la mujer herida en la parte mas sensible de su existencia, herida en el amor maternal, parece resonar aun por entre las concavidades de las peñas, segun es de aflijente la es-

presion de la Vírjen i segun son los esfuerzos que por consolarla hacen San Juan i las mujeres que la acompañan. El rayo i el huracan que se desencadenan al anuncio de la muerte del Creador, iluminan i dan movimiento fantástico a todo aquel conjunto. De Paris, hermano del vizcónsul de Méjico, en relacion con los artistas de Roma, i mui entusiasta por la América que ha conocido en Méjico i de donde hizo venir jóvenes a estudiar las bellas artes a Roma, puede ademas servir de intermediario entre los americanos aficionados i los artistas romanos, poniendo a los primeros a cubierto de errores de dinero o de mérito en las adquisiciones artísticas que deseen hacer.

Distínguense ademas como pintores, Podesti, cuyo cuadro del Juicio de Salomon ha merecido jeneral aceptacion, Consoni, Chierici, Galofre español i otros muchos. Entre los escultores descuellan Tenerani i otros, de entre los cuales por convenir al objeto con que hago estas indicaciones solo citaré algunos. Barba, encargado actualmente del sepulcro que a la madre del banquero Torlonia ha de erijirse dentro de San Juan de Latran, i que se compone de un bellísimo grupo de estátuas mas grandes que el natural; pero la obra mas importante de su cincel es un grupo de José i la mujer de Putifar, que los intelijentes colocan entre los primeros trabajos del momento presente. Benzoni, es otro escultor que goza de celebridad en los grupos de niños sobre todo, de los cuales son los principales una pequeña niña que

arranca a un perro una espina de la pata; i la misma niña dormida, miéntras el perro la salva de una vívora que amenazaba morderla. Estos graciosísimos grupos han sido reproducidos varias veces, con variaciones mas o ménos sustanciales. Este escultor es ademas autor de un bello grupo del Amor i Siquea, en el que ha ostentado toda la gracia que el asunto requeria. Galli, digno discípulo de Thornwaldsen, i sin rival hoi en el diseño i ordenacion de bajo-relieves, es un escultor de mérito igual en asuntos sagrados i profanos, por su estilo que imita la correccion i gracia de los antiguos. Trabaja actualmente estátuas colosales para San Pedro, i adornos para la Capilla Torlonia. Agneni, fresquita profundamente versado en la teoria i en la práctica de todos los ramos de su arte, es acaso el único jóven de mérito, que con aptitudes iguales se halle en circunstancias de ponerse en América a la cabeza de un establecimiento público de enseñanza de las bellas artes, en caso de ser solicitado. Ultimamente, si hubiese de designar un arquitecto para complemento de la anotacion, ninguno llenaria a mi juicio las comisiones que se le confiaran, mejor que el signor Cippolla, pensionado en Roma del gobierno de Nápoles, jóven de talentos estraordinarios, i que ha hecho estudios tan profundos sobre el arte antiguo, que examinando las bases de la série de monumentos que constituian el santuario de Prenesto, el San Pedro de los antiguos romanos, i estudiando los estucos, fragmentos de cornizas, i

capiteles encontrados entre sus ruinas, ha emprendido con éxito restaurar el plan jeneral del edificio, con todos sus detalles, i el carárcter i jénero de arquitectura de cada pieza separada, segun la época a que pertenecieron : trabajo colosal, como se vé, i que revela una erudicion no comun, al mismo tiempo que de su buen gusto dan muestra irrecusable algunos planos de altares, palacios, i vilas de que ha sido encargado.

Su Señoría Ilustrísima perdonará en obsequio del buen deseo, lo minucioso de estos detalles, al parecer fuera de propósito en esta carta. Pero como la barbarie hace por algunos puntos de América admirables progresos, de lo que la Capilla de Nuestra Señora de los Desamparados es una prueba en su diócesis, no considero por demas indicar los arquitectos i artistas que pueden, llegando el caso, decorar dignamente un templo u otro monumento público. Hablaréle ahora de lo que mui desde el principio debiera haberle hablado, de Su Santidad Pio IX, el jefe actual de la Iglesia, que tan profundo interes excita hoi en el mundo.

Pio IX, a mas de su alta posicion como jefe de la Iglesia, tiene para nosotros la circunstancia, sin antecedente hasta hoi, de haber recorrido la América del Sud, i dejado amigos i simpatias en Montevideo, Buenos-Aires, Santiago de Chile i Valparaiso; por lo que millares de americanos pueden vanagloriarse de haber visto de cerca al que hoi se les anuncia revestido de los prestijios casi divinos del Sumo Pontificado. Tiene ademas

para mí, el mas encumbrado de todos los títulos a la veneracion de los pueblos cristianos, cual es el que le viene de haber quitado a la arbitrariedad de los gobiernos la sancion de la relijion, como que la libertad no es mas que la realizacion mas pura de la caridad cristiana, dejando a cada uno el libre arbitrio en que todo el dogma se funda; haciendo desaparecer de los actos públicos la violencia i la sangre, contra las cuales la mansedumbre cristiana ha protestado en vano cerca de veinte siglos.

Con tales antecedentes sobre el espíritu e ideas del nuevo Papa, puede imajinarse Su Señoría con cuánto placer recibiria el billete del camarero de palacio que fijaba la hora de mi recepcion en el Quirinal, i si debí cumplir de buena voluntad con el ceremonial que prescribe hacer tres jenuflexiones hasta besar el pié de Su Santidad, quien no bien hube terminado mis reverencias, "señor Sarmiento, me dijo, con bondad i en buen español, de qué punto de la América del Sud es V.?—De San Juan en la República Arjentina, Santo Padre—Ya estoi; San Juan de Cuyo, al Norte de Mendoza como. .tres o cuatro dias de camino—Dos cuando mas—Si (sonriéndose) pero VV. viven a caballo, i corren en lugar de caminar. Yo he andado por esos paises, i conozco a Mendoza, Buenos-Aires, Chile. ...—Lo sabemos Santo Padre, i los pueblos de América que tuvieron la felicidad de hospedarle, habrán recibido con entusiasmo la noticia de la exaltacion

de Su Santidad al Sumo Pontificado. Es el primer Soberano Pontífice que haya visitado la América—Si, es verdad......Dígame V...... Rivadavia!......el Jeneral Pinto, que es de ellos? Su voz tomó repentinamente un acento grave al hacerme estas preguntas, cuya solucion le interesaba tanto mas, cuanto que era yo el primer americano con quien hablaba despues de su exaltacion.—El primero ha muerto no ha mucho, le contesté, en Cádiz, desterrado i en la miseria; su administracion cayó en 1827 a causa de las resistencias que suscitaron sus reformas políticas i relijiosas, i sus partidarios han sido espulsados o esterminados. —Oh! esclamó con un acento profundo de disgusto, al parecer mezclado de compasion i horror.—El segundo, continué, por causas análogas dejó el gobierno en 1830, i mas feliz que Rivadavia, pudo retirarse a la vida privada donde permanece respetado i tranquilo.—Pero los gobiernos actuales, cómo son? Está siempre a la cabeza de los negocios aquel partido..(el Papa buscaba una palabra)....ultra-republicano?—Yo veia venir esta pregunta, i presumí que por la conciencia de su propio pecadillo, no queria apellidarlo *liberal*, aunque con el epíteto de ultra, que tanto desmejora la droga. Hícele, pues ,una breve reseña de los cámbios políticos obrados en aquella parte de América despues de 1830, por lo que respecta a Chile; pues por lo que hace a nuestro pais, era yo demasiado feliz en aquel momento para suscitar recuerdos dolorosos, i que tanto hu-

millan a nuestra pobre patria. Mostróse Su Santidad mui satisfecho de los sentimientos de moderacion que animaban al gobierno de Chile, no obstante su ultra-republicanismo, puesto que traté de hacerle comprender, cómo la idea de la monarquía repugnaba a nuestros hábitos, i cuánta sangre, crímenes i barbarie habia traido el gobierno absoluto de uno solo, en algunos puntos de la América del Sud. Observóme que aquellos gobiernos no tenian consistencia, a cuya objecion satisfice lo mejor que pude alegando en mi apoyo, los diez i seis años de paz de que Chile habia disfrutado sin cadalsos i sin despotismo.

En seguida me hizo mil preguntas sobre personas que habia conocido en América; un señor Donoso, otro Tagle de Santiago; un Palazuelos de quien le dije que era muerto, cuya noticia le causó una vivísima impresion; observándome que a la fecha debia tener 43 años, por lo que inferí, rectificando el error, que hablaba de don Pedro; i haciendo yo un movimiento involuntario de hombros i de manos para caracterizar la espresiva mímica del individuo; ese es! me respondió rebozando de alegria con la seguridad de que aun estaba vivo. Preguntóme por el señor Eyzaguirre; recordó la memoria de nuestro deudo el Obispo Oro, i me pidió noticias de Su Señoría. En fin despues de otros varios detalles quiso informarse del objeto de mi viaje i del tiempo que permaneceria en Roma, diciéndome que me veria con gusto a mi regreso de Nápoles, con lo que me retiré des-

pues de haberle besado la mano que me tendia para evitar que me postrase segunda vez. Bien deseaba yo tener esta segunda entrevista, para premunirlo contra las intrigas que andaban anudándose en la Curia, contra mi digno amigo el señor Donoso, Obispo electo de Ancud, i a quien desfavorecian informes siniestros de algunos enemigos suyos en Chile. No habiendo por la rapidez de mi viaje podido realizarla, me contenté con informar de ello a mis amigos en América i al señor Irarrázaval, que venia en camino para Roma.

No puedo abandonar este asunto, sin detenerme un poco sobre los antecedentes de este fausto advenimiento de Pio IX, que tan alto lugar ha de ocupar en la historia de los pueblos cristianos.

Gregorio XVI, el antecesor de Pio IX, acababa de fallecer, i el cónclave de cardenales se reunia para la eleccion de un nuevo Papa, bajo la influencia de todo jénero de alarmas e incertidumbres. Del acierto de la eleccion dependian la tranquilidad de Roma, las vidas de centenares, i acaso la existencia misma del papado, en cuanto gobierno político. La efervescencia de los espíritus habia llegado a su apojeo durante los últimos años del reinado de Gregorio XVI; la revolucion de la Romania acababa de ser sofocada; las prisiones de estado rebosaban con presos por causas políticas, i la sangre habia corrido en los cadalsos, i aun en matanzas desordenadas. La muerte del anciano Gregorio XVI ponia en nuevo conflicto

al gobierno papal, i a tal punto habian llegado las cosas, que o debia armarse de todos los rigores de los gobiernos terroristas, llenar de patíbulos todo el estado pontificio, enlutar familias enteras i recordar a los romanos los tiempos de Neron o de Cómodo, o bien cambiar súbitamente de política, hacer concesiones a la opinion pública, i otorgar a sus súbditos los derechos que hoi dia pertenecen a todos los pueblos civilizados. Porque, es preciso decirlo, el gobierno pontificio no habia esperimentado ninguna de aquellas saludables reformas, que a costa de tantos trastornos, han obtenido los pueblos modernos en estos últimos tiempos. Existe en Roma un patriciado rico e ilustrado que goza de un gran prestijio entre el pueblo i la clase media, con el cultivo de las bellas artes que tanto eleva el espíritu, con las tradiciones históricas que tan poderosa influencia ejercen sobre las naciones, i posee aquel sentimiento de la propia dignidad, que hace al hombre sobrellevar con impaciencia la arbitrariedad de los gobiernos. A esta circunstancia se añadia en el pontificado la singularidad de ser sacerdotes los empleados públicos, los jueces, gobernadores de provincia, i algunas veces hasta los jenerales de los ejércitos, gravitando ademas sobre los laicos el peso de abusos inveterados, el monopolio del pan i de la carne, la venalidad de algunos empleos, la arbitrariedad de los tribunales de justicia, las comisiones permanentes para las causas políticas, i las persecuciones por opiniones,

por parentezco, amistad o simpatias, mezclándose la relijion i la política, para castigar con actos reconocidamente malos, ideas, acciones i juicios reconocidamente buenos. "En esos tribunales, dice un escritor contemporaneo, verdaderos corta-cabezas, los mismos hombres son a la vez acusadores i jueces: no hai libertad en la defensa; ni aun en la eleccion del defensor, que el mismo tribunal impone, elijiéndolo de entre sus paniaguados. Procesos oscuros, ocultos, redactados en el sentido de la acusacion, e indefinida i arbitraria la clasificacion de la culpa, por la cual se castigan como delitos de lesamajestad, las opiniones, los pensamientos, i aun las afecciones del corazon."

Nada de exajerado pedian los revolucionarios de la Romania, sino la simple reforma de los abusos, que mas gravitaban sobre el pueblo romano. "Pedimos que conceda el gobierno, decia Pietro Renzi en su manifiesto, "plena i jeneral amnistia a todos los reos políticos desde el año 1821 hasta el presente (1845);

"Que de códigos civiles i criminales, modelados sobre los de los demas pueblos civilizados, i que consagren la publicidad de los debates, la institucion del jurado, la abolicion de las confiscaciones i la pena de muerte por delitos políticos;

"Que el Tribunal del Santo Oficio (la inquisicion existe en Roma) no tenga jurisdiccion sobre los laicos;

"Que las causas políticas sean seguidas i sentenciadas por los tribunales i segun las leyes ordinarias;

"Que los empleos i dignidades civiles i militares sean desempeñados por los seglares;

"Que la educacion pública sea sustraida de la sujecion a los Obispos;

"Que la censura previa de la prensa sea limitada a prevenir las injurias contra la Divinidad, la Relijion, el Soberano, i la vida privada de los ciudadanos;

"Que las tropas estranjeras (los suizos) sean licenciadas;

"Que se instituya una guardia nacional;

"Que, finalmente, entre el gobierno en el camino de todas las mejoras sociales, que vienen apuntadas por el espíritu del siglo, &c., &c., &c."

A todos estos clamores tan moderados, sin embargo, se habia mostrado sordo el gobierno pontificio, persistiendo i obstinándose en agravarlos con actos de persecucion del todo injustificables. Como en los tiempos antiguos, el pueblo romano se retiraba al monte sacro, para protestar contra las injusticias de los patricios; en Faenza los ciudadanos se habian visto forzados a reunirse armados en la plaza pública, para pedir satisfaccion i garantías contra los indignos ultrajes, que diariamente recibian en sus casas i personas, de una cuadrilla de campecinos estúpidos, que obraban o bajo la influencia del gobierno, o anima-

dos por su tolerancia; instrumentos brutales de una política aborrecida, de que no han faltado ejemplos en América.

En medio de todos estos desórdenes, las ideas del público eran sin embargo claras i fijas; la conciencia pública estaba perfectamente formada, i la desaprobacion universal que la marcha del gobierno encontraba, habia dividido el Estado romano en dos sociedades distintas; una que gobernaba, apoyada en cinco mil soldados alemanes i suizos, que por lo jeneral ignoraban el idioma italiano, i otra de nobles, de artistas, i de ciudadanos pacíficos; una en fin de verdugos, i otra de víctimas.

Como este estado violento era comun a toda la Italia de muchos años atras, los escritores italianos, Massini, Péllico, Renzi, Galletti, el Abate Gioberti, todos en fin cuantos se sentian dotados del don de la palabra, al mismo tiempo que atacaban las pequeñas i rastreras tiranías italianas, inculcaban en los ánimos la idea de la nacionalidad itálica, i la necesidad de reunirse bajo un gobierno central que dejando a los príncipes italianos la plenitud de su independencia, bajo formas moderadas i regulares de gobierno, constituyese de toda la Italia, tan deprimida hoi en la balanza política de Europa, una nacion respetable con una marina comun, representándose los diversos soberanos por ajentes en un congreso italiano. El Abate Gioberti, sobre todo, habia inculcado esta idea en una voluminosa obra que

tiene por título: *Del primato civile e morale degli Italiani*, en la cual, exajerándose la importancia de su nacion en los destinos humanos, hasta dar el epíteto de *bárbaros* a los franceses, ingleses i alemanes de hoi, inculca la idea de aquella sentida comunidad italiana, hallando en el papado mismo, un centro natural, forzoso i conveniente para el establecimiento de una representacion italiana bajo la éjida de la tiara, que no puede alarmar las susceptibilidades de los príncipes cuya soberanía tiene hoi subdividida la nacion. Todo esto, bien entendido en el supuesto de que la política del gobierno pontificio entrase en el espíritu e interes de los pueblos, i abandonase el sistema de opresion i de oscurantismo que la influencia austríaca le habia impreso. Cito esta obra, publicada en Paris en 1844, porque en ella se encuentran contenidas muchas, si no todas las ideas que actualmente ajitan a la Italia, bastando para juzgar de la aceptacion con que ha sido recibida, el saber que estuvo prohibida durante el anterior papado, i que en Venecia i Milan jemian aun en 1847 en los calabozos, aquellos a quienes la policía austriaca habia encontrado en posesion de algun ejemplar de ella.

En los momentos, pues, de la muerte de Gregorio XVI, millares de presos políticos reinchian las cárceles i los castillos; las guardias se hacian con bala en boca; toda la Italia estaba llena de emigrados romanos, i el odio público excitado por los recientes sucesos de la insurreccion sufocada

de la Romania, se habia cambiado en aquella inquieta espectacion que acompaña a las grandes crísis. El cónclave de los cardenales se reunia bajo estos siniestros auspicios. ¿Iba a continuarse la política del Papa difunto? ¿Qué se hacia con los presos políticos? ¿Qué concesiones se hacian a la opinion pública, o qué nuevos rigores se habian de ensayar para dominarla, i aterrarla? Hé aquí las únicas cuestiones que habia que ventilar para la eleccion de un sucesor de S. Pedro, del representante de Jesucristo en la tierra.

Para la completa intelijencia de estos acontecimientos, es preciso recordar que los gobiernos civiles de Europa ejercen una grande influencia en la eleccion de los papas. En los tiempos de la grandeza i preponderancia española, durante los reinados de Cárlos V, Felipe II, la España exaltaba al pontificado a sus protejidos i protectores: en seguida ejerció esta influencia la Francia, hasta que últimamente, despues de la revolucion francesa, i la decadencia española, quedó la Austria, esclusiva influencia política directora de las maniobras del escrutinio. El Austria habia aconsejado, mandado, la eleccion de los papas precedentes. Su inspiracion guiaba todos los actos del gobierno romano, i esta vez era de temer que prevaleciendo en el cónclave la influencia austríaca, las cosas continuasen el mismo camino que los antecedentes les tenian trazados. Por fortuna la Providencia habia preparado las cosas de otro modo. M. Rossi, emigrado largo tiempo

en Francia, actor en la revolucion de 1830, profesor en la Universidad de Paris, vuelto a Roma, habia sido nombrado embajador de Francia por Luis Felipe; i ya fuese sujestion de su gobierno comitente, para arrebatar al Austria la importante direccion de los negocios del papado, ya fuese inspiracion personal nacida de su propio convencimiento, el enviado de la Francia, italiano i romano de oríjen, perfectamente conocedor del personal del cónclave cardenalicio, puso mano a la obra de sacar al papado del mal camino en que una política peor aconsejada lo habia echado, i salvar a sus compatriotas de los males que los amenazaban. M. Rossi conocia íntimamente al Cardenal Mastai, poco influyente hasta entónces en los negocios públicos, i alejado naturalmente de un sistema que tanto debia repugnar a sus convicciones, i a la nobleza de su corazon. Seria empresa temeraria buscar los antecedentes que han motivado en Pio IX, aquel completo antagonismo de ideas que desde entónces lo separaban tan diametralmente de la mayoría de sus colegas. El jóven conde de Mastai habia mostrado, desde sus primeros pasos en la carrera eclesiástica, un espíritu conciliante, una intelijencia e instruccion aventajadas, i en prueba de ello, tan jóven como era en 1823 (treinta i tres años) i tan humilde en la jerarquia sacerdotal, simple canónigo, habia sido elejido consejero privado del primer nuncio apostólico que se enviaba a América. Este viaje mismo no ha debido contribuir en poco al libre

desenvolvimiento de sus ideas. Nada perpetua el atraso de las naciones tanto como el aislamiento. Matan a la España i a la Italia su forma peninsular i los Pirineos i los Alpes. Las preocupaciones locales parecen arrastrarse en un punto dado, cuando las montañas estrechan el horizonte, o la falta de contacto con otros pueblos priva al espíritu del espectáculo de otras preocupaciones, que comparándose entre sí se destruyen recíprocamente. Mastai habia visitado a Buenos-Aires i Santiago de Chile, en los momentos en que estos pueblos se entregaban a todas las ilusiones de un porvenir que juzgaban con envanecimiento, grandioso i fecundo en bienes. Acababan de derrocar un gobierno absoluto, i se preparaban a fundar uno nuevo, sobre las bases del derecho, la igualdad, i la justicia; i si bien el sacerdote, el enviado, tuvieron en la persona de Mastai ocasion de no quedar satisfechos de la conducta de los gobiernos americanos, el individuo, el jóven entusiasta por lo que es esencialmente bueno, el pensador, cuánto no debió gozarse a la vista de estos pueblos nuevos, preludiando en la carrera política, llenos de esperanza i de fé en el porvenir? Vése en la narracion de su viaje, como simpatiza su intérprete, segun lo que él mismo ha debido sentir, con los chilenos que por su propio esfuerzo habian sacudido un yugo ominoso! A su vuelta a Italia, entre sus sueños de ambicion, si alguna vez pasaron por su mente i no entraria la idea de conceder a los italianos

sus compatriotas esa misma libertad, porque estaban allí tambien inutilmente luchando? ¿No era mejor i mas fácil obrar así, que ensangrentar las plazas con ejecuciones diarias, rodearse para gobernar de esbirros aborrecidos, i hacer de la mision apostólica del papado una sucursal de las torpezas de la Rusia? Así al ménos lo indica al contemplar con la mente la catástrofe de Santa Helena.

Sea de ello lo que fuere, la verdad es que M. Rossi conociendo los sentimientos e ideas del Cardenal Mastai, lo propuso al conclave como candidato al papado, en oposicion a Lambruschini, el indicado por el Austria, i que el conclave aterrado por la gravedad de las circunstancias, deseoso de lavarse las manos de los crímenes i persecuciones que la continuacion de la política pasada traia aparejados, el conclave digo, sin echar mano esta vez de las demoras, intrigas, i supercherias de otras veces, el diez i seis de Junio de 1846, nombró en pocas horas i por una mayoria competente, soberano Pontífice al Cardenal Mastai, el cual al recibirse adoptó el significativo nombre de *Pio*, que encerraba en sí el programa entero de su administracion.

I en efecto, apénas el cañon de Sant-Anjelo anunció a la inquieta Roma su exaltacion, el júbilo estalló por todas partes, por aquella secreta revelacion que el pueblo tiene casi siempre de las cosas que le interesan. El primer acto de su pontificado fué al mismo tiempo el mayor acto de

clemencia, la manifestacion mas noble de una alma comprimida por largo tiempo, i que se desahoga, acumulando bondad sobre bondad, alentando a los que dudan, haciéndose el escudo de los perseguidos. La acta del diez i seis de Julio de 1846 con que se inició el pontificado de Pio IX, es no solo un monumento político, único en su jenero por la amplitud i liberalidad del perdon, sino tambien un monumento literario, por la ternura de los sentimientos espresados, i por la especie de dilatacion del corazon que se deja ver en cada uno de sus artículos, estendiendo las concesiones del primero por las disposiciones del segundo, amplificadas éstas en el tercero, i así sucesivamente hasta el fin. Su Señoría me agradecerá que consigne aquí este documento inmortal.

"*Pio IX a sus fidelísimos súbditos, salud i bendicion apostólica.*

"En los dias en que se conmovia en lo profundo del corazon, el público gozo por nuestra exaltacion al pontificado, no podiamos librarnos de un sentimiento de dolor al pensar que no pocas familias de nuestros súbditos no podian participar de la comun alegría, porque en la privacion de los consuelos domésticos sufrian gran parte de la pena en que alguno de los suyos habia incurrido, turbando el órden de la sociedad, i ofendiendo los sagrados derechos del príncipe. Echamos igualmente una mirada de compasion hácia una gran parte de la juventud inesperta, la cual aunque lanzada por falaces ilusiones en medio de los

tumultos políticos, nos parecia mas bien seducida que seductora. Por cuya razon meditamos estender desde ahora la mano, i ofrecer la paz del corazon a aquellos hijos estraviados que quisiesen mostrarse sinceramente arrepentidos. La afeccion que nuestro buen pueblo nos ha mostrado, i las muestras de constante veneracion que en nuestra persona ha recibido la Santa Sede, nos han persuadido a que podiamos perdonar sin peligro público.

"Por tanto disponemos i ordenamos, que el principio de nuestro pontificado sea solemnizado con los siguientes actos de gracia soberana.

"I. A todos nuestros súbditos que se hallen actualmente en lugar de castigo, por causa de delitos políticos, hacemos gracia del remanente de la pena, con tal que hagan por escrito solemne declaracion sobre el propio honor, de no desear en tiempo ni modo alguno abusar de esta gracia, i de querer llenar así fielmente todos los deberes de un buen súbdito.

"II. Con la misma condicion serán admitidos en nuestro estado todos aquellos súbditos que por delitos políticos han salido de él, los cuales dentro del término de un año de la publicacion de la resolucion presente, por medió de los nuncios apostólicos, u otros representantes de la Santa Sede, hagan conocer en la manera conveniente, su deseo de aprovechar de este acto de nuestra clemencia.

"III. Absolvemos igualmente a losque por ha-

ber participado en cualquiera maquinacion contra el Estado, se encuentren bajo prescripciones políticas, o bien declarados incapaces para ejercer oficios municipales.

"IV. Es nuestro ánimo que sean interrumpidos i suprimidos los procesos criminales por delitos meramente políticos, no terminados aun por un juicio en forma, i que los reos sean puestos en libertad, a ménos que alguno de ellos pida la continuacion del proceso, con la esperanza de poner de manifiesto la propia inocencia, i revindicar sus derechos.

"V. No queremos, sin embargo, que en las disposiciones de los precedentes articulos sean comprendidos los poquísimos eclesiásticos, oficiales militares, o empleados del Gobierno que hayan sido condenados, o se hallen prófugos o procesados por delitos políticos; con respecto a los cuales nos reservamos tomar otras determinaciones, cuando nos lo aconseje el conocimiento de sus causas respectivas.

"VI. Igualmente no queremos que en la gracia sean comprendidos los delitos comunes con que se hubiesen agravado los condenados, o prevenidos, o prófugos políticos; para los cuales queremos que tengan plena ejecucion las leyes ordinarias.

"Nosotros queremos creer que los que usaren de nuestra clemencia sabrán en todo tiempo respetar nuestros derechos, i su propio honor. Esperamos tambien que endulzados los ánimos con

nuestro perdon, querrán deponer aquellos odios civiles, que son siempre o causa o efecto de las pasiones políticas; de manera que se restablezca verdaderamente aquel vínculo de paz, con el cual quiere Dios que esten siempre unidos los hijos de un mismo Padre. Mas si nuestra esperanza fuese de algun modo frustrada, aunque con acerbo dolor de nuestro ánimo, tendremos presente en todo caso, que si la clemencia es el mas dulce atributo de la Soberanía, la justicia es tambien su primer deber. Datum Romae apud Sanctam Mariam Majorem die XVI Julii, Anni MDCCCXLVI, Pontificatus Nostri anno Primo.— *Pius P. P. IX.*"

A la publicacion de este estraordinario i nunca esperado decreto, se siguió la apertura de las cárceles de Estado, i los castillos de Civitavechia quedaron en una hora desiertos de los centenares de tristes huéspedes que por largos años habian habitado sus oscuros calabozos. Roma es acaso la ciudad del mundo que mas calamidades ha sufrido. La historia recuerda el vértigo que a la muerte de Neron se apoderó de los ciudadanos, los cuales salian a las calles con el gorro encarnado de los libertos, a abrazarse sin conocerse, a llorar del placer de encontrarse vivos, a olvidarse con la esperanza de mejores tiempos, de los horrores de que habian sido testigos. Otro tanto sucedia entre los primitivos cristianos, al proclamar Constantino al cristianismo, relijion del Estado. Los mutilados que habian sobrevivido al

martirio salian de las oscuras Catacumbas, donde vivian ocultos, para gozar en las calles de Roma del aire libre i de los rayos del sol, de que se habian visto privados: el pueblo se incaba de rodillas ante ellos para adorarlos, como a confesores de la fé hasta entonces perseguida a muerte; i los cristianos corrian a los templos, subian a las alturas o descendian a las capillas secretas de las Catacumbas a desahogar, en oraciones e himnos de gracias, el gozo de que se sentian abrumados. La amnistia del nuevo Papa renovaba para Roma el recuerdo de aquellas peripecias súbitas de su historia. La ciudad entera se lanzó a las calles, sin saber a qué, sintiendo estrecho para sus emociones el hogar doméstico. Millares de presos, desconocidos, envejecidos en la prision, medio desnudos, con el pelo desmenelado i la barba entera, corrian de un monumento a otro, estasiándose a la vista de aquellos inválidos de la antigua gloria de la patria, embriagándose con las emociones que en un corazon italiano produce el espectáculo de lo bello, de lo artístico; interrumpidos en fin, en sus correrias de locos, por una familia que queria reconocerlos, por una madre que pedia noticias de su hijo, preso muchos años, sin acertar a dar señas que conviniesen al cambio esperimentado por la edad. I luego, aquella muchedumbre romana que llenaba las plazas i el Corso, abrazándose, i riendo con las lágrimas en las mejillas, se la veia dirijirse hácia el Capitolio, i allí ante la estátua ecuestre de Antonino Pio,

las de Castor i Polux, la Minerva, i el palacio fabricado por Miguel Anjel, el inmenso Pópulo romano como en los tiempos antiguos, entonaba himnos en coro universal en alabanza del nuevo Papa, del nuevo emperador, del Marco Aurelio moderno. La ciudad se iluminaba espontáneamente, i del Capitolio el pueblo descendia en procesion para subir al monte Cavallo, i hacer llegar en el Quirinal hasta los oidos de Pio IX, el clamor unísono de cien mil voces humanas que lo aclamaban, Pio, Grande, i Salvador de la Italia; pidiéndole que desde el balcon echase sobre ellos i sobre la tierra, la bendicion papal, tan grata para los romanos cuando les viene de un príncipe amado.

Un cura de campaña, testigo de estas manifestaciones de regocijo, describe al Obispo de su Diócesis las fiestas romanas, con aquel colorido de las sensaciones esperimentadas, que no puede imitarse; por lo que prefiero insertar la parte narrativa de su carta. Estas fiestas ademas tienen el sello artístico i popular que caracteriza todos los actos públicos del jenio italiano. "Escribo, dice, mas bien bajo la influencia de la conmocion que del entusiasmo; escribo porque mi alma siente la necesidad de comunicar a los otros, los efectos esperimentados al ser partícipe de cosas grandes. De mi parroquia, en cuyo ministerio me siento casi envejecido, me trasladé a Roma, i conmigo casi todos mis feligreses; no quedando en casa sino los ancianos i los niños, i aun de es-

tos no todos. Por todas partes resuena el grito de la bondad de Pio IX, de aquella virtud que es el patrimonio de la grandeza, por lo que yo no podia resistir al deseo de ver a este hombre raro. Tardaba para mí el momento de verle levantar la diestra i bendecirme. En el vapor, que se encuentra en el puente Felice nos embarcamos cerca de cuatrocientos.

"No bien hube llegado a Roma i despues de haber pasado el menos tiempo posible en la hospederia, estuve pronto para ver lo que de grande i de bello presentaba la ciudad de las siete colinas. Mi pobre pluma acostumbrada a escribir omilias i catecismos para mis feligreses, no puede describir con propiedad lo que he visto en Roma en esta circunstancia. Hai ademas cosas que no pueden describirse; porque el entusiasmo, la admiracion, el gozo se sienten sin alcanzar a pintarlos. Su Señoría conoce el Corso de Roma. Dos filas de altas columnas fueron plantadas sobre la orilla de las veredas, i sobre cada una ondeaban dos banderas cruzadas, blanco i amarillo, con el escudo del Pontífice, i el mote que resuena en los labios de todos—Viva Pio IX! Eran en todos mil ochocientas banderas; sin contar con las innumerables hechas para llevar en la mano, de las cuales tenia una cada jóven de uno i otro sexo. En el fondo del Corso, tras de las dos iglesias de Santa María dei Miracoli, i la Madona di Monte Santo, se eleva un majestuoso arco de triunfo de noventa palmos de alto

i mas de ciento de ancho, imitando el de Constantino por el arquitecto Felice Cicconetti. Adornábanlo ocho majestuosas columnas, con capiteles corínticos, i ejecutadas con toda la perfeccion del arte. Sobre estas columnas se elevaban otras tantas pilastras, que sostenian los pedestales de los jenios de las provincias romanas ejecutados en plástica; seis bajo relieves adornaban esta majestuosa mole. Los dos que miraban hácia el Corso representaban—*Jesucristo que da las llaves a San Pedro.—Los apóstoles con la Vírjen en el cenáculo en el momento que desciende sobre ellos el Espíritu Santo.* Otros dos—*el Pontífice dando la paz—dando audiencia pública.* Descollaba sobre el arco un grupo colosal de tres estátuas. El Pontífice con la de la Paz a la izquierda teniendo un ramo de olivo i una corona, i la Justicia con el leon reclinado a la diestra; bellísimo pensamiento que espresa el *justitia et pax osculatæ sunt.*

"El alba de la mañana del ocho apareció serena como los votos i los deseos del pueblo romano, que mil veces rogó a la Vírjen a fin de que ni lluvia ni mal tiempo turbase aquel dia para él tan solemne. Todo el Corso estaba adornado de gala: paños, rasos, damascos, guirnaldas, colgaban de las ventanas i balcones. El palacio Rúspoli, donde está aquel famoso café iluminado con gaz, no presentaba en el primer piso sino una majestuosa galeria hecha por direccion i a espensas del señor Rissi. Leíanse inscripciones en el hospital de San Giácomo, en el casino del pa-

lacio Costa, sobre el arco triunfal, i sobre las telas pintadas que adornaban el semianfiteatro erijido al pié *del Obelisco del Pópolo;* inscripciones en muchas ventanas, almacenes i balcones, muchas de ellas bíblicas.

"Mas he aquí que el alegre resonar del bronce anuncia el arribo del Sumo Pontífice : la via del Corso se cubre de pueblo que en grata ajitacion anela por ver a Pio IX. El noble cortejo procedia lentamente, i era precedido no de guerreros, sino de un escuadron de jóvenes, que con un ramo de olivo elevado en alto i una bandera en medio, venian cantando el Osana. Sobre su pasaje se esparcian flores i ramos de olivo; flores derramadas por manos delicadas, llovian desde los balcones sobre las carrozas. Por todas partes se ajitaban banderas i pañuelos al grito incesante de viva! dando a estas escenas mayor movimiento el ahinco de cada uno para ver al paso al objeto de tanta felicidad, de donde resultaba el contínuo ondear del pueblo. Mi primer deseo fué en este dia satisfecho : vílo i derramé lágrimas de placer, porque la dicha tiene tambien sus lágrimas que nada puede contener.

"El cortejo se detuvo cerca del Arco, por indicacion del Pontífice que quiso ver la obra de la gratitud i de la admiracion de sus compatriotas. ¡Cómo podré yó, o Monseñor, describir el espectáculo que presentó en aquel momento la Piazza del Pópolo! Cómo describir aquel agrupamiento de jente, ondeando como el mar; aquel conten-

to que se manifestaba en todos los semblantes, aquel panorama que presentaban los palcos adornados con variedad, i sobre los cuales tremolaban banderas i cien otros emblemas? Sobre la pendiente del monte Pincio hombres i niños se trepaban sobre las estátuas de marmol que por aquel lado se levantan; i de todas partes al ajitar de los pañuelos, los víctores universales sofocaban el sonido de las bandas militares. Pio IX vió aquel espectáculo, vió aquel pueblo i lo bendijo! Cuán ajitado ha debido sentir su corazon en aquel sublime momento, i cuán inescrutables son los secretos de Dios! Hé aquí un hombre que, misionero i enviado apostólico a Chile cinco o seis lustros ha; despues sacerdote de celo i de caridad en Roma, recibe ahora los omenajes mas puros i cordiales, que pueda un pueblo tributar a un mortal.

"Concluida la ceremonia, cuando el Pontífice regresaba a su palacio del Quirinal, crecia la multitud i con ella el entusiasmo; acompañándolo el pueblo hasta Monte Cavallo en medio del mismo movimiento, i bajo la lluvia de flores, arrojadas desde los balcones del tránsito, tan ricamente adornados como los del Corso. Apenas Pio IX subió las escalas de su palacio, se dirijió al gran balcon para bendecir de nuevo al pueblo, que al verlo aparecer prorrumpió en clamorosos vivas. Mas cuando con una señal de su mano reclamó el silencio, cesó de improviso el rumor, no oyéndose sino el ruido que al caer ha-

ce el agua de la vecina fuente. Cada uno escuchaba en el mas profundo recojimiento la oracion que precede a la bendicion solemne; no cesando aquel reverente silencio, sino cuando el Supremo Jerarca hubo dado la bendicion, repitiendo el pueblo, *amen.*

"Ni terminaron con este acto solemne las fiestas del ocho de Setiembre. Al caer la noche el Corso estaba enteramente iluminado, unas casas con hachones de cera, otras con candelabros de colores, produciendo esta variedad un espectáculo encantador. Una tea brillaba sobre cada una de las columnas; i el pueblo en densa masa recorria la Via del Corso, gritando viva Pio IX! Era imposible dar ingreso a los coches, i aunque hubiese habido posibilidad para entrar, ninguno se presentó; i no obstante la apretura de las jentes, jamas vióse concordia mas grande; ningun desórden, ningun inconveniente entre estos millares de personas venidas de todas las ciudades i provincias vecinas, sin que la presencia de tropas fuese necesaria para producir efecto tan raro, hijo del contento universal.

"Una inmensa multitud de pueblo se habia reunido en la Plaza del Pópolo, donde se cantaba un himno en honor del Papa, ejecutado por centenares de jóvenes; himno puesto en música por el maestro Moncada, con breves palabras de jóven escritor; haciéndole eco el coro de Moroni, hecho sobre las palabras del poeta María Geva. Qué

espectáculo tan sorprendente! La armonia repetia las alabanzas de Pio IX, i creia yo al oirlas que el viento las llevaria en sus alas a las cuatro partes del mundo. Mas tarde en el silencio de la noche, oíanse por toda la ciudad estos coros repetidos por cuadrillas de jóvenes que los habian retenido de memoria.

"He ahí un paso en la civilizacion: la música debe hacerse popular. Llevo conmigo estos dos coros a mi pobre parroquia, i con ellos una coleccion de poesias bellísimas que haré leer a mis feligreses, que son mis hijos en el Señor. Pero buen Dios! me contrista la idea de que pocos saben leer: fáltame una escuela; pero ahora que conozco cuán útil es tener un pueblo instruido, quiero abrir una escuela, a fin de que todos participen de sus ventajas; yo mismo seré el maestro; porque es mui necesario que aun el pueblo de la campaña sea instruido. Pio IX me ha inspirado: la circular de su secretario de Estado recomienda la instruccion civil i relijiosa de la clase baja; i no teniendo maestro municipal quiero suplir personalmente esta falta. Pio IX ha fijado con su reino una época nueva, llena de dificultades; pero nosotros los sacerdotes debemos ayudarlo. Si todos recordamos el santo ministerio que Dios i la sociedad nos han impuesto, no faltaremos a nuestro deber; el porvenir será glorioso, i nosotros, ministros del santuario, recojeremos las bendiciones en esta i en la otra vida. Todos los sacerdotes debemos tener

presente que la civilizacion está en nuestras manos! Ai de aquellos que en vez de propagarla, la sofoquen!"

Rossini ha compuesto despues un himno para el pueblo romano, el cual fué ensayado en las termas de Tito que están sobre la Casa Aurea de Neron, el dia de la fundacion de la ciudad por Rómulus, que aun continuan celebrando los romanos; i con la sorprendente e innata aptitud artística de los italianos, vióse a la muchedumbre reproducir con inaudita espresion, al segundo versículo, la música del primer maestro de la época. Oh! si la aprobacion de un pueblo intelijente i eminentemente artista es la única recompensa que los hombres de conciencia i de corazon pueden apetecer, Pio IX ha gozado momentos de felicidad que a pocos hombres ha concedido Dios tan puros en la tierra; i las sencillas i cordiales ovaciones i triunfos que sus compatriotas le han prodigado, han debido darle fuerzas suficientes, para despreciar soberanamente en lo profundo de su corazon, el temido poder del Austria, i la política tortuosa de la Francia.

El advenimiento de Pio IX fué la señal de alarma para los gobiernos despóticos, como lo fué de júbilo i de esperanza para los pueblos i los hombres intelijentes, que se interesan en el progreso de la especie humana. Al mismo tiempo que la prensa de todas las naciones civilizadas i libres se estasiaba contemplando el raro vuelco que hacia el presente i el porvenir de la Italia, i

del mundo cristiano, el sombrio gobierno austríaco amenazaba al Papa bondadoso que habia probado en dos horas, que los presos políticos, los cadalsos, i el descontento público que se quiere ahogar en sangre i en violencias, son la obra esclusiva de los malos gobiernos. Las reformas que ya se traslucian provocaban otras tantas protestas fulminantes, como si el nombre de libertad, pronunciado libremente en Roma, fuese la condenacion i el anuncio de la caida de los despotismos italianos, i de la férrea dominacion austríaca en la Lombardia. El gobierno frances por su parte andaba parco en la manifestacion de sus simpatias; el rei de las dos Sicilias se llenaba de espanto, i toda la Italia en fin, en medio de las aclamaciones populares, que la policía no era parte a estorbar, esperaba con ánsia el resultado de estos preparativos de oposicion de los gobiernos, al simple deseo que el Papa habia mostrado de manifestarse justo.

Estas complicaciones esteriores tienen eco i forma en el interior tambien. El colejio de Cardenales está compuesto por los mismos individuos que habian participado, aconsejado i dirijido la política del papado anterior. Las oficinas, la Curia, la Propaganda, están de antemano organizadas, i los escribientes i secretarios del Papa eran sus espias, i aun sus delatores ante el Austria, que por este medio se ponia al corriente del pensamiento mismo del soberano Pontífice, aun ántes de haber sido formulado en actos públicos.

Hacian aun mas difícil la situacion de Pio IX las esperanzas o prematuras o irreflexivas de los mismos a quienes queria favorecer. Es el papado, como el imperio romano, un gobierno electivo en su esencia; pero una vez elejido el príncipe, la dictadura o el *motu-propio* es completo; absoluto, i no se cambia de un solo golpe una organizacion tan profundamente arraigada. A mas de que el papado ejerce por otra parte la soberanía de las conciencias, i por tanto no puede abandonar al pueblo sin desmentirse, la libre discusion de las ideas. Oponíanle, pues, resistencias de inercia la mayor parte de los funcionarios, la traicion oculta i disimulada muchos de los que lo rodeaban, al mismo tiempo que el pueblo se impacientaba, exijiendo reformas que no era dado al gobierno conceder, sin amenguar su autoridad. Situacion espinosa que habria arredrado a cualquiera otro hombre que no fuese Pio IX, plenamente convencido de sus ideas, resuelto a ponerlas en ejecucion, en despecho de las resistencias, i solo hasta donde se lo permitiesen los deberes augustos del Sumo Pontífice. "Animo Pio IX," le gritaba el pueblo reunido delante del balcon del Quirinal. "Animo Pio IX, i guardaos del veneno!" "Estais solo" le decian otras veces, al recorrer la via papal, pero nos teneis a nosotros. "Mandad i sereis obedecido," i un inmenso clamoreo de "sí, sí, aquí estamos para morir en vuestra defensa" le iba siguiendo, a medida que avanzaba el cortejo. Estas manifestaciones populares son mas fre-

cuentes e inevitables en Roma que en parte alguna, i vienen apoyadas en las tradiciones antiguas i en las prácticas mismas del papado; así es que las relaciones entre el Papa i el pueblo son íntimas, i el gobierno puede contar diariamente las pulsaciones populares, i leer en los semblantes el espíritu que anima a las masas. Cuando el pueblo se siente animado de alguna pasion, acude instintivamente al Monte Cavallo i se agrupa en frente de las puertas del Qüirinal, para pedir la vista del Papa, que tiene por costumbre presentarse al balcon, que para este efecto tiene el edificio, i desde donde da al pueblo la bendicion particular, a diferencia de la solemne *Urbi et orbi* que solo se administra desde el balcon de la Basílica de San Pedro. Cuando el Soberano Pontífice se dispone a visitar de ceremonia una Basílica, o una Iglesia particular, las calles por donde ha de atravesar el cortejo, se cubren de una capa de arena amarilla, a fin de hacer mas blando el movimiento de los carruajes. Este tránsito de antemano conocido se llama la via papal, i el pueblo se agrupa en hileras, a lo largo de ella, para ver de paso al Pontífice, que recibe en cambio de su bendicion las aclamaciones de gratitud i afecto cuando es querido, o el silencio indiferente, si no goza del aura popular. De este modo la opinion pública está patente a los ojos pontificios, i el pueblo puede ejercer su parte de influencia en el ánimo de los que gobiernan, a no ser que estos cierren sus ojos i endurezcan su cora-

zon, para no ver ni sentir las necesidades ni los deseos de las masas. Pio IX mismo no ha estado libre de presenciar la desaprobacion romana, manifestada del modo mas noble i digno que puede hacerlo un pueblo. La prensa en Roma está sujeta a la censura; i esta censura desempeñada por un solo individuo era arbitraria, absoluta, sin responsabilidad, i sin limitarse a materias relijiosas o políticas. Una idea que sobre bellas artes no agradase al censor, por ser contraria a las suyas propias, no podia ver la luz pública, porque el censor la rechazaba. Así continua gobernándose el Austria, la Rusia, i todos los paises despotizados. Pio IX queria reformar este abuso embrutecedor, pero en los límites que la mision relijiosa i la organizacion del papado lo permiten; i al efecto nombró una comision de censores, limitando a materias especiales la censura, i escojiendo para ejercerla personas competentes. Hai sin embargo una conciencia publica del derecho que es comun hoi a todos los pueblos cristianos, la misma en Inglaterra que en Roma, en Francia que en Rusia, entre los que han cultivado su intelijencia; i la reserva papal, tan fundada en necesidades de su ministerio, chocaba con esta conviccion comun a todos los pueblos cristianos, de que la manifestacion del pensamiento escrito debe ser tan libre como la palabra, no pudiendo castigarse con justicia el delito de palabra o por escrito cometido, sino despues de emitido i publicado. El *motu-propio* papal, como todos los decre-

tos, llevaba las armas de la familia de Mastai, distintivo de su reinado, i cuando el edicto que creaba la nueva censura fué fijado en los parajes públicos, el descontento no tardó en manifestarse, pero de una manera tan artística, que valia la pena de perdonarlo. Al dia siguiente aparecieron todos los carteles con las armas de Gregorio XVI, que los descontentos habian pegado sobre las de Mastai, para indicarle que en aquella medida al ménos, continuaba el espíritu de la administracion anterior; epígrama mudo pero elocuente como el cadáver de Cesar presentado al pueblo romano por Marco Antonio, i que entristeció profundamente a Pio IX. Mas tarde, con motivo de otra medida impopular, el pueblo se reunia a lo largo de la via papal, i un silencio sepulcral acojia en lugar de los acostumbrados vítores i aplausos, al silencioso i triste cortejo, que parecia mas bien llevar al Papa a un duelo que a las ordinarias funciones de su ministerio.

Estas pequeñas contrariedades no han estorbado que Roma, como la Italia, como el mundo cristiano, haga plena justicia a la pureza de sus intenciones, i a la decision con que ha emprendido la reforma de los envejecidos abusos del papado. Visitaba a principios de 1847 el convento de Santa Croce in Jerusalem, i los monjes que lo habitan le enseñaban en la carta, la Italia, con su forma conocida de una bota; i Su Santidad con tono indicativo replicaba: "Bella! pero le falta a la bota una espuela." Cuatro dias despues en la

célebre biblioteca Casanatense que está en Santa María Supra Minervam, alguno pedia la vida de Julio II. "Fué un gran Papa," observó Pio IX; "pero, tenia en su favor el colejio de cardenales, i todo le era lícito emprender"—"También tuvo enemigos, le hizo presente el cardenal que de oficio estaba en su compañía—Pero, los pulverizó," contestó Pio IX con voz breve i acentuada que impuso silencio a su interlocutor.

Estos dichos del Papa i sus acciones, aun las que él deseara tener secretas, entretienen con largos comentarios la ávida curiosidad de los romanos. Una señora que lo habia conocido en otro tiempo, hallándose en la miseria, imploró su beneficencia, por un memorial. El Cardenal que recibe estos escritos no prestó atencion a la súplica, o no la creyó fundada. Un segundo memorial indujo a Pio IX a desear conocer por sí mismo el asunto, para cuyo fin, vestido de clérigo particular, acompañado de un solo familiar, se presentó en casa del cura vecino a la residencia del suplicante para hacerse conducir. Introducido a la familia, el Papa pudo juzgar a vista de ojo, de la angustiada situacion de aquellos que en otro tiempo habia visto en la opulencia, i hubiera terminado su vista sin ser reconocido, si un niño de siete años no se hubiese acercado a la madre, diciéndole despavorido, i señalándolo "Mamá! el Papa!" Echarse a sus pies la familia i recibir seguridades de proteccion i amparo por siempre, fué

el desenlace de esta escena, que valió al Cardenal una reprimenda, i a la señora una pension.

Uno de sus camaradas de colejio volvia del destierro i pidió una entrevista al Papa, quien sabiendo su estado de penuria, abriendo un escritorio i dándole dos escudos que en él halló: "He aquí, le dijo, todo el caudal de que puede disponer Pio IX en este momento; pero el tiempo nos pertenece a ámbos, i él vendrá en nuestro socorro." Pietro Renzi el célebre abogado, caudillo del levantamiento de la Romañola, admitido a la presencia del Soberano Pontífice, prorrumpió en sollozos al verlo; el Papa conmovido lo estrechó entre sus brazos llorando, i nada pudieron decirse de las escusas que el uno debia hacer, o de la reiteracion del perdon publicamente acordado por el otro. Sajani era uno de los escritores emigrados de muchos años establecido en Malta, autor de la *Speranza*, periódico revolucionario, i que volvia a Roma aprovechando de la amnistia. Obtuvo sin dificultad una audiencia de su Santidad, de cuyos pormenores dió cuenta la prensa contemporánea. Citaré algunas palabras de Su Santidad, que tienen relacion con los primeros actos de su gobierno. "En nuestros paises meridionales, decia el Papa, los hombres son un poco perezosos; no es como en los paises frios, donde casi por fuerza reina una grande actividad, aunque no fuese por otra cosa que por librarse del frio. Pero yo espero que se promove-

rán las buenas industrias..... "Se hará, se hará todo lo que se pueda! pero hai tanto que hacer....! i cuánto! Esto requiere tiempo, no son cosas del momento." Continuó hablando, dice Sejani, sobre la industria, con las doctrinas de un verdadero economista; habló de caminos de hierro, de códigos, de la guardia cívica de Bolonia, i finalmente le preguntó de qué se ocupaba en Malta. Entrando en asuntos de imprenta, pidióle permiso de hablarle con toda libertad, esponiéndole, cuando lo hubo obtenido ilimitado, algunos de los pensamientos publicados en la *Speranza* con respecto a la situacion de Italia. Pidióle Su Santidad en seguida detalles sobre un períodico protestante, *L'Indicatore*, que se imprimia en Malta, inquiriendo quiénes eran los redactores. Sejani satisfaciéndole, añadió que todos los diarios protestantes se habian mostrado entusiasmados con su exaltacion, a lo que Su Santidad respondió que habia leido muchos artículos, sobre todo los del *Times*, i despues de vario discurrir concluyó diciendo "yo debo hacer tambien mi parte de Obispo. Acordaos de los asuntos relijiosos, hijo; si los habeis descuidado, volved a ocuparos de ellos:" con lo que le dió la bendicion para sí, su mujer i su hija a quien conocia i estimaba mucho.

Otro emigrado habia vuelto de Inglaterra donde se había casado con una dama protestante. La Curia se ensayó en persecuciones contra los esposos, i el emigrado a punto de abandonar de

nuevo su patria, quiso al fin esplicar su embarazosa situacion al Papa. "Esposo, le dijo este, poniéndole una mano sobre la cabeza i alzando la otra al cielo, estais unido ante Dios a tu esposa : ciudadano romano, vuestro deber es permanecer donde la patria necesita de sus hijos. Yo arreglaré este asunto." La inglesa, que oia estas palabras, se precipitó a los pies de Su Santidad, esclamando : católica! católica! quiero ser católica! Pero el Papa levantándola del suelo, la dijo — "No! No se convence el espíritu por los movimientos del corazon, i no han de abandonarse las creencias en que se nos ha educado, en un momento de emocion. Vaya V. señora, i si un dia, serena i tranquila, se siente llamada a entrar en el seno de la Iglesia, yo le abriré de par en par las puertas; yo le administraré el bautismo." Un devoto iluso habia dejado una gran fortuna al sacerdote que le dijese la primera misa despues de muerto; medio de salvar el obstáculo opuesto en Roma a los legados en favor de órdenes relijiosas. Apénas lo supo el Papa, dijo una misa a la intencion del finado, se declaró heredero universal, segun el tenor del testamento, i convocando a los deudos, perjudicados por aquella disposicion, les rocomendó proceder a las particiones, segun los trámites ordinarios.

El Agro Romano es un yermo desierto, cenagoso, estéril i enfermizo, a causa del abondono en que la agricultura yace a los alrededores de Roma. La esperanza de mejores tiempos impri-

me en Roma a los espíritus una actividad hasta ahora desconocida, i gran número de patricios, propietarios de grandes eriales, se constituyeron en Sociedad Agrícola, con el objeto de vender terrenos, i emprender trabajos de disecacion, a fin de mejorar la agricultura i dar ocupacion al pueblo. Pio IX se presentó en la sala de las sesiones, se inscribió miembro de la sociedad, decretó en su favor una suma considerable, declarándose protector del instituto. Los mendigos que infestan a Roma llamaron desde luego su atencion, espulsando del estado romano los de otros estados, i prohibiendo en muchas categorías de empleados subalternos, prácticas envejecidas, que saben de lejos a mendicidad. El proyecto de establecer caminos de hierro mereció a Su Santidad decretos que los favorecian. La educacion popular, tan vergonzosamente atrasada en el estado romano, llamó desde luego su atencion; siendo digna de citarse la declaracion con que principia el decreto siguiente. Dice así:

"Roma, Agosto de 1846. — Los delitos, i entre ellos las riñas i los hurtos, que con demasiada frecuencia ocurren de algun tiempo en algunas provincias del Estado Pontificio, han inducido al gobierno a proveer como lo hace, no solo con los medios correspondientes a la necesidad urjente del momento, sino con sabias medidas para prevenirlos, que destruyan la causa, o disminuyan por lo menos su perniciosa influencia."

"La primera de ellas, no puede ménos de re-

conocerlo, es el ocio, al cual se abandona una parte de la juventud artesana o campecina, i de allí viene la necesidad de procurarle útil ocupacion, i sobre todo vijilar la buena educacion de los niños, que abandonados a sí mismos harian temer por un porvenir aun peor."

"Penetrada la Santidad de nuestro Señor, de la grande importancia de esta verdad, ha ordenado llamar la atencion de los jefes de provincia, a fin de que, de concierto con los majistrados locales, retraigan del ocio a la juventud, aplicándola a trabajos de utilidad pública; i aprovechando del socorro de los zelosos ministros del santuario, de los nobles i de los ciudadanos probos, como ya ocurre en todas partes, pongan mano a la obra de estender en cada localidad la educacion civil i relijiosa de la ínfima clase del pueblo."

En estas como en las subsiguientes medidas, podia quedar completamente satisfecho el deseo espresado por los que en las luchas de la Romañola, pedian "que el gobierno pontificio entrase en el camino de todas las mejoras sociales que vienen apuntadas por el espíritu del siglo."

Siento que me he estendido demasiado sobre este interesante punto, por lo que, i para no fatigar la atencion de Su Señoría, entraré en algunos pormenores de viaje que distraigan el espíritu de preocupaciones tan graves. El espacio de tiempo que media entre el carnaval i la Semana Santa es demasiado largo a haberlo de pasar en Roma, i yo estaba devorado por el deseo de visitar las rui-

nas de Pompeya i el Vesubio, para retardar por mas tiempo mi escursion hácia aquellos sitios tan celebrados en todas las épocas. I ahora que nombro Pompeya, quiero encargar a Su Señoría de hacer en San Juan una ejemplar justicia; cojiendo de una oreja a nuestro primo M.*** i haciéndole leer en esta mi carta, Ruinas de Pompeya. Es esta condigna reparacion de una antigua ofensa, que debo referir para justificar mi demanda. Era mi cabeza desde pequeñuelo, allá en nuestra remota i poco erudita provincia, un cajon de sastre lleno de retazos de historia, viajes, vidas de santos, cuentos de brujas i aparecidos, i otras mil sarandajas que por brevedad no inventarío. Fué Su Señoría Ilustrisima quien siendo cura del lugar me puso la cartilla en la mano, como dicen, i no habrá olvidado, porque no lo he olvidado yo, que a la edad de cuatro años me habia labrado la reputacion del lector mas petulante i griton que se habia hasta entónces visto. Las truncas nociones que sin proponérmelo, adquiria con la frecuencia de leer, vagaban largo tiempo en mi espíritu, como las nubes en el espacio, cuando no encuentran punto de apoyo para aglomerarse, hasta que un librote que el acaso ponia en mis manos llenaba un vacio; otro mas tarde venia a esplicar un pasaje no bien comprendido. Así adquirí muchas nociones históricas en la edad, en que el comun de los niños solo piensa en sus pasatiempos, i ahora que he visitado a Roma he podido reconocer a primera vista los monumentos por la imájen que

de ellos conservaba grabada en la memoria desde la primera infancia en que pasaba horas enteras, recorriendo una *Guia romana* impresa dos siglos ha, i que fué mi primera adquisicion en libros.

No sé cómo ni cuándo hube de leer una relacion del descubrimiento de Pompeya, i heme aquí que no pudiendo contenér el asombro i la novedad dentro de mí mismo, salgo al atajo a los pasantes para narrarles la portentosa historia, con lo del aceite i pan encontrados; cuentosela a M.*** i en lugar de quedarse boquiabierto como yo me lo habia prometido, se me rie en los hocicos de buenas a primeras; i cada vez que hai jente reunida me hace contar el cuento de Pompeya, para diversion jeneral.

He visto pues aquella Pompeya que me traia preocupado en mi infancia, i me hace ahora recordar la incredulidad de M.*** Dos dias despues de mi llegada a Nápoles, iba alargando el cuello por sobre los montones de cenizas volcánicas, para descubrir cuanto ántes sus calles solitarías; i como si fuese posible olvidar que se entra en una ciudad de muertos, el cicerone introduce al viajero por la Via de los Sepulcros, de los que ya lloraba como tales aquel pueblo sufocado en una hora, i cuyos nombres lee de paso como en nuestros actuales cementerios. Al penetrar en la ciudad por la puerta misma que daba entrada i salida a los habitantes, el cúmulo de ruinas se presenta de golpe a la vista, i es lástima que no

pueda aplicarse a las ciudades muertas por sufocacion, como a los seres animados, el galvanismo, para hacer la tentativa de volver a la vida este cadáver guardado diez i siete siglos. El empedrado de las calles conserva las huellas de los carruajes, las fuentes están intactas, i un canal antiguo lleva hoi como ántes el mismo caudal de agua. En las bodegas contiuas puestas en hileras las ánforas que contenian el vino; i en un estremo del mostrador de los cafees, o ventas de bebidas calientes se conserva la hornilla que servia para prepararlas. La casa-quinta de Diomedes, un rico comerciante, adornada con esquisito gusto, encierra mas comodidades que nuestras casas modernas, recordando por su distribucion interior las de Sevilla en España o las de Montevideo en América. Los árabes, como se sabe, han conservado la arquitectura doméstica de los romanos, i nosotros los españoles la hemos heredado de ellos. Un zaguan conduce al primer patio, rodeado de habitaciones i con un aljibe en medio, i un segundo patio con corredores precede a un pequeño jardin. Si el viajero quiere saber que fué de Diomedes i demas moradores, el *cicerone* lo conducirá a la bodega, para mostrarle en uno de sus estremos, la estampa de un grupo de seres humanos clara i perceptible sobre la muralla. Allí se hallaron entre los huesos de los esqueletos reunidos, brazaletes de oro, anillos i pendientes de las jóvenes de la familia; i en el Museo de Nápoles se guardan algunos fragmentos de ceniza

endurecida que conservan formas de seno de mujer. Los infelices habian ganado la bodega como el último asilo donde aun podia respirarse aire sin mezcla de cenizas abrasadas.

Hánse descubierto varias calles, nueve templos, dos plazas o foros que debieron estar rodeados de pórticos i estátuas, una basílica, dos teatros, termas públicas, un anfiteatro i el cuartel de los veteranos. Setenta i tres esqueletos reunidos en sus cuadras han dejado comprender que la severidad de la disciplina romana habia retenido la guardia en su puesto hasta morir sufocada. Pasan de treinta mil los objetos de bronce de uso doméstico encontrados en las ciudades sepultadas, i los brazaletes, anillos, collares, camafeos, i piedras preciosas reunidos, bastarian a fundar la riqueza de un banquero. Guárdase igualmente en el Museo de Nápoles, harina, pan carbonizado, miel i aceite endurecidos, guizantes i miniestras petrificadas; ropa amontonada en la arteza, i entre pomadas i peines el consabido colorete que nunca hizo falta, donde viven hijas de Eva.

Lo que mas sorprende, recorriendo la silenciosa ciudad, es la vulgarizacion del buen gusto, a todas las clases de la sociedad. Todas las habitaciones, galerías i aun las cocinas están adornadas de pinturas al fresco, i arabescos de un gusto esquisito, i los pavimentos cubiertos de mosaicos, muchos de ellos como el de la batalla de Alejandro i Dario, obras maestras, de inestima-

ble valor. Un jardinillo o macetas de flores por lo menos, han decorado el interior de cada casa; i por todas partes vénse fuentes decoradas con una profusion i gusto que llena de admiracion.

En estas ciudades risueñas aun despues de muertas, la miseria de nuestras clases pobres parece no haber tenido representantes, pudiendo suceder que la distribucion de esclavos hecha por el gobierno a los ciudadanos romanos, impidiese la aparicion de la indijencia; puede ser tambien que las filas del ejército, las colonias lejanas recojiesen en su seno los individuos i las familias que no podian vivir con comodidad necesaria. Obsérvase ademas que no hai casa por reducida que sea, que no tenga su pequeño oratorio, de entre cuyas ruinas se han entresacado los lares de la devocion particular de cada familia: una calle se llama de Mercurio a causa de un templo que hai en ella consagrado a este dios, otra de las Vestales, como de las Capuchinas entre nosotros.

Herculano es menos curioso, aunque no menos rico en la pequeña parte descubierta, por no permitir la dureza de la lava, i la seguridad de la ciudad de Resina que está sobre él, la continuacion de las escavaciones. Del magnífico teatro descubierto se han sacado las estátuas de la familia entera de los Balbos, padre, madre, hijo, i dos niñas, suficientemente feas las de estas dos últimas para no creerlas copias favorecidas de los orijinales. El hallazgo de estas ruinas ha servido

mas a la intelijencia de la historia que todos los libros i los monumentos romanos; pues la distribucion de las habitaciones, los utensilios encontrados, los anuncios i carteles escritos en las murallas anunciando funciones i espectáculos, en fin la multitud de bronces, frescos i adornos, han hecho adivinar los gustos, ocupaciones, ideas i manera de ser de los hombres que habitaban aquellas ciudades.

Bastan estos detalles, hoi de todos conocidos, para dar a Su Señoría una idea abreviada de aquellas ruinas, sobre cuyos tesoros se han escrito libros profundísimos. Escusaré a sí mismo, porque no lo hice en tiempo i lugar, por llegar mas pronto a Pompeya, el trazar un bosquejo del panorama de Nápoles, i los sitios encantadores que la rodean, como guirnaldas de flores, ni las riquezas artísticas que encierran sus museos en nada inferiores a los de Roma. Cuando ya habia visto espirante, en la *Grotta del Cane*, el perro que introducen en el gas carbónico, i aspirado yo mismo el gas ammoniaco en otra vecina; visitado la Solfatara, costeado el lago Averno, entrada sombría del infierno de Virjilio, i echóme introducir en hombros a la oscura gruta, en que pronunciaba sus oráculos la inflexible Sibila de Cumas, tomé con una caravana de viajeros el difícil camino del Vesubio, peregrinacion que sin mengua no puede escusarse de hacer quien visita a Nápoles, tanto mas cuanto que la vista de aquel terrible laboratorio, en cuyas en-

trañas se fraguan los mas terribles fenómenos de la naturaleza, recompensa con usura de las fatigas del penoso ascenso.

El Vesubio se compone hoi de tres partes distintas. Forma su base el gran cráter que al tiempo de su primera erupcion en 79 sepultó bajo lavas o cenizas a Herculano, Pompeya i Stabia, el cual se alza hácia un lado como las ruinas de un anfiteatro colosal. De su centro, i formando el costado opuesto, arranca el cono del volcan moderno, elevándose a una considerable altura i surcado por todos lados por las corrientes de lavas que han descendido en las grandes erupciones de 1822, 34 i 39. Ultimamente despues de haber ascendido a su cima con fatiga indecible, se presenta, entre los escombros de lava humeante aun, otro pequeño cono, de cuya base brotan torrentes de materia derretida, que circulando en torno de él como una culebra de fuego que se enroscara sobre sí misma, van a enfriarse a la distancia i engrosar la cúspide del gran cono. Cuando este último respiradero se ha elevado mucho por el sucesivo acrescentamiento de materias, el volcan sintiéndose oprimido, hincha su enorme espalda i arroja lejos de sí el cono demasiado estrecho ya, para abrirse una nueva boca, sin cuidarse mucho de sepultar dos o tres ciudades vecinas, o cubrir de lava negra i esteril la fertil campiña que produce el célebre *lácrima-cristi*.

La columna de humo que desde abajo se divisa este año, elevándose permanentemente en el ai-

re, cubre, mirada desde lo alto del segundo cono, toda la parte superior del cielo, i el cono superior regado de intervalo en intervalo por los fragmentos de lava que arroja el volcan, presenta por momentos el aspecto de un inmenso incensario sembrado de espirales de humo. De momento en momento el volcan hace un pequeño bufido, el humo se ilumina, como al dispararse el tiro de un cañon, i la erupcion de materias enrojecidas sube en línea recta, hasta que disminuyendo la fuerza de impulsion, cada fragmento describe un arco de círculo, viniendo a caer a mas o ménos distancia del cono. No hai placer como el de tener mucho miedo, cuando esto no degrada i es solicitado espontáneamente, ni sensaciones que ajiten mas profundamente el corazon que las del terror! Oh! Yo me he hartado en el Vesubio con estos raros goces, i despues que de regreso en Nápoles dormia con aquel sueño letárjico que repara las fuerzas estenuadas por las fatigas del dia, veia en sueños venir hácia mí en derechura, los fragmentos de lava, sin que me fuese posible moverme una línea, retenido por una fuerza incontrastable. Es el caso que sin haber hecho nada para merecer tanta distincion, hube de ser aplastado i asado con mas prontitud que un *beefteak* a la parrilla por la presion de un enorme pedazo de lava. Habíamos diez o doce curiosos acercádonos, cual mas cual ménos, sin accidente alguno hasta los lugares en que de ordinario cae la lava, despues de lo cual un guia i yo nos desviamos hácia un torrente

próximo para incrustar monedas en la materia derretida, segun es práctica de los viajeros. De repente, i cuando mas engolfado estaba en mi novedosa ocupacion, el volcan hace un bufido i una lluvia de piedras enormes oscurece el cielo. El guia se endereza súbitamente repitiendo ¡le pietre!.... le pietre! le pietre! ajitando con intencion una mano hácia mí, i mirando fijamente al cielo. Hice otro tanto yo, pudiendo ver desde luego doce por lo ménos que venian con rumbo hácia nosotros; pero falto de pericia para calcular la direccion precisa de cada fragmento, faltóme la presencia de ánimo, i he aqui el raro espediente que para salvar, no pudiendo correr, me sujirió el miedo: bajé la cabeza, encorbé las espaldas, saqué los codos hácia atras i haciendo con la boca aquel jesto i contraccion que hacemos cuando vamos a recibir un golpe inevitable, aguardé que las piedras cayesen. Una masa como de seis quintales de lava vino a engastarse a distancia de una vara de mí, i no mas de dos pies del guia que la habia visto venir sin pestañear ni moverse, cayendo cuatro o cinco fragmentos a pequeñas distancias en todos sentidos. Nos miramos uno a otro, yo con la boca i los ojos mas abiertos que de costumbre, él, taimado con la risa de la indiferencia en los lábios, continuando su ocupacion en el torrente, i yo por encontrar un poco insulso el gusto de incrustar monedas, yendo a incorporarme a los demas, que se hallaban a mas prudente distancia.

Este incidente me daba a los ojos de los otros, cierta posicion espectable, por lo que un jóven ingles bello como un Adonis, i atolondrado i alegre como un frances, se dirije a mí de preferencia para proponerme subir al cono superior i asomar las narices al cráter mismo del Volcan. Convenido! Un guia pide tantos carlines por conducirme, i cuanto mas i cuanto ménos, el trato queda definitivamente cerrado, porque no es posible ir mas de dos personas juntas por temor de *le pietre!* Desde luego hacemos un rodeo penoso por sobre las puas de las escorias para alejarnos del costado en que las lavas caen con mas frecuencia, hasta llegar a la orilla de un terreno caliente, sulfúrico i cubierto de una densa niebla de humo. Otro guia nos grita de lejos que nos detengamos, i el mio sin consultarme me toma de un brazo i desaparece conmigo en medio de la humareda. Era un valle humeante que no vieron sin duda ni Virjilio ni el Dante, que a haberlo visto, hubieran hecho de él la digna antecámara del infierno. El vapor del azúfre me entraba hasta los pulmones i la tos convulsiva estaba a punto de sufocarme, cuando el guia arrancándome un pañuelo me atacó con él la boca, como si tratara de tapar un agujero, asegurándome, mientras que yo iba cayendo i levantando, que ya estábamos ascendiendo el cono. Las voces del otro guia en el entretanto, se oian cada vez mas distintas, cosa que estimulaba la prisa del mio, lejos de detenerlo; el humo era ménos denso, i ya estábamos

a dos varas del borde, cuando el que nos seguia a marchas forzadas nos dió alcance, nos pasó i se puso a la parte de arriba. La fatiga i la cólera lo traian enteramente demudado, principiando mui luego un furioso altercado en el dialecto napolitano, del cual no me fué posible comprender nada, hasta que el advenedizo desnudó el puñal, i con mano temblorosa lo afirmó en el pecho del otro, amenazando hundírselo por momentos. En mi vida he tenido susto igual; i no obstante hallarme medio sepultado en la arena i cenizas, respirando con dificultad, i los ojos arrasados de lágrimas a causa del vapor del azúfre, di en la cara con mi baston al del puñal, a fin de hacerlo volver en sí, al momento mismo que el volcan hacia a nuestra espalda una erupcion. Ambos guias por un movimiento instintivo levantaron los ojos hácia el cielo, el puñal del uno fuese lentamente alejando del pecho del otro, hasta quedar el brazo que lo sustentaba estendido en el aire; mientras que mi guia con una mano avanzada hácia adelante en actitud de rechazar un objeto próximo, me tenia fuertemente asido con la otra, preparándose segun los sacudimientos que me imprimia, a trasportar mi mole de un lugar a otro para salvarme del contacto de las piedras, formando entre todos el *tableau vivant* mas espresivo i artístico que pueda imajinarse. Cuando la crisis hubo pasado, i con ella serenádose los espíritus, pude saber la causa de tanto enojo: el guia que me habia subido pertenecia a otra compañía distinta de aquella que

desde Resina se habia contratado con nosotros, i por tanto el dinero que yo le pagaba era un robo hecho al lejítimo propietario de mi bolsa i persona que era el que nos venia siguiendo; i el napolitano apela en todo caso litijioso a la soberana decision del puñal con mas frecuencia que un manolo andaluz, o un gaucho arjentino, siendo la *vendetta* italiana aquí tan terrible por su rapidez irreflexiva como lo es en Córsega por su duracion que la hace un legado de familia.

Dos pasos mas, i ya estábamos en el borde del crater del volcan, desde donde pude ver.... Oh horror!... lo que vió Tito en el Sanctum Sanctorum..... nada! Hai otro cráter subterráneo, i a causa de la configuracion interna del esterior i las lava sincandescentes que lo rodean, no es posible allegarse demasiado a él. Esto no obstante las rodillas flaquean, i tiemblan las carnes al ver pasar a diez pasos delante de sí la gruesa columna de fuego, piedra i lavas encendidas, al mismo tiempo que a cada pequeña erupcion el cono se mueve, causando en los pies aquella sensacion que esperimentamos cuando un cuerpo vivo se ajita debajo de la almohada u otro objeto blando. El guia, satisfecha la curiosidad por este lado, me señaló el opuesto para que contemplase el panorama que punto tan elevado domina: i cierto, que la montaña desde donde el Espíritu de las tinieblas mostraba a su Señor los reinos de la tierra para tentarlo, no debia estar mas ventajosamente colocada. El cielo de lapislazuli de la

Italia estaba en aquel momento iluminado por los rayos dorados del sol poniente; al frente dilatábase una tasa de mar tranquilo i terso, si bien decorado aquí i allí de blancas barquillas de pescadores como los adornos de un espejo veneciano: abajo, las faldas del Vesubio cubiertas de viñedos i jardines, sobre cuyo fondo resaltan como rosas blancas derramadas sobre una alfombra, mil casillas de campaña; i siguiendo la costa de la bahía mas pintoresca del mundo, divisábase Resina, la cual se liga por un hilo de edificios a Nápoles, estendida sobre la playa i subiendo a las colinas, hasta besar las plantas del Santelmo que hace sentinela en las alturas. Puzzoles mas allá como un palomar; i detras de Puzzoles, Baies i los Campos Eliseos, paraiso terrenal que los romanos habian herizado de palacios, i Luculo, Mario, Sila, Adriano, Julio Cesar i otros mil habitaron. Todavía detrás del Cabo Miseno desde donde partió Plino para morir abrasado por el Vesubio, vénse escondiéndose una tras otra con coquetería, Ischia, i Procida, cuyas mujeres llevan aun el vestido de las estátuas griegas. Hácia el centro de la bahía parece bañarse en las aguas como las nayades de su célebre gruta de azúl la solitaria Capri, i hácia el lado opuesto, siguiendo el arco de círculo de que el volcan forma el eje, déjase ver Sorrento con su *piano*, cubierto de naranjales, mirtos i granados; Castelmare, Nocera Nola, i Pompeya, sacudiendo esta de sus vestidos de frescos i mosaicos las cenizas que los habian en-

suciado. Los nevados Abruzos en fin hácia el interior dibujan una orla blanca al manto del cielo azúl, i allí cerca a dos varas de distancia del espectador, óyese mujiendo el volcan i debajo de las plantas temblando el cráter como el caldero de una máquina de vapor. Dios mio! cómo pueden vivir juntas cosas tan opuestas! Monumentos del poder humano, vejetacion esplendorosa, volcanes en actividad, populosas ciudades, ruinas antiguas i estragos recientes, todo está amontonado aquí en unas cuantas leguas, i el hombre alegre o indiferente luchando con la naturaleza para arrancarle hoi un pedazo de terreno que mañana ha de reclamar, sepultando terreno, ciudades i hombres a un tiempo. No hace cuatro siglos que una villa estaba al lado del lago Lucrino : en la noche se alzó el Monte Nuovo donde estaba la villa: la villa rodó sobre el lago; i las aguas de éste fueron a serenarse sobre campiñas cultivadas a cierta distancia.

Todo esto que tan pesádamente describo fué sin embargo la impresion de un minuto, por no ser el cráter de un volcan el local mas a propósito para detenerse a apreciar los mas menudos detalles del paisaje. Algunos momentos despues hallábame de nuevo entre los de la comitiva que me confundian a preguntas por saber las cosas estupendas que debia de haber visto. He visto, decíales yo, todo lo que hai que ver i lo que Vdes. no han visto; empezando respuesta tan evasiva i misteriosa a infundir en los ánimos poco a poco la sos-

pecha de que yo no habia visto nada absolutamente. I vea, Su Señoría, lo que es la malicia humana! Alguien sujirió la idea, i luego en todos los círculos fué opinion jeneral, hecho averiguado, cosa consentida i no apelada que el ingles ni yo habíamos subido al cráter. Estábamos pues convencidos de jactancia i supercheria. En situacion tan espinosa, el espíritu de exámen de los ingleses, i el hábito del jurado nos ayudaron a recobrar empero la eclipsada gloria. "Interroguen separadamente al señor, dijo el ingles con mucha seriedad, i confronten su deposicion con la que yo daré despues." Un círculo de jueces mal intencionados, como comision militar, oyó mi declaracion, i en seguida volviendo la espalda al círculo, fuéme permitido escuchar la de mi cómplice en el delito mayor que puede cometerse ante el vulgo, que es ser mejor que él, o hacer algo que él no es capaz de hacer. Lo peor del caso era que nuestras deposiciones discrepaban de cabo a rabo; bien que encontrase en ellas el desapasionado, cierto fondo idéntico, que abonaba su verdad. Nos careamos en seguida, las discrepancias de detalles se esplicaron, i la amotinada turba volviónos mal de su grado nuestros títulos a la atencion universal.

En comer huevos asados en la lava i devorar naranjas, vendidas a peso de oro en aquellas alturas, hubimos de pasar la tarde para ver el Vesubio entrada ya la noche. El espectáculo cambia entónces de imponente i grandioso en su-

blime i aterrador. La lava tibia i opaca que durante el dia nos habia servido de pavimento, deja ver por entre las grietas el fuego que esconde en sus entrañas; los torrentes se iluminan i despiden llamas como el metal que corre en los hornos de fundicion, i el cráter negro con la oscuridad de la noche, se corona de tiempo en tiempo de un ramillete de fuego, esmaltado de globos rojos, amarillos, punzó, segun la calidad e incandescencia de las materias que arroja, bañándose despues, de brasas que semejan rubíes colosales. Cuando este inmenso fanal se enciende, los círculos de las lavas enfriadas se presentan a la vista con sus crestones herizados de puas como lomos de caimanes, i enseñando unos a otros los grupos de espectadores, iluminados los semblantes como a la luz de fuegos de Bengala. La oscuridad sobreviene súbitamente, las estrellas reaparecen blancas como hostias, derramadas sobre un cielo azul terciopelo, hasta que una nueva erupcion las eclipsa, sostituyéndoles las formas estravagantes, con patas a veces como zapos, de la lava derretida que describe arcos de círculo en el espacio.

El descenso de la montaña no es ménos fecundo en impresiones vivísimas. A poco andar el volcan desaparece i la oscuridad mas profunda forma un piélago sin fondo en el que parece fuera uno a resbalar al menor descuido. A lo léjos se divisa una franja pálida i fosforescente que diseña el golfo de Nápoles con la iluminacion de la ciudad i sus alrededores hasta Resina. Las diver-

sas comitivas descienden alumbradas por enormes antorchas de cáñamo, cuya luz se pierde en el espacio a falta de objetos que la reflejen. Delante de los ojos vese la masa de tiniebla oscura, i bajo los pies se siente desmoronarse la arena negra i apenas visible, ocasionando caidas, gritos i terrores pánicos en los unos, miéntras que los demas, tomando las cosas por su costado ridiculo, rien, cantan, i dan voces que van a perderse sin ecos, entre las rendijas de las lavas. Llegados a la base del cono con aquella prontitud admirable con que se desciende de un ministerio, allí es Troya para apoderarse del rocin o rocinante apestado, que ha de transportar a cada uno hasta Resina.

Aquí tiene Su Señoría Ilustrísima, lo mas prominente i novedoso de mi escursion en Nápoles, pues seria empeño vano querer dar una idea de cuanto hai de bello en esta escojida porcion de la tierra; que en cuanto a costumbres, gobierno i tantas otras cosas dignas de observacion que presentan estos pueblos, lo dejo todo en aquel mi cajon de retazos, para irlos sacando poco a poco, segun que la oportunidad en América vaya enseñando su conveniente uso. Habia de regresar a Roma atravesando por Capua, vecina de aquella Capua de Annibal, la tercera ciudad del mundo entónces, i hoi una hermosa campiña cubierta de viñedos, cuya cultura singular dejaria asombrados a nuestros sanjuaninos. En chopos, álamos, u otros árboles elevados, colocados en líneas

bastante separadas, trepan parras de uva, que cubren con su follaje el árbol amigo que les presta su apoyo. De unos a otros árboles, el podador napolitano ànuda los sarmientos, de manera que formen guirnaldas i festones, los cuales balancean al aire sus fluecos de racimos. El suelo está mientras tanto cubierto de trigo ; i no habiendo cercas, ningun accidente del terreno impide penetrar con la vista en aquellos bosques de enredaderas, que forman de toda la campiña una sola propiedad, alzando, de distancia en distancia, algunos pinos seculares sus copas verdinegras para contrastar con el verde amarillo de las parras o la esmeralda contínua de los sembradios. La poda es una novena en que pululan las mujeres, vestidas a la manera rara i pintoresca del pais, i la vendimia una fiesta, una bacanal, tradicion no interrumpida de los tiempos de la grande Grecia.

Despues de la campiña de Nápoles vienen los lagos Pontinos, en que Emperadores i Papas han luchado sucesivamente con la naturaleza, para curar de la peste esta tierra enferma e infecta. En fin la dilijencia rueda sobre la via Appia, decorada de trecho en trecho por los restos de sepulcros de los ciudadanos romanos, que no se resignaban a morir del todo, gustando de ir a habitar a la orilla de los grandes caminos en el silencio de la tumba i del desierto, cuando habian muerto ya para la vida ajitada del foro. La tradicion concede un sepulcro a Ascanio, otro a los Horacios, otro a Ciceron! Dos nombres históricos hai sin

embargo, que desde Nápoles a Roma repite sin cesar el pueblo, enseñando monumentos que han debido pertenecer a los que llevaron aquellos nombres que han sobrevivido a todas las viscisitudes, acaso por las profundas impresiones que ámbos hubieron de dejar en el espíritu popular. I en efecto que ámbos a dos son dignos de la imperecedera fama de que gozan. Este representa uno de los mas bellos tipos, que ha producido la raza humana; divino por el poder de la palabra, *porque la palabra es Dios*, segun la misteriosa espresion de San Juan; aquel otro es la perversidad humana que va mas allá todavía del límite donde la imajinacion se detiene espantada, por lo que el sentimiento moral de los que no han visto estos excesos, los niega aun contra la evidencia de los testimonios. Neron, es este! Ciceron el primero. Muéstrase la casa dorada de Neron, los Baños de Neron, las prisiones de Neron, el lecho de piedra en que se reposaba Neron en la Gruta de la Sibila de Cumas. Neron está en todas partes, si bien, no mata ya no incendia para divertirse. El conjuro de Santa María del Pópolo aplacó en efecto sus manes. Ciceron empero no es ménos rico que su negro rival en monumentos. La tumba se la elevaron sus esclavos agradecidos; tiene su casa de campo cerca de Gaeta, donde el cicerone muestra el camino de atravieso que habia tomado para embarcarse, i donde fué asesinado por el populacho de Roma, que habia aprendido en su degradacion a gritar viva Cesar! viva

Octavio! en lugar de loar la República. En Pompeya hai una casa de Ciceron i por todas partes este blando nombre se muestra, como para protestar todavía contra las violencias i espoliaciones de los Verres, para denunciar los Catilinas, primera e impura espuma que precede al herbor de los pueblos próximos a descomponerse. ¿I este *cicerone* italiano, el pobre diablo que muestra las ruinas i repite la tradicion que les da un significado histórico, no se reviste, pues, del nombre de Ciceron, es decir el que sabe, el que esplica, el que enseña lo que las cosas significan?

Mas vale que así sea! que a haberse conservado el nombre de Neron solo, seria lícito dudar de la justicia de Dios en la tierra, aquella justicia lenta como la marcha de las lavas volcánicas, pero que nada desvia de su rumbo, cuando el fallo ha caido; la justicia de la posteridad! ¿No es un espectáculo instructivo por otra parte, aquella lucha de dos nombres que representan los dos medios de gobierno i de influencia que dominan a los pueblos; la palabra que persuade, que dirije la razon i las conciencias; la fuerza, que arrastra, huella o menosprecia toda voluntad? ¿el hombre que dice la verdad, i muere asesinado por ello como Sócrates, como Ciceron, como Jesus mismo; el déspota que abre su camino por entre las entrañas de los hombres, i no pudiendo influir sobre los corazones con la conviccion, los despedaza con el puñal como Neron, i tantos otros; por qué es larga cuanto odiosa la lista de éstos?....

Pero ¡Dios mio! he caido largo a largo en el terreno de la declamacion con motivo de aquellos nombres que a cada paso se oyen repetir en estos lugares. Pido de ello mil perdones a Su Señoría, proponiéndome pasar en silencio por todo lo que pudiera ser ocasion inmediata de caer en nuevo desliz, hasta llegar a las solemnidades de la Semana Santa, única cosa que me hacia volver de nuevo a Roma. Pero con mucho sentimiento debo decirle a Su Señoría que aquellas ceremonias, que a lo léjos nos representamos como imponentes i augustas, pierden vistas de cerca toda importancia relijiosa. Gusto mas del recuerdo de nuestra Semana Santa de provincia cantada por una docena escasa de presbíteros i acompañadas las lamentaciones de Jeremias en las tinieblas, por el órgano, cuyas flautas no son suficientemente poderosas para evitar que el *Jerusalem, Jerusalem convertete ad dominum Deum tuum* llegue hasta el corazon como una punzada para deshacer su endurecimiento. El Viérnes Santo es tan relijioso en los pueblos de América, que cuando niño estaba yo firmemente persuadido que el sol de la tarde se mostraba mas apagado que de ordinario, en aquel dia. Las estaciones del Juéves Santo entre nosotros son el único momento en que un pueblo entero esté, sin distraccion de cosas mundanas, entregado a un pensamiento relijioso; i la muchedumbre que de las campañas acude entónces a las ciudades dá a esta fiesta las proporciones del jubileo de los hebreos, en que la na-

cion reunida parecia pasar revista ante su Dios. La luna llena, tradicional compañera de la Semana Santa i de la contemplacion, baña con su luz triste la masa popular que ora en las calles i plazas, enviando a lo léjos rumores prolongados que excitan el ahullar lúgubre de los perros. Los niños no rien durante estas horas de oracion pública, i el jóven indiferente por las cosas relijiosas baja el tono de la voz, en sus conversaciones profanas, a fin de no lastimar los oidos ajenos. Pero en Roma es otra cosa. Desde luego la Basílica de San Pedro, que parecia construida para reunir bajo sus bóbedas todos los fieles de la ciudad santa, parece en estos dias desierta, sirviendo tan solo de atrio a las diversas capillas donde tienen lugar las ceremonias, por lo que diez mil protestantes, principales espectadores de este drama, andan agrupándose aquí i allí en la vasta estension de la Basílica, cuya nave del centro no bastaron a llenar veinte i cuatro mil austriacos, formados en masa para recibir la bendicion papal. Aquel movimiento continuo, aquella mayoría de curiosos que vienen en busca de pasatiempos, aquellos palcos elevados en el templo para comodidad de los espectadores, bastan i sobran para alejar todo pensamiento relijioso. Por mejor intencionado que uno sea, la idea del teatro se viene a despecho suyo a la imajinacion, i si algo falta para confundir cosas tan opuestas El *Miserere* de la Capilla Sistina, ejecutado por cuarenta voces, dulces como flautas de órgano, trae in-

venciblemente aquella disposicion de espíritu que se lleva a todos los espectáculos. La Semana Santa en Roma es grandiosa, digna de verse; pero no relijiosa, no solemne. Es verdad que Su Santidad lava los pies a los Apóstoles, i sirve la mesa de los pobres; pero en los momentos de la adoracion del Sacramento, las mujeres protestantes conservan su silla, i leen la Guia para saber lo que aquello significa, i los lores i touristas estrechan el agolpamiento de curiosos. Desde el Juéves Santo permanecen abiertos todos los museos del Vaticano, de manera que el público pase el dia distraido, principiando por las ceremonias, pasando a examinar las bellezas artísticas del culto jentílico en los salones de los museos, hasta hacer tiempo que se cante el Miserere. El Domingo de Pascua hai grande iluminacion de San Pedro, i el Lúnes fuegos de artificio en el Castillo Sa-Anjelo, todo lo cual es mui divertido, curioso, i completo; pero yo estoi mas por nuestra simplicidad de provincia, por ser mas relijiosa.

Hai sin embargo entre estas pompas demasiado grandes para la limitacion humana, una en la que el inmenso concurso, léjos de dañar, solo sirve para realzar el esplendor solemne que la caracteriza. Concluida la misa pontifical de Pascua, el Soberano Pontífice sube en silla jestatoria al balcon central de la fachada del templo. Toda la poblacion de Roma llena en densa masa el atrio, grande como una plaza i la plaza contigua

de San Pedro. Es una nacion entera la que allí se agrupa, para recibir la bendicion papal. Despues de cantar el Sumo Pontífice algunas oraciones, se pone de pié i elevando las manos i los ojos al cielo para implorar la asistencia divina, derrama sobre el pueblo i el mundo, *urbi et orbe*, las gracias de la bendicion papal. Las músicas militares, las campanas de San Pedro i el cañon del Castillo de Sant-Anjelo, prestan sus ecos a las aclamaciones con que el pueblo victorea al Papa Pio IX, objeto hoi dia de su adoracion i entusiasmo. La mole estupenda de la Basílica, las estátuas colosales de San Pedro i San Pablo recientemente inauguradas, el jentio inmenso reunido i la presencia del Sumo Pontífice, en solio tan elevado, llenan en efecto el espíritu de ideas relijiosas, como si se aguardara algun signo estraordinario que marcase el camino que recorre la bendicion espiritual, desde el cielo a las manos del Santo Padre, para que él la derrame en seguida sobre el pueblo.

Otros detalles sobre Roma prolongarian demasiado esta carta que sin eso ha traspasado todos los límites posibles. Un dia vendrá en que cerca de Su Señoría Ilustrísima tenga todavía ocasion de abandonarme al placer de narrar, que domina a los que han viajado i visto muchas cosas.

Hasta entónces téngame en su afeccion paternal i, &c.

